



**EXPEDIENTE**

**H.A.D.E.S.**

Susana Aguilera Reina

**Susana Aguilera Reina**

**Expediente  
H.A.D.E.S.**

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente,  
sin el permiso del editor. Todos los derechos reservados.

Primera edición: octubre 2018

© Susana Aguilera Reina, 2018

ISBN: 9781717890160

Depósito Legal: GR 993-2018

Diseño cubierta: Veo Veo, S.L.

*A mis hermanas, por su inestimable ayuda  
y por soportar de tan buen grado mis constantes:  
¿Lo has leído? ¿Qué te parece? ¿Te gusta?*

*A todos aquellos que tuvieron una  
palabra de aliento cuando les hablé  
de este proyecto*

“Para quienes ambicionan el poder, no existe una vía  
media entre la cumbre y el precipicio”  
*CORNELIUS TACITUS*

“El mundo no está en peligro por las malas personas  
sino por aquellas que permiten la maldad”  
ALBERT EINSTEIN

# Capítulo 1

*Málaga, jueves 2 de noviembre de 2017*

Eran las ocho de la tarde y Ana Castro acababa de llegar a casa. Estaba empapada y calada hasta los huesos debido al fuerte aguacero que caía desde hacía algo más de una hora y que le había pillado de lleno. Una tormenta inesperada con gran aparato eléctrico que había sumido a la ciudad en un caos absoluto. Atascos monumentales agravados por la hora en la que había comenzado a llover: minutos antes de que el reloj marcara las siete de la tarde, y que coincidía con la hora de salida del trabajo para muchos y la hora en la que las tiendas y supermercados estaban repletos de gente. Así, no era de extrañar todo el lío que se había formado cuando la muchedumbre se vio obligada a correr presurosa hacia sus vehículos o transportes públicos o a guarecerse en locales, portales o simples voladizos.

Después de veinte minutos en el portal del edificio en el que se encontraba la empresa para la que trabajaba, M&C Soluciones Empresariales, S.A., esperando a que escampara o amainara la tormenta otoñal que había sorprendido a la ciudad y viendo que no sabía cuándo la fuerte lluvia iba a remitir, y dado además que la paciencia no era uno de sus fuertes, Ana decidió marcharse a casa. En un día normal tardaba escasos veinte minutos en recorrer a pie la distancia que hay desde su lugar de residencia hasta el lugar de trabajo, unas oficinas en la calle Salinas, una de las vías más comerciales y concurridas de la capital y que desemboca en quizás la calle más conocida y fotografiada de Málaga, la calle Marqués de Larios. Pero ese día el recorrido le llevó algo más de tiempo, y no solo debido a las malas condiciones climatológicas sino también al encontronazo que tuvo con un hombre que corría a gran velocidad hacia ella a la altura del inicio del Puente de Tetuán. Este la arrolló haciendo incluso que perdiera el equilibrio y cayera al suelo. El hombre, que tenía un poco aire de intelectual, o al menos eso le pareció a Ana al verlo cuando él, al darse cuenta de que ella se hallaba tirada sobre el pavimento, retrocedió sobre sus pasos para auxiliarla. Susurrando un casi imperceptible lo siento recogió el bolso que había quedado tirado en la calle a un par de metros de distancia. Se aproximó hacia ella con la intención de devolvérselo y de tal vez ayudarla a incorporarse. Si bien, solo había podido

poner el bolso a su lado cuando ambos repararon en que poco más allá del otro extremo del puente dos hombres bastantes corpulentos que se movían con gran presteza corrían también hacia donde ellos se encontraban. El hombre que la había arrollado sin más dilación echó de nuevo a correr, ahora por la calle Alameda Principal y en dirección a la zona centro y al Paseo del Muelle. Los otros dos hombres, que ya habían sobrepasado el lugar en el que Ana continuaba tirada en el suelo, corrían en la misma dirección que el otro. Si no lo estaban persiguiendo, desde luego esa era la impresión que daba.

Tras superar rápidamente el *shock* que le había provocado aquel suceso, Ana se incorporó y se recompuso de la mejor manera que le fue posible. Por fortuna, el golpe no había sido excesivamente fuerte y pudo continuar su marcha sin más sobresaltos.

En cuanto llegó a casa, un piso recién reformado de cincuenta y dos metros cuadrados con dos dormitorios, un baño, cocina, salón y una pequeña terraza situado en la tercera planta de un edificio de la calle Eslava, muy cerca de la estación de autobuses y de la moderna estación de tren María Zambrano de la capital malagueña, se dirigió al cuarto de baño con la intención de quitarse toda aquella ropa mojada que tenía adherida al cuerpo y darse una buena ducha caliente que la relajara y la ayudara a olvidar lo sucedido minutos antes. Se alegró de que Carolina Hidalgo, su compañera de piso, estuviera esa noche y hasta el lunes siguiente fuera de la ciudad. No había tenido un buen día, ni en el trabajo ni fuera de él, y más que nunca le apetecía estar sola.

Ya en el cuarto de baño, al quitarse la ropa, se dio cuenta de que el golpe y posterior caída le habían provocado leves arañazos y algunos hematomas que sin duda alguna al día siguiente se convertirían en unos más que apreciables moratones. Aun así, se alegró de que todo hubiera quedado en un susto y que no fueran mayores las consecuencias.

La reconfortante ducha le había hecho entrar en calor y ya mucho más animada se dirigió a la cocina. Hacía rato que había empezado a sentir algo de hambre pero no tenía muchas ganas de cocinar, y eso que era una actividad que por lo general era bastante de su agrado, así que cogió un trozo de pan casero que le gustaba comprar a diario en la panadería del barrio y un plátano. En ese momento pensó con melancolía y cariño en su abuela Dolores, la culpable de que cuando no sabía qué cenar siempre recurriera al bocadillo de plátano y aceite de oliva virgen extra que tanto le gustaba y que la trasladaba a los sabores y aromas de su infancia. Para acompañar se

preparó también un buen vaso de zumo de naranja natural.

Tras dar habida cuenta de su simple pero apetitosa cena, decidió coger el bolso de lona que había llevado durante todo el día, y que al llegar había dejado en la percha de la entrada, para sacar todo lo que había dentro y ponerlo a secar, pues al igual que su ropa y ella misma el bolso también se había mojado. Ahora se daba cuenta de que era lo primero que tenía que haber hecho nada más entrar. «Espero que ni el *smartphone* ni la cartera se hayan vistos afectados», pensó.

Fue al vaciar el contenido del bolso sobre la mesa del salón cuando pudo apreciar que de su bolsillo trasero caía un *pendrive* que a simple vista no reconoció como propio.

Eran ya cerca de las diez de la noche cuando se sentó en el sofá. Ese día no había entre la programación de televisión nada que le llamara especialmente la atención por lo que decidió ver en el ordenador portátil una película, una de esas comedias románticas norteamericanas que en ocasiones le apetecía ver y que hacía un par de días había cogido de la Biblioteca Provincial. Si bien, antes de ello y aprovechando que ya había encendido el ordenador —no acostumbraba a utilizarlo una vez llegaba a casa después del trabajo—, decidió introducir en el puerto USB el *pendrive* que había encontrado, y que aún estaba encima de la mesa, para ver qué contenía. Hecho este, por otro lado, que no le intrigaba demasiado ya que estaba convencida de que sería de alguno de sus compañeros de trabajo y de que había aparecido en su bolso por simple confusión.

En la pantalla del ordenador apareció una carpeta con el nombre HADES y cuando Ana abrió esa carpeta aparecieron en pantalla dos subcarpetas más, una denominada *Miembros y vínculos* y otra en la que se podía leer *Investigación sobre actividad*. Ambas estaban encriptadas, por lo que era imposible, al menos para ella, acceder a su contenido. Ana optó entonces por ponerse a ver la película y dejar aparcado el tema de la memoria USB, ya encontraría a su propietario y se la devolvería al día siguiente.

Sin embargo, mientras veía la película tuvo varias pérdidas de atención y pensamientos fugaces que sin saber bien por qué la empezaron a inquietar. ¿Hades? ¿De qué le sonaba aquel nombre? ¡Ah, sí! Ana recordó entonces las clases sobre mitología griega a las que asistió en sus años de instituto y que en su momento le parecieron soporíferas. Hades era uno de los grandes dioses griegos, hermano de Zeus y Poseidón, era el dios del inframundo, el mundo mitológico situado bajo tierra en el que vivían espíritus y seres terroríficos.



A las diez y media de la noche el teléfono sonó insistentemente en la ostentosa mansión de ochocientos cincuenta metros cuadrados que la familia Hoffmann poseía en el distrito Neuhausen-Nymphenburg, una de las zonas residenciales más tranquilas y exclusivas de la capital bávara, al sur de Alemania. Era Kay Scheider y necesitaba urgentemente hablar con el señor Hoffmann.

Martin subió ágilmente las lujosas escaleras de mármol blanco y baranda de madera que daban acceso a la primera planta. Por cómo se movía y la vitalidad que mostraba en el día a día nadie hubiera dicho que en apenas tres meses cumpliría los ochenta y siete años. Atendería la llamada desde su despacho, una sala de cuarenta y seis metros cuadrados que el servicio se encargaba de mantener impoluta y que se encontraba localizada al final del largo pasillo.

—¿Diga?

—Señor Hoffmann, soy yo, Kay.

—Estaba esperando tu llamada. Dime Kay, ¿cómo ha ido todo?

—El objetivo ha sido neutralizado señor, pero nos ha surgido un problema. Bueno... más bien dos, señor.

—¿De qué se trata?

—La persona con la que iba a reunirse el objetivo era Alexander.

—¿Alexander? ¿Qué Alexander?

—Alexander Vargas, señor.

Al escuchar aquello, Martin que hasta ese momento había permanecido de pie, cayó a plomo sobre el sillón. Un breve pero tenso silencio cortó la conversación. Al otro lado del teléfono Scheider solo podía escuchar una cada vez más agitada respiración.

—¿Estás seguro Kay? —preguntó Martin una vez se hubo recuperado de la impresión.

—Lo siento señor, pero en la agenda del móvil del periodista había una anotación con el lugar de la cita y el nombre de la persona con la que se iba a ver.

De nuevo un incómodo silencio se hizo entre ellos. La cabeza de Martin no paraba de darle vueltas a lo que acababa de escuchar.

—Señor Hoffmann, ¿cuáles son sus órdenes? —Con esa pregunta Kay

devolvió a Martin a la realidad.

—Encontradlo y traedlo ante mí —contestó ya más repuesto.

—Sí señor. Pero... señor, si las cosas se complicaran...

—Procura que no se compliquen —le advirtió toscamente—. Lo quiero vivo. Pero si HADES peligra y no hay, escúchame bien Kay, si no hay otra alternativa, deshazte de él —ordenó al fin—. Confío en ti.

—Lo sé señor. Gracias.

—Y el otro problema, ¿cuál es?

—Este es más fácil de solventar. El objetivo no llevaba la información encima. Antes de que nuestros hombres le dieran alcance se deshizo de ella, aunque no hay de qué preocuparse. Estamos prácticamente seguros de saber quién la tiene. Una mujer a la que arrolló durante su huida. Se la tuvo que pasar cuando recogió su bolso y se acercó a ella, no ha podido ser de otra forma.

—¿La tenéis localizada?

—Sí. Mientras Podolski y Miranda perseguían al periodista, Foley siguió a la mujer hasta su domicilio. Ya sabe que esa es nuestra forma habitual de proceder. Nos gusta ser precavidos. Esta noche actuaremos y nos haremos con la información.

—Muy bien Kay. Mantenme informado. Quiero saber cómo se van desarrollando los acontecimientos.

—Por supuesto señor Hoffmann. Buenas noches.

Martin se quedó sentado en el sillón mirando al vacío, con los codos sobre la mesa de madera de pino marrón oscuro y de espaldas al enorme ventanal que daba al jardín de la casa. Todo lo que aquella habitación albergaba por un momento le pareció extraño. Tal era su aturdimiento que a duras penas podía reconocer las grandes estanterías repletas de archivadores y libros, el potente y moderno equipo audiovisual e informático que había hecho instalar recientemente y que sustituía a otro ya obsoleto, o el sofá y los dos sillones de cuero blanco y la mesa baja sobre la cara alfombra persa adquirida por él mismo en una tienda de antigüedades durante uno de sus frecuentes viajes a Nueva York —aunque su edad ya no le permitía viajar con la intensidad con la que lo había hecho hasta dos años atrás, el abuelo Hoffmann aún se permitía realizar un par de viajes anuales a alguno de los que parecían ser sus destinos favoritos: Países Bajos, Reino Unido, Francia, Estados Unidos o Argentina—. Hasta las paredes que por su expreso deseo aparecían pintadas de color *beige* y de las que colgaban cuatro réplicas de

cuadros famosos de pintores pertenecientes a la escuela flamenca: *El jardín del amor* y *Vista de Het Steen* de Rubens, *El molino* de Rembrandt y *Vista de Delft* de Vermeer le eran desconocidas. Su desconcertada mirada se desplazaba de un lado a otro de la estancia. También la chimenea cerrada de mármol, hierro y latón, adquirida igualmente a un viejo anticuario, que había insistido en colocar junto al tabique de carga del lateral derecho hacía ya un cuarto de siglo, y que nunca había sido encendida, le resultó ajena. La preocupación, la decepción, la rabia pero también la admiración por lo lejos que había llegado Alexander, lo habían turbado más de lo que hubiera querido y de lo que hubiera llegado a reconocer. Se estaba haciendo mayor para esto, lo sabía. Maximilian tendría que recoger el testigo antes de lo previsto.

En cuanto hubo finalizado la conversación con su jefe, Kay Scheider marcó en su móvil un nuevo número de teléfono. Esta vez este sí correspondía a un teléfono ubicado en territorio nacional, de esa misma ciudad para ser más exactos.

—¿Benítez?

—Sí. ¿Quién es?

—Soy Scheider.

—Sí, dime, te escucho.

—Necesito que me compruebes el registro de las personas hospedadas en los hoteles de la ciudad. Los datos de los viajeros que han hecho el *check-in* en alguno de los alojamientos en estos tres últimos días. Buscamos a alguien que se haya registrado con el nombre de Alexander Vargas. De nacionalidad española.

—De acuerdo. ¿Para cuándo?

—Para ya.

Si Alexander estaba hospedado en alguno de los alojamientos de Málaga, Moisés Benítez, uno de sus topos dentro del cuerpo de la Guardia Civil daría con él —para HADES tener aliados dentro de las fuerzas y cuerpos de seguridad del Estado, no solo de España sino de todos los países en los que pudieran tener algún interés, había sido la prioridad número uno desde su creación y ello explicaba precisamente que durante tantos años se hubieran movido tan libremente y actuado con tanta impunidad. HADES sabía cómo hacer que siempre hubiese personas dispuestas a colaborar con la organización. Muchos tenían un precio y otros muchos tenían demasiado que callar y esconder. Benítez, en este caso, pertenecía a los del primer grupo—.

Pero si Alexander se estaba alojando en casa de algún particular la cosa se complicaría bastante, aunque Kay sabía con seguridad que si no era esa misma noche, en Málaga, sería en otro momento y en otro lugar, pero que acabarían encontrándolo. A HADES no se le escapaba nadie. HADES no dejaba cabos sueltos. Así había sido desde siempre. Llegado el momento, lo único que esperaba era no tener que ser él quien tuviera que matarlo, lo conocía desde hacía demasiado tiempo y en cierta manera lo había llegado a apreciar.

Cuando faltaban unos minutos para que el reloj marcara las once y media de la noche su teléfono se iluminó y comenzó a vibrar. En la pantalla apareció el nombre de Benítez.

—Lo tengo. Está alojado desde ayer en el hotel MS Maestranza.

—Bien hecho Benítez —le dio las gracias y colgó.

Kay volvió a llamar a su jefe para decirle que ya sabían dónde se alojaba Alexander y para solicitar órdenes sobre cómo debían actuar.

Tanto Martin como Kay estuvieron de acuerdo en que la prioridad era hacerse con la memoria USB, por lo que primero irían a por la mujer y después se ocuparían de Alexander. Ambos convinieron que no interesaba armar ningún lío o altercado con el que se les pudiera relacionar y que correrían un gran riesgo si intentaban apresarlo en el hotel. Había que buscar otra fórmula, y Kay tuvo una idea.

El alemán había visto en la página web del hotel que este disponía de *parking*. Con total seguridad Alexander había dejado estacionado su coche allí, así que por segunda vez en esa noche llamó a Benítez; ahora lo que necesitaba saber era la marca, modelo y matrícula del coche del que se había convertido en su nuevo objetivo.

Una vez lo supo solo tuvo que encaminarse junto con Miranda al aparcamiento y hablar con el aparcacoches, un hombre cercano a la edad de jubilación y cara de inocentón. Solía formar pareja profesional con Foley, un galés pelirrojo, con mal genio y amante del buen beber y comer, especialmente y para ser justos más del buen beber, pero en esa ocasión se llevó a Miranda con él porque aunque su español no era nada malo, seguro que el aparcacoches se mostraba más solícito si era un español, de Valladolid además, el que se presentaba ante él. Podolski y Foley se encargarían mientras de la mujer.

Como era de esperar cuando Kay y Miranda se presentaron ante el empleado del hotel haciéndose pasar por miembros de la Interpol —a que su

papel fuera más creíble ayudó y mucho la placa falsa y la pistola que ambos portaban, estas sí de verdad— y asegurándole que se encontraban inmersos en una investigación de máxima importancia que ayudaría a poner fin a la actividad delictiva del que le afirmaron era uno de los cabecillas de la red de blanqueo de capitales más importante de Europa, el hombre no pudo sino abrir la puerta, dejarles vía libre y permitirles corroborar que uno de los vehículos allí aparcados era efectivamente propiedad del investigado.

A pesar de haber sido advertido por Miranda de que debía guardar absoluto silencio sobre su presencia allí y de que de hablar estaría incurriendo en un delito muy grave, el aparcacoches, henchido de satisfacción, ya tenía una buena anécdota para contar cuando llegara a casa, pues no todos los días uno tiene la oportunidad de ayudar a unos policías de la Interpol en la investigación contra una red de blanqueo de capitales.

«Pues no tenía mucha pinta de delincuente, aunque esos son los peores. Los que se muestran tan amables y van tan bien vestidos... esos son los más sinvergüenzas y los más ladrones», pensó.

Solo un par de segundos le bastaron a Kay para poner junto a la rueda derecha delantera del coche de Alexander un pequeñísimo dispositivo que emitía una casi inapreciable luz roja intermitente. Ya solo tenían que esperar a que se presentase la mejor oportunidad para anularle.

## Capítulo 2

*Málaga, viernes 3 de noviembre de 2017*

A la una de la madrugada un pequeño ruido la sobresaltó. Estaba tumbada en el sofá del salón. Desde hacía rato se encontraba en un irritante duermevela que le impedía marcharse a la cama pero también quedarse profundamente dormida. Pensó que se trataba de un ruido en el pasillo, posiblemente sus vecinos, unos jóvenes estudiantes de Medicina, volvían de tomarse unas copas. Era normal que el jueves por la noche salieran de fiesta, pues era su forma de darle así la bienvenida al fin de semana.

Tras algunos segundos Ana aguzó más el oído. No supo identificar aquel sonido pero era como si alguien estuviera intentando forzar la cerradura. Se incorporó de inmediato y con las luces apagadas dio algunos pasos en dirección a la puerta de entrada. Tras pararse a escuchar de nuevo y oír un pequeño clic a Ana no le quedó ninguna duda, estaban intentando acceder al interior del piso. El corazón se le salía del pecho, su agitada respiración no impedía que por momentos creyera que le faltaba el aire, la presión sanguínea se le desplazaba hacia la cabeza y notaba un fuerte zumbido en los oídos. Ana era una mujer fuerte y valiente, mucho más de lo que ella misma creía, pero en aquel momento estaba muerta de miedo. No sabía qué hacer. Sin ser siquiera consciente emitió un estridente chillido que a ella misma le sobresaltó. Por un momento el ruido cesó y pensó, más por tranquilizarse a sí misma que por convicción, que quizás quien estuviera intentando entrar se lo habría pensado mejor al darse cuenta de que la vivienda no estaba vacía y que se habría marchado ya. Sin embargo, no tardó en descubrir que ese no era sino su más ferviente deseo y que eso distaba mucho de lo que estaba sucediendo en realidad. Un fuerte golpe en la puerta, posiblemente una patada que hizo saltar la cadena de seguridad, que era la única protección que ya le quedaba, hizo que esta se abriera por completo. Ni pestillo, ni cerrojo ni cadena habían impedido que dos corpulentos hombres vestidos de negro y con pasamontañas entraran en el piso.

Ana quiso pedir ayuda pero un fuerte empujón que la lanzó primero al sofá y después al suelo se lo impidió. A pesar de que la mujer, todavía en el suelo, se revolvió contra su agresor consiguiendo incluso quitarle el

pasamontañas y logrando arañarle de forma profunda en la mejilla, no pudo evitar que aquel que le doblaba el tamaño y que tenía una fuerza descomunal, la abofeteara primero tan enérgicamente que casi le hiciera perder el conocimiento y la inmovilizara después, sentándose a horcajadas sobre ella, sujetándole las manos con una de las suyas y tapándole la boca con la otra para que no pudiera gritar. Mientras, el otro, que parecía estar disfrutando y que miraba divertido a su compañero ante el gesto de dolor de este y la imagen de la abundante sangre que le corría mejilla abajo, le lanzaba una fría mirada carente de todo sentimiento que hizo que un miedo atroz recorriera todo su cuerpo.

Una vez los dos hombres se habían hecho con la situación, el que estaba de pie le preguntó con voz ronca y con un marcado deje, que Ana creyó de Europa del Este, dónde estaba la información y la amenazó con cortar el cuello si no se lo decía o si se le ocurría volver a gritar.

Ana, aun estando bastante apabullada y casi en *shock*, tenía bastante claro que todo aquello solo tenía una explicación y que esa información que aquellos dos querían no era otra sino la que había en el maldito *pendrive*, así que intentó mover ligeramente el brazo para señalar la cajita de madera que había en el primer estante del mueble de la televisión —el lugar en el que solía poner las llaves y aquello que no quería olvidar llevarse a la oficina a la mañana siguiente y donde, por tanto, había puesto también la memoria USB—, y cuando la presión que sobre él ejercía aquel mastodonte marcado en la mejilla, de por vida —eso al menos era lo que Ana deseaba—, disminuía, un tercer hombre con el rostro oculto gracias a un gorro de lana y una gran bufanda y al que solo se le veían unos ojos que quizás en otras circunstancias fuesen bonitos pero que en aquel momento aparecían ensombrecidos y cargados de ira, apareció en el salón cogiendo desprevenidos a los otros dos hombres y propinándoles con gran rapidez y maestría fuertes patadas y puñetazos que los dejó tirados en el suelo, sangrando y semiinconscientes.

—¿Tienes el *pendrive*? —preguntó.

Ana, vacilante, señaló la caja de madera. El misterioso hombre, tras hacerse con él, le interpeló para que cogiera sus pertenencias y se cambiara de ropa, pues estaba descalza y llevaba puesto un pijama azul celeste con el dibujo de un osito de peluche estampado en la camiseta y con el texto «Buenas noches».

—¡Vamos, date prisa! Tenemos que irnos.

En circunstancias normales Ana nunca se hubiera marchado con un

completo desconocido, pero en aquel momento salir de su casa y acompañar a aquel hombre le pareció lo más sensato que podía hacer.

Durante veinte minutos corrieron sin parar. Desde que salieron a toda prisa del piso de la calle Eslava callejearon sin rumbo fijo, de manera que llegaron incluso a recorrer la misma calle en ambos sentidos. Se encontraban ahora al inicio de la calle Victoria, a doscientos o trescientos metros del Anfiteatro Romano y la Alcazaba de Málaga cuando Ana paró en seco. Estaba muy cansada y no podía continuar. En ese momento se acordó de todas aquellas veces que para Año Nuevo se había propuesto hacer más deporte y salir a correr dos o tres veces por semana, de aquellos buenos propósitos que por supuesto nunca cumplió.

—¡Vamos! Tenemos que seguir.

—No puedo más, sigue tú si quieres, yo me quedo aquí —hablaba entrecortadamente y con voz fatigosa—. Hoy me ha caído encima el diluvio universal, me han arrollado y me han tirado al suelo, dos desconocidos han forzado la cerradura de mi piso, han entrado, me han golpeado y amenazado, llevo un buen rato corriendo por las calles de Málaga, de madrugada, junto a un tío al que no conozco de nada y que encima va con el rostro tapado por un gorro y una bufanda a juego —relató atropelladamente—. Y todo por un puto *pendrive* que no sé lo que contiene porque no he podido acceder a los archivos. ¡Están encriptados! —exclamó con rabia—. ¡Joder! Me está empezando a dar igual hasta que me maten. Conozco torturas más suaves —aulló desesperada a la vez que se sentaba en el suelo.

Quitándose el gorro y la bufanda de lana, el desconocido se presentó:

—Me llamo Alexander Vargas —Ofreció su mano a Ana para ayudarle a levantarse.

—Yo soy Ana, Ana Castro —respondió, aún sentada en el suelo.

—Bueno, en realidad lo del diluvio universal que ha caído esta tarde sobre Málaga nada tiene que ver con ese «puto *pendrive*» como dices tú —sostuvo Alexander intentando que la situación fuera un poco más distendida.

Ana no respondió nada y no tuvo que hacerlo, con la furiosa mirada que le lanzó fue más que suficiente.

—Tengo una habitación reservada en el hotel Maestranza, está a escasos diez minutos de aquí. Allí estaremos seguros —comentó al poco.

—Ja ja... —Soltó una risilla nerviosa. Se encontraba sobrepasada—. ¡Sí, claro! En eso estaba yo pensando, en pasar la noche en un hotel contigo. Yo me cojo un taxi ahora y me voy a casa de mis padres o de alguna amiga, pero



no contigo —objetó decidida.

—Aunque no lo creas es lo más seguro para ti.

—Pues no, no lo creo. Yo me voy a comisaría a poner una denuncia para que la policía saque de mi piso a los dos cabrones que has dejado tirados en mi salón, para que los detenga y yo pueda vivir en paz, para poder volver a mi vida. Sí, a esa vida tranquila y monótona que hasta hace unas horas detestaba y que ahora me en-can-ta —manifestó presa de la histeria.

Alexander dejó pasar unos segundos antes de volver a hablar. Necesitaba que Ana se tranquilizara y atendiera a razones.

—No vas a ir a la policía. No voy a dejar que echas por la borda el trabajo de tantos años y el esfuerzo de tantas personas, y tampoco vas a ir ni a casa de tus padres ni de nadie, porque imagino que no querrás ver a ninguno de tus seres queridos metidos en un asunto en el que como en este hay involucrados matones dispuestos a todo que persiguen a otras personas y que atacan a princesitas desvalidas en plena madrugada.

Ana se levantó del suelo de un salto y se encaró a aquel hombre del que solo conocía su nombre pero que se creía con derecho a darle órdenes, aunque lo que no sabría decir con seguridad es si le molestó más que le diera órdenes o que se refiriera a ella como princesita. «¿Princesita? Princesita tu madre so tonto», pensó.

—No quiero hacerte daño, todo lo contrario —le aseguró antes de que ella dijera algo—. Sabes muy bien que he evitado que esos dos hijos de puta te lo hicieran pasar muy mal. Ya sé que no me conoces de nada, pero necesito que confíes en mí. No te queda otra opción.

Ana escuchaba ahora con mejor predisposición ante la seriedad y firmeza pero también ante la sinceridad que desprendían sus palabras.

—Está bien, pero por favor dime de qué va todo esto, ¿quiénes eran esos dos? ¿Qué hay en el *pendrive*?

—Te lo contaré todo, pero no ahora y no aquí. Así que hazme caso de una vez. Nos vamos al hotel y nos vamos ya.

Cuando ya parecía que la conversación había llegado a su fin, Alexander añadió de forma socarrona y con un amago de sonrisa en su boca:

—No te preocupes, no voy a intentar propasarme contigo. No soy de esos, y desde luego nunca se me ocurriría aprovecharme de una mujer que duerme con un pijama en cuya camiseta hay pintado un oso de peluche que te da las buenas noches.

—Imbécil —sentenció ella antes de echar a andar.

Tal y como Alexander dijo, llegar al hotel solo les había supuesto unos minutos.

Tras pasar frente al mostrador de recepción y saludar al recepcionista de noche que muy amablemente les deseó que pasaran una buena noche, los dos se dirigieron hacia el ascensor para subir a la sexta planta.

Alexander estaba hospedado en una acogedora habitación, funcional y muy bien decorada y que para alivio y también para sorpresa de Ana contaba con una amplia cama. Ella no lo sabía, pero desde sus años en un internado británico el tamaño de la cama se había convertido para Alexander en una cuestión importante a tener en cuenta.

—Voy a darme una ducha rápida. Enciende la televisión, siéntate, acuéstate o... Ponte cómoda, ¿vale?

Ana se sentó en uno de los dos sillones con los que contaba la habitación y cogió la revista promocional sobre los monumentos y lugares de interés de la ciudad y una serie de restaurantes recomendados que había encima de la mesita. Aunque no había sido su intención, desde ese lugar podía ver perfectamente la puerta del cuarto de baño y el interior del mismo gracias al gran espejo de aumento colocado justo encima del lavabo. Alexander se quitaba en ese momento la camisa blanca con ribetes azul marino que vestía, dejando así a la vista un bonito tatuaje de un ave fénix en el centro de la espalda y una más que notable cicatriz en su parte inferior derecha. Ya en el ascensor le pareció un hombre atractivo, de un metro ochenta aproximadamente, bien proporcionado a pesar de su incipiente barriga, no demasiado musculado, pelo corto y de color castaño claro, facciones suaves y unos bonitos y sensuales ojos verdes. En ello estaba pensando cuando se levantó y se dirigió a la terraza.

Detrás de ella escuchó cerrarse la puerta del baño.

Allí en aquella terraza, mirando las luces del puerto y la quietud del agua, dejándose envolver por aquella agradable temperatura inusualmente alta para la época del año y una leve brisa marina, Ana experimentó una placentera sensación de calma. Todo saldría bien. Lo presentía.

—No hay nada como una buena ducha de agua fría para activar el cuerpo y aclarar la mente —comentó Alexander poco después al entrar en la terraza y aproximarse a Ana—. Bonitas vistas, ¿verdad?

—Preciosas —respondió ella casi ausente.

—Deberíamos acostarnos e intentar dormir algo. En unas horas nos vamos a Sevilla.

—¿A Sevilla? ¿Para qué?

—He quedado allí con un amigo. Además no sabía que los archivos del *pendrive* estaban encriptados, así que nos vendrá bien su ayuda. Es un genio descifrando claves.

—¿También él está metido en esto?

—Sí, pero él por voluntad propia —aseguró con pesar.

Tras un par de minutos en silencio con la vista perdida en el horizonte los dos volvieron a la habitación. Alexander iba primero y Ana reparó entonces en que llevaba puesto tan solo una camiseta de manga larga blanca y unos *boxer briefs* negros.

—¿No tienes pijama? —preguntó algo incómoda.

Alexander le dirigió una jovial mirada.

—No utilizo pijama. De hecho suelo dormir desnudo pero hoy por deferencia a ti me he puesto unos calzoncillos y esta camiseta —aclaró mientras señalaba la prenda—. Pero si prefieres que me quite la ropa no tienes más que decirlo, ¿eh! —añadió con sorna.

—¡Sí, claro! No se me ocurre mejor broche de oro para el asqueroso día que he tenido que verte a ti desnudo. ¡No, gracias!

Alexander se quedó mirando con curiosidad a Ana al ver que esta se dirigía presta hacia la cama y también mientras se quitaba los botines, los calcetines, los vaqueros y el jersey que llevaba puestos para acto seguido meterse entre las sábanas vistiendo solo unas braguitas de algodón a rayas verdes y blancas y una ceñida camiseta negra. Fue en ese instante cuando pensó con regocijo que acababa de encontrar la horma de su zapato.

## Capítulo 3

*Málaga, 3 de noviembre de 2017*

A las ocho de la mañana la alarma del móvil de Alexander sonó. Ana se despertó sobresaltada y con el corazón a mil. La monótona, chirriante y molesta melodía de esas que el móvil trae incorporadas de fábrica y que Alexander no se había molestado en cambiar y personalizar fue la culpable de tan mal despertar. A pesar de los nervios y la inquietud por lo vivido en el día anterior los dos habían conseguido, aunque no sin esfuerzo, conciliar el sueño y dormir algunas horas seguidas que les sirvieron para sentirse a esa hora algo menos cansados.

—¡Vamos, démonos prisa!

—Buenos días a ti también —dijo Ana con retintín incorporándose en la cama.

—Buenos días —Alexander clavó sus ojos en ella de tal manera que llegó a ruborizarse—. Y ahora vamos, es hora de levantarse.

—Sí, *bwana* —respondió Ana provocando que un amago de sonrisa apareciera en la boca de su acompañante—. Pero antes de irnos para Sevilla tendremos que desayunar, ¿no? Yo si no desayuno no soy persona.

—Me alegra comprobar que a pesar de todo no has perdido el apetito. Pero no quiero entretenerme más en la ciudad. Nos marchamos enseguida y ya desayunaremos en el camino o una vez lleguemos a nuestro destino.

—¡Qué bien! —expresó de forma irónica—. Pero por lo menos podremos pasar por mi piso, ¿no? Si vamos de viaje necesitaré algo de ropa.

—No —contestó él secamente.

—Que no, ¿qué? Si vamos a estar todo el fin de semana fuera necesito cambiarme de ropa. Tú tienes una maleta llena de prendas pero yo estoy con lo puesto. ¿O acaso se trata de un viaje relámpago y esta noche podré dormir nuevamente en mi piso, en mi cama, con mi pijama? —preguntó Ana sarcástica y con cierto anhelo.

—No.

—Venga, otra vez —soltó ella dejando entrever cierto hartazgo—. No, ¿qué? ¿Puedes dejar los monosílabos y construir una frase completa?

—No, no vamos a pasar por tu piso.

—Pero...

A Ana no le dio tiempo a decir nada más. La furibunda mirada que apareció de pronto en el rostro de Alexander le hizo creer que lo mejor era callar.

—¿Eres consciente de que anoche dos tiparracos entraron en tu piso y de que estuvieron a punto de matarte? ¿De verdad crees que te hubieran dejado con vida? —le espetó—. ¿Y pretendes que nos metamos de nuevo en la boca del lobo? ¡Espabila de una vez! ¡Esto no es ningún juego! —manifestó Alexander con evidente enfado; enfado que se hizo patente tanto por lo que dijo como por el tono empleado—. Si necesitas ropa ya la compraremos cuando llegemos a Sevilla. ¡Vístete! —le ordenó toscamente.

Ana obedeció sin más. No tenía intención de replicar.

«Ayudaría que me explicaras de qué va todo esto», pensó, aunque no se atrevió a verbalizarlo ante Alexander, pues de esa mirada penetrante y cómplice que había visto hacía apenas unos minutos en su rostro ya no quedaba ni rastro.

«¡Qué suerte has tenido Ana! Con todos los hombres apuestos y agradables que hay en el mundo se ha tenido que cruzar en tu camino uno que cuando menos es bipolar».

Lo que Ana no sabía es que el cambio de actitud de Alexander no se debía a lo que ella hubiera podido hacer o decir sino a que fue en el momento en el que ella le mencionó que si iban a estar unos días fuera necesitaba algo de ropa, cuando Alexander tomó consciencia —quizás el ajetreo de la tarde y la noche anterior o simplemente el no querer reconocerlo le impidió hacerlo antes— del peligro al que aquella chica que se había visto envuelta en la lucha contra una red criminal internacional sin saberlo ni desearlo estaba expuesta y del cambio que su vida sufriría si no lograban acabar de una vez por todas con ella. Todos los que estaban intentando desenmascarar a aquel grupo de farsantes y delincuentes o de poderosas y honorables personas tal y como las veía la mayor parte de la sociedad, conocían los riesgos y los peligros a los que se enfrentaban. Todos a excepción de Ana. Ella no estaba ahí por libre elección. No, ella se había visto involucrada en todo aquel asunto solo porque tuvo la poca fortuna de estar en el lugar equivocado en el momento equivocado. Y era precisamente la ingenuidad y la inocencia de la que desde la noche anterior sería su compañera de vicisitudes lo que comenzaba a sacarle de quicio. No sabría todavía decir bien por qué, pero

Ana le gustaba. La atracción inicial que sintió por ella cuando la vio por primera vez en el Puente de Tetuán, intentando levantarse poco después de que Alberto Ayala tropezara con ella y la hiciera caer al suelo, no había hecho más que aumentar. A medida que la iba tratando y pasaba más tiempo con ella la atracción se hacía más fuerte. Era una afección que trascendía de lejos el plano sexual, era un sentimiento mucho más profundo y honesto. Ana le gustaba, y le gustaba de verdad.

Veinte minutos más tarde los dos se encontraban ya en el mostrador de recepción. Una recepcionista joven, lejos aún de la treintena, que hacía poco rato acababa de comenzar su turno les hizo muy amablemente el *check out* de la habitación. Tras pagar la cuenta en efectivo ambos se dirigieron a la salida del establecimiento en donde debieron esperar algunos minutos hasta que un trabajador del hotel llegó con el coche de Alexander, un Volkswagen Golf GTI último modelo de color blanco.

—Oye, siento lo de antes. No he debido hablarte así —se disculpó Alexander justo antes de ver cómo a lo lejos aparecía su coche conducido por un veinteañero alto, muy delgado y bastante desgarbado que trabajaba como aparcacoches para el hotel.

—No importa.

—Lo siento. Imagino que me he agobiado y lo he pagado contigo.

—No pasa nada, de verdad —respondió con una amplia y sincera sonrisa que iluminó su rostro y que le hizo parecer más bella de lo que ya era.

—Bien... Espérame dentro del coche, ¿vale? Tengo que hacer una llamada. En cuanto termine nos pondremos en camino.

—De acuerdo.

Alexander se alejó un par de metros. A través del parabrisas delantero Ana pudo observar cómo durante los algo más de cinco minutos que duró la conversación su rostro cambió varias veces de semblante. Ahora él la miraba fijamente. Acababa de conocer a Alexander, por lo que era arriesgado aventurarse a decir qué significaba la expresión que en ese momento aparecía en su mirada y en su rostro, pero sin temor a equivocarse hubiera dicho que era preocupación y tal vez miedo lo que aquellos bonitos y grandes ojos verdes transmitían.

—Bien, nos vamos —anunció al subir al coche y arrancar el motor.

Según el navegador GPS del coche en aproximadamente dos horas y cuarto o dos horas y media en función de la densidad del tráfico estarían en Sevilla, en casa de su amigo.

—Acabo de hablar con un amigo que ha sido inspector de la Policía Nacional. Aunque está jubilado aún conserva muy buenos contactos dentro del cuerpo y son muchos los que le deben más de un favor. Va a contactar con la Comisaría Provincial y una patrulla se pasará por tu piso —la tranquilizó—. No te preocupes, podemos dejar este tema en sus manos.

—Gracias.

—No tiene importancia. Pero dime, ¿hay algo en tu piso que te pueda identificar? ¿Alguna foto, alguna carta, algún documento que pueda arrojar luz sobre tu identidad?

—No, creo que no.

—¿Crees?

—No lo sé seguro. Llevo solo tres semanas en ese piso. No creo que haya ningún dato personal mío. Y fotos seguro que no hay.

—Mejor así.

—Pero Carolina sí que tiene fotos tuyas en su habitación. Muchas...

—¿Carolina? ¿Quién es ahora Carolina? —preguntó Alexander con exasperación.

—Mi compañera de piso.

—¡Joder! —exclamó con hastío a la vez que golpeaba con sus dos manos el volante del coche.

Carolina Hidalgo tenía tres años menos que Ana. Hacía solo once días que acababa de cumplir los treinta y tres años. Era lo que se podría decir una chica del montón a lo que el físico se refiere pero era muy extrovertida, simpática y una mujer de armas tomar, por ello no era de extrañar que tuviera tanto éxito entre el género masculino. Llevaban compartiendo piso apenas tres semanas y ya le había presentado a tres de sus amantes. Con el último que le presentó, un tal Víctor, se había ido a pasar unos días a Segovia, de modo que hasta el lunes por la mañana no regresaría a Málaga. Ese día trabajaba de tarde. Desde hacía año y medio ejercía de camarera en una cafetería del centro, una de esas con decoración muy moderna, minimalista y con nombre raro en otro idioma que siempre estaba llena de clientes.

Carolina llevaba ya casi un año alojada en aquel piso de la calle Eslava. Aunque estaba acostumbrada a vivir de forma independiente le venía bien compartir unos gastos de alojamiento que cada vez le eran más difíciles de asumir a ella sola, por ello, contando con el beneplácito del dueño, decidió buscar a una compañera de piso. Ana, por su parte, tras pasar algo más de

cuatro años trabajando en una empresa dedicada a la planificación y gestión turística en Barcelona, pasó a engrosar la más que abultada cifra de desempleo del país cuando el nuevo gerente de la empresa se hizo con el cargo y comenzó a hacer una serie de cambios que le llevaron, entre otros, a priorizar la contratación de trabajadores más jóvenes a los que poderles hacer contratos de trabajo en prácticas bonificados. Ante esta situación y dado que llevaba ya bastantes meses sin empleo viviendo de los ahorros con los que contaba y sin perspectiva profesional alguna en el horizonte, no le quedó más remedio que volver al domicilio familiar, un piso situado en la calle Sánchez Albarrán, en el barrio de Ciudad Jardín, en donde había vivido prácticamente toda su vida y en el que aún residían sus padres y sus dos hermanos. Por esa razón, en cuanto encontró un nuevo trabajo en la ciudad, decidió buscar un lugar en el que residir sin que su ya de por sí paupérrima situación económica se viera más diezmada. Así fue como las dos chicas se conocieron y comenzaron a convivir.

«Espero que el dueño no la eche del piso por mi culpa. Ojalá no haya sido mucho el desorden y el destrozo ocasionados». Estos eran los pensamientos que a Ana la angustiaban cuando Alexander dio un volantazo que la sobresaltó, para acto seguido parar el coche en un pequeño aparcamiento del paseo marítimo —justo a la altura de la playa de la Malagueta—, vació a aquellas horas, y coger de nuevo su teléfono móvil.

—Abre la guantera. Coge la libreta y el bolígrafo que hay y anótame una descripción de tu compañera de piso. No solo su descripción física, sino todo lo que sepas de ella: dónde trabaja, si tiene pareja, quiénes son sus amigos, cómo se llaman y dónde viven sus padres, si tiene hermanos... ¡Todo! Da igual si crees que es una minucia, anota toda la información que me puedas dar sobre ella.

Tras unos minutos escribiendo, Ana le pasó la libreta a Alexander con todos los datos que tenía y recordaba sobre su compañera de piso. Este la cogió y salió del coche para volver a hacer otra llamada.

Tras dar toda la información que ella había anotado a su interlocutor — Ana supuso que se trataba de nuevo del inspector de policía—, Alexander entró en el coche y volvieron a emprender la marcha.

—Bien, vamos a hacer una cosa: escribe en una hoja de la libreta todos los números de teléfono que puedas necesitar, porque imagino que no te los sabes de memoria, ¿no?

—Pues no.



—Vale, pues anótalos y cuando acabes apaga tu teléfono y dámelo.

Tras apuntar los números de teléfono móvil de su padre, de su madre, de su hermano Joaquín, de su hermana Eva, de su tía Rosario y de Marta, su mejor amiga, le dio su teléfono a Alexander. Los números de teléfono fijo de casa de sus padres, de sus abuelos y del trabajo no necesitaba anotarlos, esos sí los tenía memorizados.

—Toma —dijo Ana entregándole su móvil—. ¿Para qué...? —dejó la pregunta en el aire al ver como su *smartphone*, sí, ese *smartphone* con el que apenas llevaba un mes y que aún no sabía manejar con soltura, salía volando por la ventanilla del coche primero y era aplastado por el camión que circulaba tras ellos nada más caer en la calzada después—. ¿Pero qué haces? ¿Tú eres tonto? ¿Por qué has tirado mi teléfono?

—Es mejor así. Cuantos menos riesgos corramos mejor. Así en caso de que por cualquier motivo averigüen tu identidad no podrán utilizar tu móvil para localizarte.

—¿Y no bastaba con dejarlo apagado? —preguntó indignada.

—Por si acaso —respondió él con total indiferencia.

Faltaban apenas cinco minutos para las nueve de la mañana y eso significaba que Ana tenía que hacer una llamada. Ese día estaba claro que no iba a poder ir a trabajar.

—Necesito llamar al trabajo para decir que no voy a ir. A estas horas debería estar ya entrando por la puerta de la oficina.

—Coge ese móvil gris —Alexander lo señaló—. A partir de ahora las llamadas que debas hacer las harás desde este móvil. Es irrastreable. Eso sí, solo para llamadas estrictamente necesarias. No para tonterías —especificó muy serio recalcando la palabra tonterías.

—¡Oh, por supuesto! Gracias por la observación, de no haberla hecho me hubiera pasado todo el día llamando a mis contactos desde este móvil prehistórico que no sé si emite ondas o si por el contrario hace señales de humo —respondió con el tono más irónico que le fue posible.

Nuevamente una fina sonrisa se dibujó en la boca de Alexander. A aquel juego parecía que sabían jugar los dos.

—Vale que no es un móvil de última generación pero cumple bien su cometido. Lo que quieres es hacer una llamada, ¿no? Pues para eso mismo sirve.

Exactamente a las nueve y dos minutos Ana llamó al trabajo. Distorsionando un poco la voz y tosiendo alguna que otra vez Ana hizo creer

a la compañera que le cogió el teléfono que estaba bastante enferma. Ese día no podría ir a trabajar. Esperaba poder estar de vuelta el lunes.

—No se te da nada mal mentir.

—Pues aunque no lo creas no estoy acostumbrada a hacerlo, pero en este caso mejor mentir que decir la verdad. De todas formas si les hubiera dicho que ahora mismo estoy subida en un coche con un tío que conocí anoche, que quizás sea medio psicópata —Ana también recalcó la palabra psicópata—, que vamos rumbo a Sevilla para reunirnos con un amigo suyo que vete tú a saber cómo es, y que todavía no sé por qué lo estoy haciendo, tampoco me iban a dar mucha credibilidad, ¿no te parece?

—Ja ja... ¿Psicópata? ¿Yo? Ya veo... Pues para haber pasado la noche en la cama con un psicópata no has acabado nada mal. De hecho cualquiera diría que dormías muy plácidamente.

—¿Me estuviste mirando mientras dormía? —preguntó entre sorprendida y abrumada.

—Solo cuando tus ronquidos me desvelaron.

—¡Idiota! ¡Yo no ronco! —aclaró mientras le daba una ligera palmada en el brazo derecho y ponía cara de más ofendida de lo que realmente estaba.

—Ja ja... Bueno, si lo prefieres, lo dejamos en que respiras bastante fuerte.

Tras cincuenta minutos de camino circulaban ya por la auto-vía A-45, la que conecta las ciudades de Córdoba y Málaga. Una vez pasaran la ciudad de Antequera solo tendrían que incorporarse a la autovía A-92, el gran eje de comunicación este-oeste de Andalucía y el mismo que une la capital regional con la ciudad de Almería. Siguiendo esta sin pérdida llegarían a Sevilla.

—Ya que parece que vamos a estar un tiempo juntos no estaría de más que nos fuésemos conociendo mejor. No me gustaría que continuaras pensando que soy un psicópata o... medio psicópata me has llamado, ¿cierto?

Ana miraba en ese instante por la ventanilla del coche. Se encontraba absorta en sus cavilaciones y ni siquiera reaccionó.

—Ana —insistió, captando ahora sí su atención.

—Sí, perdona, dime —dijo ella incorporándose en el asiento del copiloto y mirando a su acompañante.

—¿Por qué no me hablas de ti? Quisiera saber más acerca de mi compañera de viaje —dijo lanzándole una fugaz mirada.

—¿Qué quieres saber exactamente?

—No sé... Algo sobre ti. Solo sé que te llamas Ana Castro y que vives

en Málaga, en un piso que compartes con una chica llamada Carolina.

—Ya sabes de mí más que yo de ti —se quejó—. Pero vale, pregunta y te responderé... o no —dijo Ana con esa característica sonrisa suya que tanto había encandilado a Alexander.

A pesar de que a este le hubiera gustado solventar algunas dudas más de índole sentimental, se limitó a preguntarle a Ana por aspectos que consideró más triviales y desde luego menos íntimos. Se acababan de conocer y no creyó oportuno hacer otra cosa. Puede que él gozara de ese extraordinario sexto sentido que le permitía hacerse una idea clara de cómo eran las personas que le rodeaban; un sexto sentido que hacía que su primera impresión siempre hubiera sido la acertada, pero era consciente de que la mayor parte de habitantes del planeta carecían de tal don. Mejor empezar poco a poco y con preguntas simples y ordinarias.

—Vale, pues... ¿Dónde trabajas?

—Llevo casi un mes trabajando en M&C Soluciones Empresariales. De hecho, aún estoy a prueba. Es una empresa que se dedica a la consultoría y asesoramiento de otras empresas, principalmente grandes corporaciones que por algún motivo han empezado a tener algún que otro problema financiero. Aunque también hay un departamento que asesora y guía en sus iniciativas a los nuevos emprendedores, pero esta no es la actividad principal ni desde luego la que más beneficios reporta. Por lo que he leído en Internet y por lo que me han comentado los compañeros M&C es una sociedad bastante importante que tiene delegaciones en diferentes países europeos.

—Está genial entonces, ¿no?

—Imagino que sí —contestó de forma apática y sin ninguna convicción.

—¿No te gusta ese trabajo? —preguntó tras unos segundos.

—Supongo que no es lo mío. Soy licenciada en Geografía y he hecho un máster en Análisis y Gestión del Territorio, el asesoramiento a empresas la verdad no es que me apasione. De haber querido trabajar en este sector hubiera estudiado otra cosa.

—Entiendo. ¿Y qué haces exactamente? ¿Cuáles son tus tareas?

Ana volvía a mirar por la ventanilla, perdida nuevamente en sus pensamientos —qué no habría dado Alexander por tener también un don que le permitiera saber lo que a Ana estaba rondándole por la cabeza.

En lo más alto un bellissimo cielo de color azul claro moteado por pequeñas nubes blancas que parecían algodón y a lo lejos unos árboles que ya vestían por completo los colores ocres del otoño trasmitían una placentera

sensación de quietud y sosiego. El sol a esa hora empezaba ya a calentar. Iba a ser un día radiante. Otro más. Era principios de noviembre y las temperaturas eran anormalmente altas y la falta de precipitaciones un problema cada vez más acuciante. Sin duda, y a pesar de lo que pudieran defender los negacionistas, los efectos del cambio climático se hacían cada vez más palpables.

—Tareas administrativas.

—¿Qué? —preguntó Alexander volviendo a la conversación que habían dejado interrumpida.

—Que lo que hago en el trabajo son tareas administrativas: atiendo el teléfono, redacto y contesto correos electrónicos, redacto cartas, hago pedidos a proveedores, hago recados y cosas de esas. Y sobre todo hago fotocopias. Sí, soy una experta hacedora de fotocopias —sentenció irónica y amargamente.

—Ja ja...

—¿De qué te ríes? ¡No te rías de las desgracias ajenas! —le advirtió.

—Perdona, perdona... No me río de eso, simplemente me ha hecho gracia el imaginarte como experta hacedora de fotocopias.

—Pues así es, y eso no es todo, además de saber hacer unas magníficas fotocopias, después de casi un mes, soy también técnico especialista en arreglos de maquinaria de estampado de palabras en un papel. No hay impresoras ni fotocopiadoras que se me resistan. Ya no.

—Ja ja... —Alexander volvió a soltar una sonora carcajada—¿Y se puede saber cómo has llegado hasta ahí?

—¿Que cómo he conseguido este trabajo?

—Eso es.

—Vi una oferta de M&C Soluciones Empresariales en un portal de empleo en Internet. Necesitaban un auxiliar administrativo, envié mi currículum y contra todo pronóstico me cogieron a mí. Supongo que el director de recursos humanos, quien me entrevistó, pensó que era idónea para el puesto —eso era lo que creía o al menos quería creer Ana, aunque lo cierto era que el señor Fernández, Diego Fernández, el director de recursos humanos de la empresa, un hombre algo mayor que ella, bastante engreído y prepotente pero también muy coqueto y zalamero y a la postre hijo de uno de los socios de la empresa, no le dio el puesto porque pensara que era apta para el mismo o desde luego esa no fue su principal motivación. Cuando Diego Fernández conoció a Ana lo primero que vio en ella fue a la candidata

perfecta para acrecentar su ya de por sí vasta lista de conquistas y amantes—. No sé... Pero, ¿acaso dudas de mis extraordinarias capacidades profesionales?

—No, desde luego que no... ¿Y eres de Málaga?

—Sí y además casi siempre he vivido aquí. Me encanta la ciudad, la forma de ser y de vivir que tiene la gente, el clima, la luz que hay...

—La playa...

—Bueno, aunque no lo creas no es lo que más me gusta. Me agrada más en otoño o invierno que el resto del año. En cuanto las temperaturas empiezan a invitar a un baño, todo comienza a masificarse y la ciudad pierde un poco su identidad. De todas formas en verano mi familia se traslada a Colmenar, el pueblo de mis padres y si puedo yo también me voy para allá, por lo menos los fines de semana. Así que ya ves que no es la playa lo que más me ata a esta ciudad.

—¿Colmenar? No me suena, ¿dónde está?

—Es un pueblo de la Axarquía. Está a unos treinta kilómetros de Málaga. Allí siguen viviendo mis abuelos, varios tíos y primos. Mis padres compraron una casa en el pueblo y vamos con mucha frecuencia, además de pasar los meses de verano allí, claro.

—¿Tienes hermanos?

—Dos. Un hermano, Joaquín, y una hermana, Eva. Ella es la pequeña y yo la mayor. Y... creo que ya te he contado suficiente, ¿no? Si quieres que siga hablando de mí tendrás que contarme algo de ti. Es lo justo.

—Lo justo —dictaminó—. Bien, pregunta.

—Vale, a ver... ¿por dónde empiezo?

Ana lanzó toda una batería de preguntas a Alexander pero al igual que él, todas ellas de lo más comunes e inocentes. Así se enteró de que su familia paterna era de Múnich y que allí es donde él había nacido y vivido durante años, de que su familia materna era y residía en Córdoba y de que por ello tenía tanta y tan buena relación con España, que era el segundo de cinco hermanos, tres chicos y dos chicas, que había estudiado en la Facultad de Ciencias de la Universidad Autónoma de Madrid, que era licenciado en Ciencias Ambientales y que actualmente trabajaba para el Servicio de Investigación del OAPN (Organismo Autónomo Parque Nacionales), que había estado desarrollando su actividad profesional en el Parque Nacional de Picos de Europa y más recientemente en el de Ordesa y Monte Perdido, pero que ahora se encontraba en excedencia porque según le dijo, en esos

momentos tenía otros asuntos entre manos que hacían que su trabajo hubiera quedado relegado a un segundo, tercer o cuarto lugar.

Tras un buen rato charlando y una vez parecía que tanto Alexander como Ana habían satisfecho, aunque sea en parte, su curiosidad con respecto a la vida del otro, ella volvió a la carga, ahora haciendo una de las preguntas de más sentido común de cuantas podía haber formulado dada la situación en la que se encontraban, pero que fue la culpable de que la buena atmósfera que durante ese tiempo se había creado entre ambos se disipara en apenas milésimas de segundo.

—¿Me vas a decir ya de qué va exactamente todo esto?

De repente en el interior del vehículo se hizo un incómodo silencio. Alexander volvió a ponerse tenso. Miraba fijamente al frente y asía el volante con tanta fuerza que sus nudillos cambiaron de color y se tornaron blancos, muy blancos. Estaba sopesando si contarle o no todo a Ana. Mientras, ella desde su asiento lo miraba ansiosa por recibir una respuesta que la ayudara a entender qué pintaba una mujer que siempre había tenido una vida tan común y tan normal como ella en aquella historia.

—No es el mejor momento.

—¡Ah, no! Y según tú, ¿cuándo será buen momento?

—Cuando estemos en casa de Torm. Entonces.

—¿Torm? ¿Quién es Torm?

—Mi amigo, al que vamos a ver. Ya te lo dije anoche.

—Torm... —repitió Ana casi por inercia.

«¿Torm? ¡Si eso es nombre de perro!», pensó.

## Capítulo 4

*Sevilla, viernes 3 de noviembre de 2017*

Hacía casi dos horas que habían salido de Málaga, por lo que estaban ya a la altura del municipio de Carmona. En una media hora llegarían a la capital.

—Alexander.

—¿Sí?

—Todo va a ir bien, ¿verdad? Quiero decir... Aún no sé de qué va esto, pero estoy convencida de que tiene que ser algo muy gordo y muy peligroso. Necesito poder aferrarme a la idea de que pase lo que pase todo acabará bien —la noche pasada estando en la terraza de la habitación del hotel tuvo la certeza de que todo saldría bien, pero esa certeza se había disipado, al menos en parte, y lo que hacía apenas unas horas creyó como algo seguro era ahora incierto y agobiante—. Todo va a acabar bien, ¿a que sí?

—Sí. Todo va a salir bien —afirmó Alexander apartando momentáneamente la vista de la carretera y mirando a los ojos a Ana—. Los buenos siempre ganan, ¿no? —intentó infundir ánimo a su acompañante.

—En los libros y las películas sí —respondió, aunque se abstuvo de expresar lo que en su cabeza realmente se estaba elucubrando. Lo último que necesitaba era verbalizar ideas negativas, pero le fue inevitable pensar en todas las personas malas que llenaban a diario las portadas de los periódicos o que abrían los noticiarios de medio mundo, en sus acciones y en el inmenso dolor que dejaban tras de sí. Por desgracia los malos ganaban con demasiada frecuencia—. En los libros, en las películas... y en la vida real, ¿por qué no? —agregó al rato con entusiasmo. Esa era Ana. Más positiva, más valiente y con más determinación de lo que ella misma se imaginaba. «No es tarde para contribuir a hacer que esto cambie», pensó.

Ana se recostó en el asiento del copiloto y volvió la cabeza hacia la derecha para contemplar el paisaje cada vez más urbano. Alexander la miró de soslayo aunque el tiempo suficiente como para reparar en la más que evidente magulladura que presentaba entre el mentón y la mejilla izquierda y que hasta ese momento le había pasado inadvertida. Volviendo a concentrarse en la carretera deseó con todas sus fuerzas que sí, que todo aquello saliera

bien. Por Ana, por él y por todos los que en algún momento habían sufrido los embates de HADES.

El molesto ruido que emitían las tripas de uno y otra les recordó que aún no habían desayunado. Además de reponer fuerzas, Ana necesitaba también comprar algo de ropa, así que decidieron pasar por un centro comercial antes de dirigirse a casa de Torm.

Eran las once y treinta y cinco cuando dejaron el Volkswagen Golf en el aparcamiento del Nervión Plaza, el centro comercial que quedaba cerca de la casa de Torm y que se encontraba a las espaldas del estadio del Sevilla Fútbol Club. Habían tardado algo más de lo previsto debido a que la calle que ellos tomaron para llegar al barrio de Nervión estaba en obras. Al parecer hacía poco que había estallado allí una tubería y entre el agua que salió despedida y la tierra del socavón que el estallido abrió y la que los operarios que estaban intentando solucionar el entuerto estaban extrayendo, la calle se encontraba impracticable, estaba toda llena de lodo. Como ese imprevisto el GPS del coche no lo podía prever se metieron de lleno en todo aquel meollo. El flamante coche blanco de Alexander lucía ahora unos feos salpicones marrones. Las ruedas del coche y los bajos del mismo estaban también completamente embarrados.

—¡Joder, si estaba recién lavado! —exclamó Alexander nada más descender del coche y ver lo sucio que había acabado—. Con lo limpio que estaba y nos hemos tenido que meter en ese barrizal —se lamentó sin ser consciente de que el hecho que tanto le desagradó sería el que acabaría salvándoles la vida—. Bueno, a ver... Conozco una cafetería aquí al lado en donde podemos desayunar. ¿Te parece si vamos ahí y luego volvemos a comprar la ropa? —sugirió.

—De acuerdo, por mí perfecto —aprobó ella con ímpetu.

Salieron del centro comercial y a escasos cien metros a pie se encontraron con la Cafetería Bar Bocaíto. Alexander ya había estado allí en un par de ocasiones con Torm. A esa hora el local todavía estaba bastante concurrido y se sentaron en la única mesa que quedaba libre, la más cercana a la puerta de entrada. Ana pidió un vaso de zumo de naranja natural, un descafeinado con leche y una tostada con aceite de oliva y jamón serrano. Alexander decidió imitarla, pero cambió el descafeinado por un café solo y



bien cargado. Necesitaba una buena dosis de cafeína en sangre.

Ambos estaban hambrientos. Ana había cenado la noche pasada pero Alexander no había tomado nada desde el café vespertino del día anterior. Por ello una vez que el camarero, un hombre de mediana edad con un marcado acento sevillano, les trajo lo que habían pedido los dos se abstraieron por completo del mundo y solo se concentraron concienzudamente en engullir aquel magnífico desayuno que tanto estaban necesitando. Es como si durante unos minutos la Tierra hubiera dejado de girar, como si el tiempo se hubiera detenido y solo existieran ellos dos y sus respectivas tostadas de jamón.

A casi dos kilómetros de donde ellos se encontraban desayunando, Kay y los otros tres matones los buscaban sin cesar. Estaban fuera de sí, furiosos y maldiciendo en varios idiomas su mala suerte.

Una extensa lista de improperios salió de la boca de Kay Scheider en cuanto se dio cuenta de que habían perdido a los objetivos. Cuando llegaron a la calle en la que había estallado la tubería y que en ese momento ya sí estaba completamente cerrada al tráfico —una valla y un policía local en la entrada de la misma impedían la circulación por esa vía—, se vieron atrapados sin saber cómo en un monumental atasco y un inmenso estruendo de cláxones y gritos. En un intento por salvar la situación, Kay, dejando a Foley en su interior, salió del vehículo y como un curioso más de tantos como allí se habían concentrado recorrió dos veces la calle, primero en un sentido y después en el otro, con la intención de averiguar si el coche de Alexander se encontraba parado donde la señal del localizador —el que el día anterior le había colocado— indicaba.

«Quizás esté por aquí estacionado», se dijo. De haber encontrado el coche vacío, sin sus ocupantes, la cosa ya pintaría mal porque desconocían por completo adónde habían podido ir, y allí había decenas de edificios y en cada uno de ellos decenas de pisos, pero dado que no había ni rastro del coche la cosa era aún peor. En el lugar en el que supuestamente debía estar el coche solo encontraron a un obrero que manguera en mano se afanaba por limpiar aquel desaguisado.

«¿Y qué mierda hacemos ahora? ¿Recorreremos toda Sevilla en busca de un Volkswagen Golf blanco?».

Como no deseaban que pudieran sospechar que alguien les seguía, los dos coches, el Audi A6 negro en el que viajaban Kay y Foley y el BMW X3, también negro, de Podolski y Miranda se mantuvieron en todo momento a una distancia prudencial. Se relajaron porque el localizador que habían puesto en el coche de Alexander evitaría que pudieran perderle la pista. Sin embargo, no contaban con que todos los bajos de su coche se embarraran al entrar en aquella calle y que la escurridiza capa de barro acumulada hiciera que el localizador se despegara. Y allí estaban ahora, sin saber qué hacer y temiendo tener que comunicar a Martin Hoffmann su fracaso. Si cuando a primera hora de la mañana Kay lo llamó para informarle sobre el giro inesperado experimentado por los acontecimientos: no tenían el *pendrive*, Foley y Podolski habían sido noqueados por un desconocido que entró en escena cuando ya estaban saboreando el éxito de la misión y además tenían la certeza de que el causante de semejante revés no era otro más que Alexander, Martin ya se había mostrado colérico e indignado, no quería pensar en qué pasaría cuando le dijese que los habían perdido y que no tenían ni la más remota idea de dónde podían estar.

Ya habían acabado con la comida que había encima de la mesa cuando Alexander primero y Ana pocos segundos después comenzaron a palidecer. Estaban escuchando y viendo las imágenes que la televisión emitía. Acababan de interrumpir el programa matinal de Canal Sur, la televisión autonómica, para dar un avance informativo. Al parecer a última hora de la noche anterior un grupo de jóvenes había encontrado el cadáver de un hombre flotando muy cerca de la orilla en la playa de la Malagueta, en la capital de la Costa del Sol. Por lo visto los chicos regresaban a casa tras haber estado celebrando el cumpleaños de uno de ellos y decidieron bajarse a la playa y caminar un rato por la arena, y fue entonces cuando se percataron de que había algo flotando cerca de ellos. Cuando iluminaron con la linterna de sus móviles lo que a priori les pareció una gran bolsa de plástico, se dieron cuenta de que lo que estaba siendo arrastrado por el oleaje del mar era en realidad una persona. A falta de confirmación oficial todo hacía indicar que la víctima no era otro sino el reputado periodista asturiano, miembro de la Asociación Internacional de Periodistas Independientes, Alberto Ayala. La hipótesis del ahogamiento accidental fue descartada en cuanto la policía llegó

al lugar del hallazgo y comprobó que el cuerpo del fallecido presentaba un único disparo en la cabeza con orificio de entrada y salida, lo que mostraba que este se produjo a muy corta distancia. Aunque aún tenían que esperar a los resultados del análisis forense, todo parecía indicar que tampoco se había tratado de un suicidio. Todas las líneas de investigación estaban abiertas pero en esos momentos las autoridades competentes barajaban como posibles causas de la muerte el ajuste de cuentas —Ayala era un periodista bastante incómodo para ciertos grupos de presión— o el robo con violencia, pues todas sus pertenencias de valor habían desaparecido: su cartera, su móvil y su reloj.

Por ahora esos datos eran los que podían facilitar los medios de comunicación. La juez que se hizo cargo del caso había decretado el secreto de sumario y por el momento poco más podían aportar.

Cuando aún no habían tenido tiempo de digerir aquella información saltaba la noticia sobre la confirmación de la identidad del fallecido. En efecto, se trataba del periodista Alberto Ayala Carrión, de 46 años y natural del concejo de Mieres. Estaba casado y tenía dos hijos de ocho y once años. La información fue acompañada de la imagen con el rostro de Ayala. En la foto que la televisión estaba emitiendo, aquel hombre de pelo escaso, corto y moreno, cara redonda, ojos marrones y grandes y labios finos, portaba las mismas gafas redondas, metálicas y doradas que las que llevaba el día anterior, esas mismas gafas que según Ana le hacía tener pinta de intelectual.

—¡Ese es...!

—¡Calla! —le ordenó Alexander al instante—. ¡Vámonos!

Mientras Alexander fue a la barra a pagar la cuenta, Ana se puso de pie pero aún se quedó apoyada en la mesa. Sentía que no podía mantener el equilibrio, se sentía mareada, tenía el estómago revuelto y por un momento dudó siquiera que siguiera respirando.

—¡Vamos, salgamos de aquí! —dispuso Alexander mientras agarraba a Ana del brazo para ayudarla a caminar. En aquel momento agradeció que la única mesa que quedara libre cuando entraron al bar fuese la más cercana a la puerta.

Hicieron el mismo recorrido que antes pero ahora a la inversa. Los cien metros que debían andar hasta llegar al coche parecían haberse convertido en kilómetros. Alexander llevaba a Ana casi a la rastra, si no se desplomaba sobre el suelo era únicamente porque él la asía con fuerza por la cintura. Las personas con las que se cruzaron, que a esas horas de la mañana

no fueron pocas, los miraban escrutándolos. Tenían que llegar a casa de Torm enseguida. Calculó que no estaría a más de quinientos o seiscientos metros, pero con Ana así era sumamente difícil llegar andando. Una vez llegaron al aparcamiento Alexander ayudó a Ana a entrar en el coche. Sopesó si ir a pagar el tique del aparcamiento y salir de allí inmediatamente o si por el contrario entrar en el coche él también y concederse un tiempo para asimilar aquel golpe. Optó por lo segundo. «Solo un momento. Necesito un momento», se dijo. Cuando entró en el coche la mujer lloraba afligida y balbuceando pedía a Dios que los sacase de tan tremendo embrollo. Alexander también estaba destrozado aunque él no lo demostrara de forma tan evidente, con gusto él también se hubiera desahogado si no fuese porque hacía tanto tiempo que no lloraba que parecía haber olvidado cómo se hacía. No obstante, era él quien iba a reunirse con Alberto Ayala, él era el destinatario de la información que le había costado la vida y que había dejado sin marido a aquella mujer y sin padre a aquellos críos. Él no había ejecutado a Ayala, no, pero le era imposible no sentirse en parte culpable.

Estando ya en el interior del coche entró a su móvil una llamada. Era Torm. Sabía que debía coger el teléfono y tranquilizar a su amigo. Sin embargo lo que hizo fue silenciarlo y meterlo en la guantera para no oírlo ni verlo. Al menos durante un rato quería abstraerse del mundo, pensar solo en él. Cerró los ojos y se concentró en su respiración, al principio demasiado agitada y conforme pasaban los minutos cada vez más pausada. Llegó a olvidar incluso que Ana estaba allí, en el asiento de al lado, sollozando. Esa era su forma, la que le habían enseñado y la que mejor le funcionaba, de relajarse y de coger fuerzas para poder seguir adelante.

## Capítulo 5

*Madrid, martes 9 de junio de 1992*

Eran algo más de las siete de la tarde y Luis Diéguez se encontraba nervioso mirando el reloj de pared del salón. Estaba sentado en el sofá con la televisión apagada y las luces del techo encendidas. Hacía casi dos horas que Mariola, su mujer, lo había llamado para decirle que salía ya del trabajo y que lo recogería en casa. Aprovechando que Mariola llevaba días en los que en la redacción no estaba habiendo mucho trabajo y que no tendría problema para salir antes, Luis y ella habían quedado esa tarde para ir a comprar algunas cosas para Natalia, la hija que esperaban y que si los cálculos eran correctos nacería a finales de agosto. El trayecto en coche desde su trabajo a casa apenas duraba cuarenta minutos, por eso Luis pensó que habría bastante tráfico o que quizás Mariola hubiera tenido que volver a la redacción por algún tema urgente y que se había olvidado de llamarle para avisarle del retraso como en otras tantas ocasiones le había ocurrido. Mariola era una apasionada de su trabajo, era periodista de la prestigiosa revista *Crónica Investigación* y la autora de varias investigaciones y reportajes sobre corrupción y delitos medioambientales que habían creado gran expectación entre la opinión pública y que habían dejado en evidencia y puesto en graves aprietos judiciales a relevantes políticos y empresarios españoles de la época. Su profesionalidad, su integridad y credibilidad y el corazón que ponía en su trabajo eran sus principales cualidades y aquellas que la habían convertido en un referente dentro de un sector que por desgracia con demasiada frecuencia se vendía al mejor postor. Ahora Mariola estaba trabajando en otra investigación de la que Luis no sabía mucho, puesto que siempre que preguntaba a su mujer a este respecto ella contestaba de manera evasiva y sin aportar apenas detalles, pero él sabía que lo que se traía entre manos era algo importante. Lo intuía. Notaba a su esposa algo nerviosa e incluso podría decirse que un poco paranoica. Además era la primera vez que ella rehusaba comentarle algo sobre la investigación en la que estaba trabajando. Había algo en ese asunto, fuese cual fuese, que a Luis no le gustaba y que le estaba empezando a preocupar.

A las siete y veinte sonó el teléfono. Luis no tuvo que cogerlo para saber

—algo en su interior se lo estaba diciendo—, que aquella llamada transformaría su vida.

—Hola, ¿Luis Diéguez? por favor.

—Sí, soy yo.

—¿Es usted el marido de Mariola Sáez de la Peña?

—Así es. ¿Por qué? ¿Qué pasa? ¿Quién llama? —preguntó angustiado.

—Me llamo Gerardo García, soy sargento de la Guardia Civil. Le llamo para informarle de que su mujer ha tenido un accidente de tráfico y ha sido trasladada al Hospital La Paz.

—¿Está bien? —quiso saber sin que de su boca pudiera salir más que un hilo de voz casi apagado.

—No sabría decirle. El vehículo que conducía ha colisionado contra una defensa de la mediana de la carretera de circunvalación M-30. Parece que el golpe ha sido bastante fuerte pero han estado un buen rato reanimándola y cuando la han subido a la ambulancia estaba ya recobrando el conocimiento. Los equipos sanitarios desplazados hasta aquí han hecho todo lo que estaba en sus manos. Pero, lo siento, no puedo decirle más, ni sobre el estado en el que se encuentra su mujer ni sobre las circunstancias del accidente. Es demasiado pronto.

—Gracias —es lo único que acertó a decir Luis antes de colgar el teléfono y echarse a llorar.

## Capítulo 6

*Brighton, domingo 3 de enero de 1993*

Hacía un par de horas que Alexander había llegado a la ciudad acompañado de sus padres, Markus Hoffmann y Elena Vargas, y de Kay Scheider, como decía su abuelo Martin, el mejor, el más eficaz y el más fiel de los trabajadores de su familia, un hombre corpulento con aire de marino norteamericano, con el pelo rapado, cara de pocos amigos y áspero en el trato. Tras pedir un típico plato de *fish&chip*, que Alexander apenas probó, en el Brighton Pier y dar un breve rodeo por la zona con la intención de que este se familiarizase con el entorno en el que, si no había ningún contratiempo, pasaría sus próximos tres años de vida, se dirigieron a Dyke Road.

Por mucho que su madre le enumerara una y otra vez y durante todo el trayecto los incontables beneficios que su paso por aquel internado iba a tener para él y su futuro, Alexander era incapaz de ver algo positivo en el, según él, destierro al que lo sometía su propia familia. Y es que Alexander tenía la certeza de que en esos momentos no se encontraba a las puertas de un viejo edificio de finales del siglo XIX ubicado en Dyke Road, en el centro de la ciudad inglesa de Brighton, porque su familia estuviera preocupada por su educación. No, más bien es que se había convertido en un molesto miembro de la pudiente y todopoderosa familia Hoffmann, y trasladarlo a más de mil kilómetros de distancia de su residencia habitual, de sus amigos, de su familia y en definitiva, de su vida, se había visto como la mejor opción, o como el mejor castigo, porque así es precisamente como lo veía él, como un castigo por haberse enfrentado a su abuelo y haber mostrado, lo que todos los que lo conocían ya intuían, unos fuertes principios morales.

Normalmente, en el BC Academy, uno de los internados más elitistas y con mejor reputación de Reino Unido, famoso por sus resultados académicos y por acoger entre sus muros a los hijos de los empresarios, políticos y profesionales liberales más ilustres y selectos del panorama internacional, los domingos por la tarde no se atendían nuevos ingresos, aunque como pensaba Alexander, tampoco era normal que a mitad de curso aceptaran nuevos alumnos y allí estaba él ahora, portando su gran maleta de color verde —su color favorito— y a punto de cruzar el umbral de la puerta que daba acceso al

interior de aquel internado que para bien o para mal marcaría su existencia.

Después de despedirse con gran pesadumbre de sus padres y de que Barnett Smith, el director del colegio, un hombre alto y muy delgado con pelo corto y rubio y duras facciones, lo acompañara hasta su despacho y le explicara cuál iba a ser su rutina a partir del día siguiente y de que sobre un plano del recinto, que después le dio, le explicara donde estaban las aulas, la zona para la práctica de deportes o actividades extracurriculares o los dormitorios entre otros, Alexander acompañado del supervisor Alan Jones, que así le dijo que se llamaba, se trasladó hasta el que sería su dormitorio durante el tiempo que permaneciera allí. Alan era diametralmente opuesto al señor Smith en lo que al físico se refiere: un hombre de mediana estatura, con algún kilo de más, pelo castaño oscuro y cara de bonachón, y que, como Alexander supo después, solo llevaba trabajando allí desde mediados del mes pasado.

El hecho de que el BC Academy fuese uno de los mejores internados británicos, que ofreciera a sus alumnos una educación de gran calidad y una férrea disciplina, que tuviera unas magníficas instalaciones y que de él hubieran salido senadores, asesores políticos, fiscales, grandes empresarios e incluso algún primer ministro —lo que había hecho aumentar el prestigio de la institución—, no hacía que Alexander se sintiera mejor y más a gusto. No era allí donde él deseaba estar, y por ello, desde el primer momento, aquel le pareció el lugar más sombrío, triste y deprimente del mundo.

A las seis de la tarde, la hora en la que en el BC Academy se cenaba, tal y como le había informado Barnett Smith, Alexander aún se encontraba en su dormitorio. No había bajado al comedor, no tenía hambre. Llevaba más de media hora sumido en la oscuridad de la habitación, tirado encima de la cama, llorando desconsoladamente. Entre sollozo y sollozo, una plegaria, un ruego a ese Dios al que tan abandonado había tenido y al que ahora se aferraba con toda su alma.

No, definitivamente no era ese el lugar en el que Alexander quería estar y eso que aún no había conocido a su compañero de cuarto.

*Lunes 4 de enero de 1993*

Eran las siete de la mañana y para Alexander y para el resto de alumnos



del internado eso significaba que había llegado la hora de levantarse, ducharse y vestirse para comenzar la jornada. Era su primer día de clase: profesores nuevos, compañeros nuevos y nuevas actividades. Se encontraba frente al espejo en el aseo comunitario del tercer piso, el que le había sido asignado dado que su dormitorio también estaba ubicado en esa planta. A esa hora de la mañana unos ojos apagados, sin brillo e inmensamente tristes y unas grandes bolsas negras bajo los mismos eran la prueba más que evidente de que se encontraba en un estado lamentable tanto físico como mental. La tarde anterior se había pasado varias horas llorando, apenas había comido en las últimas veinticuatro horas y no había podido conciliar el sueño en toda la noche. Tenía la cabeza embotada y por supuesto que no tenía ánimo alguno para encarar el comienzo de esa nueva etapa de su vida. Por si fuera poco, su compañero de habitación, un chico estadounidense de dieciséis años llamado Jack Brown —eso le comentó el supervisor cuando lo acompañó a su cuarto—, era el típico jovenzuelo altanero, repelente y tirano acostumbrado a salirse siempre con la suya, o eso es al menos lo que a Alexander le pareció cuando a las diez de la noche del día anterior lo vio entrar en la habitación que compartían, cerrar la puerta de un fuerte portazo y lanzarle una fría y amenazante mirada sin que siquiera mediara saludo o palabra alguna.

Tras asearse y antes de bajar al comedor, situado en la planta baja, para el desayuno, Alexander se vistió con el uniforme del BC Academy: un pantalón gris marengo, camisa blanca, jersey azul petróleo con el escudo del colegio, corbata también azul y blanca y zapatos negros, que le habían dado nada más pisar el internado y de cuya compra se había encargado con anterioridad Angélica Oliveira, una de las dos sirvientas de su familia, una mujer ya en la cincuentena que trabajaba para la familia Hoffmann desde que hacía trece años llegara a Múnich desde su Viana do Castelo natal, una ciudad del norte de Portugal muy próxima a la frontera con España, y se presentara en la residencia familiar con una carta de recomendación dirigida a la señora de la casa, a Anke Hoffmann, su abuela. Una mujer que a falta de los suyos propios había tratado y cuidado a Alexander y al resto de sus hermanos como a unos hijos y que el día anterior había llorado tanto o más que su madre al tener que despedirse de él.

Durante todo el día Alexander se mostró distante, solo respondió al saludo de algunos de sus compañeros y contestó cuando algún profesor le hizo alguna pregunta. Se pasó el día de aquí para allá, yendo de una clase a otra, del comedor al aula de estudio, de las aulas de actividades extraescolares

a la zona de práctica de deportes, y en todo momento solo, observando a aquellos con quienes se cruzaba. Examinando a los alumnos con los que coincidía, a los profesores, al supervisor e incluso al director Barnett Smith. Ese día todo y todos eran nuevos para él. Aunque por su actitud en ese primer día en el BC Academy se pudiera pensar que Alexander era un chico introvertido, lo cierto es que no lo era. Nunca lo había sido. Tan solo era algo solitario y bastante prudente.

Para las nueve de la noche —la hora del tiempo libre antes de irse a acostar—, Alexander ya se había hecho una ligera idea de cómo funcionaba aquello, de a quién podría acercarse y de quién debería alejarse. Esa era una rara pero provechosa habilidad que tenía desde pequeño, como un sexto sentido profundamente desarrollado que le permitía intuir cómo eran las personas que le rodeaban con solo observarlas durante un reducido espacio de tiempo. Para aquella hora ya sabía que lamentablemente su primera impresión con respecto a Jack Brown estaba muy cerca de ser la acertada, pues en todo el día no había hecho otra cosa más que amedrentar a otros alumnos, algunos incluso varios años más pequeños y, en todo caso, a aquellos a los que consideraba más débiles que él. Le había tocado compartir habitación con el matón del internado, con el líder de aquella pandilla de descerebrados sin personalidad que le reían las gracias y le ayudaban a infundir miedo a otros sin motivo aparente.

Encontrarse con Jack era justo lo contrario de lo que necesitaba. Su último encuentro con otro arrogante y consentido niño rico acabó en la violenta pelea que le había llevado hasta aquel internado. En ello estaba pensando Alexander, sentado en uno de los sillones de la zona común, cuando notó como un chorro de agua fría le caía en la cabeza para después irle bajando por la cara y el cuello hasta empaparle parte del jersey de su uniforme. Delante de él, cabezas cabizbajas y miradas compasivas se mezclaban con otras que parecían expectantes y divertidas, y detrás de él, solo risas. Las risas de Jack Brown y de tres de sus secuaces.

«Lo que mal empieza mal acaba», se decía mientras ya en su dormitorio se quitaba primero el jersey mojado y luego el resto de la ropa, para a continuación ponerse el pijama y meterse en la cama. Era su segundo día en aquel lugar y ya se había convertido en el nuevo objeto de burla y distracción de Jack Brown.

Había dejado pasar la afrenta. Sentado en aquel sillón con la cabeza, la cara, el cuello, la camisa y el jersey mojados, viendo las miradas del resto de

alumnos, escuchando sus risas y sus comentarios había sentido miedo, pero no miedo de Jack Brown ni de su pandilla ni de lo que estos pudieran hacer. Los había analizado y sabía bien que eran unos cobardes que darían un paso atrás en cuanto alguien les hiciera frente. Su temor venía fundamentado más bien por la posibilidad de que se dejara llevar de nuevo por esa ira incontrolable que hacía menos de un mes se había apoderado de él y que había hecho que tres chicos de su edad acabaran en el hospital. Alexander no era violento ni problemático pero odiaba con todo su ser los abusos de poder.

## Capítulo 7

*Madrid, viernes 12 de marzo de 1993*

Habían pasado nueve meses desde la muerte de Mariola y Natalia. Mariola había sido trasladada al hospital tras el accidente de coche, pero no pudo superar los múltiples traumatismos que este le había provocado y acabó falleciendo de una fuerte hemorragia interna antes de que Luis pudiera volver a verla. Natalia, la hija que el matrimonio esperaba y la causante de su gran dicha, había fallecido en el acto. Luis ya había superado una primera fase que había durado casi seis meses y que se había caracterizado por la autocompasión y su deseo de autodestrucción. Ni el trabajo como profesor del Departamento de Antropología Social de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la Universidad Complutense que antes tanta pasión le provocaba, ni los amigos con los que había perdido prácticamente todo contacto, ni siquiera la familia de la que antes tanto había disfrutado, tenían ya sentido para él. Estaba sumido en un pozo del que parecía no querer salir. Después de que se le concediera una baja laboral por depresión, Luis se encerró en casa y solo salía de ella dos o tres veces al mes para ir a hacer la compra. No aceptaba las visitas que sus amigos y familiares le hacían y solo atendía el teléfono cuando eran sus padres o alguna de sus tres hermanas quienes le llamaban. Él que tanto cuidaba su aspecto y que tantos suspiros de admiración arrancaba entre el alumnado femenino y entre sus propias compañeras de departamento se mostraba ahora desaseado y desarrapado. No quedaba rastro alguno de aquel hombre de treinta y dos años, alto, guapo, elegante y enérgico que era un año antes.

Actualmente, habiendo dejado ya atrás esos momentos de desesperación y conmiseración de sí mismo, se encontraba inmerso en una nueva etapa que había comenzado hacía casi tres meses y cuyo detonante fue el haber encontrado una vieja carpeta portafolios que perteneció a Mariola. Estaba en el fondo de una caja de mimbre situada en la parte de abajo del armario en el que ella guardaba sus cosas. Hasta ese día no había tenido fuerzas ni siquiera para abrir ese armario en el que tantos recuerdos había. La ropa, el calzado e incluso la maleta que Mariola solía utilizar cuando por motivos de trabajo se veía obligada a realizar algún viaje exprés, seguían oliendo a ella, al perfume

de rosas que él le regaló por su último cumpleaños.

Desde que dio con la carpeta que contenía lo que a todas luces era la documentación correspondiente a la investigación en la que Mariola estaba trabajando antes de su fallecimiento, Luis se había obsesionado con obtener más información acerca del listado de nombres, fechas y breves crónicas periodísticas sobre sucesos acaecidos en diferentes lugares del mundo que su mujer había recopilado y guardado. Necesitaba entender qué significaba todo aquello, quiénes eran las personas cuyos nombres aparecían allí escritos, por qué guardaba Mariola recortes de periódicos sobre noticias de suicidios, accidentes domésticos o de tráfico, atracos o asesinatos. Deseaba saber qué era lo que su esposa se traía entre manos y fue precisamente ese deseo el que le llevó a visitar casi a diario la Hemeroteca Municipal de Madrid y a consultar en ella, entre otra mucha documentación, diversos anuarios. En concreto, aquellos correspondientes a los años a los que se hacían referencia en la investigación de Mariola.

Y allí se hallaba a esa hora, hojeando todos aquellos papeles que había esparcido por encima de la gran mesa rectangular que ocupaba el centro del salón y que habían sido extraídos de aquella descolorida carpeta de cartón que encontró y en la que Mariola había escrito a lápiz:

### *Expediente HADES*

#### *—Investigación—*

Eran las cinco y cuarto de la tarde y pensó que no era mala hora para llamar a la revista *Crónica Investigación*. Necesitaba hablar con Miguel Espinosa, un compañero de trabajo de Mariola y si Luis no recordaba mal su ayudante en las distintas investigaciones que llevaba a cabo.

Buscó el número de teléfono en su agenda de contactos, marcó el número y esperó hasta que al tercer toque alguien al otro lado del teléfono contestó.

—Buenas tardes, Crónica Investigación, dígame.

—Buenas tardes. ¿Podría hablar con Miguel Espinosa por favor?

—Sí soy yo. ¿Quién es? ¿Qué necesita?

—Hola Miguel, soy Luis Diéguez, el marido de Mariola Sáez.

—Tú dirás —respondió con desgana.

Durante la corta conversación telefónica que mantuvieron, Espinosa se mostró algo nervioso y bastante reacio a quedar con Luis. Sin embargo, finalmente accedió a reunirse con él, aunque no sin antes avisarle de que no dispondrían de mucho tiempo puesto que al día siguiente se marchaba a

Valencia y aún le quedaba mucho por hacer. Luis estuvo de acuerdo.

A pesar de que pasó una buena temporada trabajando con Mariola, Luis no lo conocía bien, de hecho tan solo en un par de ocasiones cuando había ido a recoger a su mujer y mientras la esperaba había intercambiado algunas palabras con él, y habían sido siempre conversaciones muy triviales sobre el tiempo que hacía o el agobio que le provocaba el cada vez más intenso tráfico de la ciudad. Solo sabía de él que estaba casado y que tenía un hijo. Y por lo que le había contado Mariola, también que su mujer se había quedado embarazada siendo muy joven —cuando Miguel aún estaba estudiando en la Facultad de Periodismo—, y que los padres de él les habían ayudado a criar al niño y a salir adelante hasta que encontró trabajo en la revista, que poco después de esto se había mudado a un piso de alquiler situado cerca de la urbanización en la que vivían sus padres y que según Mariola era un chico muy trabajador, atento, comprometido y amable. Que era trabajador y comprometido no le cabía duda, pero lo de atento y amable... Seguramente también lo fuese aunque por teléfono se hubiese mostrado algo hosco.

«Tendrá un mal día», pensó, excusando su actitud.

*Sábado, 13 de marzo de 1993*

Luis había quedado esa mañana en el salón de la primera planta de La Mallorquina con Miguel Espinosa. Él hubiera preferido quedar en un lugar más tranquilo pero fue Miguel quien se empeñó en que se vieran allí, y quizás justo por lo contrario. Si lo que este deseaba era verse con él en posiblemente uno de los lugares más concurridos de Madrid, en sábado y a esa hora de la mañana, y pasar más desapercibido, lo había conseguido. Decenas de personas —muchos turistas entre ellas—, abarrotaban uno de los locales con más solera de Puerta del Sol.

Espinosa llegaba ya quince minutos tarde. Luis bastante inquieto esperaba que no lo hubiera dejado colgado.

A las diez cuarenta y dos minutos de la mañana, doce minutos después de la hora acordada, Miguel Espinosa abrió la puerta del bar y se dirigió caminando de forma pausada hasta la mesa en la que lo esperaba Luis.

—Buenos días, Miguel. Me alegra verte.

—Buenos días.

—Siéntate por favor. ¿Te apetece un café?

—Como ya te comenté no dispongo de mucho tiempo.

—Sí, lo sé. No te preocupes, no te voy a entretener demasiado.

Tras hacer una breve pausa que aprovechó para mirarle a los ojos de forma suplicante, añadió:

—¿Un café entonces?

—De acuerdo. Con leche, por favor —respondió Espinosa mientras se sentaba a la mesa.

—Perfecto.... ¡Camarero! —llamó al chico joven que estaba acabando de servir la comanda a la mesa de al lado—. Dos cafés con leche y un suizo cuando pueda por favor —pidió, para luego continuar con la conversación:

—Creo recordar que Mariola me dijo que tú estabas trabajando con ella en la investigación que estaba llevando a cabo antes de morir.

—Así es. En ocasiones, Daniel, el redactor jefe, nos ponía en la misma investigación. Trabajé con Mariola en varias de ellas.

—Por lo tanto eres la persona más indicada para decirme en qué estabais trabajando.

—Mira Luis, no quiero ser grosero contigo. Lo cierto es que me imaginaba que era por esto por lo que ahora querías hablar conmigo, aunque la verdad es que hubiera preferido equivocarme. Mariola era mi compañera, una buena compañera, pero cuanto menos sepas de aquella investigación mejor para todos.

—Mejor para todos, ¿por qué?

—Porque sí, porque esto no te lleva ya a nada. Lo pasado, pasado está.

—¿Qué es el Expediente HADES? —soltó Luis a bocajarro.

—¿Cómo sabes...? —Miguel desconcertado por la sola mención de aquel nombre dejó la pregunta en el aire—. Mira, prefiero no saberlo. Deja las cosas como están. Hicimos todo cuanto pudimos, todo lo que estaba en nuestras manos, pero no sirvió para nada —se quejó amargamente.

—¿A qué te refieres? ¿Qué es lo que no sirvió para nada?

—Olvídate de todo esto Luis y rehaz tu vida. Mariola quiso mantenerte al margen porque sabía que era peligroso.

—Pero peligroso, ¿por qué? —preguntó con vehemencia—. Miguel, me he pasado meses pensando que soy el ser más desgraciado del Universo, el que peor suerte tiene porque un maldito accidente me quitó lo que más quería. Y ahora, tu actitud y tus palabras me hacen dudar de si lo que me ha destrozado la vida ha sido realmente un hecho fortuito. Dime la verdad por

favor. Necesito saberlo. Lo de Mariola, ¿fue un accidente?

—No lo sé —contestó—. No lo puedo asegurar pero... Primero el accidente de tu mujer y cuatro meses después el atropello de mi hijo. ¿Qué quieres que te diga? No lo sé —respondió algo aturdido.

—¿Atropellaron a tu hijo? ¿Él está...?

—No, no... Afortunadamente está bien. Fue a la salida del colegio, en el paso de peatones que hay frente a la puerta del centro. Según los testigos un coche que estaba aparcado en la otra acera, con el motor en marcha, se le echó encima cuando estaba cruzando la calle. Después se dio a la fuga. Por suerte, Samuel, que así se llama mi hijo, lo vio venir y tuvo los reflejos suficientes como para apartarse a un lado, lo justo para que el coche no lo pillara bien. Fractura del fémur en la pierna derecha y fractura del cúbito del brazo derecho, más dos costillas rotas, diversas magulladuras y un gran susto para todos. Pero... está vivo, y ya prácticamente recuperado del todo.

—Se quedó en un aviso para navegantes —reflexionó Luis ensimismado—. Me alegro de que haya quedado en un susto. ¿Y qué dijo la policía? ¿Han cogido al que conducía el coche?

—Gracias —respondió—. Con respecto a tus preguntas... Ni lo han cogido ni lo van a coger. A estas alturas dudo que la denuncia que pusimos esté todavía en comisaría. Y si está, estoy completamente seguro de que no hay ni un solo agente investigando el atropello de mi hijo —anunció resignado—. Luis, te lo repito, olvídate de este tema —le recomendó—. Sé que no es fácil pero es lo mejor que puedes hacer, por ti y por el recuerdo de esa mujer que tanto te amaba. Y ahora, lo siento, pero me tengo que marchar, mañana nos vamos a Valencia y aún me quedan bastantes cosas por recoger y organizar.

—¿Te vas unos días?

—No —respondió Miguel condescendiente—. Ayer fue mi último día de trabajo en la redacción. Me marché a Valencia con mi mujer y mi hijo, a intentar empezar de nuevo.

—Entiendo... ¿Me puedes dar tu número de teléfono por si necesito llamarte?

—Aquí tienes —dijo, anotándole en una servilleta sus datos de contacto, no sin antes haber sopesado durante algunos segundos la conveniencia de dárselos. Aunque lo había hecho, esperaba que Luis nunca los utilizara.

«Por ti y por el recuerdo de esa mujer que tanto te amaba», eso es lo que le había dicho Miguel, que olvidara todo ese asunto, por él y por el recuerdo



de Mariola, pero era precisamente por esto último por lo que Luis no estaba dispuesto a olvidar.

## Capítulo 8

*Brighton, martes 16 de marzo de 1993*

Alexander llevaba ya algo más de dos meses interno en el BC Academy de Brighton. Su rendimiento escolar era pésimo: estaba ausente en las clases, no hacía las tareas y no estudiaba, y por si fuera poco se había visto involucrado en varios altercados que le habían supuesto un cada vez más severo castigo.

La primera vez que el director Barnett Smith lo llevó a la habitación de castigo allá por finales de enero, Alexander no sabía que aquel cuartucho de la última planta, maloliente, oscuro y húmedo que solo contaba con un estrecho camastro, un viejo escritorio y una silla desvencijada, se convertiría en su dormitorio habitual.

Aquel día, al igual que casi todos los demás que había acabado en la habitación de castigo, Alexander no había hecho nada o si lo había hecho no lo había originado él. En esa ocasión un alumno de trece años, dos menos que él, lo acusó ante el profesor de Matemáticas primero y ante Barnett Smith después de haberle robado una *Game Boy*, que como no podía ser de otra manera, Smith acabó encontrando en el segundo cajón del escritorio de su dormitorio, debajo de algunos folios y material escolar.

Las falsas acusaciones utilizando a chicos casi siempre más pequeños pero en ocasiones también de su edad o algo más mayores que Alexander, se había convertido en la manera más rápida y eficaz que Jack Brown había encontrado para no solo fastidiar a Alexander sino también para recordarle quien mandaba allí, y todo ello porque a la tercera jugarreta que Jack le hizo, este se enfrentó a él y a sus tres subyugados simpatizantes. Esto hizo que a pesar de no llegar a las manos y de que solo hubiese habido algún reproche y alguna voz más alta que otra, Jack sintiera peligrar su posición dentro del grupo —no obstante, era la primera vez que alguien tenía el valor suficiente como para enfrentarse abiertamente a él— y que se viera en la necesidad de buscar nuevas fórmulas de amedrentarlo. Si él no podía hacerlo directamente el señor Smith lo haría por él. Así que desde finales de enero hasta la fecha actual fueron muchas las noches que se vio obligado a ocupar aquel dejado cuchitril. Al principio Barnett solo lo recluía en esa habitación una noche o

dos a lo sumo, pero a medida que fueron pasando los días y su supuesto mal comportamiento fue *in crescendo*, cada vez más se vio forzado a dormir allí más noches seguidas. Barnett Smith creía que ese era el mejor método para que Alexander dejara de meterse en líos, un escarmiento que por lo general solía surtir efecto y que se había convertido en una buena medida disuasoria para todo aquel alumno que osara contradecir las estrictas normas del colegio.

Las primeras veces siempre negó las acusaciones que vertían sobre él y no dudaba en culpabilizar de todo a Jack Brown, pero al cabo de un mes, al comprobar que pocos le creían —desde luego el director del colegio no lo hacía—, y con dos acusaciones por semana de media, bien por robo, bien por haber pegado a otro, bien por haber roto algo o cualquier cosa que ese día se le ocurriese a Jack o alguno de los suyos —aunque estaba seguro de que siempre era cosa de Jack—, optó por resignarse y solo contestar cuando se le preguntaba: «Yo no he sido», «Yo no he hecho nada» o simplemente «No». En esa situación, cada día que pasaba, Alexander se mostraba más apático y desanimado. Solo Alan Jones, el supervisor de la zona de residencia, se había acercado a él, lo había animado, le había infundido valor y le había hecho saber que si necesitaba algo él estaba a su lado. A Alexander le caía bien, consideraba que era una buena persona, sensato, sincero e inteligente.

«Él sí que sería un buen director y no el hipócrita carente de sentido común de Barnett Smith», pensaba frecuentemente.

El BC Academy se vanagloriaba de ser un internado con una intachable reputación que abogaba por la enseñanza moral de sus alumnos y que huía del castigo, físico por supuesto, pero también de cualquier otra medida que pudiera menoscabar lo más mínimo la dignidad humana. Dándole vueltas a ese tema estaba, mientras permanecía acostado en aquella cama estrecha en la que apenas se podía dar la vuelta si no se quería caer, la noche que por enésima vez —ya había perdido la cuenta de cuántas noches había pasado en el cuarto de castigo, pero estaba seguro que más que en la cómoda cama que permanecía vacía en el dormitorio que le había sido asignado junto a Jack Brown—, el señor Smith lo llevó allí.

Esa noche mientras subían las escaleras y enfilaban el pasillo en dirección a la lóbrega habitación, Smith lo amenazó con expulsarle del internado si seguía dando problemas y perturbando el buen ambiente del colegio —cosa que por otro lado poco o nada le importaba—, y con informar a sus padres sobre su mal comportamiento —hecho este que por el contrario sí le preocupó, pues aún tenía muy presentes las lágrimas y los sollozos de su

madre y la cara compungida de su padre el día que junto a su abuelo lo fueron a buscar a comisaría tras haberle propinado una paliza a Adler Heber, el hijo de un alto cargo del CSU (Unión Social Cristiana), el partido político en el que también militaba su padre—. Por ello a Alexander, aun sin querer, le vino a la memoria aquel episodio de su vida que hubiera querido si no borrar, sí cambiar.

Fue el viernes 4 de diciembre del año anterior cuando Alexander volvía de su clase particular de guitarra —otro de sus *hobbies* que su abuelo Martin detestaba, debido principalmente a que su madre también la tocaba. A ella la había enseñado su padre, el abuelo Rafael, y de ahí suponía Alexander que venía el frontal rechazo de Martin a esa su afición. Si estuviera aprendiendo a tocar el piano, el violín, el saxofón o incluso el tambor, Martin no tendría nada que objetar, pero la guitarra... La guitarra, no—, y al doblar la esquina para tomar la calle Nördliche Auffahrtsallee, en la que se encontraba su domicilio, se topó con Adler Heber y los gemelos Burke y Derek Baum. Estos tenían las manos apoyadas contra la verja de la casa de los señores Burmeister, un matrimonio de jubilados que solía pasar gran parte del año en Zúrich con su hija menor y que en esa época del año no se encontraban en la ciudad. Estaban gritando e incluso parecía que también pateando algo. Fue al acercarse a ellos cuando Alexander comprobó que no era a algo sino a alguien a quien gritaban y golpeaban. Y ese alguien no era otro más que su amigo Ernest Friedman. Todos ellos tenían la misma edad, todos iban al mismo centro educativo y todos vivían en el mismo distrito pero Adler y los gemelos Baum sin que Alexander supiera por qué la habían tomado con Ernest, un chico más bien enclenque, con gafas y algo gordito que no se metía con nadie y que no hacía ningún mal. Le habían quitado la chaqueta y los zapatos y los habían desperdigado por el suelo a varios metros de él, lo insultaban, se mofaban de él y de vez en cuando lo pateaban, no con mucha fuerza, como pudo advertir Alexander, ya que el propósito quizás no era hacerle excesivo daño sino asustarle y hacer que, lo que tal vez para ellos fuese un juego, se prolongase en el tiempo. Ernest no gritaba, solo lloraba amargamente y de vez en cuando en voz baja les rogaba que lo dejaran en paz mientras permanecía sentado en el suelo con la cabeza entre las piernas. Cuando Alexander llegó junto a aquel grupo de desalmados no pudo soportar la visión del amigo aterrado y humillado, y siendo presa de una ira y una descomunal rabia que hasta ese momento nunca había sentido y que no pudo controlar, se lanzó en un primer momento contra Burke y Derek, lanzándole

al primero un puñetazo en la cara que le reventó el labio inferior y le hizo perder un diente y una fuerte patada en la pierna al segundo que le fracturó la tibia y le hizo caer al suelo. Adler, sin embargo, se llevó la peor parte. Alexander, sin poder controlarse y sin saber bien lo que hacía, salió tras él cuando este echó a correr para escapar tras ver cómo había dejado fuera de juego a los gemelos, y tras darle alcance a los pocos metros, comenzó a propinarle tal cantidad de patadas y puñetazos que acabó por enviarlo al hospital con una conmoción cerebral —afortunadamente no grave—, arañazos y numerosos hematomas.

Los tres chicos fueron llevados al hospital; Ernest se marchó a casa cuando sus padres fueron a recogerle y se pudo sobreponer y Alexander, a pesar de que también había recibido algún que otro golpe, donde acabó fue en comisaría. Esa noche de principios de diciembre, en la residencia de los Hoffmann, se decidió su suerte. Aquel día cambió su vida. Martin encontró la mejor excusa posible para enviarlo lejos de allí y de paso enderezar el comportamiento y el camino de ese nieto con el que aún no se había hecho y con el que tantas discusiones había mantenido en los últimos tiempos. Y es que Martin y Alexander en algo se parecían más de lo que ambos hubieran querido aceptar: los dos estaban dispuestos a todo por defender lo que creían correcto. El único problema es que uno y otro veían las cosas de forma totalmente opuesta, y que Alexander era solo un adolescente con la inocencia casi intacta que empezaba a vivir y Martin un hombre ávido de poder y con pocos escrúpulos con mucho ya vivido.

Ahora, tumbado en el viejo colchón de aquella reducida cama, Alexander seguía lamentándose por cómo podían haber sido las cosas si él hubiera reaccionado de otra manera. Pensaba que actuó bien ayudando a Ernest, lo que no se perdonaba era la desproporción con la que lo hizo. Estuvo un rato inquieto, dándole vueltas a la cabeza y pensando que en aquella ocasión creía haber actuado como un Hoffmann, y eso que su abuelo siempre le echaba en cara que solo era un Hoffmann porque había tenido la suerte de llevar ese apellido pero no porque lo mereciese. Sin embargo, tras algunos minutos meditando sobre ello llegó a la conclusión de que quizás no hubiera sido así. Realmente no sabía si había actuado o no como un Hoffmann, entre otros motivos porque desconocía cómo debía haber procedido un portador de tan honroso linaje, pero de lo que sí estuvo seguro es de que su comportamiento no fue el que su abuelo hubiera tenido en esa misma situación. De haber sido él Martin, se hubiera aliado con Adler, Burke y Derek y los cuatro juntos

hubieran seguido humillando y vejando al pobre Ernest, pues como bien era sabido por él y por todos los que mínimamente lo conocían, Martin Hoffmann siempre apostaba por el caballo ganador y Ernest en aquel momento estaba mucho de serlo.

Con esos pensamientos rondando por su cabeza Alexander se durmió.

## Capítulo 9

*Madrid, martes 6 de abril de 1993*

Desde que encontrara la carpeta con aquella documentación Luis no había hecho más que pensar día y noche en todo aquel asunto. «¿De qué va exactamente esto?», esa era la pregunta que se hacía una y otra vez y tras su conversación con Miguel Espinosa cada vez más insistentemente.

Catorce fechas entre los años 1986 y 1991, un listado de veintiún nombres, nueve recortes de periódicos y una anotación manuscrita de Mariola en la que se leían cinco fechas relacionadas con cinco nombres, los cinco coincidentes con los nombres que aparecían en el listado de veintiuno, eso era lo que Luis había encontrado en la carpeta.

Los recortes de periódico hacían mención al fallecimiento de las personas cuyos nombres aparecían en el listado y las fechas se correspondían con las fechas de sus muertes. Consultando los anuarios y distintas publicaciones en la Hemeroteca Municipal, Luis había descubierto que los cinco nombres que Mariola había escrito a mano correspondían a personas ya fallecidas y según parecía ninguna por causas naturales. A los nueve recortes de periódico que Mariola guardaba añadió unas fotocopias con la información de esas cinco personas y la supuesta causa de su muerte.

Tenía catorce fechas, catorce nombres de personas y catorce referencias sobre la causa de sus decesos. Casi todas las víctimas eran hombres, de diferentes edades y distintas nacionalidades: tres españolas, dos estadounidenses, dos portuguesas, una italiana, una francesa, una danesa, una alemana, una mexicana, una chilena y una canadiense. Todas tenían algo en común: todas habían muerto en trágicas circunstancias, y en circunstancias que podrían considerarse cuando menos sospechosas.

Hacía un par de días que había hecho un compendio con toda la información con la que contaba hasta el momento:

***Antonio García Martín. Fiscal jefe de Valencia.***

***Causa de la muerte: inhalación de humo debido a un incendio en su vivienda. Según las investigaciones***

*policiales el incendio fue provocado por un cortocircuito.*

*Año de defunción: 1986.*

*Nota: fiscal especializado en crimen organizado. De ideología progresista jugó un importante papel dentro del Ministerio Fiscal, especialmente en los primeros años de la democracia española.*

***Francisco José Morales Zafra.** Abogado en el despacho García & Vallejo Abogados de Madrid.*

*Causa de la muerte: Suicidio. Se lanzó al vacío desde una sexta planta, desde uno de los balcones del despacho de abogados en el que trabajaba.*

*Año de defunción: 1986*

*Nota: abogado penalista especializado en tráfico de drogas.*

***Anthony Miller.** Periodista de investigación.*

*Causa de la muerte: accidente de tráfico. Un coche perdió el control debido a un fallo mecánico y chocó frontalmente contra su moto. Murió en el acto.*

*Año de defunción: 1986*

*Nota: periodista del Scandal Journal de Boston, un periódico de corte independiente y comprometido con la calidad y profesionalidad en el sector de la comunicación e información.*

***Jean Paul Fleury.** Miembro del partido político Les Verts de Francia.*

*Causa de la muerte: apuñalamiento con arma blanca durante un atraco en el barrio parisino de Le*



*Marais. Recibió una puñalada mortal en el corazón. Se desconoce al autor de los hechos. Posiblemente un delincuente común.*

*Año de defunción: 1987*

*Nota: defensor de un mundo más justo, de una sociedad más equitativa y solidaria, del respeto al medio ambiente y a la diversidad ecológica del planeta. Muy crítico con el modelo capitalista de libre mercado.*

**Justino Gomes Baptista.** Profesor de la Escuela de Económicas y Gestión de la Universidad de Lisboa.

*Causa de la muerte: arrollado por un tren en la estación de Oporto. Según las investigaciones pudo tratarse de una caída accidental a la vía. No hubo testigos.*

*Año de defunción: 1987*

*Nota: Se encontraba en la ciudad de Oporto para presentar una tesis sobre el blanqueo de capitales de las organizaciones criminales en Europa.*

**Arthur Johnson.** Agente especial de la DEA (Administración para el Control de Drogas de Estados Unidos)

*Causa de la muerte: disparo en la cabeza. Abatido durante una operación debido a un intercambio de disparos.*

*Año de defunción: 1988*

*Nota: No se encontró el arma con la que se le disparó y no se sabe quién efectuó el disparo que acabó casi en el acto con su vida.*

**María del Carmen González Ruiz.** Periodista free lance.

Causa de la muerte: atropellada por un conductor que circulaba bajo los efectos de sustancias estupefacientes.

Año de defunción: 1988

Nota: muy crítica con la laxa actuación de las instituciones europeas, la estadounidense y la rusa para combatir el tráfico ilegal de armas. Había escrito varios artículos publicados en diferentes medios de comunicación a este respecto.

**Alessandro Manuel Moretti.** Juez antimafia de Palermo.

Causa de la muerte: Explosión por bomba lapa.

Año de defunción: 1988

Nota: investigaba el caso “Ensina” sobre las relaciones que mantenía la mafia siciliana con otras organizaciones criminales internacionales.

**Agneta Blumer.** Periodista

Causa de la muerte: Hipoxia.

Año de defunción: 1989

Nota: Trabajaba como periodista de investigación en el Köln Zeitung (Colonia). La familia cree que la hipoxia pudo no deberse a causas naturales dado que había recibido numerosas amenazas de muerte. Se desconoce de quién provenían las amenazas y en qué se hallaba trabajando en el momento de su muerte. Tras una

corta investigación se dio por cerrado su caso determinando este que no había nada que pudiera indicar que su muerte había sido provocada.

**Joao Danilo Costa Silva.** Miembro de la cúpula del partido Coalición Democrática Unitaria de Portugal.

Causa de la muerte: accidente de tráfico. El vehículo que conducía se salió de la vía en una curva y cayó por un desnivel de treinta metros. Una posible distracción del conductor se baraja como la causa más probable del accidente.

Año de defunción: 1989

Nota: Se postulaba para liderar el partido. Destacaba por su gran carisma. Su afán de renovación y sus fuertes convicciones democráticas le llevaron al enfrentamiento directo con políticos ya consolidados. Se granjeó la enemistad de muchos incluso dentro de sus propias filas.

**Erika Andersen.** Asistente social en el Håber Centre de Copenhagen.

Causa de la muerte: suicidio por ingesta masiva de medicamentos.

Año de defunción: 1990

Nota: el centro en el que trabajaba estaba especializado en ayudar a la reinserción de mujeres que habían sido víctimas de redes de prostitución. Murió en el trabajo durante el turno de noche. Sus familiares y amigos no se explican qué motivos podría tener para llegar a

quitarse la vida.

**Alejandro José Hernández López.** Inspector general de la Policía Federal de México.

Causa de la muerte: tiroteado al salir de su domicilio en México D.F.

Año de defunción: 1991

Nota: Bajo su mando se llevaron a cabo cuatro operativos en los que se desmantelaron varias redes de tráfico de personas.

**Emilia Rivera Rojas.** Ama de casa.

Causa de la muerte: un fuerte golpe en la cabeza durante un asalto a su vivienda en la ciudad chilena de Valparaíso.

Año de defunción: 1991

Nota: tras el final de la dictadura encabezó una iniciativa popular para la creación de una asociación nacional que aglutinara a las víctimas del régimen de Augusto Pinochet, con el propósito de llevar ante los tribunales a los causantes de las violaciones de derechos humanos cometidos y conseguir la rehabilitación moral de las víctimas. Era hermana del famoso activista pro Derechos Humanos en el exilio Rodrigo Andrés Rivera Rojas, detenido en varias ocasiones durante el régimen dictatorial y residente actualmente en Cuba.

**Leo Tremblay.** Presidente del grupo de comunicación Canadian Communication Corp.

Causa de la muerte: paro cardíaco debido a la

*ingesta combinada de alcohol y medicamentos.*

*Año de defunción: 1991*

*Nota: su intención de alejarse de las pautas ideológicas marcadas por las esferas de poder no era bien recibida. Según algunos analistas políticos y económicos mundiales la independencia informativa en los medios de comunicación propiedad de su grupo mediático no interesaba a los sectores más poderosos de la sociedad canadiense.*

Sin embargo, las piezas que le faltaban por encajar las había encontrado esa misma mañana. Había decidido hacer limpieza de armario y sacar la ropa de Mariola y empaquetarla para darla a la beneficencia. Aquellas prendas ya para nada le iban a servir, solo para recordarle otros momentos pasados muchos más felices y para trasladarle a aquel doloroso y fatídico 9 de junio. Fue al vaciar los bolsillos de una de las chaquetas de Mariola cuando encontró dos cartas sin remitente ni sello que iban dirigidas a ella, y en las que se podían leer unos escuetos mensajes escritos a máquina: «Abandona la investigación o será lo último que hagas», rezaba una, y «No continúes o morirás», se leía en la otra, y un folio plegado por varias veces en el que su esposa había escrito a mano:

### ***HADES***

*Organización criminal.*

*Actividad delictiva: tráfico de drogas, tráfico de armas, tráfico de seres humanos, proxenetismo, extorsión, chantaje, asesinato e inducción al suicidio.*

*No se sabe el número exacto de miembros. En cualquier caso, demasiados. Diferentes nacionalidades.*

*Año creación: entre 1983 y 1985 (por confirmar)*

*Dos miembros fundadores ¿confirmados?:*

*-Arnold Elliston. Miembro del Partido*

*Conservador y Unionista y Exsecretario de Estado para los Negocios. Londres.*

*-Ethan Walter Scott. Presidente y consejero delegado de HKW Corporation. Nueva York.*

En la parte de atrás del folio Mariola había anotado un nombre y un número de teléfono: *Stefan Lerner 0049 (89) 687 015 – 130*

En aquel momento, mirando una vez más los papeles de aquella investigación todo pareció cobrar sentido. Los pensamientos se agolpaban en su cabeza y una mezcla de sensaciones y sentimientos: odio, rabia, resignación, tristeza, indignación... hacían que se estremeciera. Luis acababa de darse cuenta de aquello que no quería creer pero que quizás en lo más profundo de su ser en todo momento supo: Mariola no había muerto en un desafortunado accidente de tráfico. Mariola había sido asesinada, y con ella la que debía haber sido su primogénita. De pronto le asaltó un tremendo dolor de cabeza. Por un instante pensó que esta acabaría por estallarle. Los escalofríos que lo invadieron todavía tardarían un rato en remitir.

Eran las dos y cuarto de la tarde cuando marcó el número de teléfono de forma rápida e instintiva. Lo tenía memorizado, pues lo había marcado en multitud de ocasiones. Tenía que hablar con Fernando, su cuñado, este debía saber lo que había averiguado.

—Buenas tardes Fernando. Soy Luis.

—¡Luis! ¡Qué alegría escucharte! ¿Qué tal? ¿Cómo estás? —preguntó Fernando con precipitación.

—Mejor. Mejor... gracias. Y tú, ¿qué tal? ¿Y María? ¿Y los niños?

—Todos bien, gracias a Dios.

—Me alegro mucho. Oye... ¿podríamos vernos hoy? Me gustaría comentarte algo importante.

—Claro, por supuesto. ¿De qué se trata?

—Si no te importa prefiero que hablemos de ello en persona.

—Está bien. Ahora mismo estoy en el trabajo aunque mi turno termina en breve. Podemos vernos esta tarde o si te apetece te podrías venir a cenar a casa y así ves a los niños. A menudo preguntan por ti.

—Vale. Por la noche me parece bien. Me hará bien volver a veros. ¿A qué hora me paso?

—¿A las ocho y media o nueve te va bien?

—Sí, perfecto. Nos vemos luego entonces. Hasta luego.

—Hasta luego Luis.

A las ocho y veinte de la tarde, un poco antes de lo acordado, Luis llegó a casa del hermano de la que había sido su esposa. No se habían visto desde una semana después de la muerte de Mariola, sobre todo, porque tras tan terrible pérdida él se había encerrado en casa y se negaba a ver a aquellos que solo unos días antes formaban parte de su vida cotidiana: sus amigos, compañeros de trabajo, vecinos o familiares.

Fernando era el mayor de cinco hermanos, cuatro varones y una mujer. Tenía cuarenta y cinco años y era un hombre alto, delgado y con cuerpo trabajado. Moreno, aunque ya algo canoso, con rostro anguloso y prominentes pómulos que le daban un aspecto de tipo duro, lo que sin duda le facilitaba mucho las cosas en su profesión. Fernando era inspector de policía en la Brigada Central de Estupefacientes. A pesar de que en un primer momento estudió Derecho nunca llegó a ejercer, pues como él solía decir solo lo hizo por complacer a su padre y pronto se dio cuenta de que él necesitaba más acción y le iba más pillar a los malos que defenderlos, así que con veinticinco años entró en el Cuerpo Nacional de Policía. Llevaba ya veinte años de servicio y se había convertido en un profesional considerado tanto por sus superiores como por sus subordinados. Había participado en varias e importantes operaciones policiales contra el tráfico de estupefacientes en Europa pero, sin duda alguna, fue la desarticulación de una banda de narcotraficantes gallegos, en la que tuvo una participación determinante, la que le reportó el prestigio y respeto del que ahora gozaba. Llevaba dieciséis años casado con María López y tenía dos hijos, Nicolás de catorce años y Laura de diez.

—Luis, ¡qué alegría verte! —dijo María nada más abrir la puerta.

—¡Tito! —gritaron sus sobrinos al unísono nada más verle, abalanzándose sobre él para abrazarle.

—Hola chicos, ¿qué tal estáis?

—Bien, ¿y tú?

—Mejor, mucho mejor —respondió Luis mirando ahora a todos y cada uno de los miembros de la familia. También a Fernando que estaba ahora frente a él con los brazos abiertos dispuesto a abrazar al que hasta hace poco había sido como su hermano y al que hacía ya meses que no veía.

—Me alegro de que estés aquí —afirmó Fernando con total sinceridad.

—Siento no haberlo hecho antes —respondió él también de manera franca.

Tras acabar con la riquísima cena que María y los niños prepararon — María era una excelente cocinera y sus hijos habían heredado además del gusto por la cocina algo de su buena mano para ella—, y después de estar un rato de charla con sus sobrinos para ponerse al día de cómo iba todo, Fernando y Luis se retiraron al despacho. Una vez hubieron entrado y cuando los dos estaban sentados, cada uno en un sillón orejero de color verde oscuro, frente a frente y con dos vasos con tres dedos de un buen whisky con hielo en la mesa que el anfitrión guardaba para las mejores ocasiones, Luis soltó frente a su cuñado aquella carpeta que Mariola había guardado en la que se leía: «Expediente HADES. Investigación».

Tras un tiempo mirando y debatiendo sobre aquellos recortes de periódicos, aquellas fechas, aquel listado de nombres, la recopilación de información en la que Luis había estado trabajando, las dos cartas amenazadoras y el folio plegado con la información manuscrita de Mariola, a Fernando tampoco le cupo duda alguna. Él tampoco creía ya que la muerte de su hermana pequeña hubiese sido un accidente.

A la congoja de tal revelación tuvo que añadir la de saber la trascendencia que para el orden político y económico mundial podrían tener esos papeles y esa incipiente investigación.



# Capítulo 10

*Sevilla, viernes 3 de noviembre de 2017*

Hacía poco rato que comercios y oficinas habían finalizado su horario de apertura matinal y eso les vino muy bien para poder encontrar un buen aparcamiento en la calle de al lado. Se había demorado bastante por lo que Alexander pensó que Torm debía de estar a esas horas subiéndose por las paredes. Cuando miró el teléfono móvil tenía catorce llamadas perdidas, todas de su amigo. Sabía que había sido un egoísta, que debería haber cogido la primera llamada de Torm. No lo hizo, simplemente no estaba en condiciones de hablar con nadie. Esa y solo esa era su excusa.

Se encontraban ahora en la puerta del inmueble número 18 de la calle Virgen de Valvanera. En un piso de la tercera planta es en donde Torm vivía.

—¿Sí? ¿Quién es?

—Soy Alexander, abre.

—¡Álex, joder! ¿Dónde estabas? ¿Sabes lo preocupado que estaba?

—Lo sé, lo sé Torm. Cuando esté arriba dime lo que tengas que decirme pero ahora abre la puerta por favor —Alexander se encontraba muy decaído.

La puerta del portal de entrada se abrió y Alexander y Ana accedieron al interior.

Aún no había abierto la puerta de su casa y Alexander ya había podido escuchar a través de la misma parte de la larga lista de reproches que su amigo tenía que hacerle. Estaba muy enfadado y lo peor es que tenía razones más que suficientes para estarlo, pues desde la tarde del día anterior no sabía nada de él y llevaba horas intentando localizarlo.

Todo airado Torm abrió la puerta y se quedó atónito al comprobar que Alexander no venía solo, que a su lado se encontraba una mujer que si bien no gozaba de un físico imponente llegaba a ser bastante resultona, y eso a pesar de no estar pasando por su mejor momento como evidenciaba su ausente mirada y la hinchazón y la rojez que sus ojos presentaban. Ana no era muy alta, era delgada pero no en exceso puesto que mantenía unas llamativas curvas que acrecentaban su feminidad, tenía el pelo de color castaño oscuro largo y ondulado, sus ojos eran grandes, expresivos y almendrados y sus labios carnosos y muy rosados. Sin embargo nada de lo anterior era lo que

más destacaba en ella, sin duda su bien máspreciado era esa sonrisa hermosa y franca que con frecuencia y de manera desinteresada dejaba aflorar.

—¡No me jodas, Álex! Yo aquí histérico pensando en que si no me cogías el teléfono y no me devolvías las llamadas es porque te había pasado algo malo y tú mientras montándotelo con esta —soltó muy furioso Torm— ¿Te has enterado de lo de Ayala o has estado demasiado atareado como para ocuparte de lo que tenemos entre manos? ¡Podrías haberme cogido el teléfono al menos! Eres un cabrón, ¿lo sabes? —le reprendió—. Espero que por lo menos el *polvo* te haya merecido la pena.

—¿Has acabado ya? —inquirió Alexander algo hastiado—. Déjame que te lo explique.

—¡No! Ni he acabado ni creo que haya mucho que explicar. En mi vida he estado más angustiado y tú te presentas en mi casa con horas de retraso conforme a lo acordado y encima... encima vienes con esta —casi escupió esa última palabra.

Alexander se dispuso a hablar para aclarar la situación pero Ana fue más rápida.

—Esta tiene nombre. Me llamo Ana y en adelante te agradecería que cuando te dirijas a mí me llames así —sostuvo con determinación—. Es muy posible que yo sea la culpable de que Alexander se haya retrasado, pero si ha sido así no es porque hayamos estado echando un polvo. ¿Pero tú te crees que tenemos cara de haber estado follando? —le amonestó indignada—. Tengo la esperanza de que los ordenadores se te den mejor porque interpretando situaciones eres todo un fenómeno —ironizó—. Y ahora si no te importa, ¿nos puedes dejar pasar? Vosotros podéis seguir discutiendo dentro y cuando acabéis podéis explicarme a mí de una vez de qué mierda va todo esto.

Alexander bastante divertido miraba a ambos con atención.

Torm aún pasmado se hizo a un lado y Ana y Alexander entraron. Al pasar al lado de su amigo Alexander se acercó a él, le dio un fuerte abrazo y vacilándole le susurró al oído:

—He de reconocer que he disfrutado de lo lindo, so fenómeno.

—Gilipollas —le espetó Torm mientras que este con sonrisa triunfal se dirigía al salón.

Tras un buen rato explicándole a Torm todo lo sucedido desde el día anterior y tras disculparse Alexander con él reiterada y sinceramente por su falta de consideración, había llegado la hora de poner a Ana al corriente de lo que estaba pasando.

La mujer no daba crédito a lo que uno y otro de forma alternativa le estaban contando: se había visto envuelta en una lucha entre el bien y el mal, de parte del bien le decían se encontraban ellos, de parte del mal, una organización criminal con ramificaciones en diferentes países y sectores de la sociedad. Una organización que llevaba ya más de treinta años operando, que era conocida con el nombre de HADES, que contaba entre sus filas con poderosos e influyentes hombres y mujeres que actuaban sin conciencia ni reparo para obtener un beneficio y proteger sus propios intereses. Personas estas a las que les daba igual el medio empleado, a las que no importaba el daño que pudieran llegar a infringir a personas inocentes. Para ellos cualquier forma de proceder era legítima si les permitía alcanzar lo que ambicionaban: poder, dinero, reconocimiento público, respeto... Entre sus componentes se encontraban banqueros, políticos, miembros de la realeza, dueños de medios de comunicación, altos cargos militares y policiales o financieros internacionales. La organización tenía una estructura piramidal jerarquizada, en la cúspide de la pirámide se encontraban los que pensaban y decidían, los socios fundadores, los que para materializar sus delirios de grandeza comenzaron aquella locura; en un estamento inferior, los que gozaban de una posición de privilegio, aquellos que destacaban en sus respectivos sectores de actividad, los que eran además de ambiciosos y fáciles de corromper, útiles a la hora de manejar los hilos que marcan el devenir de la sociedad; y en la base, el grupo operativo, un ejército de sicarios y mercenarios adiestrados para hacer el trabajo sucio, para cumplir órdenes y velar por los intereses de quienes les pagaban. Aquello era HADES y aquello era a lo que se enfrentaban.

Mientras Torm y Alexander le hacían ver en qué se había visto involucrada, Ana permanecía sentada en el sofá, en silencio, seria y con el rostro compungido intentando asimilar toda la información que estaba recibiendo.

También le aclaró Alexander cómo y por qué había aparecido en su casa. Le contó que la tarde anterior había quedado con Alberto Ayala, un periodista que llevaba un tiempo investigando la actividad de HADES y a sus miembros y el mismo que a ella le pasó el *pendrive* con la información, que el receptor del mismo debía haber sido él, que cuando iba a reunirse con Alberto en la cafetería en la que habían quedado vio merodeando por la zona a tres hombres que le parecieron sospechosos y que no llegó a entrar, que llamó a Ayala para advertirle pero que su llamada llegó tarde pues Alberto se topó de

lleno con los tres matones y cuando este en un acto instintivo salió a correr estos salieron tras él, que cuando en el Puente de Tetuán el periodista la arrolló, dos de ellos continuaron persiguiéndolo pero que el tercero optó por seguirla a ella. Que él, que estaba presenciando la persecución pues iba tras los pasos de los tres sicarios, tuvo que decidir si continuar tras Alberto o tras ella y que se decidió por esta última opción. Que imaginó que si Ayala no les daba lo que buscaban entonces irían a por ella, aunque solo fuese por descartar posibilidades, y que por eso estuvo montando guardia durante horas en la esquina de su calle hasta que de madrugada los vio aparecer, que los siguió hasta su piso y que lo que sucedió después ella ya lo sabía.

—¿Pero entonces Alberto era de los vuestros? Quiero decir, ¿era vuestro amigo? ¿Trabajaba con vosotros? —preguntó Ana con interés.

—Ni Torm ni yo lo conocíamos personalmente. Sabíamos de su aspecto por las fotografías suyas que aparecen en Internet. Yo solo había hablado con él por teléfono en varias ocasiones. Torm ni eso. Hace poco más de dos semanas Ayala apareció en el despacho que Luis tiene en la Facultad. Tras presentarse le dijo que necesitaba hablar con él, que tenía información sobre HADES que seguro le iba a interesar. Al principio Luis desconfió e incluso llegó a sentir miedo porque supuestamente nadie debería saber que él estaba investigando a esa organización, pero después de charlar durante un rato con Alberto se dio cuenta de que ambos estaban en el mismo barco, de que todos nosotros estamos en el mismo barco.

—Y Luis, ¿es...?

—Sí, perdona. Luis Diéguez es profesor universitario en Madrid. Su mujer, la periodista Mariola Sáez de la Peña murió en accidente de tráfico en 1992. En el momento de su muerte estaba investigando la actividad de HADES y tanto Luis como Fernando, el hermano mayor de Mariola y el policía del que te hablé esta mañana, están convencidos de que su muerte no fue un accidente y de que es HADES quien está detrás de ella. Luis, Fernando, Torm y yo llevamos años intentando sacar a la luz los entresijos de esa condenada organización.

—Vale, te sigo, continúa por favor.

—Bien, Alberto le dijo que una fuente le había hecho llegar a su propio domicilio un expediente con una amplia investigación sobre la carrera delictiva de HADES, sobre la identidad de la mayoría de sus miembros y la de los mercenarios que tenían contratados y que esa misma fuente fue la que le recomendó que hablara con Luis. No llevaba consigo la información

porque primero quería tantear el terreno pero que si llegaban a un acuerdo estaba dispuesto a pasársela siempre y cuando Luis también hiciera algunas concesiones y compartiera con él todo lo que sabía.

—¿Y Alberto conocía a quien le hizo llegar esa investigación?

—Por lo que le dijo a Luis era una fuente anónima, no sabía quién era pero el expediente venía acompañado con una nota que aunque no recuerdo literalmente lo que ponía, venía a decir que HADES le había destrozado la vida, que desde hacía años estaba investigando a esta organización con el propósito de hacer justicia, que le facilitaba las pruebas que demostraban la culpabilidad de sus miembros y de las numerosas actividades delictivas e ilegales que habían cometido y que si había decidido compartir esa información con él era porque sabía de su reputación, de su compromiso con la verdad y de su responsabilidad para con la sociedad. En la nota esta persona también le recomendaba que se pusiera en contacto con Luis Diéguez, que él quizás le pudiera ayudar, que él también había sufrido en sus propias carnes la impiedad y crueldad de HADES y que le constaba que al menos durante algún tiempo también había ido tras sus pasos. Finalizaba la nota afirmando que había llegado la hora de encomendarle a alguien toda su investigación y que depositaba en él toda su confianza y la esperanza de que la barbarie y la impunidad con la que HADES actuaba llegaran de una vez por todas a su fin.

—Entiendo, y... ¿Por qué quedasteis en Málaga?, ¿por qué fuiste tú y no Luis a reunirse con él?

—Quedamos en Málaga porque él iba a estar allí unos días participando en varias conferencias sobre periodismo. Sobre el periodismo comprometido y el periodismo agresivo y sectario, creo... Y fui yo simplemente porque así lo convenimos entre los cuatro. Creímos que yo era la mejor opción.

Tras escuchar el relato de cómo habían sucedido las cosas los tres se mantuvieron en un reflexivo silencio que solo Alexander al poco rompió:

—¿Qué haces Torm? ¿Pero tú no lo habías dejado? —preguntó indignado al ver que su amigo una vez acabada la exposición de la situación abría una caja situada en la mesita que había frente al sofá en donde estaban sentados y extraía de ella un papel de fumar y algo de cannabis.

—Sí, sí que lo había dejado, pero acabo de decidir que este es muy buen momento para retomarlos. Yo no tengo tu temple Álex. Esto me viene grande, me he creído un superhéroe de esos cómics que tanto me gusta leer, pero no lo soy. Yo soy normal, estoy cagado de miedo y necesito algo que me ayude

a evadirme un poco de la realidad, algo que me infunda valor.

—¿Y crees que un porro es la solución?

—Uno no, pero varios quizás —manifestó.

Cuando Alexander iba a replicar, Ana que hasta ese momento se había mostrado ausente entró en la conversación:

—Yo también necesito otro. Torm, ¿me lías uno por favor? —pidió apática.

—¡Claro que sí! ¡Venga, vamos a emporrarnos todos! —prorrumpió Alexander que no daba crédito a la esperpéntica situación.

Tras descansar un poco Alexander decidió salir un rato a la calle para despejarse.

Eran casi las siete de la tarde cuando regresó al piso de Torm cargado de bolsas de comida y ropa. Él y Ana seguían tirados en el sofá, en el mismo lugar y en la misma posición en los que los dejó. Se habían fumado varios porros —Alexander prefirió no saber cuántos habían sido al final— y tras un primer momento de euforia y risa tonta pasaron a uno de bienestar y relajación que les facilitó el poder conciliar plácidamente el sueño. Fue ese el lapso de tiempo que él aprovechó para volver al centro comercial. Le venía bien caminar un poco y despejar la mente, y además Ana seguía necesitando algo de ropa, hecho este del que como Alexander supuso se daría cuenta en cuanto le desaparecieran los efectos narcóticos de lo que se había fumado.

Se dirigió a la cocina y colocó en el frigorífico y en los estantes la comida que había traído. Torm era un desastre en todo lo que tenía que ver con la casa. El piso estaba limpio, de eso se encargaba la mujer que Torm pagaba para que lo limpiase dos veces por semana, pero todo estaba desordenado y en la nevera, aparte de unos botellines de cerveza, una botella de Rioja, dos paquetes de zumo y un huevo, no había nada con lo que poder hacer una comida medio decente. Luego se dirigió al cuarto de invitados y dejó encima de la cama el cepillo de dientes y la ropa que había comprado para Ana: un paquete de cinco braguitas de algodón de diferentes colores, un paquete de tres pares de coloridos calcetines de rayas, tres camisetas blancas de manga larga, una camiseta negra de manga corta, un jersey azul celeste y un pantalón vaquero de la talla 40. Esperaba haber acertado con el estilo y la talla de la ropa.

Se metió en la cocina y comenzó a preparar la cena y casi dos horas después, —entre medias había aprovechado también para llamar por teléfono a Fernando Sáez e informarle de cómo estaban las cosas—, se dispuso a

poner en la mesa la crema de calabaza y el revuelto de setas que había preparado y unas Paulaner, unas cervezas alemanas de las que Torm siempre disponía y más aún cuando esperaba su visita.

—Vamos, despertad ya, la mesa está puesta —anunció.

Ana despertó con un fuerte dolor de cabeza; Torm sin embargo estaba en perfectas condiciones y muy hambriento.

Los tres comieron y charlaron animadamente —al menos durante la cena habían decidido aparcar el tema que les ocupaba y que tanto les inquietaba—. Se concentraron solo en disfrutar de la comida y de la bebida, ya habría tiempo más tarde para encargarse de otros asuntos.

Tras la cena Ana fue a la cocina, Alexander además de hacer la cena había quitado la mesa así que ella se había ofrecido para fregar los platos. Torm, por su parte, estaba en el salón con su ordenador portátil encendido, muy concentrado intentando averiguar las claves que eliminaran el encriptado de los archivos contenidos en el *pendrive*.

«Parece que finalmente Ayala se tomó las advertencias de Alexander en serio y decidió tomar alguna precaución, pero que precisamente esta haya sido poner contraseña a unos archivos que nos pensaba dar, ¡manda huevos! Y encima el tío lo hizo bastante bien» —caviló Torm a la vez sorprendido e irritado.

Cuando Ana regresó al salón, los dos hombres estaban mirando con detenimiento la pantalla del ordenador. Por sus caras todo parecía indicar que eliminar el encriptado y visualizar la información no iba a ser tan fácil ni tan rápido como ellos esperaban.

—Alexander.

—¿Sí? Dime Ana.

—Gracias —le dijo ella mirándole a los ojos y haciendo gala, ahora sí, de su mejor sonrisa—. Por la cena, estaba todo buenísimo; por la ropa, la acabo de ver, bueno por haber ido a comprarla porque la ropa te la pienso pagar, y sobre todo, por salvarme la vida. Gracias, de verdad —reiteró con total sinceridad.

—De nada. Espero que la ropa sea de tu gusto y haya acertado con la talla.

—Me está perfecta —sonrió al afirmarlo—. No tienes mal ojo.

—La verdad es que no, que nunca he tenido mal ojo —respondió él sin que en ese momento Ana, algo azorada, supiera con exactitud si se estaba refiriendo a su atino a la hora de acertar la talla o si por el contrario sus

palabras encerraban algo más.

A Ana le pareció que el semblante de Torm había cambiado, no era frustración lo que ahora de él se desprendía, segundos antes, cuando entró al salón sí que lo era, pero ya no.

—Gracias a ti también Torm. Por acogerme en tu casa.

—Es todo un placer. Tengo la sensación de que los tres juntos nos lo vamos a pasar muy bien.

Alexander le echó una mirada censora, no por lo dicho sino por el tono sarcástico empleado. Ana por suerte pareció no haberse dado cuenta de ello.

—¿Tú eres tonto? —le reprendió Alexander en cuanto Ana salió del salón.

—¿Yo? ¿Qué? ¿Por qué? —Torm se hizo el ofendido.

—Ya sabes por qué.

—No, no lo sé —mintió—. No he dicho nada malo y nada que no sea verdad. Creo que nos lo vamos a pasar muy bien los tres —aclaró con toda la inocencia que le fue posible fingir—. Sobre todo yo... Pensaba que no vería nunca al señor autocontrol, al gran Alexander Vargas *perdiendo el culo* por una tía, pero ese día ha llegado, ¡por fin! —exclamó mientras levantaba ambas manos en señal de victoria.

—¡Vete a la mierda!

—Ja ja... Yo me voy donde tú quieras. Pero Álex... ¡No te enfades! Si ya sabes que aparte de ser un friki soy un hombre muy romántico —le gritó divertido mientras Alexander salía del salón con cara de pocos amigos.



# Capítulo 11

*Brighton, lunes 12 de abril de 1993*

Era su primer día en el internado tras las vacaciones de Semana Santa. Se encontraba en el comedor desayunando y rodeado de otros alumnos, todo ellos hablaban de cómo y dónde habían pasado esos días de merecido descanso. Alexander solo escuchaba, a pesar de llevar allí ya tres meses seguía comportándose de forma retraída aunque ya por lo menos se relacionaba con algunos compañeros de clase y de actividades extracurriculares —estaba en el club de ajedrez del BC Academy y practicaba tiro con arco— aunque con quien realmente había trabado amistad, a pesar de la posición y la edad de cada uno, era con el supervisor Alan Jones, quien desde el principio le cayó bien y que se comportaba con él como si fuese su mentor.

Había pasado muy buena noche, el hecho de que Jack Brown no hubiera hecho aún acto de presencia en el internado había tenido mucho que ver, pero sobre todo es que Alexander tras varios meses de verdadero calvario estaba feliz. Por fin había podido tener unos días de tranquilidad y relax rodeado de personas a las que quería y con las que estaba realmente a gusto, con personas con las que podía mostrarse tal cual era sin que hubiera reproches ni desaires. Pese a la reticencia inicial de sus padres Alexander había logrado que le dejaran pasar esas dos semanas de vacaciones en casa de sus abuelos maternos, en Córdoba, la ciudad que Alexander visitó por primera vez cuando apenas tenía uso de razón y en la que tanto sosiego encontraba. Este hecho no había quedado exento de polémica y discusión, especialmente cuando su abuelo paterno, Martin, se negó en rotundo a que la primera salida de Alexander del internado —la semana de vacaciones de febrero se había quedado en el colegio por voluntad propia— fuese para ir a visitar a su familia española y no para pasar unos días en el domicilio familiar en Múnich.

A media mañana del mismo día en que comenzaban las vacaciones, con

el objetivo de llevarle a casa de sus abuelos maternos, su madre y Kay Scheider, el hombre con porte de marino americano que trabajaba para su abuelo y el mismo que ya lo acompañó a su llegada al internado en el mes de enero, le recogieron en el BC Academy. Primero se dirigieron en coche de alquiler hasta el aeropuerto de Londres Gatwick, desde allí cogieron un vuelo hasta Málaga y de ahí de nuevo en coche de alquiler hasta Córdoba. Para las siete de la tarde ya estaban en la puerta de aquella casa de tres plantas que sus abuelos habían comprado en la calle San Fernando con el dinero que la familia había ganado trabajando en Alemania y en la que vivían desde que en el año 1986 retornaran a España.

Alexander había pasado junto a sus abuelos Rafael y Aurora, sus dos tíos y sus cinco primos unos fantásticos días de vacaciones; días de juegos, de risas, de paseos por la ciudad, de compras, también de procesiones, aunque de esto último no en exceso puesto que ni a él ni a su abuela les fascinaba el supuesto fervor religioso que en esos días parecía invadir a miles y miles de personas, y sobre todo, días de confidencias, y es que si alguien podía decir que entendía a Alexander esa era su abuela Aurora, con ella era fácil hablar, le escuchaba, se interesaba por lo que él sentía, por lo que quería, por lo que hacía y siempre le aconsejaba, no le daba órdenes, confiaba en él y en su criterio, lo que no quería decir que no le echara un buen rapapolvo cuando creía que lo merecía. A diferencia del resto de adultos de su alrededor su abuela lo conocía.

Alexander sabía bien que la negativa de su abuelo Martin a aquel viaje no se debía precisamente a que esperara con especial ilusión el poderlo ver de nuevo, abrazarlo y darle un gran beso de bienvenida. De hecho, había sido él el artífice de su reclusión en aquel internado. No, más bien se debía a las malas y casi inexistentes relaciones que Martin mantenía con sus consuegros y a la cierta aversión que sentía hacía ellos.

Martin provenía de una familia adinerada, era racista, xenófobo y totalitario y desde luego no llevaba nada bien eso de que su primogénito, Markus, se hubiera enamorado y casado con la hija de unos inmigrantes españoles.

Su padre había sido un alto cargo del NSB, el Movimiento Nacional Socialista en los Países Bajos, un partido político creado en 1931 simpatizante y colaborador del Partido Nacional-socialista Obrero Alemán, el partido nazi de Adolf Hitler. Al finalizar la Segunda Guerra Mundial, tras la derrota alemana, el partido había sido prohibido y declarado como una

organización delictiva y él acusado de alta traición y condenado a muerte. Fue entonces cuando Martin que solo contaba con catorce años en aquella época y su hermana de doce años fueron trasladados a Alemania, a la zona de ocupación estadounidense, una de las cuatro zonas en que los aliados habían dividido el país y que se hallaba situada al sur. Su madre se reuniría en Múnich con ellos pocos días después, tras la ejecución del que fuera su marido y padre de sus hijos. En aquel momento y en aquellas circunstancias no parecía lo más idóneo llevar a la familia de un alto cargo político holandés que confraternizó con la ideología del partido nazi a Alemania, al país cuyo régimen había sido derrotado y que había quedado bajo el control y la ocupación de las grandes potencias mundiales de la época, pero era allí, en aquella ciudad donde Alfred Andreas Aarden, el padre de Martin, mantenía numerosos y buenos contactos, personas simpatizantes del Partido Nacional-socialista Obrero Alemán que lo apreciaban y que ahora se ocuparían de darle una nueva identidad y una nueva vida a su familia.

Del cambio de identidad y de parte de la historia familiar había tenido conocimiento Alexander hacía apenas dos años, cuando su abuelo Martin se lo contó. Enorgulleciéndose de su pasado, de quienes habían sido y de quienes seguían siendo en el presente, del valor mostrado, de la rectitud y firmeza de los Hoffmann en la defensa de los principios y valores familiares, del poder acaparado y del respeto alcanzado, Martin explicó a su nieto cómo había sido su vida, sus años de niñez y primera adolescencia en la ciudad neerlandesa de Utrecht y cómo se había gestado y desarrollado la huida de su país natal y el establecimiento de la familia en el país vecino tras la muerte de su padre. También le dijo que el mismo día que pisaron territorio alemán dejaron de ser Meike Annelien Aarden y sus hijos Gerolt Adolf Andreas y Drika Eleonora, esposa e hijos de Alfred Andreas Aarden, miembro del NSB acusado de alta traición, y que pasaron a llamarse Ebba Ulrika, Martin y Henrietta Hoffmann, viuda e hijos de un ingeniero civil fallecido hacia el final de la Segunda Guerra Mundial durante un bombardeo dirigido por la Royal Air Force británica y las Fuerzas Aéreas del Ejército de los Estados Unidos de América en la ciudad alemana de Dresde, lugar de residencia de la familia. Le narró cómo habían sido los primeros años en un país desconocido, alejados de todo y todos cuantos conocían, sus años de estudios, sus primeros años de trabajo y la creación de su propio despacho de abogados, Hoffmann & Rohmer. Lo que Martin le había relatado era en parte la verdad de lo sucedido, pues solo le había confesado lo que consideró que se podía contar,

el resto de la historia fue a veces sesgada y otras alterada. Lo que nunca le dijo era cómo el despacho de abogados penal, mercantil y financiero que él creó llegó a ser el más reputado del país, cómo consiguió amasar tan inmensa riqueza y cómo él se convirtió en uno de los miembros más respetados de la sociedad germana, aunque como bien descubrió Alexander con el paso de los años era más miedo que respeto lo que su abuelo Martin infundía en quienes le rodeaban.

Martin Hoffmann se veía como un hombre hecho a sí mismo, era un hombre poderoso, frío y sin escrúpulos, protector de los valores morales que él consideraba correctos, un ganador nato que había tenido sin embargo, tal y como lo veía él, la inmensa desgracia de que su hijo mayor se hubiera visto envuelto en un amorío con la hija de un matrimonio de inmigrantes y trabajadores extranjeros, que se hubiese enamorado de ella, que se hubiera casado en secreto y que hubiera tenido cinco hijos con aquella mujer, tres chicos y dos chicas que si bien tenían nombres alemanes, nacionalidad alemana y estaban siendo educados en las costumbres y cultura alemanas sentían un profundo aprecio por el país y la familia de su madre, especialmente Alexander, el segundo de los hijos de Markus y Elena. Él tan acostumbrado a hacer y deshacer a su antojo, a disponer y a que todos obedecieran había tenido que ver cómo los Vargas, en contra de su voluntad, habían entrado en su vida, cómo esas personas de bajo estatus social habían llegado a formar parte de su familia y cómo sin esfuerzo alguno se habían ganado el cariño y la consideración de sus nietos, algo que él aún no había conseguido del todo, no al menos en el caso de Alexander y Kerstin, la tercera hija del matrimonio.

El jerarca de la familia Hoffmann mostró al principio una férrea oposición al matrimonio de Markus y Elena y después cuando llegaron sus nietos, al deseo de Elena y de estos de mantener el contacto, a pesar de la distancia, con su familia materna. No quería injerencias en la vida de unos niños que aunque no habían sido paridos por la mujer que él hubiera deseado para su hijo, llevaban la sangre de los Hoffmann —lo más importante para Martin—. A pesar de ello nunca consideró necesario atajar con rotundidad esa relación, y no porque esta no fuese fácilmente controlable sino porque para él los Vargas eran insignificantes.

Con el recuerdo de los felices días de vacaciones Alexander acabó de desayunar. Eran casi las nueve de la mañana así que se levantó de la silla; lucía una bonita sonrisa, la misma que por desgracia pocas veces dejaba ver, y se dispuso a ir a su primera clase del día y del trimestre cuando lo vio al final del pasillo: Jack Brown, otra vez, encarándose con un niño varios años menor que él, empujándolo e intimidándolo. A Alexander se le congeló la sonrisa. Brown ahora miraba hacía él. Sabía que de una manera u otra sería el siguiente, pero lo que Jack desconocía es que ese día todo cambiaría para él.

A las doce cuarenta y cinco Alexander hizo aparición en el comedor. Era la hora habitual del almuerzo. Como también era usual se sentó solo en el banco del fondo. A Jack le caía mal y lo tenía en su punto de mira. El simple hecho de sentarse durante las comidas al lado de él le hubiera supuesto a cualquier osado buscarse problemas con Jack y los tres perros falderos que siempre lo acompañaban. Esto que tanto le preocupó y le hizo sentir muy mal al principio había dejado ya de importarle. Si debía comer solo, así sería.

A los pocos minutos de estar allí sentado intentando tragar aquella insípida crema de verduras y aquel pastel de riñón que tanto estaba empezando a odiar, Jack y sus amigos que ese día habían decidido sentarse en la mesa que había frente a la suya, comenzaron a lanzar hacia él aviones de papel.

«Puedo estar tranquilo si esto es todo lo que tenéis preparado para hoy», pensó Alexander despreocupado, sin ser consciente de que en ocasiones las situaciones que se consideran más nimias son las que acaban por desatar el verdadero vendaval.

Brown y los otros tres no paraban de reírse, risas que se acrecentaban cada vez que alguno de ellos lanzaba un nuevo avión. El profesor de Inglés que estaba merodeando por el comedor ya les había llamado la atención en varias ocasiones, lo que no quiso decir que estos cesaran en el juego que los mantenía tan entretenidos. Alexander que intentaba terminar de almorzar tranquilo se quedó paralizado cuando vio que los aviones que le lanzaban — hasta ese instante no reparó en ello— estaban hechos con páginas de tebeos de Mortadelo y Filemón. Inicialmente intentó pensar que solo se trataba de una casualidad pero después se dio cuenta de que eso no era posible tratándose de Jack. En un santiamén se convenció de que estos habían sido hechos con los tebeos que su abuelo Rafael le compró en el kiosco el día antes de su regreso al internado. Los mismos que tanta ilusión le habían hecho y los que con tanto celo él había guardado en el cajón de su escritorio

debajo de un buen montón de folios, en donde creyó que estarían a salvo de las garras de su compañero de habitación.

La exasperación que comenzó a sentir aumentaba por momentos y en pocos segundos notó como aquella rabia, aquella ira incontrolable que unos meses antes le había llevado a propinar una tremenda paliza a Adler Heber y los gemelos Burke y Derek Baum volvía a apoderarse de él. Con la vista nublada, sin ser realmente consciente de lo que hacía o más bien se disponía a hacer, Alexander se levantó de su silla y muy decidido recorrió los pocos pasos que lo separaban de Jack y sus tres amigos. El primer puñetazo, el que lo dejó con el labio inferior reventado y tirado en el suelo, llegó sin mediar palabra. Jack se mostraba tan confiado que no previó tal reacción —él estaba acostumbrado a dar, no a recibir golpe alguno—. El segundo y el tercer puñetazo se los propinó Alexander estando Jack en el suelo cuando este ya no suponía ningún peligro; el indeterminado número de patadas que le asestó de forma automática e irreflexiva llegaron sin embargo cuando ya tanto el profesor de Inglés como el supervisor Alan Jones hacían lo posible por pararle y terminar con aquella dramática situación.

Solo pasado un breve período de tiempo, apenas unos cuantos minutos, después de que Alan Jones lo llevara a su despacho Alexander fue consciente de lo que había pasado. Las imágenes y los recuerdos de lo vivido: Jack sangrando extendido en el suelo, sus tres amigos acobardados y horrorizados, él mismo totalmente fuera de sí actuando con tan inusitada violencia, el silencio sepulcral que el resto de alumnos había mantenido, sus caras de pánico y desagrado, el reproche en el rostro de Alan... se agolpaban en su mente provocándole un tremendo dolor. Abatido se sentó en el suelo, apoyó la espalda contra la pared y se tapó la cara con las dos manos. En ese momento se abandonó al indefectible llanto.

## Capítulo 12

*Brighton, martes 13 de abril de 1993*

Suponía Alexander que a esas horas de la mañana sus padres estarían viajando para ir a recogerlo y llevarlo de regreso a Múnich. Después de lo que hizo lo menos que le podía pasar era que lo expulsaran. Si el director del colegio ya lo había amenazado en varias ocasiones con hacerlo por mucho menos, no cabía albergar esperanza alguna de que tras lo ocurrido no cumplierse su palabra. Se le hizo un nudo en la garganta al imaginar cómo habría recibido su madre la noticia, la decepción tan grande que debía haber sentido y las lágrimas que por su culpa habría vertido.

Le extrañaba que aún no le hubieran notificado su expulsión definitiva pero más todavía que a esas horas nadie hubiera ido a buscarle. Ni Smith para decirle que se apresurara a recoger sus pertenencias y a salir de una vez por todas y para siempre del BC Academy; ni Alan para ver cómo estaba, más aun después de que algún alumno le dijera que no había bajado a desayunar o algún profesor le confirmara que no había asistido a su clase; ni sus cariacontecidos padres para llevarle de vuelta a casa. Aunque para esto último había una explicación lógica: seguramente en esos momentos sus padres ni siquiera estaban todavía en territorio británico. Su padre siempre tenía mucho trabajo y no le habría sido fácil desentenderse de las obligaciones por mucho que urgiera ir en busca de su indisciplinado y conflictivo hijo.

Se miró en el pequeño espejo que Jack había colgado en la parte trasera de la puerta de la habitación. Presentaba los ojos rojos e hinchados y estaba bastante ojeroso —aquel rostro se asemejaba demasiado al que lució durante su primera mañana en el BC Academy, durante aquel 4 de enero que ya parecía tan lejano—. La noche había sido larga, excesivamente larga y muy triste. Entre unos y otros pensamientos no había pegado ojo, normal que presentara tan lamentable estado.

A pesar de que la compañía del que, con el paso de los días, había llegado a convertirse en su mejor amigo le hizo bastante bien —hasta la media tarde del día anterior cuando Barnett Smith, visiblemente enfadado, lo llamó a su despacho, Alan Jones había permanecido junto a él—, no fue suficiente como para evitar que hubiera pasado gran parte de la noche en vela

martirizándose y aborreciéndose por cómo había actuado, aunque por fortuna no fueron todo amonestaciones y cargos de conciencia. A ello ayudó el saber que los golpes que le había propinado a Jack no le habían causado graves daños, sí numerosos hematomas y lesiones y la rotura de dos costillas, pero nada que fuese irreversible, lo que por supuesto no implicaba que el chico no tuviese que estar varias semanas recuperándose en casa, tal y como le había comunicado Alan cuando a última hora de la noche, antes de marcharse a la cama, se pasó por su dormitorio para ver cómo se encontraba.

«Eres un cerdo Jack pero yo no quería hacerte daño... al menos no tanto daño. Te lo juro, no quería».

En la quietud de la noche pudo pensar también en aspectos más agradables, como lo era el hecho de haber tenido la fortuna de conocer a Alan Jones, a ese hombre a veces solitario y taciturno que se había convertido no solo en su amigo sino también en su consejero y guía. La noche anterior Alexander llegó a creer incluso que lo estaba tratando como a un hijo; como a ese hijo que Alan aún no tenía y no sabía si tendría porque como le comentó cierto día —durante uno de los tantos momentos de confianzas que ambos compartían—, su mujer, el amor de su vida, había muerto antes de que tuvieran oportunidad siquiera de plantearse la idea, y con ella, su ilusión por formar una familia.

Minutos después, cuando por fin se había decidido a empezar a guardar sus cosas y meterlas en su maleta verde, la misma que lo había acompañado el día que por primera vez pisó el internado, alguien llamó a la puerta de su dormitorio. A Alexander se le aceleró el corazón. Si era Barnett ya sabía a qué venía, si eran sus padres sería aún peor puesto que podía figurarse sus caras de reproche y desencanto y si era Alan... eso sí sería bueno, si no fuera porque tendría que despedirse de él para siempre.

—Adelante —articuló Alexander resignado y muy nervioso.

Cuando la puerta se abrió Alexander se quedó petrificado. No sabía si esa opción, la que ni siquiera se le había pasado por la cabeza contemplar, era mejor o peor que las sí consideradas. El que en esos momentos hacía entrada en su habitación era su abuelo, Martin Hoffmann.

—Abuelo —es lo único que acertó a decir tras la sorpresa.

Martin lo miró con gran crudeza antes de preguntarle qué hacía con aquella maleta.

—¿Dónde están mis padres? ¿Están abajo esperándome? —quiso saber.

—Tus padres no han venido —respondió con frialdad—. Ellos no saben



nada de lo sucedido. Afortunadamente para ti fui yo quien cogió la llamada cuando el cretino de Smith llamó para informar de tu expulsión tras la pelea, o mejor dicho, tras la paliza que le has dado a ese estúpido yanqui.

«¿Aquello había sido un reproche o una alabanza?», se preguntó ante la duda que le creó la forma en la que Martin lo dijo. En cualquier caso lo que tanto temía Alexander se había confirmado: estaba expulsado. Esto que en otro tiempo no le hubiera importado lo más mínimo ahora sí lo hacía, pues no era ni por la puerta de atrás ni con la cabeza gacha como quería salir del BC Academy.

—Te he preguntado que qué haces con la maleta —insistió Martin al percatarse de que Alexander seguía metiendo cosas en ella.

—Es obvio. Si me voy me tendré que llevar mis cosas.

—Tú no vas a ir a ningún sitio, así que deja lo que estás haciendo —ordenó—. Acabo de hablar con el director y hoy no va haber ninguna expulsión. Por lo menos, no la tuya —añadió.

—¿Has convencido al señor Smith para que deje que me quede? ¿Cómo lo has conseguido? —inquirió impresionado.

—Cuéntame lo que ha pasado —exigió Martin cambiando el rumbo de la conversación y dejando sin respuesta la pregunta que le había hecho su nieto.

—Imagino que el director ya te lo ha contado...

—Lo que me haya contado o no, no importa. Es de ti de quien quiero escuchar lo que ha ocurrido. Ya conozco su versión de los hechos, ahora quiero conocer la tuya.

Alexander comenzó entonces a explicarle a su abuelo lo sucedido con Jack Brown. Lo narró sin escatimar ningún detalle. Le contó todas las jugarretas que este le había hecho, desde el primer vaso de agua que le vertió por la cabeza en su primer día de internado hasta lo de los aviones de papel creados con las páginas de sus tebeos, pasando por la infinidad de veces que Jack personalmente o a través de otro alumno lo había acusado falsamente de haber cometido cualquier acción que contravenía las rígidas normas del BC Academy. Informó a Martin también de la aflicción que le había supuesto el tener que pasar la mitad de las noches que llevaba allí recluido en el cuarto de castigo o del malestar que sentía por no haber podido llegar a entablar una verdadera amistad con alguno de sus compañeros porque, como Alexander le dijo a su abuelo, Jack se la tenía jurada y ninguno de sus compañeros quería que se le pudiese relacionar con él. Preferían evitarse los problemas que seguro tendrían si Jack sencillamente los veía a su lado.

—Abuelo de verdad, Jack es un canalla, un déspota, un... un cerdo despreciable. Si topa con alguien a quien él cree inferior o más débil, va a por él sin contemplaciones —arguyó queriendo disculpar su conducta.

Martin escuchaba con atención aunque se mantenía inexpresivo. Solo cuando Alexander le habló de sus noches en el cuarto de castigo Martin hizo un leve gesto que su nieto interpretó como de disgusto o desaprobación.

«Tendré que volver a hablar con ese inepto. No era eso en lo que quedé con él cuando accedió a admitirlo en el internado. Le dejé bien claro que quería ser informado de todo lo que sucediera aquí y atañese a Alexander. Y Barnett lo ha ignorado», pensó.

Desde el primer día a Alexander bien se le pudo considerar un inadaptado pero él se estaba enterando ahora, en ese instante, y por boca de su nieto, no por Barnett. Sin duda alguna antes de regresar a Múnich Martin tendría que pasarse por el despacho de Smith. Tenía que aclarar con él algunas cuestiones que parecía que el director no había entendido bien del todo.

Mientras narraba sus tribulaciones a su abuelo Alexander había revelado una gran firmeza, pero todo cambió cuando comenzó a relatarle cómo había conseguido neutralizar a Jack.

—Estaba ciego de rabia y no me pude controlar. No sé por qué me pasa esto, no lo sé... —masculló con gran pesadumbre—. Jack estaba ya en el suelo y no ofrecía ninguna resistencia pero aun así yo seguí pegándole. Si no hubieran intervenido para separarme de él... Lo siento, abuelo, de verdad. Yo no quería, lo juro, no quería —Alexander cabizbajo se echó de nuevo a llorar.

—Mírame —le dijo mientras le levantaba la barbilla con sus manos y lo obligaba a mirarle—. Has hecho lo que debías hacer.

—Pero lo podría haber matado abuelo —replicó.

—Pero no ha sido así. Has hecho lo que tenías que hacer, lo que haría... lo que hace —rectificó— un Hoffmann. Tu error ha sido no haberlo hecho mucho antes, haber dejado que semejante cenutrio te pusiera entre las cuerdas. Eres un Hoffmann Alexander, te guste o no, lo eres. ¿Cuándo vas a entender lo que ello significa? —Alexander aún lloroso lo miraba y lo escuchaba con interés—. Si quisieras podrías ser el digno heredero del imperio Hoffmann. Estás más capacitado para ello que ninguno de tus hermanos o primos. Eres de lejos mucho más inteligente que tu hermano Maximilian, o que cualquiera de tus primos. También tienes mucho más arrojo que ellos. Tu hermano Johannes es débil y demasiado pusilánime, tu

hermana Kerstin vive permanentemente en un universo paralelo en el que todo es de color de rosa y así no es de extrañar que en cuanto regresa al planeta Tierra se muestre insegura y acomplejada, y tu hermana Leyna... Leyna, a pesar de su corta edad, es altanera, presuntuosa, ambiciosa... La ambición no es mala, es la que te hace progresar ¿sabes?, pero siempre y cuando vaya acompañada de algo de sesera y tu hermana pequeña Alexander, ambos lo sabemos, no es ninguna lumbrera. Cierto es que sois todavía muy jóvenes y que podéis cambiar, pero, la verdad, no albergo muchas esperanzas de que vuestra inteligencia vaya a aumentar. El que a estas alturas es tonto, tonto va a seguir siendo.

Era la primera vez que escuchaba decir a su abuelo lo que pensaba de ellos y también era la primera vez al menos que él recordara que de su boca salía lo que sin duda podría considerarse un halago hacia él.

Para Martin, como para el resto de los mortales, los años no pasaban en balde. A pesar de que hacía poco que acababa de abandonar la cincuentena y de que gozaba de una salud de hierro consideraba que ya iba siendo hora de adoctrinar a los que serían los herederos de sus negocios. Hecho esto que por otro lado no le estaba resultando nada fácil puesto que las cosas no estaban saliendo como él había previsto: su primogénito, Markus, había sido tan necio de dejarse embaucar cuando aún era demasiado joven por una mujer extranjera que no tenía dónde caerse muerta y que vio en él la solución perfecta a sus problemas. No solo la dejó embarazada sino que el muy idiota se había enamorado de ella, malogrando así su prometedor futuro como primogénito del todopoderoso Martin Hoffmann y como heredero de una de las mayores fortunas del país germano; su hija Angela, la pequeña, no quería saber nada del despacho de abogados y no digamos ya de cualquier otro negocio menos claro en el que su padre pudiera estar metido. A Angela solo le interesaba el poder contar permanentemente con una considerable suma de dinero en su cuenta bancaria que le permitiera darse la gran vida que hasta ese momento había llevado: viajes, hoteles y restaurantes caros, fiestas, joyas, lujo y glamur, mucho glamur. De donde saliera el dinero que mensualmente su padre le pasaba era lo de menos. Siempre había sido una irresponsable y una mimada y de eso tenía mucha culpa el propio Martin, ya que al morir Anke, su esposa, y con la intención de mitigar el dolor por la pérdida de su madre, se volcó en demasía en ella colmándola de todas las atenciones materiales posibles y convirtiéndola así con el tiempo en una mujer caprichosa y frívola incapaz de ver más allá de sus narices. Pero si este

asunto ya molestaba a Martin el que el inútil de su yerno, Claudius, siguiera la estela marcada por su mujer y los dos juntos estuvieran dilapidando su fortuna le irritaba sobremanera —en más de una ocasión Martin ya había pensado que no sería ninguna desgracia que el día menos pensado Claudius sufriera un accidente y su hija enviudara—. Menos mal que su hijo Clemens sí parecía entender lo que significaba ser un Hoffmann y la importancia de mantener no solo el negocio familiar, el legal y el otro, sino el de trabajar por seguir siendo unas de las dinastías más poderosas y opulentas del mundo. Además era el único de sus tres hijos que había emparentado con alguien de su gusto, una mujer alemana, culta, educada, obsecuente, de buena y acomodada familia que hasta el momento le había dado tres nietos. Clemens se había convertido en la esperanza de la familia a corto y medio plazo, pero algún día necesitaría a un sucesor y es ahí, en donde si los planes no le fallaban, Alexander entraría en juego.

—No quiero volver a verte llorar, ¿entendido? —le advirtió Martin muy seriamente—. No es así como nosotros solucionamos nuestros problemas. Yo quiero un nieto fuerte, valiente, seguro, capaz de salir airoso de cualquier situación. No un débil, un medroso, un quejica, ¿eso es lo que eres Alexander? ¿Un blandengue? —le preguntó mientras asiéndole la cabeza le obligaba una vez más a mantenerle la mirada.

—No —respondió este con voz queda.

—No te oigo, ¿eres un blandengue o eres un Hoffmann? ¿Qué es lo que eres?

—Un Hoffmann —contestó ahora de forma más enérgica mirando a su abuelo a los ojos.

—Bien. Eso está bien. No me hubiera gustado tener que ser yo el que sacara de su engaño a tus padres sobre tu mal comportamiento.

—No abuelo por favor, no les digas nada —pidió Alexander angustiado.

—No, no lo voy a hacer. Juntos guardaremos el secreto, pero a cambio de mi silencio tú has de prometerme que a partir de hoy vas a ser merecedor del apellido que llevas, que vas a comportarte como el Hoffmann que eres, que no vas a hacer que me arrepienta de estar confiando en ti, que no vas a decepcionar más a tu familia, que vas a seguir mis consejos.

—Te lo prometo, abuelo.

Tras aleccionarle con algunas de las pautas que a partir de ese momento deberían regir su comportamiento, como la de no volver a llorar ni mostrar ningún signo de debilidad, ser más hábil, más inteligente y sigiloso a la hora

de actuar, no dejarse avasallar por nadie, golpear antes y más duro al enemigo o la de conseguir el respeto del otro aunque para ello tuviera que infundir miedo, Martin se preparó para marcharse.

Como le dijo, era ya hora de irse, tenía negocios que no podía desatender y además Kay lo esperaba abajo. Martin se levantó de la silla en la que había estado sentado y se despidió de Alexander con un abrazo y un beso en la mejilla. Ya en la puerta y antes de enfilear el pasillo Martin se volvió hacia su nieto y agregó:

—No olvides tu promesa.

Alexander sabía que a partir de ese momento debía ser un Hoffmann y actuar como un Hoffmann, y aunque no tenía muy claro lo que eso conllevaba entendía que había hecho una promesa a su abuelo y que las promesas han de cumplirse. Era la primera vez que entre ambos surgía algo de camaradería y Alexander no estaba dispuesto a fallar.

Poco después, sin embargo, de nuevo en la soledad de su habitación, un mal presagio lo asaltó. Un escalofrío recorrió su cuerpo y tras la extraña sensación que le embargó ya no estaba seguro de haber hecho lo correcto.

Sentía que acababa de vender su alma al diablo.

## Capítulo 13

*Madrid, viernes 30 de abril de 1993*

Hacía más de un mes que Fernando tenía una copia de la investigación en la que su hermana estaba trabajando.

Desde que su cuñado Luis se presentase aquella noche del mes de marzo en su casa y le mostrase aquellos papeles Fernando no había vuelto a ser el mismo. Le había afectado en exceso el saber que su hermana pequeña no había muerto en un accidente de tráfico como en un primer momento todos creyeron. Se hizo policía precisamente porque deseaba contribuir a mejorar la sociedad en la que vivía, a acabar o al menos prevenir los comportamientos delictivos y ayudar a las personas que eran víctimas de los mismos. Ingresó en el Cuerpo Nacional de Policía convencido de que debía hacer una aportación personal a la construcción de un mundo mejor y durante muchos años esa fue su principal motivación y lo que dio sentido a su trabajo. Sin embargo, el estímulo que le había hecho levantarse y encarar con la máxima profesionalidad su quehacer diario parecía haberse esfumado. Se había dado de bruces con la atroz realidad que se vive en ese mundo que él siempre quiso mejorar; un mundo en el que, aunque no prima la maldad, viven y actúan personas despiadadas sin el menor atisbo de humanidad que se creen además con derecho a decidir sobre la vida de los demás. Y ese tipo de personas, contra las que él llevaba años luchando, eran justamente las que habían golpeado a su familia de esa manera tan brutal.

Él, que a diario trabajaba para prevenir que personas acabaran sufriendo tan horrible final, no había podido salvar la vida de su hermana. Sentía que había fallado en la que seguro era la misión más importante de su vida: la misión de proteger a los suyos. A pesar de que él no tuviera nada que ver con ese asunto —¿Cómo saber que su hermana pequeña estaba en peligro?—, la incertidumbre de si podía haber hecho algo más era lo que más lo atormentaba.

Esa noche había quedado con Luis, desde el día en que le habló por primera vez de HADES solo lo había vuelto a ver en una ocasión, aunque sí habían contactado telefónicamente tres veces. Tenía novedades y quería compartirlas con él. El día anterior su subordinada y ayudante personal en

aquel caso, la joven policía Daniela Herrero y él, habían utilizado su día libre y su día de asuntos propios respectivamente para realizar un viaje exprés a la capital austriaca, a Viena, para reunirse con Stefan Lerner, la persona cuyo nombre y teléfono Mariola había dejado anotado en el folio que Luis encontró en el bolsillo de su chaqueta. Stefan les había facilitado una valiosa información, un hilo conductor del que seguir tirando.

Después de estar pensando durante días y de forma concienzuda si involucrar o no a alguien más en la investigación extraoficial que quería llevar a cabo, Fernando se decidió por confiar en Daniela para que le echara una mano. Obviamente no le dijo toda la verdad con respecto a lo que tenían entre manos pero lo que le contó, a ella le bastó para embarcarse en aquel periplo junto a él, junto al inspector que tanto admiraba y del que tanto había escuchado hablar ya desde sus días en la academia. Daniela no consideraba que estuviera haciendo favor alguno a Fernando, todo lo contrario, para ella era todo un honor y un raro privilegio el que un superior le pidiese ayuda, precisamente a ella, a una policía de base, mujer, novata y con poca experiencia aunque sí con mucha ilusión y muchas ganas, eso sí.

Daniela fue de los alumnos más brillantes que de su promoción habían salido de la Escuela Nacional de Policía. Hacía pocos años que las mujeres se habían incorporado a la escala básica del Cuerpo de Policía Nacional y como bien sabía Fernando, en un mundo en el que siempre había imperado el sexo masculino, llegar adonde había llegado ella ya era un logro a tener muy en cuenta. Daniela tenía las aptitudes y la actitud necesaria para llegar lejos dentro del Cuerpo, lo único que necesitaba es que un día le dieran la oportunidad de demostrar su valía. Llevaba año y medio en su unidad y en ese tiempo su comportamiento siempre había sido el correcto. Era una mujer con iniciativa, inteligente y segura de sí misma y también impetuosa, inflexible a veces y bastante tosca. Desde el primer momento en que empezó a trabajar en su comisaría a Fernando le cayó bien. Puede que algunos de los compañeros con los que trataba a diario, especialmente a aquellos con los que había tenido algún pequeño roce y a los que tuvo que dejar claro y, por cierto, no con mucho tacto, que no por ser mujer era menos policía o que precisamente por serlo estaba dispuesta a aguantar ciertos comentarios y actitudes, pensaran de ella que era una tía borde e intratable, pero a él le gustaba el carácter de esa veinteañera con ganas de comerse el mundo.

Sin embargo y para ser justos, Fernando no solo se fijó en Daniela por sus aptitudes y por haber demostrado en varias ocasiones su lealtad hacia sus

superiores y hacia el Cuerpo. Para el caso que lo ocupaba el inspector precisaba también de alguien que supiera idiomas y el nivel alto de alemán y francés y el nivel medio de inglés que la chica tenía acreditado y que había adquirido principalmente al vivir durante toda su infancia en la ciudad suiza de Lyss, en el cantón de Berna, la pequeña ciudad a la que sus padres emigraron a principios de los años setenta, la convertían sin duda en la persona idónea.

Así que después de llevar más de dos semanas intentando localizar a Stefan Lerner en su domicilio de Múnich sin ningún éxito, por fin el lunes de esa semana la pertinente llamada que Daniela efectuaba desde hacía días y varias veces durante su jornada laboral obtuvo respuesta. A Stefan Lerner por fortuna no se lo había tragado la tierra aunque a días lo pareciera.

El dicho estar curtido en mil batallas podría ser fácilmente aplicable a Stefan, y además de forma literal. Hacía tiempo que este había aprendido a actuar con la cautela y discreción necesarias para evitar cualquier situación que le pudiese poner en peligro. A Daniela no le resultó nada fácil hacer que Stefan confiara en ellos y Fernando se vio obligado a enseñar sus cartas o al menos parte de ellas, pero por fin, tras algunas horas de desesperante espera, este les devolvió la llamada y concertó la cita. Fernando supuso que en ese tiempo Stefan había estado haciendo todas las averiguaciones que consideró pertinentes para protegerse de posibles riesgos. Cuando escuchaba la palabra HADES Stefan se ponía en guardia y recelaba de todo y todos.

«Esa es la diferencia entre Stefan y Mariola. Por eso él está vivo y mi hermana bajo tierra».

Stefan era periodista al igual que Mariola. Por lo visto se habían conocido en un congreso internacional de periodistas celebrado hacía dos años en Madrid. Él había sido reportero de guerra durante años hasta que hastiado de tanta injusticia, de tanta barbarie, de tanto comportamiento denigrante para la condición humana, decidió dedicarse al periodismo de investigación. Ahora trabajaba para la revista alemana *Was Gerade Passiert* y llevaba cinco semanas fuera del país haciendo un reportaje en Oriente Medio, por eso no lo habían podido localizar antes. Como les dijo si querían verse tendría que ser el jueves de esa misma semana en Viena. El miércoles viajaría hasta allí y si deseaban encontrarse con él lo mejor sería hacerlo en esa ciudad. Desde luego no consideraba que Múnich fuese el sitio más indicado para tal encuentro.

Así, el jueves a las once y veinte de la mañana Fernando y Daniela



atterrizaron en el aeropuerto internacional de Viena. Tras salir del mismo cogieron un taxi que les llevó hasta el centro histórico de la ciudad, a unos veinte kilómetros de distancia. Habían quedado a la una con Stefan Lerner en el Bitzinger's Augustinerkeller, como este les comentó: «Un restaurante con gran tradición y representativo de la cocina vienesa que les va a encantar» y además con una localización inmejorable, aunque eso no se lo había llegado a decir, justo debajo del Palacio Imperial de los Habsburgo y del que hoy es uno de los museos de arte más notables del mundo: el museo Albertina.

A las doce y cincuenta —Daniela había insistido en llegar antes de lo acordado para causar buena impresión pues sabía de la importancia de la puntualidad para los alemanes—, los dos policías entraron al restaurante en el que habían de verse. El taxi les había dejado en la calle Kärntner Ring, a unos quinientos metros de su lugar de encuentro y como disponían de algo de tiempo libre aprovecharon para dar un pequeño paseo por las cercanías: el edificio de la célebre Ópera de Viena, el parque Burggarten o la Plaza de los Héroes, célebre entre otros motivos porque fue allí en donde Hitler en 1938 anunció la anexión de Austria al III Reich. Fernando pensó que aquella ciudad merecía algo más que un breve y rápido recorrido por algunos de sus principales atractivos turísticos y se prometió que algún día volvería allí con María. Sería un buen destino para celebrar algún día ese viaje de novios que por motivos que no vienen al caso no pudieron hacer y que a día de hoy seguían postergando.

Justo al entrar uno de los camareros del Bitzinger's Augustinerkeller los acompañó a la que era su mesa, una de las mesas situadas al fondo del salón abovedado. A esa hora el local estaba ya bastante concurrido. Menos mal que Stefan Lerner había sido previsor y había realizado la reserva con suficiente antelación.

A la una en punto un hombre alto, delgado, de pelo corto y castaño claro, ojos marrones y nariz ancha, muy atractivo e informalmente vestido hizo entrada en el salón y se dirigió hacia la mesa en la que ellos estaban sentados.

—Buenas tardes. ¿El señor Sáez y la señora Herrero?

—Sí —respondió Fernando.

—Encantado de conocerlos —les dijo a la vez que les ofrecía su mano—. Señor Sáez, antes de nada, me gustaría decirle cuanto lamenté la muerte de su hermana. Fue una desgracia enorme. Era una gran profesional y muy buena persona.

—Muchas gracias... No sabía que hablaba usted tan bien el español —

expresó con admiración puesto que él era negado para los idiomas, pero también con cierta frustración—. «Cómo es posible que tanto Daniela como yo hayamos dado por hecho que Stefan no habla nuestro idioma», se recriminó al darse cuenta de que si empezaban a cometer errores y a tener despistes de principiante no iban a poder llegar muy lejos. Además si Daniela estaba allí en ese momento era porque supuestamente la iba a necesitar de traductora. Aunque era cierto que se sentía más cómodo y relajado viajando con ella, de haber sabido que la conversación se podría haber desarrollado en español podría haber prescindido de su compañía.

—Bueno, aún hay aspectos de su idioma que no controlo, pero creo que puedo mantener una conversación y eso es algo de lo que me enorgullezco.

—Muy bien. ¿Vamos al tema o...? —Daniela dejó la pregunta a medio acabar al ver la dura mirada que su superior le lanzó.

—Si les parece bien, comamos primero y después nos ocuparemos de lo que nos ha traído hasta aquí.

—De acuerdo —Fernando, a pesar de que no era su hora habitual para el almuerzo, estuvo de acuerdo—. Pero algo que todavía no me ha aclarado y me corroe por dentro —agregó—. Me dijo que mi hermana y usted se conocieron en un congreso de periodismo celebrado en Madrid hace un par de años e imagino que fue ahí donde contactaron por primera vez, pero... ¿por qué tenía su contacto anotado en la información relativa a la investigación sobre HADES? ¿Cómo se ha involucrado usted en esto?

—Su hermana me llamó unos meses antes de su fallecimiento. Por lo visto estaba investigando un supuesto caso de tráfico ilegal de órganos y se topó con algo mucho más grande, aunque ella en ese momento no lo supiese. Los trasplantes se estaban realizando en una clínica privada de Madrid. Su fuente le informó de que el último beneficiario de un nuevo hígado había sido un ciudadano muniqués. Ella sabía que yo residía allí así que contactó conmigo para preguntarme si sabía algo sobre el paciente Frederick Wagner. Era una simple colaboración entre compañeros del gremio. A mí en un principio ese nombre no me decía nada, pero tras hacer algunas averiguaciones supe que era el sobrino de Bernd Rohmer, un afamado abogado de Múnich. Frederick era el hijo de su hermana. Luego solo tuve que sumar dos más dos. Rohmer es el socio de Hoffmann...

—¿Hoffmann?

—Fernando, si no le importa, comamos y luego les seguiré contando. Tenemos varias horas por delante y les aseguré que necesitarán estar en

buenas condiciones para asimilar lo que tengo que relatarles.

Por recomendación de Stefan todos pidieron el plato más típico de Viena, el escalope de ternera empanado acompañado de ensalada de patata. Fernando además pidió otra de las especialidades de la casa: las salchichas vienesas con rábano picante y mostaza —el aroma procedente de los platos del resto de comensales le había acabado de abrir el apetito—. Sabía que aquel viaje le iba a salir por un ojo de la cara, pues no solo tenía que cubrir sus gastos sino también los de Daniela, bastante tenía ella con ayudarle en una investigación extraoficial y fuera de su horario como para también tener que costearse los gastos derivados de la misma, pero ya que estaba allí pensaba aprovechar y al menos comer todo lo bien que pudiera. Los platos los acompañaron con unas Ottakringer, la cerveza vienesa por excelencia y de postre pidieron una porción de tarta Sacher. Todo muy típico austriaco.

Tras el almuerzo, los tres se reunieron en una pequeña habitación que hacía las veces de oficina y en cuya puerta había un cartel que Fernando supuso que venía a decir: «Prohibido el paso. Solo personal autorizado». Era el despacho del dueño del restaurante, con el que Stefan mantenía cierta relación de amistad. Como este les aclaró, visitaba Viena varias veces al año y el Bitzinger's Augustinerkeller era para él parada obligada. Después de tanto tiempo había llegado a entablar amistad con los dueños y el personal del restaurante, por lo menos, una relación de amistad suficiente como para pedirles que le hicieran el favor de dejarles ese lugar para mantener una reunión de trabajo. Antes de entrar, Fernando hizo jurar a Daniela por lo más querido y sagrado para ella que nunca hablaría con nadie nada de lo que allí se tratara. Daniela, molesta por lo que parecía una falta de confianza de su superior en ella, lo hizo.

Ante la congoja y el asombro de Daniela, los dos hombres comenzaron a hablar abiertamente sobre la extensa actividad criminal de HADES, de las acciones que claramente había llevado a cabo y de aquellas otras que aunque sin pruebas con seguridad también se le podían atribuir.

En cuanto a sus actividades criminales Stefan no les contó nada que Mariola no les hubiera ya adelantado —en el caso de Fernando, para Daniela, sin embargo, todo aquello era nuevo como bien demostraba su ojiplática mirada y su rostro atribulado—, pero sí les dio nuevos datos sobre posibles miembros de la organización e información sobre sucesos, la mayoría trágicos, y en los que cualquier persona que supiera de la existencia de HADES podría establecer una relación clara con ellos. Asimismo, también

les aclaró que fue él quien le habló a Mariola por primera vez de esa organización cuando averiguó que el caso de venta y tráfico de órganos humanos que ella investigaba tenía relación directa con esta. Pero sin duda, fue la revelación de la identidad de uno de sus fundadores, un tal Martin Hoffmann, lo que más interesó a los dos policías. Por fin tenían otra pista sobre la que seguir indagando.

—¿Era por esto por lo que no deseaba que nos viéramos en su ciudad? —preguntó Daniela al leer en los papeles que les había entregado Stefan que Martin Hoffmann residía en la capital bávara.

—¿Conocen Múnich? —contestó con otra pregunta a la que los dos dieron una respuesta negativa—. Pues es un pena, es una ciudad espléndida que seguro les encantaría. Si alguna vez tienen la oportunidad no dejen de ir a visitarla —les aconsejó—. Pero bueno, a lo que vamos... Efectivamente, en Múnich reside el gran jefe de la organización o por lo menos, por lo que he podido averiguar, el que yo considero que es el gran jefe: Martin Hoffmann. Hoffmann es el fundador del bufete más prestigioso de Alemania, no sé si les sonará, el Hoffmann & Rohmer —A los dos policías ese último apellido ya no les era del todo desconocido—. Está especializado en derecho mercantil y financiero, aunque últimamente también está aceptando casos más del ámbito de lo penal, lo que no deja de ser un aspecto llamativo cuando estamos hablando de que casi con total seguridad lidera una de las organizaciones más letales y perversas de cuantas operan en el viejo continente —subrayó—. Desde que comenzó a funcionar, el despacho de abogados me refiero, se especializó en casos de gran notoriedad pública, casos en los que se habían visto implicadas personas de renombre y corporaciones con sucursales en diferentes países. Dicen que los honorarios que cobran solo están al alcance de las grandes fortunas. Por lo visto a cambio de esas ingentes sumas de dinero el bufete garantiza a sus clientes el quedar libres de toda culpa. Y de hecho es así, me he pasado tiempo estudiando minuciosamente los casos que han llevado Hoffmann y sus abogados y le puedo decir que en el noventa por ciento de los casos que han llegado a juicio las sentencias han sido favorables a sus clientes. En el otro diez por ciento, sus clientes se han ido con multas económicas o penas de cárcel tan ínfimas que resultaban irrisorias. Y eso que estamos hablando de delitos tan graves como el proxenetismo, el tráfico de drogas, de armas o incluso el tráfico de seres humanos, con todo lo que estos llevan aparejado: secuestro, amenazas, extorsión, estafa, blanqueo de capitales y un largo etcétera. En el despacho trabajan decenas de abogados,

los mejores según parece, además de Martin, quien desde hace unos años no ejerce directamente la abogacía aunque por supuesto controla todo lo que pasa por el bufete, y sus dos hijos varones: Markus y Clemens. Aunque en este último año Markus se ha postulado para ocupar un importante cargo en el CSU y parece ser que su dedicación al bufete cada vez es menor. Martin está muy bien relacionado, tiene protectores en las altas esferas y no solo en Alemania. Digamos que es intocable —concluyó su exposición—. Y contestando a su pregunta señorita...

—Señora, si no le importa —le corrigió ella ante la sorpresa de Fernando.

—Oh, perdone. Había dado por hecho que no estaba casada. Yo pensaba...

—Y no lo estoy, pero no me gusta esa muestra de cortesía, si es que puede considerarse como tal... —puntualizó dejando a los dos hombres que la acompañaban sin palabras.

—Bien, entonces como le decía señora Herrero —continuó Stefan encauzando la conversación ante una complacida Daniela—, en efecto considero que Múnich no era la ciudad más indicada para este tipo de encuentro. Aunque con HADES uno nunca está seguro en ningún lugar era mejor que no se encontraran conmigo allí, no en la guarida del lobo. En mi ciudad, Hoffmann es visto como un hombre hecho a sí mismo que fue capaz de crear de la nada un auténtico imperio. Goza de una muy buena reputación y son muchos los que lo protegen. Pienso que algunos lo hacen por convencimiento pero otros muchos porque no les queda más remedio. Protegiendo a Martin Hoffmann se protegen a sí mismos. Así funciona esto —reflexionó con cierto abatimiento—. Y yo, en cambio, no dejo de ser un periodista molesto, que trabaja para un medio de comunicación también molesto y que gusta de inmiscuirse en los asuntos turbios de los grandes hombres de negocios. Mejor señor Sáez y señora Herrero que en Múnich no nos vean juntos. Parece que no soy una compañía recomendable —indicó.

A las siete y cuarto de la tarde de ese jueves los dos policías tomaron el vuelo de vuelta a España. Una sensación agrídulce los acompañaba, por un lado se encontraban satisfechos pues regresaban a casa con más información y las ideas más claras, además de con un nombre con el que continuar investigando, pero por otro lado, no podían dejar de sentirse apesadumbrados al comprobar el alcance de lo que tenían entre manos. Si como Stefan les confirmó los miembros de HADES tenían semejante poder, ¿estaban ellos

preparados para ese combate? ¿Un inspector de policía, una policía novata y un profesor de universidad? ¿Podrían ellos hacer algo?

A las ocho y media Luis llegó a casa de sus cuñados.

Tras la deliciosa cena que una vez más María había preparado, Fernando y él se marcharon al despacho.

Mientras María recogía la cocina y fregaba los platos y Nicolás y Laura jugaban —más bien se peleaban por ver quién jugaba— con los muñecos Power Rangers que les habían traído los Reyes Magos ese año, Fernando ponía al tanto a su cuñado de todo lo que había averiguado, de la información que Stefan le había facilitado.

—¿Y qué vamos a hacer ahora?

—Yo pienso seguir. Se lo debo a mi hermana, Luis. Se lo debo a mis padres y creo que también me lo debo a mí. Necesito saber que estoy haciendo todo lo que está en mis manos para esclarecer y hacer justicia por la muerte de Mariola. Por mi trabajo, a diario me veo obligado a afrontar situaciones difíciles, arriesgadas y peligrosas pero lo que tenemos entre manos supera con creces a todas a las que hasta ahora me haya podido haber enfrentado —aseveró—. Con una investigación oficial en curso todo sería más fácil. Por el contrario, de esta forma son muchos los problemas y las trabas con las que nos estamos encontrando y de seguro nos vamos a encontrar. No obstante, voy a tirar de mis contactos, voy a poner todos mis conocimientos y mi experiencia. Voy a hacerlo lo mejor que sé —afirmó—. Pero incluso a mí esto me viene grande, por ello Luis, no te voy a culpar si decides apartarte de este caso. Es más, te recomiendo que lo hagas.

—Era tu hermana, tu hermana pequeña, sí, pero no olvides que también era mi esposa y que en su vientre llevaba a nuestra hija —argumentó alicaído—. Sé que nadie nos las va a devolver, pero si hay una posibilidad, por pequeña que sea, de que los que han acabado con sus vidas lo paguen y que ninguna otra persona tenga que pasar por lo que nosotros estamos pasando, tenemos que intentarlo.

—No eres tan sensato como mi hermana pensaba, ¿sabes? —dijo irónicamente con una fina sonrisa.

—Ninguno de los dos lo somos —sentenció Luis.

# Capítulo 14

*Sevilla, sábado 4 de noviembre de 2017*

A las nueve y media de la mañana Alexander se levantó. Se había despertado un rato antes, cuando los rayos de sol comenzaron a entrar por la ventana del salón, pero había decidido quedarse un poco más tumbado en el viejo y trillado sofá que la abuela de Torm compró cuando se mudó a ese piso hacía ya una eternidad.

El piso de la calle Virgen de Valvanera había pertenecido a su abuela paterna y a su muerte este la heredó. De eso hacía ya algunos años pero Torm no había hecho aún inversión alguna en una reforma que a juicio de Alexander no le vendría nada mal. El mobiliario era antiguo, anacrónico y en algunos casos poco práctico y tanto el enlosado como los azulejos de la cocina y el cuarto de baño hacía tiempo que pedían a gritos un cambio. Sin embargo, hacerle un lavado de cara a la vivienda no estaba por el momento en la lista de prioridades de su propietario. Torm había sido desde siempre un espíritu libre con gran desapego de lo material, o a casi todo lo material porque si había algo en lo que Torm no escatimaba eso era en las nuevas tecnologías. Era aquí en donde la mayor parte de sus ingresos económicos iban a parar. Pero por lo demás Torm se caracterizaba por vivir de forma simple y sin grandes lujos. No tenía ningún interés en la ropa o en seguir las tendencias de moda del momento, de hecho, desde que Alexander lo conocía —hacía ya quince años de su primer encuentro— ni su aspecto ni su forma de vestir habían variado lo más mínimo, siempre vestía vaqueros, negros preferiblemente, camiseta y zapatillas deportivas. En invierno acompañaba estas prendas de algún jersey de lana o una sudadera y una cazadora motera y en verano los vaqueros los cambiaba por unas bermudas negras de algodón. En cuanto a su aspecto lo que más destacaba en él era el pelo largo y rizado que siempre llevaba recogido con una coleta, su barba de estilo heleno y el pendiente de aro que lucía en el lóbulo derecho. Aparte del piso que su abuela le dejó, su única posesión era un abollado SEAT Ibiza matriculado a principios de la década del dos mil. Desde hacía tiempo un lema regía su forma de vida: no se necesitan grandes posesiones para poder disfrutar de los pequeños placeres de la vida, para disfrutar de ellos es solo tiempo lo que se

requiere. Torm encarnaba a la perfección el tan traído dicho: No es más rico el que más tiene, sino el que menos necesita. Desde hacía poco trabajaba para una compañía dedicada tanto a la neutralización de posibles ataques cibernéticos como al mantenimiento de servidores de grandes empresas. A Alexander le hacía gracia y le parecía cuando menos paradójico que uno de los mejores *hackers* en la sombra, de cara a la galería se dedicara a contrarrestar los efectos de ataques informáticos llevados a cabo por otros como él. A Torm le gustaba su trabajo, gozaba de un horario flexible y además muchos de los días podía trabajar desde casa, pero tenía claro que en cuanto ahorrara lo suficiente se volvería a tomar otro tiempo sabático. Él funcionaba así, trabajaba durante un período y cuando ahorraba algo de dinero descansaba otro tiempo.

Todavía a esa hora ni Ana ni Torm habían dado señales de vida.

«Espero que hayan dormido mejor que yo», se dijo mientras una vez ya incorporado movía lentamente todas las partes de su cuerpo con la intención de devolverles su agilidad y soltura natural.

Ana dormía en la habitación de invitados, Torm en su propio dormitorio y a Alexander le había tocado ocupar el maltrecho sofá, aunque esto último solo por deseo propio pues como le sugirió Torm, no sin intención, la cama de la habitación de invitados era lo suficientemente grande para acogerles a él y a Ana.

Una vez hubo desentumecido los miembros de su cuerpo cogió de su maleta, que permanecía en el mismo lugar del salón en el que la dejó cuando llegó el día anterior, la ropa que se iba a poner y se dirigió al cuarto de baño. Tras asearse y darse una ducha rápida de agua fría se vistió y se dispuso a salir al exterior, pero antes se acercó a la mesa del salón en la que estaba el equipo informático de Torm —se había quedado encendido toda la noche con la pretensión de que el programa que el propio Torm había creado diera con la clave que les permitiera acceder a la información contenida en el *pendrive*—. Como pudo comprobar en la pantalla del ordenador seguían apareciendo a velocidad vertiginosa diferentes combinaciones alfanuméricas, lo que indicaba que aún no disponían de la contraseña correcta. Antes de salir del piso dejó junto al ordenador una nota en la que escribió: «He ido a comprar churros y chocolate» y en la que además del texto aparecía el dibujo de una cara sonriente.

El ruido que hizo la puerta al cerrarse despertó a Torm que se levantó de inmediato. Al igual que Alexander se dirigió a comprobar la progresión del



ordenador. El programa seguía trabajando para encontrar la clave adecuada. Como bien supuso Torm eran miles las combinaciones que ya había efectuado.

A los quince minutos era Ana quien hacía su entrada en el salón. Tenía buen aspecto. Todo indicaba que había podido descansar.

—Buenos días, Torm. ¿Cómo va eso? —preguntó señalando el ordenador.

—Buenos días. Bien. No creo que tarde mucho más. Tengo ya ganas de leer el contenido de estos archivos.

—¿Y Alexander? —preguntó de nuevo al percatarse de que no estaba allí.

Sin mirarla —Torm seguía absorto en la pantalla del ordenador— le acercó la nota que Alexander había dejado encima de la mesa. Ana sonrió al verla. No sabía por qué pero le hizo gracia la ocurrencia que había tenido al dibujar una cara risueña en el papel. En aquel momento no podía sospechar que el día que tan bien parecía haber empezado pronto se iba a torcer.

—Este es su coche, ¡los tenemos! —exclamó Foley eufórico.

—No cantes victoria tan pronto —le recriminó Kay—. El exceso de confianza es lo que ha hecho que casi les perdamos la pista para siempre. Y no creo que deba recordarte que de haber pasado eso, tú y yo estaríamos ahora mismo en una situación más que complicada —reflexionó.

—Ya sé que no los tenemos aún, pero no falta mucho para que los tengamos donde queremos —dijo apretando su puño izquierdo contra la palma de su mano derecha en un claro gesto intimidatorio—. Y Kay, recuerda, el maldito bastardo te lo dejo a ti, pero esa... a esa puta la quiero toda para mí —le advirtió Foley mientras se palpaba impulsivamente la profunda herida que Ana al intentar defenderse le había causado en la mejilla.

—Solo lo necesitamos a él. Lo que hagas con ella a mí me da igual, pero sé prudente. No quiero más errores ni imprevistos, ya hemos tenido suficientes —Le lanzó una mirada reprobatoria. Se estaba acordando sobre todo del enorme fallo cometido en la muerte del periodista. Ya que era tan evidente que no se trataba de una muerte accidental, nadie debería haber encontrado el cadáver. Y mucho menos tan pronto. Normal que Hoffmann tuviera tan monumental enfado.

—Por eso no te preocupes, cuando acabe con ella difícilmente la reconocerán y eso si alguna vez la encuentran.

Con una mueca de satisfacción en su boca Kay asintió.

Alexander había tardado más de lo previsto. La churrería a la que solía ir cuando visitaba a Torm estaba cerrada por reformas, tal y como avisaba el cartel que había colgado en la puerta del local, y hasta encontrar otra tuvo que caminar un buen trecho más.

De regreso al piso y quedándole apenas veinte metros para llegar al portal del edificio, Alexander paró en seco. Sin ser siquiera consciente lo que estaba llamado a ser su desayuno cayó al suelo. Su respiración se aceleró y el corazón empezó a latirle a mil por hora. A poco más de treinta metros de distancia, en la calle transversal, dos tipos merodeaban alrededor de su coche. Esto no habría tenido la menor importancia para él si no hubiera reconocido en uno de ellos al matón predilecto de su abuelo, a Kay Scheider. Este acompañado de otro hombre pelirrojo y bastante fornido inspeccionaba en ese momento su vehículo.

«No, no puede ser. Mierda, mierda, mierda», dijo para sí antes de echar a correr.

Pensaba que las cosas no podían empeorar pero claramente se había vuelto a equivocarse.

Llegó a la tercera planta del edificio subiendo los peldaños de las escaleras de dos en dos. Cuando entró en el piso no tuvo que decir nada, pues cuando Ana y Torm repararon en la turbación y apocamiento que reflejaba su cara ambos supieron que algo malo había pasado o estaba a punto de pasar.

—¡Nos han encontrado! ¡Vamos, tenemos que salir de aquí! ¡Rápido! —gritó.

En ese preciso momento una leve señal de aviso comenzó a sonar en el ordenador. El programa de descifrado de claves de Torm había encontrado al fin la combinación correcta. Ya tenían la información que Alberto Ayala iba a darles.

—¡Coged lo más importante y vámonos! ¡Vamos, vamos, vamos! —los arengó.

Ana apresuradamente desapareció del salón y se encaminó hacia el dormitorio —Alexander supuso que iría a coger su bolso—. Torm cogió el ordenador y el *pendrive*, además de la riñonera que siempre utilizaba y en la que solía llevar entre otras cosas su cartera, sus dos teléfonos móviles —al igual que Alexander tenía uno destinado a todo lo que tuviera que ver con su vida personal y otro para los aspectos relacionados con HADES— y las llaves del piso y del coche. Alexander ya había salido a la calle llevando consigo sus efectos personales, por lo menos los más importantes, así que no

tuvo que coger nada más.

En escasamente un minuto Alexander y Torm ya estaban en el rellano de la entrada.

—Ana, ¡joder!, ¿pero qué haces? ¡Vamos ya! —voceó Alexander desde la puerta antes de verla salir con su bolso colgado del hombro y una gran mochila a la espalda—. ¡Vamos, rápido, vamos! —persistió una vez que los tres comenzaron a bajar las escaleras de las tres plantas que los separaban de la calle.

—Y ahora, ¿qué hacemos? ¿Dónde vamos? —preguntó casi sin aliento Torm una vez hubieron salido del edificio y mientras corrían en dirección contraria a aquella en la que Scheider y Foley se encontraban.

—Tu coche, Torm. ¿Dónde está? —quiso saber Alexander—. Y por favor no me digas que lo tienes aparcado al lado del mío —dijo volviéndose y señalando en dirección a la calle en la que lo había dejado—. Torm, tu coche, ¿dónde está? —insistió al ver como este, tras la primera pregunta, enmudeció y palideció a partes iguales.

—En el taller —Alexander se detuvo en el acto. Ana y Torm dejaron de correr también—. Álex, macho, ¡yo qué iba a saber! —se excusó Torm al ver la expresión de desesperación y desánimo que había aparecido en el rostro de su amigo—. Hacía tiempo que la caja de cambios me estaba dando problemas y el jueves por la tarde lo dejé en el taller para que me lo revisen. He quedado con ellos en que lo recojo el lunes por la mañana. Pero esta mañana está abierto, si los llamo y les digo que es una urgencia a lo mejor podemos ir a recogerlo y... —seguía explicando Torm sin que ni Alexander ni Ana le prestaran ya atención.

—Y si dejamos el tema del coche para más tarde y seguimos corriendo —sugirió Ana señalando a los dos hombres que se encontraban en el otro extremo de la calle y que ahora comenzaban a aligerar el paso en dirección a ellos. Aunque no lo podría haber asegurado con total certeza a Ana le pareció que uno de ellos era el mismo que en la madrugada del viernes había entrado en su piso y la había golpeado, el mismo al que había arrancado el pasamontañas y había arañado y en caso de serlo, el mismo al que esperaba le quedara al menos una antiestética cicatriz.

Ana, Alexander y Torm echaron inmediatamente a correr, sabedores todos ellos de que eran sus propias vidas las que ahora estaban en riesgo.

Por fortuna, en la Avenida Eduardo Dato, a la altura de los Jardines de la Buhaira tuvieron el primer golpe de suerte del día y pudieron parar un taxi,

subirse a él y dejar atrás a Foley y al otro hombre que Ana no reconoció, pero que era el mismo que junto al primero la había atacado en su piso y amenazado con la muerte si no les daba lo que estaban buscando, el polaco Cibor Podolski.

—Kay, han subido a un taxi. Son tres: la chica, Alexander e imagino que el dueño del piso. Van por... espera... por la Avenida Eduardo Dato en dirección al centro. ¿Qué hacemos? —informó Podolski

—¿Has podido ver la matrícula del taxi?

—Sí. Le he hecho una foto, te la envío ahora mismo a tu móvil.

—Muy bien Podolski, muy bien. Ya me encargo yo. Regresad e id a buscar vuestro coche. Recogednos en la puerta del edificio de la calle Virgen de Valvanera. Miranda y yo estamos acabando aquí.

—¿Habéis encontrado algo?

—Por ahora nada que nos pueda servir, pero solo es cuestión de tiempo. Nos llevaremos los equipos informáticos que hay en el piso. Seguro que en ellos encontramos algo —respondió Kay mientras en su mano sostenía el trozo de papel que Alberto Ayala había llevado guardado en su cartera y en el que a modo de contraseña aparecía escrita una sucesión de letras y números.

—Muy bien, entonces os recogemos en breve.

Al colgar el teléfono Podolski pensó que para haber vuelto a perder a los objetivos Kay estaba excesivamente tranquilo.

La vivienda de Torm nunca había estado muy bien ordenada, pero después de que Scheider y Miranda pasaran por ella se podría decir que el desorden había llegado a su cenit. Los cajones y puertas de todos los muebles del piso habían sido abiertos y registrados, en la cocina la comida que estaba almacenada en el armario despensero se encontraba ahora en el suelo, y la misma suerte habían corrido los botes de productos de aseo personal del cuarto de baño; los cojines del sofá estaban esparcidos por todo el salón y en el dormitorio la ropa había acabado desparramada por toda la habitación; la estantería con las más de setecientas películas que Torm había ido adquiriendo a lo largo de toda su vida había sido arrancada de cuajo, al igual que la estantería en la que tenía colocados sus cómics favoritos: El Capitán Trueno, El Jabato, El Guerrero del Antifaz, Superman, Hulk o Los 4 Fantásticos. Los pósteres promocionales de sus filmes preferidos: Indiana Jones, La guerra de las galaxias, El señor de los anillos, Underworld, Piratas del Caribe y otras cuantas más que hasta hacía un rato habían estado decorando las paredes de su habitación habían sido también rajados y

pisoteados, y hasta el puzle de mil piezas de Juego de Tronos que su hermana le regaló por su último cumpleaños y que Torm había colocado en un lugar estratégicamente calculado, justo enfrente de su cama, para ser lo primero que viera al despertar, había sido destrozado.

El taxi en el que iban subidos se dirigía a la calle Leiria, en el histórico barrio de Triana, que es en donde Isabel, la hermana de Torm, residía.

En cuanto subieron a este Torm la telefoneó. Necesitaban un coche y ella no solía usar el suyo a diario puesto que al trabajo iba andando y si tenía que hacer un viaje más largo siempre cogía el Citroën C5 de Antonio, su pareja desde hacía siete años. A pesar de su recelo inicial Isabel accedió a prestárselo.

—¿Qué haces? —se interesó Alexander cuando vio que Torm encendía de nuevo su portátil.

—Eliminar el trabajo y los recuerdos de gran parte de mi vida —contestó con voz apagada y mucha resignación. Alexander y Ana lo miraron sin comprender—. Por cierto, si aún tenéis vuestros móviles encendidos, apagalos ahora mismo —les ordenó.

—El mío pasó ayer a mejor vida —afirmó Ana amargamente y con un toque de reproche en el tono.

Alexander por el contrario procedió a apagar su móvil personal, el otro al no ser rastreable podía seguir encendido.

Acababan de cruzar el Puente San Telmo, uno de los que conectan las dos márgenes del río Guadalquivir, cuando dos motos de la Policía Nacional se pusieron a su altura y ordenaron al taxista que detuviera la marcha.

—¿Qué pasa? ¿Por qué nos piden que paremos? —preguntó Alexander.

—No tengo ni idea. Es muy raro, que yo sepa no he cometido ninguna infracción. Además son de Policía Nacional, si fuese por algo relacionado con el tráfico sería Policía Local, ¿no? No sé... —discurrió el taxista.

Alexander y Torm se miraron desconcertados. Al comprobar que el taxista se disponía a parar en una zona de carga y descarga vacía que quedaba unos metros más adelante ambos demudaron su rostro. ¿Tenían motivos para preocuparse o estaban paranoicos?, esa era la pregunta que no formularon abiertamente pero que los dos se hacían.

Alexander se lamentó entonces por el hecho de haberse sentado los tres en el asiento trasero del coche. Con las prisas no cayeron en que estarían más cómodos si se sentaba uno en el asiento del copiloto y los otros dos en el asiento de atrás, y ahora estaban allí encajados los tres. Si como Alexander y

Torm se estaban temiendo aquello no tenía nada que ver con el taxista o con cualquier infracción de tráfico que este hubiera podido cometer, lo de salir corriendo iba a estar complicado, especialmente para Ana que era quien ocupaba el asiento central. Esta, por su parte, no solo no estaba preocupada sino que más bien parecía encantada, después de haber sido perseguida por dos asesinos a sueldo, con el hecho de poder tener cerca a dos atléticos y jóvenes policías. Sin embargo, comenzó a inquietarse cuando notó que los dos hombres que la acompañaban se tensaban y cuando se percató además de que Torm extraía de su riñonera una pequeña navaja.

Todo ocurrió muy rápido. Mientras uno de los policías se apostaba en la ventanilla del conductor e intercambiaba algunas palabras con el taxista, el otro se dirigió directamente hacia la parte de atrás, momento este que Alexander aprovechó para abrir inesperadamente la puerta del coche y endosarle con la misma un certero golpe en el pecho que inevitablemente le hizo caer al suelo. Torm en ese momento salió también del coche. Se abalanzó sobre el primer policía y sus uno ochenta y cinco centímetros de altura, sus ciento seis kilos de peso y la ley de la gravedad hicieron el resto. El policía quedó tendido en el suelo con Torm encima de él. Cuando este a gatas patosamente intentaba ponerse en pie, el policía desfundó su pistola y le apuntó. Cuando el sevillano pensaba ya que no tenía escapatoria y que le iba a disparar, Ana, que apareció sin que ninguno de los dos se diera cuenta, endosó al policía un fuerte golpe en la cara con el ordenador de Torm que lo dejó tendido en el suelo. La imagen que las decenas de curiosos que se habían congregado en los alrededores estaban presenciando podría decirse que era bastante disparatada. Al mismo tiempo uno de los policías, aquel del que se había encargado Alexander, algo magullado, había sido inmovilizado y amarrado al agarradero de la puerta delantera derecha con sus propias esposas; el taxista, que había entrado en pánico, rogaba por la Esperanza de Triana, el Señor del Gran Poder, la Virgen de la Macarena y el Cristo Resucitado que no le hicieran daño; Torm, por su parte, compungido se lamentaba por el estado que presentaba lo que hasta hace unos minutos había sido su flamante ordenador portátil y que ahora no era más que tres deteriorados trozos de hierro y plástico; Ana, fuertemente trastornada, no dejaba de repetir como de si un mantra se tratara: «Lo he matado, lo he matado, lo he matado» y el otro policía, al que ella golpeó, yacía en el suelo inerte y con la cara en-sangrentada.

En otras circunstancias, si ellos tres fuesen meros espectadores, podrían

haber pensado que la situación tenía hasta cierta gracia.

Alexander se acercó al policía que seguía tirado en el suelo y comprobó que solo estaba conmocionado. Por suerte para Ana —Alexander dudaba que hubiera podido recuperarse si hubiera llegado a matarlo, por mucho que su muerte no hubiera sido premeditada— respiraba e incluso se empezaba a mover.

—Está vivo, está vivo. Ana, está vivo —anunció Alexander a Ana mientras le sujetaba la cara con sus manos para obligarla a mirarle y así tranquilizarla.

—Mi ordenador, ¡joder! Mi ordenador —Torm continuaba lamentándose.

Y mientras el taxista seguía a lo suyo: recitando una larga retahíla de vírgenes y cristos que Alexander no supo identificar.

En esos momentos dos coches patrulla con la sirena y las luces de emergencia encendidas aparecían en el otro extremo del Puente San Telmo.

—¡Vamos! Tenemos que irnos —gritó Alexander.

Acto seguido los tres echaron de nuevo a correr. Era Torm quien ahora iba marcando la dirección y el paso ya que era el único que conocía aquellas calles y cómo llegar adonde su hermana vivía.

Cuando apenas faltaban doscientos metros para llegar a casa de Isabel, Alexander aminoró la marcha, había vuelto la mirada varias veces hacia atrás para comprobar si los perseguían pero todo indicaba que nadie lo hacía.

«¿Por qué no nos están persiguiendo?», se preguntó. Habían dejado fuera de juego a dos policías, no sabría decir cuántos delitos habrían cometido con ello pero seguro que unos cuantos y en cualquier caso los suficientes para que no los dejaran irse de rositas. Entonces, ¿por qué nadie los seguía?

En un corto espacio de tiempo, sin darse cuenta apenas de cómo habían llegado hasta allí, Torm junto con Ana y Alexander se encontraban en la puerta del edificio en el que residía Isabel. Después de tocar persistentemente el botón del interfono la puerta se abrió.

Solamente Torm accedió al interior del bloque. Ana y Alexander se quedaron fuera agazapados tras unos coches que estaban aparcados en la calle. Si entraban todos en el piso y alguien los seguía hasta allí no tendrían escapatoria. Posiblemente el quedarse en la calle tampoco evitaría que los detuvieran pero quizás tuvieran más oportunidades, o al menos eso es lo que ellos creían.

Con los nervios, las prisas, el ajeteo, la turbación ninguno reparó en la

mujer que emplazada en la puerta de uno de los bloques situados hacia la mitad de la calle —lugar desde el que se podía controlar todo lo que sucediera en la misma— les acechaba sin perder detalle alguno mientras simulaba estar esperando a que alguien que vivía en ese portal saliera.

A los pocos minutos Torm salió del edificio con las llaves de un viejo Renault Clio color granate en el que podrían huir.

—Es mejor que nada, ¿no? —manifestó ante la cara de asombro de Alexander.

—¿Tú estás seguro de que esto llega a Madrid? —preguntó Alexander con suspicacia al percatarse del lamentable estado en el que parecía estar el vehículo.

—Pues claro que sí. A Madrid y más lejos —aseguró casi ofendido—. Parece que se encuentra en malas condiciones pero eso es solo porque está sucio y un poco descolorido. Es que mi hermana siempre lo tiene aparcado en la calle pero...

—Si tú lo dices... —el escepticismo de Alexander era bastante notable.

Ana y los dos hombres subieron al coche. Torm conducía, Alexander iba de copiloto y ella sentada en el asiento trasero. Si no había más imprevistos en unas cinco horas estarían en Madrid.

—Un Renault Clio color granate, matrícula BTK 0963. Van en dirección calle Evangelista. Si pretenden salir de la ciudad seguramente tomen la autovía de circunvalación SE-30.

—Bien hecho Marina. Gracias... Por cierto, dile a tu padre que si necesita ayuda para algún trabajo especial puede contar con nosotros. He escuchado que últimamente agentes de la Guardia Civil y personal de la Agencia Tributaria os están importunando en exceso, que tienen al bufete en el punto de mira...

—Así es, pero por el momento el asunto está controlado. Nos han asegurado que el juez que lleva la investigación en breve va a ser apartado del caso. Y ya sabes cómo funcionan estas cosas... —comentó cínicamente—. Pero gracias por el ofrecimiento. No obstante, te tomo la palabra, en caso de necesitar vuestra ayuda os lo haremos saber.

—Bien. Te dejo, aún me queda mucho por hacer.

—De acuerdo, Kay. Estamos en contacto. Cuídate.

—Y tú. Adiós.

Alexander aunque ya un poco más relajado se mostraba todavía receloso. No le gustaba el cariz que aquello estaba tomando. No era normal que nadie



les hubiera perseguido. Si los dos agentes a los que habían atacado lo eran de verdad, cómo era posible que no tuvieran a todo el cuerpo de la policía tras ellos, y si como suponía eran asalariados de HADES... ¿Dónde estaban? ¿Qué estaban tramando? ¿Cómo y cuándo los volverían a atacar?

# Capítulo 15

*Alrededores de Trujillo, sábado 4 de noviembre de 2017*

Faltaban siete minutos para que el reloj marcara las dos de la tarde. Llevaban dos horas y media de camino y se encontraban a la altura de la localidad cacereña de Trujillo cuando el Renault Clio en el que viajaban dijo basta. Afortunadamente antes de que el coche se parara en seco y la gran humareda negra que se escapaba por el capó los obligara a salir del mismo precipitadamente consiguieron desviarse de su ruta y llegar a un área de descanso a varios kilómetros del pueblo.

—Que el ruido que hacía era normal, ¿verdad Torm? —le recriminó Alexander con gran enfado—. «Sí, Alexander, sí. Te quieres tranquilizar, todo va bien. Hace este ruido porque es un coche viejo pero mira qué bien funciona...» —reprodujo con tono sarcástico las palabras que Torm le había dicho varias veces durante el trayecto—. ¡Sí, ya lo veo Torm, ya veo que funciona de maravilla! ¡Mierda! —exclamó a la vez que pateaba con rabia la parte trasera del coche.

—¿Y yo qué quieres que haga? —respondió molesto el aludido—. Necesitábamos un coche y lo busqué, ¿no? ¿O es que tú tenías otro plan? Porque no te oí mencionarlo... La próxima vez le diré a mi hermana que en vez del utilitario me deje el Ferrari que tiene aparcado en su chalet de Santa Clara —dijo con ironía— ¡No te jode el tío!

—A ver, ¿os podéis tranquilizar los dos? —medió Ana ante la acalorada discusión que estaban manteniendo sus dos acompañantes—. Así no vamos a solucionar nada. Nos hemos quedado tirados y ya está. Para qué darle más vueltas. Lo que tenemos que hacer es buscar una solución, no pelearnos entre nosotros.

—Es que este tío cuando quiere puede llegar a ser muy gilipollas —se defendió Torm.

—¿Gilipollas yo? —Alexander se mostró indignado—. Gilipollas tú.

—Yo no, tú.

—No, no, tú mucho más.

—¿Lo queréis dejar ya? Está claro que en una competición de gilipollas

quedaríais empatados —gritó enojada Ana intentando zanjar la absurda discusión—. ¡Por favor, con lo que tenemos encima!

Por un momento los tres quedaron en silencio hasta que Torm retomó la conversación:

—Álex, nos ha dicho gilipollas.

—Ya me he dado cuenta —respondió este resignado—. Pero a ti al menos solo te ha dicho eso, a mí en dos días me ha dicho imbécil, idiota, psicópata, gilipollas y... quizás algo más aunque ahora no lo recuerde.

Un nuevo silencio se hizo entre ellos, aunque este duró poco, exactamente lo que tardó Ana en comenzar a emitir una sonora carcajada que contagió a sus dos acompañantes.

Al poco, cuando ya todo había vuelto a la calma, Ana preguntó:

—Bueno, a ver, ¿qué hacemos?

—Lo primero es llamar a la grúa para que recojan el coche y a nosotros que nos lleven hasta el pueblo. Una vez allí ya veremos lo que hacemos —propuso Torm.

—Está bien —dijo Alexander sin mucho convencimiento.

—¿Qué pasa? ¿Alguna otra idea? —Torm seguía algo susceptible.

—No, ninguna. No es eso... Solo estaba pensando en que no sabemos si nos está buscando la policía. No lo creo, pero tampoco lo podría descartar y tampoco sabemos si Kay y los otros nos siguen. A estas alturas deben saber muy bien cuál es nuestra identidad. Quizás la de Ana no. No, si no han encontrado nada que la pueda relacionar con el piso de Málaga, pero la mía seguro que la saben y la tuya... la tuya apostaría a que también —Sí, gracias a Kerstin Hoffmann en esos momentos y desde hacía unas horas la sabían. Fue ella, aunque esta no lo supiera, la que lo había delatado. No fue de forma voluntaria por supuesto, pues nunca haría nada que pusiera en peligro a su hermano, pero fue por medio de la monitorización de su teléfono móvil como habían localizado a Torm. El mejor amigo de su hermano estaba entre sus contactos y en su aplicación de mensajería instantánea se encontraban algunas conversaciones con él, en las que Kerstin le preguntaba qué tal estaba y cómo le iba por Sevilla. El equipo informático de HADES solo tuvo que localizar la ubicación del teléfono personal de Torm y probar suerte. Acertaron.

Alexander prosiguió su argumentación:

—Además, no sabemos si podríamos pasar totalmente desapercibidos. Quizás los vídeos que seguro grabaron muchos de los curiosos que se

concentraron en los alrededores durante nuestro altercado con aquellos polis estén inundando ya todas las redes sociales. Solo nos faltaba habernos convertido en el tema del momento sobre el que todos quieren opinar.

—Mierda, no había reparado en ello. Si esto funcionara —dijo Torm cogiendo lo que quedaba de su ordenador—, eso no sería ningún problema.

—Oye... siento lo de tu ordenador pero me puse nerviosa y fue lo primero que encontré para atizarle a ese policía —se justificó ella.

—No era ningún reproche Ana. Me has salvado la vida.

—Antes de hacer nada, vamos a llamar a Fernando, necesitamos saber si nos está buscando la policía.

Tras más de veinte minutos de conversación Alexander puso al corriente a Fernando Sáez de lo acontecido en esa mañana, le contó que los habían encontrado —Alexander todavía estaba dándole vueltas a cómo los podían haber localizado—, lo de la trifulca en el barrio de Triana, lo de su huida en el coche de la hermana de Torm y lo de que este les acababa de dejar tirados. Por su parte Alexander se enteró de que en los medios de comunicación, por lo menos en los tradicionales, no se estaba diciendo nada de lo sucedido con la policía, tampoco en la prensa digital aparecía ninguna noticia relacionada y por lo que le confirmó Fernando tras hacer una breve llamada de teléfono a un agente, antiguo subordinado suyo, de la Comisaría de Distrito Sevilla Centro no se había cursado ninguna denuncia a este respecto. La Policía Nacional por el momento no los buscaba. Tema distinto era si HADES lo hacía, y Fernando estaba seguro de que la respuesta era en este caso claramente afirmativa.

Fernando tampoco sabía con certeza cómo los podían haber encontrado, pero tampoco le extrañó demasiado. De hecho, lo insólito era que no lo hubieran hecho antes, que hubieran sido capaces de llegar adonde habían llegado. Luis, Alexander, Torm y él después de tanto tiempo seguían vivos y además ahora estaban en posesión del *pendrive* con la información que podría desenmascarar al grupo de desalmados que se escondían bajo el siniestro nombre de HADES. Nadie hubiera apostado por ellos, pero allí estaban...

Fernando les aconsejó que dejaran el coche estacionado en el área de descanso, en el lugar más resguardado posible y que llamaran a un taxi y les facilitó los números de teléfono de taxistas de Trujillo que aparecieron en la búsqueda de Internet que efectuó. Les dijo también que buscaran un lugar en donde pasar la noche y quizás los próximos días, un lugar en el que pudieran pasar inadvertidos; que no utilizaran sus tarjetas bancarias y que no

facilitaran a nadie sus datos personales y sobre todo que estuvieran muy atentos a todo lo que sucediera a su alrededor. Se las tendrían que arreglar ellos solos —en un primer momento Fernando se ofreció a ir a recogerlos, pero enseguida, con la conformidad de Alexander, desestimó la idea. Quizás ya supieran que su cuñado y él estaban también involucrados, pero si no era así, no podían exponerse—. Alexander sostuvo que lo mejor era que ellos tres llegaran a Madrid por sus propios medios y cuando lo hicieran concertarían un encuentro en un lugar seguro y que una vez allí entre todos ya decidirían qué pasos seguir. Habían llegado muy lejos para ponerlo ahora todo en peligro. Si a ellos los cogían, al menos que quedara alguien para poder continuar la lucha que habían emprendido.

Así lo hicieron. Entre los tres empujaron el coche varios metros hasta dejarlo bajo una encina y fuera de la primera línea de la carretera. Pasaría desapercibido para cualquiera que no lo estuviera buscando a conciencia.

—No te preocupes, Torm. Aquí estará seguro y ya volveremos a por él.

—Eso espero porque le he prometido a mi hermana que se lo devolvería intacto... Bueno, quiero decir, en las mismas condiciones que ella me lo ha dejado —aclaró Torm ante la compasiva mirada de su amigo.

—Oye, ya que estamos aquí por qué no entramos y comemos algo— sugirió Ana cuyas glándulas salivares empezaban a funcionar a pleno rendimiento gracias al olor de la comida que salía de la cocina del restaurante y que llegaba hasta donde ellos se encontraban.

La sugerencia fue muy bien recibida por los dos hombres pues al igual que Ana estaban al borde de la extenuación. No solo llevaban horas huyendo de aquellos que los querían matar sino que además habían tenido que gastar las pocas fuerzas que les quedaban en empujar el coche durante un buen trecho. Y por si fuera poco desde la noche anterior no habían probado bocado.

—Kay, nuestro equipo informático se ha hecho con las imágenes de tráfico. Tenemos las imágenes de la última vez que el Renault Clio en el que viajan fue grabado por una de las cámaras. Circulaba por la A-5 en dirección Madrid y hace unos veinticinco minutos se encontraba a la altura de Santa Cruz de la Sierra. Hemos comprobado el resto de cámaras y no hay ni rastro de ellos, lo que significa que han debido pararse. Si os dais prisa...

—¿De qué radio de búsqueda estamos hablando?

—De unos treinta kilómetros, más o menos. La distancia entre la última cámara que los ha grabado y la siguiente es mayor, pero hemos utilizado

también las imágenes del helicóptero de la Dirección General de Tráfico que está sobrevolando esa área y enviando imágenes en tiempo real. Hemos tenido suerte de que hoy estuvieran por la zona.

—Treinta... No es mucho —dijo con cierto alivio.

—Si siguen en la carretera no deberíais tener problemas para encontrarlos pero si se han desviado y han entrado en alguno de los núcleos urbanos cercanos...

—Se nos han escapado dos veces en dos días, tienen suerte pero en algún momento dejarán de tenerla. Esto ya no es un asunto profesional, ahora se ha convertido en algo personal y ahí nadie puede con Kay Scheider —afirmó convencido.

—Como tú digas Kay... Pero por el bien de todos nosotros, encuéntralos pronto. No creo que te tenga que recordar de qué humor está el viejo.

—Lo sé... Lo sé —Colgó la llamada a su interlocutor—. Contacta con Miranda —ordenó a Foley—, que estén atentos, que busquen el coche en el que viajan esos malnacidos. Os quiero con los ojos bien abiertos. Si ninguna otra cámara les vuelve a grabar —según el navegador ellos se encontraban ahora a unos setenta y cinco kilómetros de ese municipio—, desde Santa Cruz de la Sierra nos iremos parando en todas las áreas de descanso, en todos los restaurantes, en las gasolineras o cualquier zona donde hayan podido estacionar. ¿Está claro?

—Más claro que el agua, Kay.

A esa hora el restaurante estaba lleno de gente hambrienta. Por suerte la mayoría de ellos ya con su comanda en la mesa. Se sentaron en una de las mesas cercanas a las ventanas que tenían vistas a la zona de entrada y al aparcamiento. Ellos no habían dejado el coche en ese lugar, sino que lo habían colocado en uno de los laterales del restaurante, más apartado de la vista de los curiosos.

Para comer pidieron una ensalada mixta para compartir, chanfaina para Torm y Alexander y croquetas de Torta del Casar con patatas para Ana y de bebida un tercio de cerveza para cada uno.

—Es agradable comprobar que ni el ser perseguidos por unos matones nos quita el apetito —comentó Alexander en voz baja.

—Si me tengo que morir por lo menos que sea con el estómago lleno. Eso hará que por lo menos me vaya más tranquilo —contestó Torm, también en voz queda, haciendo gala de su característico pragmatismo y consiguiendo dibujar una sonrisa en el rostro de sus compañeros de adversidades.

Se habían tomado ya el postre: torrijas de leche recién elaboradas, según les había informado el camarero, y café, cuando el color de cara de Ana, que había pasado del rosado al blanco en segundos, los alertó de que algo pasaba. Ella estaba mirando en ese momento por la ventana, sus ojos permanecían fijos en los dos hombres que acababan de bajarse de un Audi A6 de color negro, sobre todo en el corpulento pelirrojo y mal encarado que lucía un apósito en su mejilla izquierda.

—Kay... —es lo único que acertó a decir Alexander.

—Dios mío si nos sacas de esta te juro que no me vuelvo a fumar un porro —aseguró Torm en cuanto fue consciente de lo que sucedía.

Los tres, excesivamente nerviosos, no dejaban de recorrer con sus miradas aquel enorme salón repleto de clientes en busca de un lugar en el que poder esconderse o por el que poder escapar.

—El aseo —mencionó Ana sin que sus palabras calaran en los dos hombres—. El aseo —repitió—. Hay una ventana en el aseo de mujeres que da a la parte trasera del restaurante. Detrás solo hay campo —aclaró, ahora sí captando su atención.

—Entonces vamos, no tenemos muchas más opciones.

Muy diligentes se dirigieron a los aseos. En su camino Ana se hizo con una botella de agua de setenta y cinco centilitros y un paquete de galletas grande ya empezado que encontró encima de una mesa, de la que estaba más cerca de la máquina expendedora de bolas. Supuso que pertenecían a alguno de los críos que pululaban alrededor de ella.

Con un escueto: «Lo siento, es una emergencia» que dirigieron a la chica joven que esperaba su turno para entrar al aseo, Ana, Torm y Alexander accedieron a él y echaron el cerrojo. Ellos no lo pudieron ver, pero tras la puerta la cara de la chica era todo un poema.

—Es muy estrecha. Yo por ahí no paso. Me voy a quedar atascado —manifestó Torm al percatarse de las dimensiones de la ventana.

—Pues tienes que pasar. Si no, ¿qué otra cosa podemos hacer? —replicó Alexander mientras ayudada a Ana a salir.

—En las películas de Hollywood siempre mueren los gordos, después de los negros y los hispanos, sí, pero en todas acaban muriendo.

—¿Pero se puede saber qué cojones dices ahora sobre películas, negros, gordos y...? ¡Torm, ven aquí y sal por la puta ventana de una vez! —exigió con exasperación.

En verdad la ventana no era tan pequeña como Torm había pensado pero

sí lo suficientemente estrecha como para que no pudiera atravesarla con la facilidad con la que lo había hecho Ana.

—Venga, vamos. Mete barriga Torm que ya queda poco —lo animaba Ana desde el exterior mientras le asía por los hombros y tiraba con fuerza de él para ayudarlo a salir. Por su parte Alexander hacía lo mismo desde el interior, pero en este caso empujándole por las nalgas hacia adelante.

Aunque costó más de lo previsto Torm pudo salir por la ventana, y tras él, y también con ciertas dificultades, lo hizo Alexander. No habían tardado tanto pero ese rato se les había hecho eterno.

La alegría que sintieron al verse fuera del restaurante, pero de ningún modo fuera de peligro, se evaporó en segundos. Justo el tiempo que tardaron en recorrer los cien metros de arboleda del área de descanso y encontrarse que tras ella lo único que había era un gran erial en el que no había ni vegetación ni rocas ni nada que les valiera para esconderse.

—¡Cómo no! En campo abierto, ¿para qué ponérselo difícil? —ironizó Alexander con gran desazón.

—Bueno, vamos. Tenemos que darnos prisa.

—¿Para qué Ana? Mira dónde estamos. Estamos en campo abierto y vamos a pie. Esto solo es prolongar la agonía —sentenció Torm con gran desánimo.

—Pero no podemos rendirnos ahora. Me habéis repetido hasta la saciedad que esos tíos son muy peligrosos, que no tienen escrúpulos, que siempre se salen con la suya, ¿y ahora nos vamos a quedar aquí sin más? ¿Para esto me salvaste la vida? —le reprochó a Alexander—. Pues muy bien, quedaos aquí si queréis pero yo me voy. Hasta hace dos días me quejaba de que mi vida era aburrida, de que no era como yo quería que fuese, pero es mi vida, ¡joder! Y quiero ser yo la que decida sobre ella.

Ana comenzó a correr con todas sus ganas. En un acto casi instintivo Torm y Alexander la siguieron.

Llevaban unos trescientos metros recorridos cuando el sonido sordo de lo que parecía un disparo los desconcertó. Ana miró atrás, a lo lejos la figura de cuatro personas, cuatro hombres supuso pues a esa distancia no consiguió identificarlos con claridad, consiguió intimidarla.

—¡Maldito idiota! —bramó Kay—. ¿Estás loco o qué te pasa? ¿Cómo se te ocurre disparar? ¡Serás animal! ¿Acaso pensabas que les ibas a dar? ¿A esta distancia? —gritó mientras sujetaba a Foley por el cuello de la chaqueta—. El restaurante está lleno de gente, ¿qué parte no has entendido de que



tenemos que ser prudentes? Ya sabes que en este oficio es imprescindible tener la cabeza fría y si tú no la tienes lo mejor es que dejes este trabajo de una vez. No voy a permitir que pongas en riesgo la misión o a alguno de nosotros —le espetó.

—Está bien, Kay, está bien —dijo intentando tranquilizar a Scheider—. Tienes razón. Lo siento, pero es que estoy harto de que se nos escapen cuando ya estamos tan cerca, cuando ya saboreo el éxito, cuando... —dejó la frase inacabada—. Pero que el viejo se olvide de volver a ver a su nieto con vida. Cuando acabe con ellos, con los tres, no los va a reconocer ni su madre —contestó Foley visiblemente airado.

—Si eso es lo que pretendes, ya estás tardando en echar a correr. ¡Vamos! —ordenó.

Foley, Podolski y Kay echaron a correr tras ellos. Miranda fue a recoger el coche. Mientras sus compañeros los perseguían él daría un rodeo e intentaría cortarles el paso.

—Solo tenemos que mantenernos con vida unas dos horas más. Cuando anochezca les será difícil encontrarnos y tendremos muchas posibilidades de salir victoriosos de esta pesadilla —Alexander intentaba animar a sus dos acompañantes.

Eran las cuatro y cincuenta de la tarde. Llevaban corriendo casi una hora y por el momento y a pesar de que cada vez avanzaban más despacio seguían llevándoles a sus perseguidores cierta distancia. Estaban demasiado fatigados, en especial Torm y Ana, así que o encontraban pronto un lugar donde esconderse y poder recuperar algunas fuerzas o no sobrevivirían.

Kay se estaba empezando a desesperar. Le gustaba que los asuntos se resolvieran pronto y aquel se estaba demorando de más.

—¿Dónde coño estás Miranda?

—Estoy cerca Kay, muy cerca. Si no conoces la zona no es fácil seguir la pista en un coche, ¿sabes? Prácticamente todos los caminos acaban con una verja. Son terrenos privados destinados al ganado, ¡y están todos vallados! Pero si la señal de tu teléfono móvil está bien en pocos minutos estaré frente a vosotros. Les cortaré el paso, ahora sí, y no tendrán salida. Por delante me encontrarán a mí y si dan media vuelta irán directos hacia vosotros. ¡Ya son nuestros!

«Eso espero porque no puedo más, estoy agotado. Yo ya no estoy para estos trotes. Lo de que la edad no perdona es del todo cierto», se lamentó el alemán.

—Mirad allí —dijo Alexander señalando al frente.

A lo lejos se apreciaba una superficie mucho más arbolada, con encinas, alcornoques, quejigos y algo de matorral bajo. No es que la dehesa fuese precisamente el ecosistema más frondoso y por lo tanto el que les iba a permitir pasar más desapercibidos, pero desde luego era inmensamente mejor que tratar de huir en campo abierto.

—¡Venga chicos, un último esfuerzo! —los alentó.

Acababan de salir de aquella vasta y lúgubre explanada y se disponían a atravesar el carril que les separaba de lo que ellos creían zona más segura, cuando un BMW X3 negro irrumpió en el mismo y a toda prisa se encaminó hacia ellos.

—¡Deprisa! —exclamó Alexander en cuanto escuchó el primer disparo.

Miranda sujetaba el volante con la mano derecha mientras que con la izquierda les disparaba. Afortunadamente para ellos Miranda era diestro y eso y la distancia a la que aún se encontraba hizo que errara el tiro.

—¡Madre mía! ¿Es que esto no va a acabar nunca?

—¡Vamos!, ¡abajo! —gritó Alexander justo antes de agarrar de la mano a Ana y precipitarse junto a ella barranco abajo.

Pese a sus esfuerzos por evitarlo, los últimos metros los bajaron rodando. Cuando ya les quedaba poco para llegar al fondo Alexander trastabilló y acabó tirando al suelo también a Ana. Cayeron en la orilla del arroyo con más fuerza de la esperada. Alexander se llevó la peor parte. Aparte de los numerosos rasguños que presentaba por todo el cuerpo se había dislocado el hombro, y aunque intentaba controlarse, el gesto y la palidez repentina que había tomado su rostro evidenciaban que era dolor extremo lo que sentía. Cualquier otra persona en esa situación hubiera aullado de dolor, sin embargo Alexander mantenía el tipo como podía y aun a duras penas evitaba que en él aflorara cualquier muestra de debilidad.

—¡Eh! ¿Estáis bien? —preguntó Torm.

—Ana, ¿estás bien?

—Yo sí, algo magullada pero nada más. ¿Y tú? —le preguntó al ver que se llevaba la mano izquierda a su hombro derecho.

—El hombro, se me ha salido el hombro —confirmó conteniendo un fuerte aspaviento—. Vamos, no hay tiempo de... —El ruido de un nuevo disparo dejó la frase inconclusa—. ¡Corred! —vociferó de nuevo al darse cuenta de que la bala había rebotado a poco más de medio metro de ellos.

Una vez más los tres echaron a correr, siguiendo ahora el curso del

arroyo. Al menos las zarzas, los arraclanes, los majuelos y los rosales silvestres que poblaban las márgenes del regato harían que no fuesen tan visibles.

Pudieron escuchar un nuevo disparo. Este, en esta ocasión, mucho más alejado del lugar en el que se encontraban. Mientras ellos estuvieran en el fondo del barranco y Kay y los suyos permanecieran arriba tendrían auténticas posibilidades de escapar. El profuso matorral los protegía de la vista de sus perseguidores y además la puesta de sol estaba cada vez más cercana. Por el momento parecía que la situación no era tan mala como cabía esperar.

—¿Vosotros estáis mal de la cabeza o qué os pasa? ¡Cuando no es uno es el otro! ¿No sabéis lo que es un silenciador? —profirió encolerizado Kay Scheider en cuanto llegó adonde se encontraba Miranda.

—Es que los tenía a tiro y... Además Kay no tienes por qué preocuparte tanto, no hay nadie que nos pueda escuchar.

—¡Ah, no! Y eso lo sabes tú porque eres muy listo, ¿verdad? —dijo irónicamente—. ¿Dónde estamos Miranda? —preguntó y Miranda lo miró sin saber qué responder—. Pues yo te lo voy a decir, estamos en el camino que da acceso a toda esa dehesa que ves ahí —Señaló a los alrededores—. Y aquello que ves allí, ¿qué es Miranda? Vacas, son vacas. ¿Y aquello? Pues sí, cerdos. Y ovejas más allá —expuso furioso y sin dar opción a Miranda para contestar. Aunque como este no sabía adónde Kay quería ir a parar tampoco tenía pensado replicar.

En ese preciso instante el sonido, cada vez más próximo, de un motor provocó el aplazamiento de lo que se prometía como una bronca monumental.

—Viene alguien —avisó Podolski.

—Ya solucionaremos esto más tarde... Miranda llévate el coche de aquí y déjalo estacionado en un lugar donde no dificulte el paso de otros vehículos, —en ese momento se encontraba parado en mitad del camino e impedía que cualquier otro vehículo a motor circulara por allí—. Lo único que nos falta hoy es que alguno de los propietarios o trabajadores de estas tierras den aviso a la Guardia Civil porque hay un coche obstaculizando el acceso. Después, ¡síguenos! —ordenó.

—Pero... —empezó a decir Miranda.

—¡Ya! —bufó.

Poco después un viejo Land Rover Defender con dos hombres a bordo y

un *quad* conducido por un hombre más joven que los anteriores pasaron por el lugar en el que segundos antes había estado aparcado el BMW X3 de Miranda.

Foley, que en el último tramo había resbalado, había llegado ya al fondo del barranco. A Podolski y Kay, que avanzaban con más cautela, aún les faltaban algunos metros para pisar la orilla del arroyo. Miranda por su parte, tras haber dejado aparcado su todoterreno en la margen derecha del camino, en un lugar en el que este se ampliaba, y después de haberle asegurado a los hombres que iban en el Land Rover y en el *quad*, cuando estos le reprendieron por encontrarse en terrenos privados, que solo estaba allí para hacer unas bonitas fotos del atardecer en la dehesa y que se marcharía en breve, se encaminó presto hacia el arroyo con la intención de unirse a sus tres compañeros. Más le valía darse prisa y alcanzarlos rápido. Lo último que deseaba es que el anochecer le pillara solo en mitad del campo. Miranda era un urbanita acérrimo. Detestaba la quietud y el silencio del mundo rural, los animales que vivían en él y hasta el aire menos contaminado que en él se respiraba. Lo suyo era el hormigón y el asfalto.

## Capítulo 16

*Brighton, sábado 11 de septiembre de 1993*

Hacía algo más de una semana que habían comenzado las clases. Alexander había vuelto al BC Academy para el nuevo curso escolar. Nadie hubiera creído que iba a ser capaz de cumplir con los objetivos del curso anterior, desde luego no tras incorporarse a las clases tres meses tarde y tras haber pasado otros casi tres meses sin hacer prácticamente nada debido a la desmotivación y apatía a las que las tretas de Jack Brown y los permanentes castigos de Barnett Smith le habían llevado. Pero contra todo pronóstico así fue.

Después de la visita que su abuelo Martin le había hecho cuando estaban a punto de expulsarle del internado el comportamiento de Alexander cambió por completo. En algunos aspectos para bien: aprovechaba las clases al máximo, se volvió más estudioso y con un esfuerzo titánico pudo recuperar el tiempo que había perdido llegando incluso a alcanzar un nada desdeñable nivel de inglés. Alexander había demostrado que no era nada torpe, tal y como le dijo su abuelo, no sin razón. En verdad era mucho más inteligente que sus hermanos y primos pero a él siempre le había bastado con un simple aprobado. A diferencia de su hermano mayor, él no necesitaba ser el mejor de su clase. Con la ley del mínimo esfuerzo siempre le había ido bien. Sin embargo ahora se había propuesto ser el orgullo de la familia y había pensado que obtener buenos resultados escolares sería un buen comienzo. Le había prometido a su abuelo que sería y actuaría como un Hoffmann, y aunque seguía sin saber exactamente qué quería decir aquello, consideró que lo de ser un fracasado no era el camino a seguir. En otros aspectos, sin embargo, podría decirse que el cambio que experimentó no fue tan positivo: se volvió más arrogante, más soberbio y jactancioso. Había dejado de ser ese Alexander accesible y sensato que siempre había sido. No llegaba a traspasar los límites que había sobrepasado Jack, él no iba atosigando a chicos más pequeños o a los que consideraba más débiles que él. Aún no había llegado a esos extremos pero como Alan Jones pensaba con tristeza al verlo, si seguía así quién sabía si no acabaría convirtiéndose en aquello que un día tanto odió.

Ese verano por primera vez desde hacía once años no había viajado en

vacaciones a Córdoba. Decidió quedarse en Múnich junto a su hermano Maximilian, su padre y su abuelo. Para regocijo de este último, el chico se estaba tomando muy en serio lo de convertirse en un loable miembro de la familia Hoffmann.

Tras la paliza que propinó a Brown, Alexander se había convertido en el héroe de todos aquellos que un día le temieron, que fueron prácticamente casi la totalidad de los alumnos del BC Academy. De repente, de ser un chico solitario, reservado y esquivo había pasado a ser uno de los chicos más populares del internado. Había dejado de ser un don nadie para tener cierto poder y lo peor de todo es que Alexander comenzaba a sentirse cómodo en aquel papel.

Esa mañana se había levantado bastante animado. En los días que llevaba en el internado había comprobado que la actitud de sus compañeros con respecto a él era la misma que la de los últimos meses que pasó allí antes de las vacaciones de verano. La mayoría de chicos de su edad, tanto aquellos con los que compartía clase como sus compañeros del club de ajedrez y de tiro con arco —actividades que seguía practicando— querían estar con él. Hacía ya tiempo que no le faltaban candidatos que le quisieran acompañar durante alguna de las comidas. Los tiempos en que se veía obligado a sentarse solo en una de las mesas del comedor parecían ya muy lejanos. Hasta los que habían sido los tres incondicionales amigos de Jack Brown se mostraban solícitos con él, especialmente desde que había comenzado el nuevo curso y ya les había quedado claro que Jack no iba a volver —tras abandonar Brighton, Jack regresó a la ciudad norteamericana que lo vio nacer, a Mineápolis en el estado de Minnesota, para recuperarse de las lesiones que Alexander le causó. Una vez repuesto se negó en rotundo a volver al BC Academy, y el nuevo curso, según había escuchado decir a unos alumnos que iban a su clase, lo había comenzado más cerca de casa, en la capital del sureño estado de Tennessee, en Nashville—. «¿Qué pensaría Jack si los viera ahora?». Afortunadamente eran otros tiempos, las cosas habían cambiado para mejor, al menos para él. Además, pensaba que había tenido mucha suerte con su nuevo compañero de cuarto, un chico australiano de dieciséis años que nada tenía que ver con Brown.

Joshua Harris tenía un año más que Alexander y era originario de Melbourne, la antigua capital australiana. Era un adolescente astuto, vivaz, agradable, extrovertido y bastante independiente. Físicamente resultaba un chico muy atractivo que incluso parecía mayor de lo que realmente era.

Cualquiera que no lo conociera podría haber dicho sin temor a equivocarse que ese joven de pelo rubio y alborotado, ojos marrones, alto, cuerpo atlético y aire despreocupado bien podría tener dieciocho o diecinueve años.

Desde el primer momento Alexander se sintió muy identificado con él, pues por lo que Joshua le había contado él también acabó en aquel internado contra su voluntad. Si estaba allí era porque su padrastro se había querido librar de él y había convencido a su madre de que sus malos resultados en los estudios, su falta de disciplina y sus malas compañías eran problemas que solo podían subsanarse con un internado en la otra punta del planeta, exactamente a más de quince mil kilómetros de distancia, y separándolo de todo lo que le ofrecía cierta estabilidad. Aunque a decir verdad Joshua se había tomado su distanciamiento forzoso mucho mejor que él. No había derramado ni una sola lágrima y aunque lo acababa de conocer, estaba seguro de que su carácter tampoco había variado un ápice. Joshua no solo era fuerte sino que además mantenía una actitud chulesca ante la vida que a Alexander le atraía poderosamente. Solo unos días le habían bastado para saber que si las pretensiones del padrastro de Joshua eran realmente las que había esgrimido para enviarlo allí de poco o nada le iba a servir. A Joshua no le gustaban las imposiciones ni la disciplina, él iba a lo suyo y el internado no lo iba a detener.

La tarde anterior Joshua y él comenzaron a hacer planes para el fin de semana. Además de la abultada lista de actividades deportivas o culturales que el BC Academy ofrecía, ya disponían de cierta libertad para hacer salidas cortas por la ciudad sin la supervisión de un adulto. Ese sábado contaban con dos horas libres y como los pronósticos meteorológicos eran bastantes halagüeños —las temperaturas máximas rondarían los 18° y el sol luciría prácticamente durante todo el día— habían decidido acercarse a la playa.

Así, a las dos de la tarde los dos chicos salieron del BC Academy y recorrieron el kilómetro que separaba Dyke Road del paseo marítimo. Durante el trayecto los dos jóvenes charlaron animadamente y una vez ya en la playa vagaron durante un rato por la orilla, a ratos comentaban sobre asuntos relacionados con sus respectivos compañeros de clase o compañeros de actividades extraescolares, sobre los profesores o las asignaturas; en otros momentos solo caminaban con la mirada al frente perdidos en sus propios pensamientos. A la vuelta del paseo hicieron una parada para tomar un tentempié en uno de los muchos puestos de comida del Brighton Pier, uno de los muelles más antiguos y conocidos de Inglaterra y una de las zonas de

recreo más importantes de la ciudad.

El tiempo pasó extremadamente deprisa, entre los dos había surgido una gran complicidad y eso hacía que disfrutaran el uno de la compañía del otro. Desde que llegó a Brighton era la primera vez que Alexander sentía que tenía un amigo, exceptuando a Alan Jones, claro, pero sí un amigo con el que la diferencia de edad era prácticamente inexistente y que se encontraba en su misma situación y a su mismo nivel.

De regreso al internado Joshua se empeñó en pasar por Brighton Square, la plaza situada en el centro de The Lanes, el barrio más antiguo de la ciudad famoso por su laberíntico entramado de callejones y por la cantidad de pequeñas tiendas que alberga. Sorprendía el incesante ir y venir de los numerosos turistas que esa tarde se agolpaban en aquellas estrechas calles deseosos por exprimir hasta la última gota de esa espléndida tarde de finales de verano. La plaza a esa hora era un hervidero de personas; personas de diferentes edades, procedencias, razas o culturas. Aquel día por primera vez Alexander comenzó a ver la ciudad con otros ojos, con mejores ojos.

—Espérame un momento aquí, ¿vale?

—Vale, ¿pero dónde vas?

—Ahora vengo. No tardo —contestó Joshua antes de encaminarse hacia un grupo de cinco chicos algo más mayores que él, intercambiar algunas palabras con uno de ellos y salir junto a este de la plaza y desaparecer por uno de los callejones menos transitados en ese momento.

—¿Ya? —preguntó Alexander impaciente en cuanto vio aparecer a Joshua unos minutos más tarde.

—Sí, ¿nos vamos?

—Sí, vamos. ¿Quiénes eran esos? ¿De qué los conoces?

—Son conocidos de Alessio, uno de mis compañeros de clase.

Alexander no preguntó nada más pero todo aquello le había parecido un poco extraño.

A las cuatro menos cinco hacían su entrada en el internado. Ser puntuales en la hora de llegada era imprescindible si querían volver a disfrutar de algún tiempo fuera del colegio. Esa era una de las normas del BC Academy que era mejor no transgredir.

Alexander se sentía muy dichoso. La primera salida con su nuevo amigo había sido todo un éxito, y aún tenían que hacer planes para el día siguiente.



# Capítulo 17

*Madrid, miércoles 22 de diciembre de 1993*

Fernando se había levantado muy inquieto. Sabía que de lo que pasara en la reunión con su superior dependería su futuro en el Cuerpo Nacional de Policía.

Estaba pasando por un auténtico calvario desde que en el mes de junio se vio envuelto, de la noche a la mañana y sin saber cómo, en una investigación abierta por la Unidad de Asuntos Internos contra policías corruptos que se valían de su cargo para cometer los más diversos delitos. A él exactamente se le investigaba por cohecho y blanqueo de capitales.

Había sido apartado de su puesto desde el mismo día en que se abrió la investigación y solo cuando las pesquisas de los agentes determinaron que no había pruebas concluyentes de que él hubiera tenido algo que ver en la trama —de eso hacía solo una semana—, pudo volver a su puesto en la comisaría.

¿Cómo su nombre se vio envuelto en aquel asunto? No se sabía, pero no era enrevesado suponer que no había sido cosa del azar.

Desde su reunión en el mes de abril con Stefan Lerner las indagaciones que efectuó sobre todo lo relacionado con HADES se habían incrementado y cada vez eran más evidentes. Debió encontrar algo, aunque él no supiera el qué, y fueron a por él. Debió cometer un error y quedó expuesto. Sea como fuere la cuestión es que si bien la investigación lo exculpaba su nombre había quedado mancillado para los restos. Eso lo supo por la recelosa mirada que algunos de sus subordinados le dedicaron el primer día de trabajo después del período obligado de inactividad y por las también desdeñosas miradas que le lanzaban aquellos otros que le creyeron culpable de las informaciones que, de forma irregular, se filtraron y que lo colocaban en la picota.

«Calumnia, que algo queda», un dicho que en su caso parecía ser muy cierto.

Y si no se sabía con certeza como un hombre de tan intachable trayectoria se había visto expuesto a semejante juicio público de esa manera, menos aún se podía explicar que su caso se hubiese resuelto tan pronto y de manera tan favorable. No, si como Fernando creía, y no sin razón, era HADES quien estaba detrás.

En HADES saltaron todas las alarmas cuando este empezó a utilizar los medios policiales para realizar búsquedas de información relacionada con algunos miembros de la organización. Él pensaba que estaba siendo todo lo prudente que el caso requería, pero se equivocó. No tuvo en cuenta que a HADES poco o nada se le escapaba. Se delató. HADES vio la oportunidad de frenar lo que fuera que estaba haciendo y actuó. Su suerte fue que para la organización nunca constituyó un peligro real, por lo que con quitárselo de en medio, profesionalmente hablando, les fue suficiente. El que lo subestimaran le salvó la vida. También tuvo que ver y pesó en la decisión de los dirigentes de HADES de no atentar contra él, el hecho de que Fernando Sáez contara con un fuerte apoyo entre los altos mandos y gozara de un inmenso respeto por parte de la mayoría de compañeros. Para HADES deshacerse de él no hubiera supuesto ningún problema, pero para qué hacerlo si esa decisión les podía suponer un enorme perjuicio. Tenían colaboradores dentro del Cuerpo Nacional de Policía, cierto, pero ni mucho menos tenían control sobre la inmensa mayoría. ¿Para qué iniciar una guerra que no sabían qué bando ganaría? No. No habían llegado tan lejos actuando a la ligera y con bravuconadas. Ellos eran mucho más sigilosos, tanto como la serpiente marrón oriental cuando no se siente segura y decide perseguir a su presa. Igual de sigilosos, e igual de mortíferos.

Tras una breve conversación con María, en la que ella había intentado por todos los medios infundirle ánimo y fuerzas, Fernando salió de casa, con muy pocas horas de descanso en el cuerpo y con un solo vaso de leche en el estómago. Era incapaz de tomar algo con más consistencia. Su nerviosismo se lo impedía.

Esa mañana, a diferencia del resto de días, en los que su turno de trabajo comenzaba un par de horas antes, decidió ir andando a comisaría. Le quedaba algo alejada pero le vendría bien caminar y despejar su saturada cabeza. De todas formas hasta las diez y media no habría de reunirse con su inspector jefe y su comisario, así que tenía tiempo.

Nada más salir de casa ya se dio cuenta de que aquel no era un día cualquiera. No. Aunque él no hubiera reparado en ello por estar tan tremendamente ensimismado en sus propios asuntos, ese día era día 22 de diciembre y eso significaba que medio país, si no más de medio, estaba a esas horas pendiente del sorteo de la Lotería de Navidad, el más popular de cuantos se celebran en España y de los pocos eventos que hacen que por un día los informativos de todo el país abran sus emisiones mostrando la cara

más amable y alegre de la gente, de aquellos a los que por la felicidad que expresa su rostro se sabe que les ha tocado El Gordo o la pedrea o de aquellos otros, la inmensa y aplastante mayoría, que se conforman con tener salud e ilusión para continuar probando suerte. Ese día veintidós no era un día como otro, no, no para quienes tenían la esperanza de que ese año, sí, por fin, la suerte les sonriera, ni tampoco para un Fernando Sáez cuyo futuro se presentaba cada vez más difícil e incierto.

Llegó a comisaría con la suficiente antelación como para poder conversar un poco con algunos de sus compañeros. Parecía que la mañana estaba siendo tranquila, era como si hasta «los malos» se hubieran tomado un respiro para prestar atención a los números que los niños de San Ildefonso cantaban ininterrumpidamente desde hacía algo más de una hora.

A las diez y media en punto el inspector jefe y el comisario hicieron acto de presencia y los tres se reunieron en la oficina del comisario.

Tras algo más de media hora de conversación Fernando pudo averiguar en qué situación iba a quedar: abandonaría su puesto en esa comisaría y sería trasladado a otra de menor identidad y más alejada de la capital.

Agradeció al menos que la conversación con los que hasta ese día habían sido sus superiores transcurriera en un tono más informal del esperado. El resultado era el que era pero las explicaciones dadas y la forma en la que lo hicieron le habían restado gravedad.

—¿Se puede saber qué es lo que has hecho y a quién has cabreado tanto? —le preguntó Javier Paniagua, el comisario, antes de dar por finalizada la reunión.

—No tengo ni idea —aseguró Fernando, sin ser del todo sincero.

—Tu caso no ha sido normal desde el principio. Ya soy perro viejo y no me cuadra nada de lo que ha pasado aquí en los últimos meses... y ahora tu traslado. Es raro, muy raro. ¿De verdad que no sabes por qué estás... estamos —se corrigió— en esta situación?

—No, no lo sé. Ojalá lo supiera. A nadie le afecta este tema más que a mí. No obstante, es a mí a quien estáis desterrando de Madrid y a quien estáis impidiendo ascender en el Cuerpo.

—Fernando, no te equivoques. Hace tiempo que trabajamos juntos y creo que nos conocemos lo suficiente como para que sepas que ni Manuel —el inspector jefe— ni yo queremos que te vayas y mucho menos de esta forma.

—Lo sé. Perdonad, no era mi intención —recapacitó.

—Mira, quizá no debiera decirte esto, pero... Las órdenes vienen de

arriba, ni siquiera del comisario principal, de más arriba. A quién le caes tan mal, no lo sé, y según tú, tú tampoco lo sabes —Fernando sabía por cómo dijo esta última frase que el comisario no creía que él no supiera nada—, pero le debes caer fatal a alguien, a alguien demasiado gordo.

Fernando no dijo nada e intentó mostrarse de los más inexpresivo posible.

—Bien... Cuídate Fernando —dijo dando por finalizada aquella conversación y haciendo un gesto con la mano invitando a sus dos subordinados a salir de su despacho. Aquel *cuídate* era a la vez un deseo y un imperativo—. Y si alguna vez necesitas algo y te puedo ayudar... —expresó cuando Fernando ya había abierto la puerta y estaba saliendo por ella.

Fernando asintió y le dedicó un gesto de agradecimiento.

«Ojalá tú me pudieras ayudar», pensó.

—¿Huesca? ¿Huesca?

—Así es. Huesca. Imagino que no han podido enviarme más lejos, si no seguro que lo hubieran hecho —Fernando estaba hundido.

—Pero, pero... ¡Es injusto! ¡Tú no has hecho nada! Han sido ellos quienes te han metido en ese asunto y ahora, encima que ya todo se ha aclarado y que todos saben que tú no tenías nada que ver, ¿te trasladan a Huesca?

Fernando sin ganas de continuar hablando se limitó a afirmar con la cabeza.

—Esta misma tarde me presento en la comisaría y me van a oír.

—Sí claro. Eso es precisamente lo que necesito, que tú intervengas en esto. ¡Pues iba a quedar yo en buen lugar! Ya estoy viendo el titular: la mujer de un inspector de policía se presenta de improviso en la comisaría en la que hasta ayer trabajaba su esposo y se pone a repartir una somanta de palos a diestro y siniestro entre sus ya excompañeros porque no le parece bien el que será el nuevo destino del marido —ironizó.

—Como titular de prensa iba a quedar demasiado largo —Se relajó ella un poco—. Pero es que no lo entiendo.

«Yo sí, María, yo sí lo entiendo. Pero cómo explicarte en qué ando metido. ¿Cómo?»

—¿Cuándo te tienes que incorporar?

—Para mediados de enero.

—¿Y qué vamos a hacer los niños y yo en Huesca?

«¿Y yo? ¿Qué voy a hacer yo allí? De la Brigada Central de

Estupefacientes a una comisaría provincial en la que con suerte me voy a encargar de pequeños hurtos o algún que otro robo con violencia. Mi vida profesional mejora por momentos», pensó con amargura.

—No te preocupes ahora por eso. Cuando los niños acaben las clases ya veremos cómo lo hacemos. Por ahora vosotros seguiréis en Madrid y yo me iré a mi nuevo destino.

A ambos aquella decisión les había caído encima como una pesada losa, pero nada que ver con cómo se lo tomarían Nicolás y Laura, uno en su primer año de instituto y la otra en sexto de EGB, los dos acostumbrados a sus amigos de clase y del vecindario, a las constantes visitas de sus abuelos, tíos y primos; a su rutina.

Sobre las ocho de la tarde Daniela se presentó en el domicilio de la familia Sáez López. Los rumores del traslado del inspector habían corrido como la pólvora por la comisaría y quería comprobar cómo se encontraba su jefe.

—Daniela, ¿qué hace aquí? —preguntó Fernando de muy malas formas y visiblemente irritado.

—Yo también me alegro de verle jefe —contestó ella ante su fría bienvenida, cuando ya se encontraba en el rellano de entrada de la casa.

—A usted cuándo se le dice que no nos deben ver juntos, ¿usted qué entiende?

Daniela le lanzó una media sonrisa que conociéndola bien podría significar: «lo que a mí me dé la gana entender», aunque optó por mantener la boca cerrada.

Lo cierto es que desde el mismo día en que Fernando se vio envuelto en la investigación Daniela se alejó de él por completo, pero solo de cara al resto de compañeros, esa separación fue fingida y forzada por las circunstancias. Lo último que Fernando hubiera querido es que aquella agente novata con más bemoles que toda la plantilla junta de la comisaría se viera perjudicada por sus acciones. Ella, por su parte, no tenía ninguna intención de dejarse arrastrar al abismo, no después de lo que le había costado entrar en el Cuerpo, por el simple hecho de que se le pudiera relacionar con un superior caído en desgracia. Por eso a la nota que Fernando le escribió y que le dejó en el cajón de la mesa de su escritorio: «Aléjate de mí. Como si no existiera. Es una orden», ella le replicó con otra que rezaba: «Sí, jefe. Pero a mi manera». Y efectivamente, así había sido, llevaban meses en los que apenas habían intercambiado algunas frases. Las mismas que había podido intercambiar con

cualquier otro subordinado. Ni rastro de la especial relación que les unía.

—Me he enterado de que le ha tocado el Gordo y he venido a ver cómo se encuentra.

—¿El Gordo?

—Por supuesto. Le ha tenido que tocar el Gordo para que se lo quiten de en medio con tanta precipitación y de esa forma. ¿Está preparando ya la maleta? Eche algún que otro jersey de lana gruesa, tengo entendido que los inviernos de Huesca son bastante fríos.

—¿Se puede saber a qué ha venido? ¿A hacer leña del árbol caído?

—Todo lo contrario jefe.

—Anda, vamos a mi despacho —accedió—. Y por cierto, yo ya no soy su jefe.

—Bueno, permita que eso sea yo quien lo decida.

—No va a llegar muy lejos en el Cuerpo Nacional de Policía si sigue contraviniendo órdenes y mostrando tales muestras de indisciplina.

Tampoco en esta ocasión Daniela habló. De nuevo se limitó a poner esa mueca de superioridad y despreocupación a partes iguales tan característica suya.

—¿Y bien? ¿Qué quiere? —preguntó una vez los dos estaban libres de miradas y oídos indiscretos.

—Parece que se le ha agriado un poco el carácter en este tiempo.

—Daniela, esto no es ningún juego. Me equivoqué al involucrarle en este asunto. Es demasiado vulnerable y no quiero que le pase nada —le dijo la verdad. No se perdonaría el que sus problemas le afectaran también a ella.

—Lo sé. Ya sé que es eso lo que le pasa, que quiere protegerme —Taladró a Fernando con una elocuente mirada—. Pero no se preocupe por mí. No voy a permitir que me hagan lo que a usted le han hecho —aseguró.

Fernando dejó escapar una fina sonrisa. Pensó que aquella chica llegaría lejos, tan lejos como ella se propusiera.

—Además de mi interés por saber cómo se encuentra quería también ponerle al corriente de algunas novedades sobre nuestro caso —Entrecomilló la palabra caso con los dedos índice y corazón de sus dos manos.

—Ya no hay ningún nuestro caso. Para ti esto ha acabado. Acabó el mismo día en que yo quedé señalado.

—Stefan Lerner ha desaparecido —soltó Daniela a quemarropa.

—¿Quéeee? ¿Qué dice? ¿Cómo lo sabe?

—Llevo días intentando contactar con él. Ayer por la mañana su

hermano me cogió la llamada. Estaba en su piso buscando alguna información que arrojará luz sobre su paradero. Lleva desaparecido unas tres semanas. Tenía que haber vuelto a Múnich a principios de mes, después de haber estado varias semanas en Turquía. Por lo visto se encontraba allí ultimando los detalles de una investigación sobre tráfico de armas, la misma en la que estaba trabajando cuando nosotros lo conocimos. No ha vuelto a casa, ni su familia ni el periódico para el que trabajaba... o trabaja —se corrigió— saben nada de él.

Era como si su alma lo hubiera abandonado y solo su cuerpo hubiera quedado sentado en aquel sillón orejero de la habitación que usaba como despacho.

Cuando volvió en sí, vociferó:

—¿Y qué hacía usted intentando contactar con Stefan? ¡Será insensata!

—Solo intentaba ayudarle —le dijo, y le soltó encima de la mesa un pequeño tocho de papeles que llevaba consigo y en el que Fernando no había reparado hasta ese momento.

—¿Y esto?

—Me dijo que me alejara de usted, no que no siguiera investigando. En esos folios hay información sobre varios de los mercenarios que trabajan para HADES, los que hacen el trabajo sucio. ¿Quién sabe si alguno de estos está incluso relacionado con el hecho de que a Stefan se lo haya tragado la tierra? —se preguntó con tristeza—. También hay información sobre las tres personas que aparecían en la investigación de Mariola, aquellas de las que aún no teníamos información fidedigna. Y no es de extrañar que nos haya costado tanto encontrar algo al respecto. Se trata de personas de lo más normales, personas que no ejercen las profesiones tipo a las que hemos estado acostumbrados hasta ahora: jueces, fiscales, abogados, periodistas, políticos... Por ello, nos resultaba tan difícil relacionarlas con HADES. Si mira la información podrá comprobar que se trata del hijo de un pastor de la Iglesia Metodista de Fargo, en Dakota del Norte, una psicóloga belga y de la asistente de hogar de los Carranza, una de las sagas familiares más importantes de Colombia. A bote pronto se podría pensar que estas de ninguna manera pueden estar relacionadas con HADES, pero... ¿y si le digo que el pastor metodista fue uno de los grandes detractores del proyecto de construcción de un faraónico complejo residencial en las inmediaciones de una de las zonas más deprimidas de la ciudad? ¿Que el no sacar adelante el proyecto suponía un gran varapalo para los intereses económicos implicados

en esa construcción? ¿Que el llevarlo a cabo suponía la expropiación forzosa de terrenos privados y la venta por debajo de precio de mercado de terrenos públicos? ¿Y si le digo también que el hijo de este hombre murió en un accidente de tráfico cuando ambos iban de camino a casa y que las causas del accidente no fueron determinadas? Sabiendo lo que sabemos, ¿no le parece extraño?, ¿cree que HADES no está involucrado? Seguro que toda la organización no, pero ¿no cree que alguien cercano a esta o alguno de sus miembros no pueda estar relacionada con esa muerte?

—Extraño, todo muy extraño... Sí.

—Pues continúo. Con respecto a la psicóloga belga, Adèle Devos, si no recuerdo mal el nombre, nada parecería extraño en su muerte si no fuese porque... Bueno, en primer lugar porque era uno de los nombres que Mariola tenía anotados —aclaró—. Si no de qué. Sería una mujer más, una psicóloga más, una fallecida más... Pero en segundo lugar porque fue la primera mujer de uno de los socios de la mayor empresa maderera del país, acusado por sus dos siguientes esposas de malos tratos continuados y en el caso de la última, también de actividades algo opacas. Actualmente está siendo investigado y tiene varias causas pendientes en un juzgado de Amberes. La mujer murió durante unas vacaciones en la mansión que este posee en Saint Tropez. Sufrió una lamentable y fortuita —recalcó con sarcasmo esa última palabra— caída desde un acantilado cercano y se golpeó fuertemente la cabeza. Y adiós a la psicóloga —concluyó.

—¿Y la tercera? Aunque me estoy poniendo peor de lo que ya estaba. No sé si realmente quiero saber tanto.

—La asistenta... Esta es la historia más interesante aunque de primeras no lo pudiera parecer. La mujer, bastante joven y madre de dos criaturas desde más joven aún, por cierto, entró a trabajar al servicio de Eduardo Carranza, un empresario de la industria cauchera y de derivados del petróleo afincada en la ciudad colombiana de Barrancabermeja. A pesar de que la chica tenía a su corta edad una abultada trayectoria delictiva, nada de delitos graves ni de sangre, pero sí muchos relacionados con la estafa, los pequeños hurtos y la suplantación de identidad, pudo entrar al servicio de la familia Carranza. Se encargaba de las tareas domésticas y de atender a los hijos del empresario. Eso al principio, luego empezó a jugar un papel más importante en la vida de aquella familia, al menos en la del marido. Se convirtió en su amante y al parecer a diferencia de las que ocuparon ese lugar antes que ella, esta, Fernanda, que así se llamaba... o se llama —volvió a corregirse por



segunda vez en aquella conversación. Hablaba en pasado cuando no sabía si debía seguir haciéndolo en presente— se ganó el amor de Eduardo Carranza. La relación extramatrimonial duró unos dos años y terminó el día que Fernanda se borró del mapa, o la borraron. En este caso, le juro que no sé qué pensar —afirmó Daniela—. No sé qué fue de ella.

—No hace falta tener mucha imaginación para suponer cómo acabó si efectivamente HADES está de por medio.

—Pero el caso de la sirvienta es diferente —prosiguió—. Fernanda era un topo de la Brigada Contra el Narcotráfico. Fueron ellos los que la introdujeron en casa de Carranza, por ello no sé si este la descubrió y acabó con ella o si por el contrario, cumplió su misión y la propia Brigada la sacó de allí y en estos momentos sigue con vida y con otra identidad. No lo sé. El hecho es que ella desapareció y sus hijos quedaron a cargo de su familia y que Eduardo Carranza lleva un tiempo ya enchironado. Eso sí, en una de las mejores cárceles del país, viviendo en ella con todo tipo de lujos y dirigiendo desde esta sus cada vez más diversificados negocios.

—Vamos, que para él están siendo como unas vacaciones.

—Algo así.

—¿Y cómo sabe que era un topo? Esa no es una información que suela trascender así como así.

—En estos últimos meses me he dejado las pestañas examinando multitud de recortes de revistas y periódicos, anuarios y todos aquellos documentos de los que creí que podía obtener algún resultado. Mi factura telefónica también se ha visto altamente incrementada, han sido muchas las llamadas realizadas y... —Daniela no sabía si continuar con su argumento—. Y, bueno, también he tenido ayuda, no se imagina lo perseverantes y el empeño que algunos policías novatos podemos poner en un asunto cuando este nos interesa.

A Fernando se le recrudeció el gesto. Como Daniela sabía qué era lo que tanto le había desagradado, se apresuró a aclarar:

—Ninguno de mis excompañeros de la Academia Nacional de Policía, los que me han ayudado, saben de qué va esto. No tienen ni idea ni han escuchado en ningún momento la palabra HADES. Me han ayudado porque en todo momento les planteé esta investigación como un juego y un entrenamiento. Queremos ser buenos policías, solo eso. Ese ha sido el motivo por el que han participado. Y he de reconocer que incluso hemos disfrutado —admitió Daniela satisfecha—. No hay nada por lo que tenga que

preocuparse. Por lo que a mí respecta y por lo que respecta a ellos, usted solo es un inspector que se ha visto envuelto en un turbio caso de corrupción policial, que ha sido investigado y que ha quedado libre de toda sospecha, pero que para dar un lavado de cara al Cuerpo ante la opinión pública sus superiores han decidido trasladarle de comisaría. No está inmerso en ninguna investigación extraoficial, no tiene ningún motivo para ello. Solo intenta hacer su trabajo de la mejor manera que sabe y puede. Eso es lo que usted es para mí y para ellos. Eso es lo que sabemos de usted. Punto. Punto y final —aseguró categórica.

—Gracias —Fernando emocionado como estaba poco más pudo decir.

—De nada, jefe —sonrió.

—Daniela, por favor, prométeme que esto para ti ha terminado. Has hecho por mí mucho más de lo que crees. Pero se ha acabado. No quiero que tú seas otra víctima más. Júramelo. Júrame que aquí termina tu implicación en este caso.

—¿Ahora me tutea? —preguntó ella con extrañeza pues era la primera vez que Fernando lo hacía.

—No es tu superior quien ahora te habla. Es tu amigo quien lo hace, y no tengo por norma hablar de usted a mis amigos.

—Está bien. Pero con una excepción Fernando —ella también decidió alejarse de tantas formalidades—: Stefan Lerner. Stefan Lerner es el objeto del nuevo juego que he planteado a mi grupo. Merece que lo hagamos por él. Su familia merece saber qué ha sido de él y en caso de que siga vivo, merece ser encontrado. Stefan Lerner... El resto de la investigación que pretendas llevar a cabo es solo tuya.

Fernando transigió. Sabía que con Daniela de nada iba a servir negarse.

Tras unos breves segundos en los que ambos se escrutaron mutuamente llegó un fuerte y sentido abrazo.

Y después, la hora de la despedida.

—Ahora que somos amigos, ¿podemos mantener una relación normal de amistad? ¿O a eso también le vas a poner pegas? Quiero decir, si un día te llamo para preguntarte cómo te va por tu nuevo destino, si necesito un consejo profesional o personal, si un día me dejo caer por Huesca y preciso de un guía turístico, si...

—Para eso siempre Daniela. Para eso, cuando quieras.

—Bien. Me alegra saberlo.

—Cuídate mucho.

—Y tú, Fernando, y tú.

Cuando el inspector, apoyado en el umbral de la puerta de entrada, vio alejarse a Daniela Herrero tuvo la certeza de que aquella policía novata llegaría lejos. La discípula superaría al maestro.

Orgullosa, aliviada y agradecida, Fernando cerró la puerta.

## Capítulo 18

*Alrededores de Trujillo, sábado 4 de noviembre de 2017*

El sol empezaba ya a ponerse. Durante un buen tramo habían ido siguiendo el curso de aquel riachuelo. A veces caminando deprisa y otras corriendo todo lo que podían. A ratos por la orilla y en otros momentos, cuando la densa vegetación lo impedía, directamente por medio de la corriente, con las salpicaduras del agua subiéndoles por encima de la rodilla. Ahora hacía unos veinte minutos que habían abandonado el cauce y se habían adentrado en medio de la dehesa. Se habían visto obligados a saltar en dos ocasiones las alambradas que separaban unas fincas de otras y que impedían que el ganado escapara. Ana y Torm se encontraban exhaustos y Alexander literalmente al borde del desfallecimiento. El dolor que le provocaba la dislocación de hombro era cada vez más agudo y persistente. Solo el saber que pararse significaba casi con total seguridad la muerte era lo que les daba el aliento necesario para seguir adelante.

No hacía ni diez minutos que habían encontrado la primera muestra de civilización, un cortijo en el centro de la primera finca por la que habían pasado. Pensaron en dirigirse hacia él y pedir ayuda a quien encontraran allí —alguien debía de haber en su interior pues salía humo por la chimenea—, pero los dos perros, un pastor alemán y un kuvasz, que ladrándoles corrieron tras ellos en cuanto les vieron les hicieron desistir de esa idea. Estando al límite de sus fuerzas lo último que necesitaban era enfrentarse a dos canes guardianes y excesivamente territoriales.

Llegaron al final de una de las fincas. Tras la valla encontraron un nuevo camino y tras varios minutos recorriéndolo, esquivando las piedras y los pequeños socavones que presentaba y que lo hacían solo apto para vehículos 4x4, llegaron a una minúscula explanada. En todas las direcciones se adivinaban nuevos caminos, unos más anchos que otros, unos más accidentados que otros. Ellos decidieron coger la pequeña senda que se abría a su izquierda, quizás la más angosta y escarpada de todas. Aquella por la que era imposible que pudiera transitar vehículo alguno. Tras unos quince minutos de una cada vez más agónica y pausada marcha —ni el trazado del camino ni las escasas fuerzas que les quedaban permitían ir más rápido—,

localizaron una vieja y estropeada caseta hecha de piedra y con cubierta a dos aguas de teja árabe que supusieron serviría para guardar aperos o alguna maquinaria. Estaba protegida por una cerca no excesivamente alta y la puerta del vallado situada en la parte delantera se encontraba cerrada gracias a una gruesa cadena de hierro y un gran candado. En los metros de terreno que se hallaban entre la cerca y la caseta se visibilizaban varios árboles frutales, entre ellos se reconocían dos grandes nogales, que todavía portaban algunas nueces, un madroño todavía con el fruto verde, dos avellanos con las hojas ya ambarinas y otros dos cerezos cuyas hojas rojizas anunciaban que tras una primavera y un verano excepcionalmente cálidos por fin se había instalado el otoño.

—Esperad aquí. Voy a ver si... —estaba diciendo Torm justo cuando Alexander cayó desplomado.

Por suerte, al notar este que las fuerzas le fallaban y que no era dueño de su cuerpo se acercó lo suficiente a la valla como para hacer que esta amortiguara su caída y evitara que se diera de bruces contra el suelo pedregoso.

—¡Dios mío! Alexander, Alexander —lo llamaba Ana mientras le propinaba suaves palmadas en la mejilla.

—Álex, Álex... Álex, venga abre los ojos tío. ¡No me jodas, Álex! ¡Abre los ojos!

—No puede más Torm. Está ardiendo —confirmó Ana en cuanto colocó la palma de la mano sobre su frente—. No puede seguir, no puede, no puede...

—Álex... Álex, mírame —le pedía insistentemente Torm a pesar de que este, aunque con los ojos entreabiertos, era incapaz de fijar la vista en un punto concreto.

—Toma, bebe —Ana extrajo de su mochila la botella de agua que había cogido unas horas antes en el restaurante.

—Vamos Álex, descansa un poco —recomendó a su amigo en cuanto lo hubo dejado apoyado sobre la cerca—. Ana, ven conmigo, tienes que ayudarme a saltar.

—Pero Alexander...

—Está bien. No te preocupes. Tú no lo conoces, pero hace falta mucho más que un hombro dislocado, unos rasguños, unos hematomas y un poco de fiebre para acabar con él —intentó tranquilizarla a pesar de su creciente preocupación—. Mala hierba nunca muere, ¿verdad Álex? —le dijo mientras

se agachaba hacia él, le palmeaba cariñosamente la mejilla y le susurraba al oído: ni se te ocurra morirme, porque como me dejes a mí solo con este marrón, te juro que voy allí adonde sea que tú te vayas y te devuelvo a este mundo de la hostia que te doy.

Alexander casi de manera imperceptible asintió. Ana no sabía qué era lo que le había dicho Torm, pero cuando este ya estaba en pie y se dirigía hacia la esquina del vallado, el lugar por donde consideraba más fácil saltar, percibió en su boca lo que le pareció un amago de sonrisa.

Al segundo intento Torm pudo acceder al interior del vallado. Para cualquier persona que estuviera mínimamente en forma esto no hubiera supuesto inconveniente alguno, pero a él le costó lo suyo.

—¡Genial! ¡Perfecto! ¡Esto está chupado! —exclamó al ver que la puerta de la caseta solo estaba cerrada con el pestillo—. Ana, hoy dormimos bajo techo —informó en voz baja.

Acercándose al lugar donde se encontraban, Torm pidió a Ana que buscara en su riñonera el DNI y que se lo diera.

—¿El DNI? ¿Vas a abrir la puerta con eso? —preguntó Ana sorprendida.

Al poco, señalando la puerta ya abierta de la caseta Torm se dirigió a ellos:

—*Voilà* —dijo—. Soy un genio —expresó petulante.

Torm y Ana ayudaron a Alexander a saltar la valla. Apenas sin fuerzas y disponiendo de un solo brazo la tarea no resultó nada fácil, pero después de tan tamaño esfuerzo los tres se encontraban ya dentro de la propiedad y listos para acceder al que esa noche sería su refugio.

—¿Se puede saber dónde has aprendido a hacer esto? —preguntó Ana señalando la puerta y refiriéndose por supuesto a la forma en la que Torm la había abierto.

—En un tutorial de Internet.

—En un tutorial de Internet... —repitió Ana incrédula—. ¿Sueles ver vídeos de cómo abrir puertas con un DNI?

—Sí, ¿qué pasa? Me gusta estar informado... Cultura general —aseguró ante el asombro de ella.

A la luz de las linternas de los antiguos móviles de teclas de los dos hombres pudieron ver que la caseta contaba con dos habitaciones separadas por una antigua y maltrecha puerta de madera. Todo indicaba que en su origen la construcción solo presentaba un único espacio y que con posterioridad se añadió aquella torcida pared de ladrillo que ahora separaba

las dos estancias. En la primera de ellas, a la que daba acceso la puerta metálica de la entrada, había tres sillas, todas ellas de diferente estilo y tamaño, una mesa redonda con una raída falda camilla de color granate, un sofá marrón de escay, una mesa baja de madera muy gastada y tres baldas de madera sujetas a la pared derecha con pequeños clavos y cuerda de cáñamo. En la segunda, es donde se apilaban diferentes herramientas para el trabajo en el campo. Entre ellas se distinguían fácilmente utensilios agrícolas como una escardilla, una pala, una sierra, un almocafre o una horca y maquinaria más moderna como una motosierra. También había numerosos trapos viejos, cartones y varias tablas. Además de dos cestos de mimbre, una escalera de madera y dos varas largas. Al fondo de la habitación encontraron, uno encima de otro, lo que parecían dos grandes comederos de granito y junto a estos lo que aparentaba ser un generador eléctrico.

—Tiene fiebre —afirmó Ana—. Y cada vez tiene peor cara. Tenemos que llevarlo a un hospital.

Torm lo miró con gran inquietud y pesadumbre aunque no dijo nada. Era verdad que cada vez estaba más pálido. Estaba tumbado en el ajado sofá y el color marrón chocolate de este desentonaba sobremanera con su cada vez más blanquecina piel.

—Venga Alexander bebe un poco de agua. Te hará bien— le dijo Ana mientras le ayudaba a incorporarse lo justo como para que pudiera tomar algunos sorbos.

—Torm...

—Dime Álex, dime.

—No voy a ir a ningún hospital. Nuestra única salida pasa por encontrarnos con Fernando y con Luis y que toda la información que hay en el *pendrive* salga a la luz. Ir ahora a un hospital sería un suicidio —expuso con apenas un hilo de voz.

—Lo sé, Álex. Pero tú cada vez estás peor. Llamaré a Fernando y vendrá a buscarnos o mandará a alguien para que lo haga. Él evitará que nos pase nada.

—Han matado a Ayala. Saben que tenemos la información y que es eso lo que puede acabar con ellos. ¿Crees que Fernando va a evitar que nos descerrajen todo el cargador en la cabeza? No sabemos si saben que Fernando y Luis están también metidos en esto. Quizás sí, pero no lo sabemos con seguridad. Tal vez Ayala no mencionase a Luis, tal vez solo dijera mi nombre —a esas alturas y después de haber pensado mucho al

respecto, para Alexander la única justificación probable de que en esos momentos los estuvieran persiguiendo y de que supieran de su identidad, era que Alberto se hubiera ido de la lengua. Había tenido que ser a través de Alberto Ayala—. Después de todo era yo quien iba a reunirse con él, posiblemente solo me mencionó a mí. No podemos dejarles tan expuestos. Torm, Luis ha rehecho su vida y Fernando tiene mujer, hijos y nietos. Ya ha muerto demasiada gente. Si nosotros debemos morir, así tendrá que ser, pero no quiero irme sabiendo que por mi culpa hay más familias rotas. No he llegado hasta aquí para causar más dolor, sino para todo lo contrario. Nos han encontrado, primero en Málaga, después en Sevilla y por último hace unas horas, en el restaurante, y ahora están ahí afuera, espero que lejos de donde nos encontramos, pero están ahí afuera Torm, esperando a que cometamos cualquier error. Tenemos que salir de esta nosotros solos y cuando estemos seguros, cuando tengamos la certeza de que los hemos despistado entonces y solo entonces nos reuniremos con Fernando —Alexander hablaba con voz entrecortada.

—Muy bien Álex, muy bonito todo, pero por si no te has dado cuenta no soy yo el que está ahí tirado con cara de aparecido y con el hombro destrozado. ¿Qué quieres que hagamos si ni siquiera tienes fuerzas para levantarte? —respondió enojado, pero no por lo manifestado por su amigo sino porque la cada vez más complicada situación lo desesperaba.

—Colócame el hombro —le sugirió con firmeza.

—¿Pero qué dices? ¿Tú estás loco? ¡Yo no pienso tocarte el hombro! Tal y como está puede tener remedio, pero si no te lo coloco bien te voy a dejar tullido para el resto de tu vida y no pienso cargar con eso. ¡No lo pienso hacer! ¡No!

Torm con gran aturdimiento salió de la caseta. Necesitaba tomar aire y dejar de ver por un momento el lívido y lastimero rostro de su mejor amigo. La sola posibilidad de intentar colocarle el hombro y fallar le provocaba gran pavor.

—¡Ah, no! Si él no quiere, yo menos —zanjó Ana ante la suplicante mirada que Alexander le lanzaba.

—Ana por favor. Estoy empezando a notar un hormigueo por todo el brazo. No me puedo mover porque en cuanto lo hago, por leve que sea el movimiento, el dolor que siento es insoportable. Y tengo fiebre. La inflamación me la provoca. Por favor, Ana. Te necesito —acabó afirmando al ver que ella titubeaba.



—Pero yo no sé...

—Yo te diré cómo debes hacerlo.

Tras unos instantes de duda y creciente agobio, Ana accedió:

—Está bien. Lo intentaré.

Asomándose a la puerta, Ana, en tono imperioso, ordenó a Torm que entrara y le ayudara.

Entre ambos desvistieron parcialmente a Alexander. Con mucho cuidado le quitaron la parka azul marino, el jersey gris y la camiseta blanca de marca deportiva y manga larga que llevaba puesta. La dislocación se apreciaba a simple vista, la depresión que aparecía en el deltoides no dejaba lugar a dudas.

Alexander se encontraba en el suelo boca arriba, con el brazo lesionado algo separado del cuerpo y formando un ángulo de noventa grados. Ana aferraba con fuerza su muñeca mientras tiraba de su brazo lentamente hacia abajo. Torm le daba ánimos a la vez que lo mantenía todo lo inmovilizado que podía sujetándole por el tronco.

La maniobra no duró mucho pero a todos ellos se les hizo interminable, sobre todo a Ana a quien se le había acelerado en extremo el latido del corazón. Su piel transpiraba como nunca a pesar de que la temperatura, aunque un par de grados por encima de lo normal, no era ni mucho menos alta.

—Lo has hecho muy bien. Gracias —volvió a mirarla con esa elocuente mirada que tanto la abrumaba.

Ana se sentó en la silla que encontró más a mano. Necesitaba tranquilizarse o la luxación de Alexander se quedaría en simple anécdota comparada con su infarto de miocardio.

—¿De verdad estás bien?

—Mucho mejor que hace un rato desde luego. Ayúdame a levantarme y a sentarme en el sofá y a ponerme el brazo en cabestrillo también, por favor —pidió a su amigo—. Mi camiseta servirá para inmovilizarlo.

Mientras Torm le ayudaba, Ana se levantó y se dirigió a la otra habitación con el desfasado móvil gris de Alexander, el que le había dicho que era irrastreable. Lo había cogido de su bolso bandolera. No le había pedido permiso para hurgar entre sus pertenencias. Es más, ni siquiera pensó en que debía hacerlo. Quería hablar, necesitaba hablar con sus padres y hermanos. Eso era lo único que en esos momentos le importaba, lo único que tenía en mente.

Treinta o treinta y cinco minutos después Ana volvió a la primera sala. Tenía los ojos rojos, hinchados y todavía vidriosos. Había estado hablando por teléfono con su madre, su padre y su hermano Joaquín. Con su hermana Eva no pudo hacerlo porque, según le había informado su madre, salió con los amigos a tomar un café y aún no había vuelto. No estuvo todo el rato al teléfono, después de hablar durante un rato con ellos se concedió al menos diez minutos para recomponerse. Desde el otro cuarto Alexander y Torm escucharon sus sollozos.

—Torm, ¿puedes venir un momento? —De nuevo le pidió ayuda—. Creo que en lo alto de una balda hay una especie de calefactor. Yo no llego... Bueno, con la escasa luz que esto proyecta —Señaló el móvil de Alexander— ni siquiera sé si lo he visto bien, pero creo que sí, creo que es un calefactor. Si lo es, quizás con el generador eléctrico podamos hacer que funcione y calentarnos un poco.

Torm agarró a Ana por las piernas y la alzó hasta que esta pudo coger lo que como comprobó sí era un calefactor, en concreto uno de esos que expulsa aire caliente.

Probaron el generador eléctrico; por suerte tenía gasolina suficiente como para hacerlo funcionar. El calefactor a pesar del extraño ruido que hizo en cuanto lo enchufaron también marchaba. No solo no iban a tener que pasar la noche a la intemperie sino que al final parecía que iban a poder incluso calentarse. El que quizás fuese el elemento más anacrónico de cuantos encontraron era casi con total seguridad el que más útil les iba a resultar.

«Dios aprieta pero no ahoga», ese refrán era uno de los más usados por su abuela Josefa. Ese fue el que le vino a Ana a la mente. El que le hizo esbozar una fina y nostálgica sonrisa. «¿Qué estará haciendo ahora? ¿Preparando la cena? Ellos siempre cenan pronto», se dijo, y de nuevo las lágrimas retornaron a sus ojos.

Pusieron el generador lo más cerca posible de la puerta, de la que separaba las dos estancias, y dejaron esta solo lo suficientemente entreabierta como para que el cable del calefactor pasara. Como las dos pequeñas ventanas de la sala de los aperos contaban con un bastidor mosquitero dejaron abiertos los postigos para evitar que el monóxido de carbono los acabara envenenando. El termo ventilador lo colocaron encima de la mesa baja, lo más próximo al sofá y a la mesa camilla.

El generador era nuevo —en verdad, de lo poco nuevo de todo cuanto allí había— y eso hacía que el ruido que emitía no fuese muy considerable

pero, no obstante, mejor sería que los matones que los perseguían no anduvieran por los alrededores. En la serenidad de la noche cualquier sonido, por leve que fuera, sería fácilmente detectable.

Alexander se había dormido. Estaba tan agotado que, tras verse liberado del tremendo dolor que el desplazamiento del húmero le había provocado, cayó rendido.

—¿Qué haces? —preguntó a Ana algo confuso.

—Quitarle el pantalón, ¿no lo ves? Tengo todos los bajos empapados. Si sigo con ellos puestos un rato más mañana tendré un resfriado de aúpa. Harías bien en quitártelos tú también. Los podemos poner cerca del calefactor y con un poco de suerte en unas horas estarán secos o por lo menos mucho más oreados.

Ana se había quitado el pantalón, los calcetines y el calzado y los había puesto en la trayectoria del aire caliente que despedía el termo ventilador.

—A Álex habrá también que quitárselos, ¿no? Desvístelo tú ¿vale?, yo mientras voy a salir a evacuar... Aguas menores —especificó mientras abría la puerta—. O eso creo...

«¡Tendrá cara! Pues nada Ana, ¡vamos allá! Te ha tocado quitarle a ti los pantalones».

—Vaya, vaya, señorita Castro... aprovecha que estoy convaleciente para actuar con premeditación, nocturnidad y alevosía —expresó Alexander, que se había despertado jocosamente y mucho más animado.

—Anda, calla y sigue durmiendo —respondió ella ásperamente—. Solo quiero quitarte el pantalón para poder secarlo. Si te lo dejas puesto vas a empeorar.

—Sí claro, muy buena excusa. Ya sabía yo que no podrías resistirte a mis encantos.

—¿Es la fiebre la que te hace desvariar o es que siempre eres así de creído?

—¿Yo? ¿Creído yo? —interpeló haciéndose el ofendido—. Para nada. Simplemente a las pruebas me remito —Señaló su pantalón vaquero, que había sido bajado hasta llegar a altura de las rodillas.

Justo en ese instante Torm volvió a entrar.

—¡Uy! Perdón... ¿Interrumpo algo? —preguntó con sorna.

—Desde luego, ¡no sé quién de los dos es más tonto! —exclamó—. Y tú, ¿quieres ayudar un poco? —le hablaba a Alexander—. Lo que tienes mal es el brazo no las piernas, así que pon de tu parte también. Estíralas de una vez

para que pueda sacarte el pantalón o te lo vas a tener que quitar tú solo —le amenazó.

Una vez hubo puesto a secar también los vaqueros de Alexander, cogió la mochila que había encontrado en casa de Torm y que llevaba cargando durante todo el día y extrajo de ella un par de calcetines y una camiseta.

—Toma, ponle esto a tu... compinche —le dijo a Torm, enfatizando la última palabra.

—¡Pero si esto es mío! ¿Qué haces con...?

—En la mochila hay también ropa interior para ti. Está seca y limpia —le interrumpió ella.

Torm no daba crédito. Cuando Alexander llegó todo apresurado y angustiado a su piso para informarles de que los habían encontrado y les ordenó que cogieran lo más importante y salieran rápido, Ana se había entretenido en coger varias mudas de ropa interior para ellos tres. Bueno, lo cierto era que la ropa de hombre que había cogido era toda de Torm.

—¿Por eso tardabas en salir? ¿Me estabas desvalijando el cajón en el que guardo mis calzoncillos? —preguntó desconcertado.

—Para mí tener ropa interior limpia es importante, ¿vale? Y encima que también pienso en vosotros, ¡no te quejes! Así que sí, ¿qué pasa? —dijo ella con temperamento.

—Nada, nada... No pasa nada. Me parece muy buena idea, muy buena, de verdad —respondió él intimidado con las manos a la altura del pecho y las palmas mirando al frente, en clara señal de demanda de calma.

Alexander que aún seguía con un poco de fiebre pero ya mucho más repuesto —el dolor del brazo se había mitigado rápida y razonablemente— observaba la escena bastante divertido y risueño.

El reloj del móvil marcaba ahora las nueve de la noche. Alexander tras beber de nuevo varios sorbos de agua volvió a quedarse dormido. Torm había salido a recoger algunas nueces. La luna llena y el cielo raso que había esa noche facilitaba enormemente la tarea, aunque también era eso lo que un poco le afligía ya que cuanta más luz hubiera y esa noche había, y mucha, más fácil les resultaría a Kay y los suyos seguirles hasta dar con ellos. Ana, por su parte, había trasladado los cartones que encontró en la segunda sala y los había colocado en el suelo, junto al sofá en el que Alexander plácidamente dormitaba. Esa noche esa sería la cama de ellos dos. Aunque escasamente cómoda, los cartones al menos los aislarían de la frialdad y la humedad del suelo.

—Aquí está la cena —informó Torm en cuanto hubo accedido de nuevo al interior de la habitación.

Torm se quitó, ahora sí, el vaquero negro que vestía. Los dos se sentaron a la mesa camilla y él soltó el puñado de nueces que había podido rebuscar. Ana aportó también el paquete de galletas de chocolate que tenía guardado en la mochila.

—Esa mochila guarda auténticos tesoros, ¿eh? —le dijo en tono conciliador.

—Lo robé —Señaló el paquete de galletas y la botella de agua— en el restaurante. Creo que eran de unos chiquillos —dijo con cierto sentimiento de culpa—. Desde que os conozco estoy experimentando un ascenso meteórico en mi carrera delictiva —aseguró sin acritud alguna y con una tímida sonrisa en su boca.

Tras algo más de una hora charlando Torm y Ana ya sabían algo más el uno del otro. Ana pudo averiguar que Torm había tenido una infancia difícil. Cuando era pequeño su madre sufría frecuentes episodios depresivos que hacían que su vida no fuese ni normal ni deseable para cualquier niño de su edad. Su madre aun estando en casa se pasaba el día ausente y su padre se limitaba a trabajar de sol a sol, a traer dinero al hogar, eso sí, pero nunca les hacía caso. Con el tiempo entendió que sus padres nunca habían sido felices, no estaban predestinados el uno al otro, pero el prematuro y accidental embarazo de su madre y los convencionalismos sociales de la época los unió irremediamente llevándoles a ellos y a sus dos hijos a la calamitosa situación que durante años todos padecieron: discusiones, gritos, reproches, inquietud, malestar y depresiones. Aseguró que hacía años que los había perdonado por no darles ni a él ni a su hermana el cariño que precisaban y que a su juicio sin duda alguna merecían; por no estar ahí cuando tanto los necesitaban y por haber arruinado parte de sus vidas con su cobardía, porque era precisamente la cobardía de unos padres que no supieron decir basta cuando debieron hacerlo lo que Torm consideraba que lo había estropeado todo. Por fortuna para él, su hermana Isabel sí estuvo siempre ahí. Ella tenía ahora cuarenta y seis años, cuatro más que él, y como le dijo Torm, desde que él tenía uso de razón, la recordaba siempre dedicándose a él. Fue ella la que en cuanto tuvo edad suficiente ocupó el lugar que su madre nunca ocupó. La poca infancia de la que pudo gozar, la tuvo gracias a Isabel y a su abuela Carmen, la madre de su padre. Ellas dos intentaron con el amor infinito que le profesaron que todas las carencias afectivas que él pudiera tener fuesen en

la medida de lo posible atenuadas. A todas luces su hermana era lo mejor que le había pasado en la vida. Le contó también que en el colegio y sobre todo en el instituto siempre fue el chico «raro», el gordito extravagante y mal estudiante centro de las burlas de aquellos que se creyeron mejores que él y de aquellos otros que por falta de valor siguieron el juego de los primeros. Le confesó que a pesar del descomunal esfuerzo que tuvo que hacer —muchas veces pensó en arrojar la toalla e incluso en un par de ocasiones planeó quitarse la vida— había logrado salir adelante. Ahora se aceptaba tal cual era. Llevaba años sin pensar en cómo habría podido ser su vida si hubiera tenido otros padres, si hubiera vivido en una familia más estructurada y pudiente, si hubiera sacado mejores notas, si hubiera tenido más y mejores amigos, en definitiva, si las circunstancias hubieran sido otras. Hacía tiempo que había dejado su pasado atrás y aunque le había costado mucho llegar a ese punto, le confirmó que ahora estaba orgulloso de ser como era; de haber tenido el valor de vivir como quería vivir y no hacerlo como la sociedad impone. Ese fue el principal error de sus padres. Fue ese desatino el que los había marcado y traumatizado y él no pensaba cometerlo también. Incurriría en otras equivocaciones, por supuesto, pero no en esa. Su vida era suya y solo él decidiría cómo quería vivirla.

Ante la pregunta que Ana le formuló sobre su afición y buena mano para con los ordenadores, Torm le contestó que fue en los últimos años de la adolescencia cuando estos captaron toda su atención. En aquella época su agenda social brillaba por su ausencia así que halló en aquellas máquinas a un aliado, al amigo que no tenía. Encontró en ellas una distracción. Con los años y con muchas horas de práctica y sobre todo con la aparición de Internet acabó convirtiéndose en el *hacker* que era hoy. Después de algunos encononazos con la ley por, supuestamente —no se pudo demostrar—, haber cometido ciertas actividades ilícitas —Torm no le dijo cuáles, pues ese era un secreto con el que pensaba irse a la tumba, pero entre ellas estaban desde las más inocentes como atacar y tumbar varias páginas de partidos políticos y grandes empresas internacionales a otras de mayor implicación como asaltar el correo personal de varios altos mandos de la CIA y el Mossad, crear un troyano capaz de captar información bancaria o robar los datos de varios millares de defraudadores y evasores fiscales con cuentas bancarias en diferente países de bajo o nulo régimen tributario—, decidió buscarse un trabajo decente y dedicar sus esfuerzos en el campo de la programación y la ciberseguridad —aunque esto por supuesto no implicaba

que hubiera abandonado por completo la actividad ilegal. Pero este dato también decidió obviarlo.

—Y si puedes entrar en los ordenadores personales y de empresa de los miembros de HADES, acceder a sus datos, a sus conversaciones, a toda la información de la que dispongan, porque imagino que eso es lo que hacéis los *hackers*, ¿por qué no lo has hecho ya? ¿Por qué no los habéis desenmascarado todavía?

—Con HADES la cosa no es tan fácil. Con ellos nada es fácil —bisbiseó—. Para HADES trabajan los mejores expertos del mundo, *hackers* más buenos y con más medios que yo. El intentar obtener algún tipo de información suponía un gran riesgo. Creo que con horas de trabajo hubiera podido vulnerar sus sistemas de seguridad, pero ello me hubiera dejado expuesto. Casi con total seguridad me hubiera sido imposible borrar todo rastro de mis incursiones y este nos hubiera delatado. Aunque eso imagino que ya no importa —dijo con amargura—. Se trataba de hacer las cosas con discreción para evitar que nuestras vidas corrieran peligro —sus labios dibujaron una triste sonrisa—. Esa fue siempre nuestra prioridad. No pasar a engrosar la abultada lista de bajas que esos asesinos de mierda tienen a sus espaldas. No obstante, sí que he entrado en muchas ocasiones en ordenadores de los que creíamos algunos de sus miembros, eso sí, de los miembros que creíamos periféricos y menos relevantes. De ellos hemos obtenido también información interesante que nos ha servido para saber por dónde continuar. Esa información junto a la que Fernando y Luis a lo largo de estos años han ido obteniendo, la que Alexander consiguió en el despacho de su abuelo y la que Alberto Ayala nos ha facilitado es la que los tiene cada vez más arrinconados y la que con un poco de suerte acabará definitivamente con ellos.

—¿Has dicho en el despacho de su abuelo? ¿Del abuelo de Alexander? ¿Quién es su abuelo? —preguntó Ana con gran interés.

—Creo que ya he hablado bastante por hoy —contestó contrariado al darse cuenta de que no tenía que haber sacado a relucir al abuelo de su amigo y bueno, al ser consciente de que le había contado a Ana muchas más cosas personales de las que le había contado a cualquier otra persona antes. Solo Alexander conocía los pormenores de su vida, y tampoco los sabía todos—. Mejor vamos a dormir o por lo menos a intentarlo —esperaba que con la caída de la noche Kay, Podolski, Foley y Miranda hubieran cesado en su persecución y al menos les dejaran tranquilos durante unas horas. A ser

posible, simplemente que les dejaran tranquilos, pero si no podía ser, sí al menos que les dejaran pasar la noche en paz—. No sabemos cómo se presentará el día de mañana, pero quizás no sea menos movido que el de hoy. Necesitamos reponer fuerzas así que vamos a descansar un poco.

Ana que había notado la incomodidad que asaltó a Torm en cuanto ella había preguntado por el abuelo de Alexander no quiso añadir nada más. Se levantó de la silla y se dispuso a recostarse en el cartón que había colocado en el suelo. Al dirigirse a él se quedó unos segundos mirando a Alexander con curiosidad. «¿Qué información consiguió en el despacho de su abuelo? ¿Qué tiene que ver su abuelo en todo esto?»



## Capítulo 19

*Alrededores de Trujillo, domingo 5 de noviembre de 2017*

Faltaban pocos minutos para las siete de la mañana cuando Ana despertó. No había pasado la mejor noche de su vida, el cartón sobre el que había estado acostada había cumplido su misión: la había aislado del frío y la humedad del suelo, pero desde luego no le había proporcionado comodidad suficiente como para que a esa hora no le doliera todo el cuerpo.

Por si fuera poco, la noche anterior tardó bastante en quedarse dormida. Cuando Alexander y Torm llevaban ya rato abandonados en brazos de Morfeo ella aún seguía dándole vueltas a la pregunta que desde su conversación con Torm le rondaba la cabeza: ¿Qué pintaba el abuelo de Alexander en aquel asunto? No solo fue la inquietud que le provocaba la posible respuesta a esa cuestión, sino también el frío que en aquella vieja caseta hacía —y que ni la falda camilla que se echaron encima ni el calefactor habían podido remediar del todo—, los sonidos que desde el exterior le llegaban y que supuso provenían de la actividad de los animales nocturnos y el miedo a que en cualquier momento el robusto pelirrojo y los otros tres matones pudieran encontrarles y acabar con ellos sin contemplación, lo que le dificultaron el poder conciliar el sueño de manera súbita. Con tal panorama, verdaderamente, entregarse a una reconfortante cabezada se convertía en una acción harto complicada.

No obstante, y aunque al principio le molestó que sus dos acompañantes se confiaran tan rápido al grato sueño —pensó que parecía importarles poco que cuatro asesinos a sueldo los estuvieran persiguiendo—, después decidió imitarlos. Ella también estaba exhausta y llegado el caso, morir a manos de aquellos esbirros podía llegar a ser tan malo como morir de agotamiento físico y mental, así que mejor seguir los consejos de Torm e intentar descansar. De todas formas a esas alturas de la película ya le había quedado claro que lo que tuviera que suceder, irremediablemente sucedería.

Un par de minutos después se levantó intentando no hacer mucho ruido. Se dio cuenta de que estaba aterida de frío y de que las articulaciones del cuerpo no le respondían como ella hubiera querido. Palpó la mesa camilla hasta que encontró en ella el móvil de Torm y encendió la linterna que este

tenía incorporada para iluminar la habitación. Esta se encontraba completamente a oscuras y ella necesitaba salir de allí con urgencia. Su vejiga le decía que debía darse prisa.

Cuando salió al exterior el frío le caló los pocos huesos que no tenía resentidos, debido en parte a que con las prisas no se había detenido siquiera a ponerse sus pantalones vaqueros. Todavía no había amanecido pero gracias a la luna llena la visibilidad era bastante buena. Según el reloj del teléfono eran las siete y tres minutos por lo que se figuró que faltaría como mucho una hora para la salida del sol. Empezaba un nuevo día. Esperaba que mejor que el anterior.

Cuando entró de nuevo a la habitación sus dos compañeros ya habían despertado —al escuchar abrirse la puerta ambos se incorporaron de inmediato—. La miraron expectantes al comprobar los tiritones que daba y la escasez de ropa que vestía de cintura para abajo.

—¿Qué pasa? ¿No tenéis nada mejor que hacer que estar ahí mirándome de esa manera? —les recriminó al sentirse observada.

Los dos apartaron sus ojos de ella y se incorporaron presurosos y algo avergonzados dispuestos a ponerse el pantalón y el calzado.

El aire caliente del calefactor había secado por completo sus pantalones y aunque las zapatillas deportivas de Torm y las botas de Alexander y Ana seguían estando húmedas al menos ya no chorreaban agua.

Alexander tenía mucho mejor color de cara. Había dejado atrás la palidez de la noche anterior y ahora su tez se veía más rosada. Además se intuía que su ánimo y vitalidad habían aumentado considerablemente. Aunque seguía sin poder hacer movimientos bruscos y debía continuar con el brazo en cabestrillo, el dolor ya no se hacía tan evidente en su rostro. La fiebre también había remitido bastante, apenas tendría unas décimas.

—Toma, come algo —dijo Ana mientras le ofrecía lo que quedaba del paquete de galletas y del puñado de nueces que Torm había cogido.

Entre los tres repartieron las siete galletas de chocolate que quedaban, el puñado de nueces que había sobrado de la noche anterior y las pocas que durante su breve escapada matinal Ana había podido recolectar. También acabaron con la poca agua de la que disponían. De esa forma habían entretenido un poco el apetito pero o salían de aquella extensa dehesa y encontraban pronto algún rastro de civilización o iban a empezar a pasar verdaderos apuros. Quizás bellotas que llevarse a la boca no les faltaran pero la escasez de agua potable sí sería un problema.

Tenían que encontrar la forma de llegar a la carretera principal o a cualquier núcleo urbano.

—¡Vamos! tenemos que encontrarlos. Ya no hay excusa. Sabéis lo que tenéis que hacer. Ya se han reído bastante de nosotros, así que ha llegado la hora de cumplir con nuestro cometido —Kay arengaba a sus hombres—. Y recordad, si queréis tener la oportunidad de hacerles pagar por la humillación sufrida, tenemos que atraparlos vivos. ¡Los quiero vivos!, ¿entendido?

La tarde anterior se vieron obligados a suspender la búsqueda. Sin ropa de abrigo, alumbrando el camino con la sola luz de las linternas de sus móviles y sin conocer el terreno eran limitadas las posibilidades que tenían de encontrarlos. En un primer momento Kay se mostró reticente a abandonar la operación y eso a pesar de que estaba tan fatigado que le costaba horrores continuar andando, pero como él bien había expresado en alguna ocasión, aquel asunto se había convertido en algo personal y no estaba dispuesto a que lo dejaran en evidencia.

«No más humillaciones y menos aún si son causadas por un bastardo traidor y posiblemente herido —Miranda le había comentado que había visto a Alexander sujetándose el brazo derecho como si estuviese lesionado—, un gordo sebo y patoso y una zorra debilucha con una cuenta pendiente con uno de mis hombres».

Ahora, sin embargo, la cosa había cambiado. Todavía faltaba para que el sol empezara a despuntar en el horizonte y ellos ya estaban metidos en el arroyo. Además habían conseguido refuerzos: dos hombres, un perro sabueso y un pastor alemán, ambos canes duchos en el rastreo de personas. Y en el hipotético caso de que con todo ese despliegue no obtuvieran resultados, un helicóptero Eurocopter EC135 con otros cuatro hombres a bordo estaba listo para unirse a ellos. Una vez más HADES no escatimaba en recursos.

Aunque dentro del arroyo los perros poco podían hacer, una vez salieran de él por el mismo lugar por el que lo hicieron la tarde pasada —Kay era realmente bueno orientándose y además tenía memoria fotográfica, por lo que recordaba a la perfección el camino que siguieron— todo resultaría más fácil. Los perros harían su trabajo y él, también el suyo.

Aunque la tarde pasada los cuatro hombres cesaron en su tarea y regresaron en busca del coche de Miranda, gran parte de la noche la pasaron trazando el plan que a la mañana siguiente llevarían a cabo. Tras recoger el coche se desplazaron hasta Trujillo, la localidad más cercana; efectuaron una reserva de dos habitaciones dobles con dos camas —esto al parecer era un

requisito imprescindible— en el Hostal Plaza y allí pasaron la noche. Con el mapa de carreteras que Miranda siempre llevaba en el coche y con la vista satélite de Google Maps acotaron la zona de búsqueda. Visualizaron el lugar exacto en el que se encontraban las casas en ese territorio, los caminos que vertebraban la dehesa y que daban acceso a las diferentes fincas, los ríos y arroyos que la atravesaban, las zonas de cultivo y los núcleos de población aledaños. Era una amplia extensión de terreno pero ahora sabían perfectamente dónde debían buscar.

A eso de las diez de la noche Kay efectuó una tras otra tres llamadas telefónicas, la primera a Andoni Aguirre, el creador de cara al público de «Mascota Feliz», una franquicia de centros veterinarios con casi veinte clínicas repartidas por todo el territorio nacional, y el organizador de peleas clandestinas de perros y colaborador de HADES en la sombra. Él mismo se desplazaría desde Álava con dos de sus mejores ejemplares para ayudar en el rastreo —aunque su especialidad era adiestrar perros de pelea también solía entrenar a perros rastreadores e incluso a perros dedicados a la búsqueda de trufas, una de sus pasiones—; la segunda iba dirigida a Carlos Saavedra, un expolicía nacional de Sevilla apartado hacía varios años del Cuerpo, juzgado y sentenciado a tres años y cuatro meses de prisión por extorsión, amenazas y cohecho, y aparentemente reformado tras cumplir apenas dos años de privación de libertad y haber rehecho su vida con la que desde hacía un tiempo era su pareja y la dueña del gimnasio en el que él trabajaba como entrenador deportivo. Fue a este a quien Kay pidió que entrara en el piso de la calle Virgen de Valvanera, cogiera varias prendas de ropa de los perseguidos y se las llevara con el propósito de que sirvieran a los perros para encontrar sus rastros. Él junto a Andoni se unirían a su equipo por la mañana temprano. La tercera llamada, por otro lado, fue para informar a Martin Hoffmann de cómo estaban discurriendo los acontecimientos. Kay pensó que para escuchar el exabrupto proferido por Martin cuando fue informado no hubiera sido necesario teléfono alguno. El alarido emitido fue tan fuerte que hubiera sido perfectamente oíble por mucho que Hoffmann estuviera en esos momentos en su residencia del distrito muniqués de Neuhausen-Nymphenburg y él metido en el baño de aquel hostel trujillano. A Kay no dejaba de asombrarle la fortaleza y vivacidad del viejo. Debería tener ya un pie en la tumba pero a este paso acabaría enterrándolos a todos. Quizás fuese verdad ese refrán español que Miranda le había enseñado y que a él tanto le gustaba, el de «Bicho malo nunca muere». Si eso era cierto seguro que a él

también le quedaba aún muchos años de vida.

Poco antes de que el sol saliera y de que los tres emprendieran la marcha, Alexander hizo la primera llamada de la mañana. Como no podía ser de otra forma, su receptor no era otro más que Fernando Sáez. Este los hacía a esas horas durmiendo en una cómoda cama de cualquier alojamiento de la zona, a salvo de HADES y esperando el mejor momento para continuar el camino. Cuando Alexander le informó de cómo iban las cosas y de todo lo que había sucedido desde su última comunicación —evitó hablarle de su dislocación de hombro y del dolor que aunque ya más atenuado seguía sintiendo y que le discapacitaba para lo que intuía se les venía encima—, Fernando dictaminó que iría en su búsqueda, pues no podía dejar que vagaran sin rumbo por mitad del campo extremeño mientras eran perseguidos por esos asesinos. Sin embargo, tras una dura discusión —las voces que daba Fernando se escuchaban sin necesidad de tener cerca el auricular—, Alexander lo pudo convencer de que se quedara en casa. Le hizo saber que cuando estuvieran en un lugar seguro volverían a contactar con él y que entonces, cuando ya ninguno de ellos corriera peligro, aceptarían su ayuda. No obstante, analizando la situación objetivamente, sería una verdadera locura que fuese a buscarlos cuando ni ellos mismos sabían a ciencia cierta dónde se encontraban. Si pudieran utilizar sus teléfonos móviles, los personales —los otros teléfonos si bien no eran rastreables eran demasiado básicos y no tenían acceso a la Red—, Fernando los podría geolocalizar, pero no podían correr ese riesgo puesto que si él lo podía hacer, HADES también, y con total seguridad estos los encontrarían antes que el expolicía. No sabían por dónde andaban a esa hora pero tenía la certeza de que no estarían lejos.

Al menos Fernando le había comunicado algo positivo: ningún cuerpo de seguridad había cursado orden de búsqueda alguna contra ellos y en las redes sociales no había ni rastro del altercado que mantuvieron en pleno centro de Sevilla a plena luz del día con los dos policías nacionales —o supuestos policías, porque ya no estaba seguro de nada—. Parecía que HADES se había encargado de borrar cualquier indicio. Mejor también para ellos. No le agradaría verse noqueando a un policía y esposándolo a la puerta de un taxi. «Seguro que a Ana tampoco le gustaría saber que quienes la conocen la pueden ver estrellándole a un policía un ordenador portátil en la cara», pensó con benevolencia al recordar la escena.

Acababan de atravesar una pequeña senda que transcurría por un terreno muy escarpado. Al fondo de esta se intuía lo que debía ser una torrentera y

que en esa época del año permanecía completamente seca debido seguramente a la escasez de precipitaciones que venía padeciendo el país en los últimos años. Los perros estaban muy alterados y costaba mantenerlos controlados. Sus ladridos mostraban cada vez mayor ímpetu. El objetivo estaba cerca.

A unos quinientos metros del final de la vereda se podía apreciar de nuevo el paisaje de dehesa que los había acompañado durante prácticamente toda la mañana y mimetizada con el entorno vislumbraron lo que parecía un viejo almacén o barraca. Lo único que hacía pensar que aquel lugar aún se utilizaba era la moderna y flamante valla metálica que la rodeaba y protegía.

Kay miró su reloj: las ocho y cuarto de la mañana.

—Alexander, si estáis ahí, salid ahora mismo y no os haremos daño.

Kay no sabía si seguían ahí pero esperaba que fuera así. Deseaba zanjar aquel asunto de una vez por todas y quería hacerlo cuanto antes.

—Alexander, no tenéis escapatoria. No seas tonto. Salid ahora y te prometo que no os haremos nada. Solo queremos la información que obra en vuestro poder. Dádnosla y os dejaremos marchar. No compliques más las cosas.

Andoni y Miranda se habían quedado algo rezagados con el fin de calmar y dar un respiro a los perros que les habían conducido hasta allí sin vacilación alguna. Los otros cuatro hombres se habían apostado alrededor de la valla, uno en cada esquina. En caso de que estuvieran allí no tendrían forma de escapar.

—Alexander, por última vez, no voy a estar aquí toda la mañana —Kay tenía prisa y no solo porque quisiera liquidar el asunto cuanto antes sino también porque si Alexander y sus acompañantes no se encontraban allí estaban perdiendo un tiempo maravilloso—. Voy a contar hasta diez. O salís o entramos nosotros y en ese caso no esperes que tenga miramientos con vosotros. ¿Sabes las ganas que Foley le tiene a la chica? Tiene una cuenta pendiente con ella y no esperes que intervenga a su favor si decidís hacerlo por las malas —Foley comenzó a notar una intensa quemazón en la herida de la mejilla. Pronto tendría a Ana en sus manos. Ya podía saborear el triunfo—. ¡Alexander! Te tengo por un hombre cabal y sensato. Es buen momento para demostrar que lo eres.

Kay a través del micro-auricular que todos ellos llevaban, ordenó a Foley y Podolski que se prepararan para saltar la valla. El primero lo haría por delante y Podolski por detrás. Él y Carlos les cubrirían.

—Uno... Dos... Tres...

Antes de que Kay acabara de contar Foley ya había reventado de varios disparos la débil cerradura de la puerta de entrada. Kay saltó también la valla. Quería ver de primera mano qué es lo que había en la caseta, si estaban allí o lo habían estado.

—¡No están!, ¡no están! —gritó Foley con gran enfado.

—No, pero han estado aquí y parece que no hace mucho que se han marchado —dijo Kay tranquilo y esperanzado al comprobar que el generador eléctrico estaba caliente.

Por lo demás, nadie hubiera dicho que allí había pasado la noche alguien. Alexander, Torm y Ana se habían encargado de dejar todo igual que lo encontraron, a excepción del depósito de gasolina del generador que obviamente había menguado de manera considerable, pero nada podían hacer para remediar ese hecho.

—¡En marcha! —conminó a sus hombres—. No pueden estar lejos.

Hacía poco más de media hora que estaban andando y acababan de saltar una de las alambradas con las que los propietarios delimitaban el terreno y protegían a su ganado. «Menos mal que no están electrificadas», pensó Ana con alivio.

Quizás en otra zona hubiera reses a esa hora, pero por donde ellos iban pasando no se veía ni un solo animal. Sí huellas, excrementos y una charca de agua cristalina que seguro servía de abrevadero, lo que evidenciaba que en otro momento había sido su lugar de apacentamiento.

—Mirad —dijo Alexander señalando al cortijo que se revelaba en la lejanía—. Ya sabemos dónde tenemos que ir —anunció enérgico.

Los tres caminaban ahora mucho más animados. Parecía que la pesadilla tocaba a su fin.

Casi veinte minutos más tarde se encontraban a escasos doscientos metros del arco de entrada, el que daba acceso al cortijo. Se habían parado a descansar y a planear qué hacer aprovechando la presencia allí de unas grandes rocas que les servían de parapeto. En la explanada que había enfrente de la entrada se encontraban aparcados varios vehículos, señal inequívoca de que la casa estaba ocupada.

—Bueno, ¿qué hacemos? ¿Qué les vamos a decir? ¿Llamamos a la puerta y les decimos que necesitamos ayuda?, ¿que nos están persiguiendo unos tipos que quieren matarnos porque tenemos una valiosísima información que puede cambiar la opinión que tiene la sociedad sobre grandes

personalidades mundiales, todas ellas muy honorables y asquerosamente ricas, dicho sea de paso, y hacer temblar a la repugnante organización que les da cobijo? —preguntó Torm sarcásticamente.

—¿Ves aquel Land Rover de allí? —Alexander señaló al lugar en el que el coche estaba aparcado.

—Sí, ¿por?... ¿Quieres que lo robe? —preguntó sorprendido al mirar a su amigo a la cara e intuir cuáles eran sus intenciones.

—No creo que en caso de pedírselo prestado nos lo vayan a dejar, ¿no te parece?

—A ver, a ver... A ver, esperad un poco y vamos a poner algo de cordura en este asunto. Seguro que hay otra forma. Solo tenemos que pensar cómo hacer las cosas sin ampliar nuestra cada vez más abultada carrera delictiva —terció Ana.

—Perfecto. Adelante, busca otra solución. Ya que eres tan resuelta... La mujer más diligente del Universo, de hecho. Pero eso sí, procura encontrarla antes de que Kay dé de nuevo con nosotros —le respondió en tono irónico y chulesco.

Ana obsequió su salida de tono con una gélida mirada.

—¡Serás imbécil! —Se encaró con Alexander—. Pues si eres tan bueno en todo lo que haces y siempre se te ocurren las mejores ideas, ¿por qué no vas y robas tú el coche? ¿Por qué tienes que mandar a Torm?

—Eh, vale. Dejadlo ya —intervino Torm—. Ana, Alexander tiene razón. Quizás haya otra forma de salir de aquí pero dadas las circunstancias lo que él propone es lo más rápido y efectivo. No nos verán. Con un poco de suerte cuando se den cuenta de que el coche no está nosotros ya estaremos lejos. No tenemos que tratar con nadie, no tenemos que explicar nada a nadie. Es lo mejor —argumentó haciendo aparecer una mueca de superioridad en el rostro de su amigo—. Además, mejor que vaya yo a «pedirlo prestado», porque si dejamos que lo haga este —Señaló a Alexander—, moriremos aquí, y no porque nos encuentre HADES sino de aburrimiento por la eterna espera —dijo con sorna tratando de distender el ambiente.

—Está bien —aceptó ella de mala gana—. Pero tú eres un estúpido, un chulo y un prepotente —se dirigió con enfado a Alexander.

—Ja ja... Mira Álex, ya te ha calado.

Calculó que había poco más de un kilómetro hasta llegar a aquel cortijo. Los perros los habían obligado a mantener un ritmo acuciante. Los canes



estaban todavía frescos pero a los seis hombres sin embargo les costaba ya mantener el tipo. Especialmente a Andoni que estaba poco acostumbrado a caminatas de semejante intensidad y a Kay a quien los años no le pasaban en balde. A mediados de año había cumplido los cincuenta y cuatro años y la mente la tenía tan lúcida como siempre, pero físicamente ya no estaba tan en forma. Últimamente pensaba cada vez con más frecuencia en dejar aquella vida, en comprarse una casa en alguna isla griega y disfrutar de los paisajes, la gastronomía y el buen clima que esta seguro le ofrecería. A fin de cuentas, en retirarse y pasar los años que le quedaran en un apacible lugar en el que poder olvidarse de quién era y de a qué había dedicado su vida; un lugar en el que empezar de cero y en el que cuando se mirara al espejo no viera al asesino a sueldo en el que se había convertido, no reconociera en aquella avejentada figura al trabajador más letal y fiel de Martin Hoffmann, al causante directo o por omisión de tanto dolor y sufrimiento.

—¡Allí, Kay allí! —las palabras de Miranda hicieron que abandonara las cavilaciones en las que andaba perdido.

Miranda lucía una amplia sonrisa mientras señalaba las rocas tras las que Ana y Alexander permanecían agazapados.

Alexander y Ana, por su parte, estaban tan concentrados en lo que Torm estaba haciendo que en un principio no se percataron de que seis hombres y dos perros corrían a toda prisa hacia ellos.

—Mierda, mierda, mierda. Ana, ¡levanta! ¡Corre! —bramó Alexander al darse cuenta de lo que literalmente se les venía encima.

«Torm por lo que más quieras abre el coche de una vez», rogaba para sí mientras corría como alma que lleva el diablo hacia el lugar en el que se encontraba su amigo.

En realidad, Torm ya había logrado abrir la puerta del todo-terreno pero ahora intentaba hacerle un puente siguiendo los consejos ofrecidos en varios de los tutoriales de Internet que hacía tiempo había visualizado. No era la primera vez que abría la puerta de un vehículo pero sí la primera que se veía obligado a arrancarlo sin que hubiera una llave de por medio.

Apenas les faltaban unos veinte metros para llegar cuando escucharon el rugido del motor del Land Rover Defender de color verde oscuro que estaba llamado a ser su salvación.

—¡Subid! ¡Vamos, vamos, vamos! —los apremió al percatarse de que sus perseguidores cada vez estaban más cerca.

—¡Ana agáchate! —le ordenó Alexander una vez que el coche se

incorporó a toda velocidad, y dejando tras de sí una descomunal polvareda, al camino de tierra que a partir de ahora seguirían, y solo segundos antes de que una ráfaga de disparos agujereara la carrocería y acabara con la luna trasera del todoterreno.

—No, no, no. ¡No puede ser, no! —aulló Kay—. Nadie... nadie puede tener tanta suerte —se lamentó—. Podolski, Foley, conmigo —impuso colérico—. Miranda, tú saca de aquí a Carlos y Andoni. Y llevaos a los perros con vosotros.

—No, Kay, yo voy con vosotros. Puedo seros útil, de verdad —Saavedra defendió con tesón su postura.

Ante tal algarabía cuatro hombres salieron del cortijo, tres de ellos previstos de una escopeta de caza y el otro sujetando a un perro mastín de ronco ladrido. Apuntaban a Kay y los suyos a la vez que les reclamaban explicaciones.

Kay vio como Foley y Podolski, inquietos, preparaban sus armas. Estaban dispuestos a acabar con aquellos hombres, dos de ellos muy jóvenes, seguramente rozando la veintena. Poco podrían hacer aquellos desgraciados con escopetas de perdigones ante sus armas semiautomáticas y ante la experiencia y frialdad de sus hombres. Además, los superaban en número. Aquello sería una masacre.

—Vale, vale, vale... Esperad. Bajad las armas. Todo esto tiene una explicación. No cometáis ninguna tontería —dijo Kay en tono conciliador dirigiéndose a los cuatro hombres, supuso que propietarios o trabajadores de la finca, o quizás ambas cosas, y lanzándoles una anhelante mirada a sus hombres para que se calmaran—. Miranda —habló captando la atención de este—, ¿tienes ahí tu placa?

—Sí, aquí la tengo.

—Muy bien, pues vamos a tranquilizarnos todos —Kay había recordado que aún llevaba encima la placa falsa de miembro de la Interpol con la que había logrado colarse en el aparcamiento de Málaga y poner el dispositivo de seguimiento en el automóvil de Alexander. Pensó que seguramente Miranda también la llevaría—. Vamos a sacar las placas muy despacio, ¿entendido? Así que todos tranquilos —pidió—. Somos policías, miembros de la Interpol, ¿de acuerdo? Llevamos días siguiendo a unos peligrosos delincuentes y hemos seguido su rastro hasta aquí. Son los mismos que acaban de robar su coche —explicó a los otros hombres mientras él y Miranda enseñaban sus identificaciones como prueba de que lo que decía era cierto.

Los cuatro hombres no podían creer lo que les estaba pasando. Un día que se presentaba de lo más tranquilo, en el que el único propósito era realizar las tareas ordinarias que exige el ganado y la finca, se estaba complicando en exceso. Un grupo de desconocidos había entrado sin permiso en sus tierras, unos les habían robado uno de sus vehículos —el más nuevo encima— y ahora otros aseguraban pertenecer a la mayor organización de policía internacional y estar persiguiendo a unos peligrosos delincuentes. Ciertamente, ya tenían tema de conversación para varios días.

—Usted... ¿usted no es el mismo que estaba ayer por la tarde deambulando por el camino de la Fuente Amarga? —el más joven dirigió su pregunta a Miranda.

—Miren, mientras nosotros estamos aquí perdiendo el tiempo esos malnacidos están consiguiendo escapar —concluyó tajantemente Kay el asunto sin responder al chico—. Así que ya que está todo claro, si no les importa vamos a continuar todos con nuestro trabajo —exhortó con brío.

—Pero... y, ¿qué pasa con nuestro coche?

—Yo les recomiendo que vayan al cuartel o a la comisaría más cercana y pongan la denuncia del robo. Seguro que pronto lo tienen de nuevo ahí aparcado —Señaló el lugar en el que se encontraban los otros vehículos, aunque obvió el hecho de que aunque eso fuera cierto, cosa que claramente dudaba, el estado del todoterreno no sería ni mucho menos el que presentaba hacía media hora. Foley se había encargado de que este ahora tuviera algún que otro agujero más del que debía tener.

Los cuatro hombres ya con las escopetas abajo se mostraron indignados; indignación que subió de grado cuando Kay les pidió —aunque más bien podría haberse tomado por una exigencia— que les prestara el Nissan Patrol —presentaba mejor aspecto que el viejo Suzuki Vitara y el *quad* que estaban a su lado— para continuar la persecución que habían dejado interrumpida.

Quince minutos después de que Torm robara el coche, Kay, Foley, Podolski y Carlos Saavedra tomaron a bordo de su recién adquirido todoterreno la misma dirección que ellos siguieron. Ya en camino, Kay llamó a Millán.

El Eurocopter EC135 acudió en su ayuda en cuanto Scheider dio la orden. Desde el aire todo resultaba mucho más fácil. Los habían localizado de inmediato. El copiloto trasladaba a Kay información en tiempo real sobre la ruta que debían seguir para alcanzarlos. Así, los ocupantes del Nissan Patrol habían logrado reducir considerablemente la distancia que sus objetivos les

llevaban.

Una vez más se dijo que acabar con ellos solo era cuestión de tiempo. Ahora los perseguían por tierra y por aire. Los acabarían cazando como a simples conejos.

—Kay, a unos trescientos metros tenéis una bifurcación. Continúa por el camino de la derecha. Ya casi los tenéis —les informó Eduardo Millán, el copiloto del helicóptero.

—Torm para el coche y déjame que yo me ponga al volante —suplicó Alexander al ver que su amigo estaba cada vez más desquiciado.

—Si paro ahora nos van a alcanzar.

—¡Y si no paras nos vas a matar! —profirió enojado—. Torm, hace rato que dejaste que la situación te superara —Alexander con voz más calmada intentaba que Torm atendiera a razones. En cuanto el Eurocopter EC135 hizo acto de presencia, en él dejó de haber atisbo alguno de cordura. A cada segundo que pasaba se veía a sí mismo y a sus dos acompañantes acribillados a balazos y así era imposible mantener la cabeza fría, y eso era exactamente lo que aquella situación demandaba—. Estás conduciendo como un loco, dando bandazos y es solo cuestión de tiempo que nos acabemos estrellando. Para el coche de una vez y déjame conducir a mí —le apremió.

—¡Joder! —vociferó—. Tenemos un helicóptero encima de nuestras cabezas, si paro ahora nos pueden disparar —advirtió angustiado.

—¡Para el coche! —le ordenó a la vez que clavaba sus impávidos ojos en él—. Escúchame Torm —Alexander puso su mano sobre el brazo derecho de su amigo con la intención de calmarlo—, si hubieran querido dispararnos ya lo habrían hecho, si hubieran querido hace rato que estaríamos muertos. Los del helicóptero no pretenden matarnos, solo nos están siguiendo e imagino que informando de nuestros pasos a Kay y a los otros. Seguro que van detrás de nosotros y es a ellos a quien de verdad debemos temer.

—Pero el helicóptero...

—Que el helicóptero pertenece a HADES... Sí, eso lo sabemos Torm, pero por alguna razón están intentando cogernos vivos —Alexander se abstuvo de mencionar cuál creía él que era la razón para ello: a un cadáver no se le puede humillar y torturar, a una persona viva sí, y ellos habían hecho méritos suficientes para que aquella panda de desalmados les tuvieran más que ganas—. No son quienes van en el helicóptero los que van a acabar con nosotros, o al menos, no si pueden evitarlo. Ese placer se lo están reservando a Kay y a los que asaltaron el piso de Ana —a pesar de la gravedad de sus

palabras la suavidad y tranquilidad con la que Alexander se expresaba hacían que todo pareciera menos grave de lo que en realidad era—. Para el coche. Confía en mí —le instó, dejando entrever la templanza que no sin razón Torm le presuponía.

Torm paró el Land Rover en mitad del camino. Alexander lo miró y corroboró lo que llevaba algunos minutos sospechando: su amigo estaba sufriendo una crisis de ansiedad, su respiración cada vez más rápida y agitada, los temblores y su inusual sudoración eran síntomas evidentes de ella.

—Ana, siéntate delante —pidió Alexander.

Los tres intercambiaron sus posiciones. Alexander quedó al volante, Ana en el asiento del copiloto y Torm en el asiento trasero.

—Torm, tienes que intentar respirar más lentamente. Intenta pensar en otra cosa, en algo que te agrade —le aconsejó—. Mírame, Torm —le requirió—. Todo va a salir bien. Vamos a salir de esta. Vamos a salir de esta Torm. Te lo prometo.

Torm, tumbado en al asiento trasero, intentaba dejar de pensar en Kay, en HADES, en el helicóptero, en la muerte de Alberto Ayala... Hacía lo posible para que sus pensamientos fuesen a cosas más amables.

—Ana, tú tienes que meter las marchas. Del volante y los pedales me encargo yo, pero con el brazo como lo tengo no puedo ocuparme de las marchas. Yo te iré diciendo, ¿de acuerdo? —Ella asintió.

—Oye Torm, el programa ese que has creado para descifrar contraseñas... ¿Funciona para descifrar todo tipo de contraseñas? Quiero decir, ¿también para las contraseñas de las tarjetas bancarias, las de cuentas de correo electrónico, las de los teléfonos móviles y todo eso? —le preguntó Ana con la intención de captar su atención y de que dejara de pensar en aquello que tanto le había afectado—. Te lo pregunto porque si es así, ese invento tuyo nos puede sacar de pobres en poco rato. ¿Nos imaginas desvalijando las cuentas corrientes de los grandes evasores fiscales? ¿De todos aquellos que se han enriquecido a costa del trabajo y sufrimiento de otros? Seríamos los Robin Hood modernos. Suena bien, ¿verdad? Y ya se sabe que quien roba a un ladrón tiene cien años de perdón —Ana estaba consiguiendo lo que se proponía: Torm había dejado de hiperventilar y ya apenas temblaba.

Dando casi por finalizada la crisis de ansiedad sufrida, Torm añadió:

—Hace unas horas te quejabas de que desde que nos conocías tu carrera

delictiva había experimentado un ascenso meteórico, ¿y ahora quieres hacerte ladrona profesional?

—Es que si tengo que tener problemas con la ley, que sea por algo grande, no por irme sin pagar de un taxi, de un restaurante, por robarle una botella de agua y un paquete de galletas a unos niños, por allanamiento de una vieja y destartalada caseta de aperos... Eso sería penoso —respondió juiciosa.

—Y por destrozar un ordenador portátil ajeno contra la cara de un supuesto policía, no te olvides de eso —añadió Torm.

—Sí, es verdad, eso también. Pero cuando seamos muy, muy ricos, te prometo que te repondré tu ordenador.

Alexander escuchaba la conversación complacido. Ana había logrado su propósito. No solo Torm estaba de mejor humor. A él también le había venido bien que ahora el ambiente fuese más relajado.

—Ana, mete quinta —interrumpió Alexander nada más comprobar a través del espejo retrovisor que no muy lejos se vislumbraba un vehículo todoterreno que a toda velocidad se dirigía hacia ellos.

—¿Quinta? —Se sorprendió ella, pues el camino por el que transitaban no era el más adecuado para alcanzar tal velocidad.

Alexander asintió. Estaba realmente concentrado en lo que hacía.

Cuando Kay ya creía que tardaría poco en atraparlos, tras unos quince minutos de intensa persecución, Alexander se salió del camino y campo a través dirigió el vehículo en el que viajaban hacia la gran hilera de álamos que determinaba el curso de un pequeño río, un poco más ancho y con más caudal que el arroyo en el que se introdujeron el día anterior.

—Bajad del coche y corred en esa dirección —Señaló hacia su izquierda—. Mientras os mantengáis debajo de los árboles el helicóptero no os podrá ver.

—Pero... Y tú, ¿qué vas a hacer? —quiso saber Ana.

—Yo os alcanzaré dentro de un rato. ¡Vamos, idos ya!

—Álex, ¿pero qué mierda pretendes hacer? No nos vamos a ir sin ti —sentenció Torm.

—¡Podéis dejar los dos de llevarme la contraria de una vez! —exclamó con exasperación—. He dicho que ya os alcanzaré, ¿no? ¡Pues bajad de una puta vez y empezad a correr! —chilló.

Pese a la reserva inicial ambos bajaron del coche. La seguridad y el enfado de Alexander no daban lugar a mucho más rebatimiento.

—Id en esa dirección —volvió a indicarles el camino a seguir—. Corred con todas vuestras ganas. Nos vemos en un rato.

—Álex...

—Nos vemos en un rato —aseguró zanjando la discusión.

Torm y Ana empezaron a correr, al principio tímidamente y volviendo la vista atrás prácticamente a cada paso que daban. Después con más intensidad.

Alexander seguía parado junto a la alameda cuando el vehículo en el que iban Kay, Podolski, Foley y Saavedra apareció a unos cientos de metros y cuando, abandonando el camino, se encarriló hacia él campo a través. Hacía un par de minutos que Torm y Ana se habían marchado. Él había aprovechado ese tiempo para buscar un trozo de madera. Lo que quedaba de una gruesa rama de álamo le serviría.

Alexander volvió a subir al coche y emprendió la marcha en dirección contraria a la que sus amigos habían tomado. Pretendía que lo siguieran a él y que ellos tuvieran algo más de tiempo para escapar. Podolski picó el anzuelo y con toda celeridad fue tras el Defender. Saavedra y Foley disparaban sus armas sin cesar, estas sí con silenciador. El día anterior ya aprendieron la lección. Cuando apenas los separaban unos setecientos metros, o eso al menos había calculado Alexander, este derrapando giró sobre sí mismo quedándose de cara a sus perseguidores. Tras unos segundos, los que tardó en hacerse de nuevo con el control del coche, dio un fuerte acelerón y se dirigió a toda velocidad contra ellos. Las balas habían agujereado por completo la carrocería del Land Rover y ya no quedaba ni rastro de la luna delantera. Ahora los disparos se dirigían a las ruedas. Esto, unido a que apenas le quedaban ya doscientos metros para que los dos vehículos impactaran entre sí, fue lo que hizo pensar a Alexander que había llegado la hora de abandonar el coche. Esperaba que su plan diese resultado. Justo antes de tirarse en marcha del viejo todoterreno colocó, no sin dificultad, en el pedal del acelerador el trozo de rama que instantes antes había recogido.

Todo ocurrió muy rápido. El saltar en marcha le había supuesto llevarse un buen golpe que por supuesto no hizo más que agravar el estado de su ya de por sí maltratado brazo, pero todo indicaba que su plan había surtido efecto. A pesar de que consiguieron reventar las dos ruedas delanteras del coche antes de que este los embistiera, el maltrecho Defender no varió mucho su ruta y Podolski se vio obligado a dar un volantazo para no acabar chocando de frente con él, con tan mala suerte —mala para Kay y sus hombres pero sin duda toda una bendición del cielo para Alexander— que

topó con una piedra que sin ser enorme resultó tener el tamaño suficiente como para que el viejo Nissan Patrol se desestabilizara y su conductor perdiera por completo el control del mismo.

Tras varias vueltas de campana, el coche conducido por Podolski fue frenado por un robusto y centenario alcornoque. Aunque Alexander creía que por desgracia el golpe no sería lo bastante fuerte como para acabar con ellos, lo cierto es que este los dejaría fuera de juego al menos durante unas horas.

No había hecho más que ponerse en pie cuando vio cómo el Land Rover Defender que hasta hacía un momento había estado conduciendo comenzaba a arder. El vehículo había acabado también chocando, pero en este caso contra un montículo de rocas, posiblemente contra uno de los pocos montículos de rocas que podrían hallarse en aquellas tierras. Echó entonces a correr en la misma dirección que Ana y Torm habían tomado y al igual que ellos siguiendo la fila de álamos que servían de barrera natural entre el río y la dehesa. Debía darse prisa si quería alcanzarlos. El helicóptero seguía allí arriba y supuso, dado que sus otros hombres por el momento no podían, que ahora ellos sí que estarían interesados en acabar con sus vidas.



## Capítulo 20

*Múnich, viernes 6 de mayo de 1994*

Eran casi las diez de la mañana cuando se produjo la llamada telefónica que Martin nunca hubiera querido atender.

—¿Señor Hoffmann?... Buenos días, señor Hoffmann. Soy Barnet Smith.

—Dígame señor Smith, ¿qué desea?

—Lo llamo de nuevo para darle una nueva queja sobre el comportamiento de su nieto Alexander. Lo siento mucho pero creo que dadas las circunstancias lo mejor es que abandone el BC Academy cuanto antes. Está totalmente fuera de control y permítame señor que le recuerde que este es un centro serio, que goza de una magnífica reputación y que son muchas las grandes personalidades mundiales que confían anualmente en nuestro profesorado para que hagan de sus hijos unos hombres de provecho, unos hombres...

—Vaya al grano Smith —exigió Martin.

—Pues eso, que sintiéndolo mucho la junta directiva considera que Alexander ya no es digno de continuar formando parte de nuestra insigne institución y que lo mejor es que se marche —lo dijo atropelladamente y con la voz más temblorosa de lo que hubiera querido—. Aunque por deferencia a usted y a su familia, se le ofrece la posibilidad de que sean ustedes los que cursen la petición de abandono voluntario del internado por parte de Alexander, puesto que no es intención de la junta que el futuro de su nieto se vea comprometido por haber sido expulsado del que como ya sabe es uno de los más prestigiosos centros educativos.

A Martin estaba comenzando a dolerle la cabeza. Con lo que tenía encima —apenas hacía una hora que acababa de dar orden a Kay para que se encargara de algunos asuntos que estaban empezando a perturbarle— y ahora tenía que escuchar la perorata de aquel rimbombante y además encargarse del idiota de su nieto.

—Bueno, a ver, ¿qué ha hecho ahora Alexander, Smith? —preguntó disgustado.

—Algo que sobrepasa todos los límites marcados por nuestro ilustre colegio.

—¿El qué? ¿Me lo va a decir de una vez? —espetó perdiendo la paciencia. Detestaba a Barnett Smith. No lo creía con las capacidades necesarias para dirigir tan «insigne» institución, como él decía. De hecho no lo veía capacitado para dirigir nada. En más de una ocasión se preguntó cómo semejante inepto había podido llegar tan lejos. ¿Acaso la junta directiva no había sido capaz de detectar las numerosas carencias de aquel que debía velar por el buen nombre del BC Academy?

—Mire, señor Hoffmann, si se va a poner así lo mejor es que dejemos la conversación porque yo solo lo he llamado para comentarle cuál es la situación de Alexander en nuestro...

—Sí, lo sé... En su ilustre, insigne, notoria, célebre, reputada... institución —musitó intentando imitarle—. Mire Smith, perdone mi salida de tono de antes, ¿de acuerdo? Pero por favor puede decirme lo que me tenga que decir de una vez. Tengo muchos asuntos que atender y no puedo estar aquí perdiendo el tiempo de esta manera —arguyó ahora intentando parecer más afable.

«Si lo tuviera delante ya le habría pegado un buen puñetazo en la cara».

—Pues que su nieto se ha presentado en clase de Inglés muy alterado, ha pateado todo el mobiliario que ha encontrado a su paso y ha insultado al profesor cuando este le ha recriminado su actitud. Ha perturbado por completo la tranquilidad y buen funcionamiento de la clase. Y por si esto no fuese bastante se le ha requisado también una bolsita con cocaína, sí señor Hoffmann, cocaína. Se le ha caído de la mochila y por el aspecto que su nieto presentaba, ni que decir tiene que era para su propio consumo, por mucho que él lo haya negado —relataba Barnett Smith ahora mucho más envalentonado—. Lo siento señor Hoffmann, pero esto ya es intolerable. Llevamos meses soportando su mal comportamiento, su falta de disciplina, su nula dedicación a los estudios, pero por favor, ¡si no está aprobando ni una sola asignatura! Y ahora además le ha dado por el dibujo creativo, ¿sabe?

—¿Dibujo creativo? ¿A qué se refiere?

—A que los dos últimos trabajos que ha presentado iban en blanco, en ellos no había escrito ni una sola letra, pero eso sí, sí pintó unos originales —hizo el gesto de las comillas en el aire al mismo tiempo que pronunciaba esa última palabra— dibujos fálicos.

A Martin le iba a estallar la cabeza. ¿Qué importaban unos garabatos de carácter sexual cuando Barnett le acababa de decir que Alexander, su nieto, aquel al que supuestamente había llevado de vuelta al redil, se estaba

drogando?

—Smith, en mi última visita al BC Academy —en realidad solo había estado una vez allí— le dejé bien claro que quería saber con todo lujo de detalles cómo se estaba comportando mi nieto, que quería saber cómo iba en los estudios, cuáles eran sus amistades, lo que hacía durante el tiempo de ocio... Todo, Smith, le dije que quería saber todo lo que usted considerara importante sobre los asuntos que atañen a Alexander —el enfado de Martin iba en aumento—. Así que, dígame Smith, en las ocasiones en las que me ha llamado para informarme de simples chorradas, porque eso es lo que eran, Smith, chorradas, ¿no le pareció importante decirme que mi nieto había decidido arruinarse la vida con las drogas? —bramó—. ¿Se puede saber para qué les estoy pagando miles de libras al año?

—Es que... —titubeó—. Es que hasta hoy no hemos tenido evidencias de que lo estuviera haciendo. Y no podemos molestar a los familiares de nuestros alumnos por meras sospechas —alegó.

«Definitivamente este tipo es más cretino de lo que yo pensaba».

—Mire Smith, no se preocupe más por este asunto. Yo mismo iré mañana a recoger a Alexander para sacarlo de su maldito internado —sentenció el tema y colgó el teléfono de muy malas maneras.

Martin estaba realmente furioso y no solo con Barnett Smith sino también con su hijo Markus, con su nuera e incluso con él mismo. ¿Cómo era posible que no hubieran notado nada? Aunque a decir verdad él al menos sí lo vio más distraído, más irascible y mucho más distante durante las últimas vacaciones pero no le dio la más mínima importancia. Alexander siempre le había parecido un poco raro y además estaba en una edad muy complicada.

En un claro intento de restarle relevancia al asunto, pensó que quizás esa fuese la primera vez que Alexander había coqueteado con las drogas, aunque algo le decía que su nieto llevaba meses haciéndolo. Por lo menos hacía meses que su rendimiento escolar había caído en picado y ya en el mes de enero el director del BC Academy le hizo saber que Alexander no mostraba interés alguno por aprender, que cada vez estaba más respondón y rebelde y que parecía vivir en su propio mundo. Él en ese momento subestimó la situación. Alexander no era ni de lejos el mejor estudiante, era muy inteligente pero no buen estudiante, lo de que se mostrara rebelde se lo achacó a la edad —en agosto cumpliría los dieciséis años— y lo de que vivía en su mundo... Bueno, simplemente, se trataba de Alexander... Así era él.

¿Cómo había podido permitir que alguien que llevaba su sangre —o eso

al menos aseguraba la madre— hubiera llegado a caer tan bajo? Posiblemente una de las cosas que más repugnaban a Martin eran las personas que como única solución a sus problemas se adentraban en el mundo de la drogadicción. Siempre consideró a los drogadictos como seres débiles y cobardes, seres a los que la selección natural debería haber impedido incluso llegar a respirar. El mundo de la droga era un succulento negocio del que él también participaba, pero era eso, solo un negocio, una ingente cantidad de dinero, solo eso. Nunca probó ni un miligramo de la mercancía que sus socios movían, aunque cierto era que otros lo hacían por él. Martin nunca sería actor directo de lo que consideraba una perversión de la naturaleza humana. No entendía cómo alguien por pusilánime que fuera pudiera caer en eso.

Seguramente se equivocó al pensar que Alexander podría ser su sucesor. No iba a permitir que ningún cocainómano pusiese en su imperio sus sucias manos.

A la mañana siguiente viajaría hasta Brighton y con contundencia acabaría con el problema. Si aquel chico pensaba que podía desafiar a Martin Hoffmann estaba muy equivocado.

La llamada de teléfono que recibió por la mañana y que tanto lo disgustó no tenía nada que ver con la que estaba a punto de producirse. Obviamente serían disgustos diferentes, el primero entraría más dentro del ámbito de la molestia, el segundo, más grave, en el ámbito del afligimiento.

Cerca de las diez de la noche, doce horas después de la primera llamada recibida ese día, y cuando Martin aún estaba dándole vueltas al asunto de Alexander —todavía no le había comunicado a su hijo Markus que lo habían expulsado del internado y los motivos por los cuales se había producido tal decisión, aunque sí había pedido a Kay Scheider que organizara su viaje a Londres para el día siguiente—, sonó el teléfono, el general, no el de su despacho. Fue Angélica Oliveira, una de las dos empleadas de hogar con las que la familia contaba, la que cogió la llamada.

Apenas un par de minutos después, con lágrimas en los ojos y muy alterada la mujer tocó enérgicamente con los nudillos en la puerta del despacho del señor Hoffmann —Martin era el único adulto de la familia que se encontraba en la casa en aquellos momentos. Markus y Elena, los padres de Alexander, habían ido a la ópera y después irían a cenar para celebrar su décimo octavo aniversario de boda.

—Señor Hoffmann, señor Hoffmann —Angélica estaba visiblemente

afectada—. Es Alexander, señor. Se trata de Alexander... —le informó en cuanto Martin abrió la puerta.

—¿Qué ha pasado? ¡Habla!

—Ha llamado el director del internado. Dice que Alexander ha tenido un accidente y que lo han llevado al hospital. El señor Smith está aún al teléfono, póngase usted y le darán más detalles.

Martin presuroso dio los pocos pasos que separaban su despacho del teléfono situado en el pasillo de esa primera planta —había hecho instalar cinco teléfonos en la casa, además del que tenía él, con distinta línea, en su despacho— y cogió la llamada.

—Dígame Smith, ¿qué ha pasado?

—Señor Hoffmann, siento decirle que su nieto ha sufrido un desgraciado accidente y ha tenido que ser llevado al hospital.

—¿Cómo está? ¿Cómo ha sido?

—Su estado es grave. Se ha precipitado al vacío desde una altura de varios metros.

—¿Pero cómo es posible? ¿Dónde estaba subido?

—No estaba en el colegio, señor Hoffmann. Se había escapado.

Según nos ha dicho su compañero de cuarto, quien estaba con él cuando todo sucedió, Alexander estaba bastante borracho —también había fumado algo de cannabis y tomado algún que otro gramo de cocaína, aunque esto Barnett aún no lo sabía— y decidió subirse al andamiaje de un edificio en restauración para impresionar a una de las chicas que andaban con ellos. Cuando estaba a unos seis o siete metros del suelo perdió el equilibrio y cayó. Fue Joshua Harris, su compañero —que también se encontraba en unas condiciones lamentables, hecho que decidió obviar— el que nos avisó de lo que había ocurrido. Joshua regresó corriendo al internado e informó del accidente a nuestro supervisor. Alan Jones me lo comunicó a mí y mientras yo daba aviso a los servicios sanitarios él se marchó precipitadamente hacia el lugar del accidente para estar junto a su nieto.

—¿En qué hospital está?

—En el Royal Sussex County Hospital.

—En unas horas estaremos en Brighton. Le mantendré informado.

—De acuerdo. No se preocupen, Alexander no está solo, Alan Jones se quedará en el hospital hasta que ustedes lleguen. Le tiene gran aprecio al chico y aunque está muy afectado no piensa separarse de su lado. No obstante, lo han trasladado a la Unidad de Cuidados Intensivos y le están

haciendo pruebas. En estos momentos nadie puede entrar a verlo.

—Gracias Smith —Martin colgó el teléfono. Se dio cuenta de que era la primera vez que hablaba con el director del internado sin que este lo irritara.

Después de tranquilizar a Angélica Oliveira y de pedirle que preparara un pequeño equipaje con lo básico para pasar un par de días, Martin volvió a su despacho, cogió el teléfono y llamó a Kay. Le pidió que adelantara el viaje que tenía previsto para la mañana siguiente; que arreglara todo lo concerniente al mismo. Su avión debía estar preparado para salir como mucho en un par de horas. Él mientras tanto llamaría al restaurante Tantris, uno de los mejores restaurantes no solo de la ciudad sino de todo el país y en el que a esa hora Markus y su mujer deberían encontrarse, para contactar con ellos y contarles lo sucedido.

En la soledad de su despacho Martin tuvo tiempo suficiente para reflexionar sobre lo que había sucedido. ¿Cuándo exactamente dejó que Alexander se le fuera de las manos? Y al hacerse esa pregunta no se refería solo al tema de su supuesta afición al alcohol y las drogas... En aquel momento Martin se dio cuenta de que, aunque nunca hubiera querido reconocerlo, Alexander no llegó nunca a estar del todo bajo su control. No era como sus hermanos, sus primos, su padre o sus tíos, no, Alexander era diferente.

Sentado en su cómodo sillón de oficina, Martin tomó consciencia de que no solo sentía afecto y cariño por aquel muchacho por mucho que su comportamiento hubiera sido claramente decepcionante, sino que en cierta forma también sentía algo de respeto por él, y eso era ya más de lo que muchos con los que trataba a diario podían decir.

# Capítulo 21

*Brighton, domingo 8 de mayo de 1994*

A pesar de lo aparatosa que fue la caída y de la gravedad de algunas de las heridas, Alexander no tardaría en reponerse, al menos eso era lo que pensaban los médicos que lo estaban tratando y así se lo hicieron saber a sus padres esa misma mañana.

Sobre la una de la madrugada del día anterior, Martin acompañado de su incondicional Kay Scheider, su hijo Markus y su nuera, Elena, hicieron acto de presencia en el Royal Sussex County Hospital. Markus y Elena estaban completamente conmocionados. En segundos pasaron de estar disfrutando de una agradable velada de celebración de su aniversario de boda a vivir la tragedia más grande de sus vidas. Elena se pasó todo el trayecto, de casi hora y media, llorando sin parar y lamentándose por la desgracia que había sufrido Alexander, su niño, como ella lo llamaba. Markus por su parte, aunque afectado se mostraba sereno, firme, sin demostrar por mucho que lo hubiera deseado el más mínimo signo de fragilidad. No, no al menos delante de su padre.

Cuando llegaron al hospital encontraron allí a Alan Jones, él había estado en todo momento desde que supo del accidente acompañando a Alexander.

Cuando Alan llegó al lugar en el que este yacía casi inerte solo pudo ver un gran charco de sangre y en medio de todo a él, a aquel chico al que tanto había llegado a apreciar y que ahora con solo quince años se debatía entre la vida y la muerte. Junto a él, totalmente aterrorizada y con el rostro empapado de lágrimas, había una chica, Ashley Miller se llamaba, detalle que averiguó cuando esta ya algo más tranquila decidió intercambiar algunas palabras con él. Del resto de componentes del grupo que estaban con ellos, unos ocho, no había rastro alguno. Alan supo después que la mayoría de ellos eran hijos e hijas de familias acaudaladas de la ciudad. Chicos y chicas que ese día y a esa hora no debían estar ahí. Chicos y chicas que ante la duda de que aquel accidente les pudiera salpicar de una u otra forma, optaron por huir.

La ambulancia no tardó mucho en llegar, solo unos minutos, aunque a él, compungido como estaba, sentado en la calle e impregnado por la sangre de su pupilo, le pareciese que había pasado mucho más tiempo.

Con el paso de las horas, Alan, a petición de Elena fue narrando lo sucedido, por lo menos aquello que a él le constaba que había ocurrido. Fue Alan quien informó en primer término de cómo se habían ido desarrollando los acontecimientos en torno a la vida de Alexander en el BC Academy, aunque fue Barnett Smith, el director del centro el que acabó, también a petición de Elena, de informarle de todo lo que atañía a su hijo. A primera hora de la mañana del sábado Smith había acudido al hospital a interesarse personalmente por el estado de salud del alumno, momento que Elena aprovechó para ponerse al corriente de los episodios protagonizados por su vástago. ¿Cómo podía haber estado tan ciega? ¿Cómo no se había dado cuenta de que su hijo estaba pidiendo ayuda a gritos? Del lamento y el reproche pasó a la rabia y la ira, sobre todo cuando se enteró por Smith de que Martin estaba al tanto si no de todo, de casi todo: del altercado con Jack Brown, de la expulsión de Alexander del internado —que esta no se hubiera producido finalmente no restaba seriedad al asunto—, de su cambio de actitud y de su mal comportamiento. ¿Cómo podía Martin haberles ocultado hechos tan graves? ¿Cómo se había atrevido Martin a inmiscuirse de esa forma en la vida de su hijo? ¿En la vida de todos ellos?

La bronca entre Martin y su nuera fue de dimensiones bíblicas. Una retahíla de reprensiones y acusaciones por parte de ambos que llevaron a Martin a abandonar el hospital en compañía de Kay antes de tiempo.

A primera hora del sábado Martin volvió a subir en su avión privado para regresar a Múnich. Elena no quería verlo allí y Markus, aunque con más tibieza de lo normal, también recomendó a su padre que volviera a casa. Los ánimos estaban demasiado encendidos y en ese momento solo importaba el estado de salud de Alexander. Y por inusual que parezca, Martin, acostumbrado a ser quien dijera la última palabra y a no aceptar imposiciones, accedió a marcharse. Pensó que las discusiones familiares podían esperar. Tenía otras preocupaciones de las que ocuparse. Mejor concentrarse en ellas.

A esa hora de la mañana solo Elena y Markus permanecían en la puerta de la habitación en la que Alexander se encontraba. Elena había pedido, o más bien rogado a Alan que se marchara, que descansara un rato; llevaba horas en aquel luctuoso lugar y su cara reflejaba un alto nivel de agotamiento. Cuando el médico salió de la habitación tras su pertinente visita les dio las buenas noticias: Alexander evolucionaba favorablemente, era un chico fuerte y con un poco de suerte y tiempo superaría los daños que le había ocasionado



el accidente. Eso sí, la recuperación, por muy halagüeña que fuera la situación, sería larga, de varios meses. La fractura abierta de tibia y peroné de la pierna derecha, la fractura del tobillo izquierdo y el neumotórax traumático exigían tener paciencia. Además, por suerte y aunque habían sido necesarios diez puntos de sutura para cerrarlo, el corte que Alexander presentaba en la zona lumbar no revestía mayor gravedad. Aunque fuese duro para el chico el doctor tenía la esperanza de que la recuperación y posterior rehabilitación solo supusiese un pequeño contratiempo. El médico también les aconsejó, aunque les hizo saber que no solía inmiscuirse en asuntos tan personales, que llevaran a su hijo a algún tipo de terapia o que buscaran ayuda profesional para intentar alejarle del mundo de las drogas. Les contó que por su trabajo había visto como muchas personas buenas y decentes habían arruinado su vida y las vidas de quienes los rodeaban por esa lacra y que su hijo era demasiado joven para echarse a perder de esa manera. Markus y Elena palidieron. Barnett Smith ya los había puesto sobre aviso, pero no llegaron a pensar que el asunto fuese tan serio. Simplemente pensaron que sería cosa de adolescentes. Sin embargo, el doctor les confirmó que en su sangre se habían detectado restos de opiáceos, cocaína, anfetaminas y alcohol. Un cóctel tan mortífero que podían sentirse más que agradecidos porque su hijo todavía estuviera vivo.

Cuando Elena entró de nuevo a la habitación y miró una vez más a su hijo creyó no reconocerlo. ¿Dónde estaba aquel inocente muchacho lleno de ilusiones? ¿Aquel hijo atento, bueno, despierto que tanta dicha les había dado?

«¿Cómo perdonarme el no haber estado a la altura? ¿El no haber sido buena madre?», pensó con los ojos anegados de lágrimas.

Parecía que aquel tormento no tenía fin. Mirando a su marido, escrutándolo, se preguntó cómo podía haberse equivocado tanto.

Poco más tarde, mientras Markus permanecía junto a la cama de Alexander, Elena salió del hospital y buscó un teléfono público. Necesitaba hablar con la única persona que en aquel momento podía darle la fuerza y el ánimo que tanto precisaba. La única persona que siempre estaba ahí, que siempre había estado ahí, Aurora Ponce, su madre.

De la gravedad de las andanzas de Alexander durante los últimos meses, solo este y su compañero de cuarto Joshua sabían y ese sería un secreto del que nunca ninguno de ellos hablaría. Alexander y Joshua eran amigos, aunque no era solo la lealtad del uno para el otro y del otro para el uno lo que

les movía a callar, a ocultar, también era el miedo a tener más problemas de los que ya tenían y en el caso de Alexander la vergüenza que sentía. No solo eran las drogas, porque sí, efectivamente llevaba meses tomándolas, cada vez con más frecuencia y en mayor cantidad, sino que también llevaba meses escapándose casi a diario del internado —tenía gracia que para esos dos chicos fuese tan fácil evadirse de un centro tan elitista, de tan buena reputación y supuestamente tan sumamente seguro como el BC Academy—, vagando hasta bien entrada la noche por la calles de Brighton en compañía muchas veces de chicos nada recomendables. Robando en establecimientos a cambio de una pequeña dosis, menudeando por encargo de aquellos que le proveían de su ansiado vicio. Y las chicas... ¿cuántas chicas ocuparon su tiempo en sus clandestinas salidas? Aunque no fuesen incontables de seguro fueron muchas, demasiadas para cualquier chico de su edad. En aquellos meses Alexander experimentó en todos los ámbitos lo que cualquier persona normal no llega a experimentar en toda su vida. Fueron meses muy intensos, de mucha actividad y de absoluto descontrol, meses complicados que terminaron en el mismo momento en el que Alexander cayó de aquel andamio y se golpeó brutalmente contra el pavimento de una solitaria calle brightoniana.

Aquel domingo del mes de mayo Alexander aún no era consciente, pero de haberlo sido hubiera estado de acuerdo en afirmar que en los días, en las semanas y en los meses previos, él no se había estado comportando como un Hoffmann, ni como un Vargas, su comportamiento solo podía serle atribuido a un grandísimo necio.

*Lunes, 16 de mayo de 1994*

El sábado anterior el doctor les había comunicado que su hijo abandonaría el hospital ese lunes. Alexander seguía evolucionando bien y había llegado la hora de que comenzara su período de recuperación en casa.

Cuando Alan llegó esa mañana al hospital encontró a Kay y a otro hombre, más corpulento y con una gran cicatriz que le atravesaba el rostro, en la puerta del mismo, fumándose un cigarro. Estaban esperando a que saliera su jefe. Un escalofrío le recorrió todo el cuerpo nada más pensar que tendría que volver a encontrarse con Martin —el fin de semana anterior, recién

ocurrido el accidente de Alexander, ya tuvieron que compartir espacio. La situación fue muy incómoda y desagradable. Alan sabía que el abuelo de Alexander era un tipo repugnante y hacia él solo podía sentir un profundo desprecio. Y todo indicaba que el sentimiento era recíproco—, pero el día anterior había prometido a Alexander que iría a visitarlo para despedirse de él. Así pues no le quedaba más remedio que entrar y toparse de nuevo con Hoffmann.

Martin y Kay habían viajado en el avión privado. El otro hombre que acompañaba a Kay lo había hecho en coche. Él sería el encargado de llevar a los padres de Alexander de regreso y este, por su parte, haría el viaje en un vehículo medicalizado que su abuelo había contratado —el doctor había desaconsejado que hiciera el trayecto en avión—. Alexander estaría en todo momento acompañado de un médico y una enfermera también contratados para la ocasión.

En la puerta de la habitación se encontraba Martin hablando con dos doctores. Charlaban animadamente y por las carcajadas que daban estos dos cualquiera hubiera dicho que Martin era un tipo chistoso y afable cuando en opinión de Alan un ser vil y detestable es lo que era. Markus y Elena se encontraban dentro de la habitación, ella recogiendo las pertenencias de Alexander y Markus ayudando, junto al médico encargado del traslado, a su hijo a sentarse en una silla de ruedas.

Alexander se mostraba taciturno. Su mirada, la que no se atrevía a levantar, era triste. Tenía muchas ganas de dejar el hospital, de volver a casa con sus padres, de ver de nuevo a sus hermanos pero no podía evitar sentirse apenado. Esa sería la última vez en su vida que vería a Alan Jones, al hombre que hizo que su estancia en una ciudad nueva, en un país diferente, fuese más llevadera.

—¿Nos podéis dejar un momento a solas? —solicitó Alan.

—Claro que sí —respondió Elena.

En la habitación solo quedaron Alan y Alexander, como en tantas otras ocasiones, solo ellos dos.

—Lo siento, Alan —dijo Alexander para sorpresa de este—. Debí hacerte caso —fueron muchas las veces que el supervisor intentó aconsejarle para que entrara en razón y dejara de hacer estupideces—. Intentaste que dejara de comportarme como un...

—Eso ahora no importa —le interrumpió.

—Sí, sí que importa. ¿Te acuerdas cuándo me dijiste que iba directo a un

precipicio y que si no cambiaba de rumbo acabaría cayendo por él? —Alan no recordaba exactamente ese momento. A lo largo de esos últimos meses fueron muchas las palabras que le dedicó—. Pues me he caído, Alan. Me he caído. Literal —Afligido esbozó una tímida sonrisa— y metafóricamente. Si te hubiera hecho caso no estaría ahora aquí. Lo he echado todo a perder. Me creí invulnerable y lo he echado todo a perder.

—Alexander —dijo su nombre con dulzura— eres un crío, aunque tú te creas muy mayor —hizo énfasis en la palabra crío con intención de chingarle—. Tienes toda la vida por delante. Te ha tocado aprender una lección por las malas. Hubiera sido preferible hacerlo por las buenas, pero así ha sido. Esto no es el fin del mundo. Por suerte, tus heridas no son irreversibles y en unos meses estarás como nuevo. Tienes tiempo más que suficiente para reconducir tu vida.

—Tú tampoco lo entiendes —expresó resignado.

—¿El qué Alexander? ¿Qué es lo que no entiendo?

—Lo hecho, hecho está. No puedo cambiar el pasado. He decepcionado a todos los que me querían, a todos los que confiaban en mí —Alexander hablaba entrecortadamente, como si fuese a echarse a llorar en cualquier momento— y eso ya no lo puedo cambiar.

—¿Por qué hablas en pasado? ¿Acaso piensas que por esto han dejado de quererte? Mírame —le pidió Alan al poco—. Alexander eres un buen chico, el que estés manteniendo esta conversación lo demuestra, pero no puedes torturarte de esa manera. No. Lo único que tienes que hacer es mirar hacia adelante y, ¿sabes?, para hacerlo no hay nada mejor que escuchar lo que te dice esto —Puso su mano sobre el corazón del muchacho—. Escúchalo y haz siempre lo que te diga. No permitas que sean otros los que decidan por ti, que sean otros los que quieran vivir tu vida. Eres muy joven, lo sé y no sé si podrás entender lo que te estoy diciendo pero...

La puerta se abrió bruscamente.

—¿Habéis acabado ya? Para despedirse no hace falta tanto rato. Tenemos prisa —soltó Martin ante la recriminadora mirada de su nuera.

—Me da la sensación de que no es el perdón de las personas que te quieren lo que tú buscas. Ese perdón lo tienes Alexander, pero ese no te vale, ¿verdad? El que tú necesitas solo tú puedes proporcionártelo —Alan había acertado de pleno—. No dejas de sorprenderme —afirmó mientras en un gesto cariñoso le revolvía el pelo.

Martin seguía apostado en la puerta con cara de fastidio.

—Alexander... no es la sangre que corre por nuestras venas, nuestro linaje o el apellido que llevamos lo que determina quiénes somos, sino que son nuestros actos los que lo hacen —le susurró cerca del oído para que nadie lo escuchara—. No eres como tu abuelo Martin. No lo olvides —le rogó antes de besarle en la mejilla.

Esas serían las últimas palabras que Alan le diría en persona.

—Gracias —contestó Alexander. Una sola palabra pero cargada de sentimiento. Solo la adusta mirada que le lanzó Martin impidió que se deshiciera en lágrimas.

Cuando Alan pasó al lado de Martin lo miró desafiante. Martin le correspondió con una despreciativa sonrisa.

«Algún día señor Hoffmann, algún día», pensó.

Tras despedirse de Markus y Elena, Alan se encaminó hacia el ascensor que le llevaría a la planta baja.

Cuando salió del hospital una extraña sensación de paz lo embargó. Quién sabía si su salida de la vida de los todopoderosos Hoffmann sería definitiva.

## Capítulo 22

*Alrededores de Trujillo, domingo 5 de noviembre de 2017*

Agazapado tras el tronco de un gran árbol echó un último vistazo al que había sido el escenario de su enfrentamiento con los sicarios de HADES. El helicóptero estaba intentando aterrizar en un punto equidistante entre el lugar en el que el coche conducido por Podolski se había estrellado y el lugar en el que el vehículo que él manejaba se había incendiado.

Tras los fallidos intentos de entablar contacto con Kay, Alejandro Suárez, el piloto del Eurocopter EC135 había decidido tomar tierra y averiguar qué era lo que había ocurrido. Desde el aire lo habían presenciado casi todo, pero debían corroborar en qué estado se encontraban sus hombres y si los objetivos habían fallecido en el accidente y posterior incendio de su vehículo. Si no lo habían hecho, ellos mismos deberían encargarse de liquidar ese asunto.

Alexander no quiso entretenerse más y antes de que los patines de aterrizaje del Eurocopter tocaran tierra prosiguió su camino. Estaba agotado, ni mucho menos en la medida en la que lo estaba el día anterior, pero sí lo justo como para que le costara horrores avanzar a toda prisa. Al subidón de adrenalina por lo acontecido hacía unos minutos le había sucedido una importante pérdida de vigor que se veía además acrecentada por el, de nuevo, dolor en el brazo. Se dijo a sí mismo que lo primero que haría cuanto estuvieran fuera de peligro sería hacer que le miraran el hombro. No deseaba que aquella dislocación tuviera irremediabiles consecuencias.

Mientras Alexander corría todo lo rápido que le era posible, Suárez y Millán, el piloto y copiloto respectivamente, bajaron del helicóptero y se dirigieron raudos hacia el Nissan Patrol con el objetivo de salir de dudas acerca de la situación en la que sus compañeros se encontraban. Los otros dos hombres, por el contrario, se encaminaron hacia el chamuscado Defender, con sus armas semiautomáticas en todo momento preparadas para evitar que se produjera cualquier sobresalto.

Antes de aproximarse al vehículo, Suárez ya pudo comprobar lo que a todas luces era una muy buena noticia. Los alaridos, improprios, blasfemias y lamentos varios que salían del viejo todoterreno demostraban que al menos

los cuatro hombres estaban vivos y por el tono de voz que utilizaban, si no todos, sí la mayoría, en mejores condiciones de lo que cabía esperar.

—¿Estáis bien Kay? —preguntó Suárez asomándose por la ventana del copiloto. Scheider tenía la cara ensangrentada. Se había golpeado contra el salpicadero del coche y se había roto la nariz y reventado el labio inferior. Por lo demás parecía no estar mal, a excepción del dolor de cuello, que con total seguridad se debía a un esguince cervical.

Alejandro Suárez le ayudó a salir del coche, mientras su copiloto hacía lo mismo con Podolski. Este tampoco parecía haber sufrido grandes daños, aunque se quejaba de un fuerte dolor en el abdomen y el cuello y tenía rotos tres dedos de la mano izquierda. La extraña postura en la que estos se encontraban lo atestiguaba.

Foley, inexplicablemente, era el que mejor parado había salido y eso que, a diferencia de los dos ocupantes delanteros, no llevaba puesto el cinturón de seguridad. Es como si a ese hombre no lo quisieran ni en el infierno, como si fuese a vivir eternamente. No era la primera vez que salía indemne, o casi, de una situación similar. Este era su tercer accidente grave y como en los dos anteriores podría decirse que había salido bastante airoso. Estaba conmocionado y tenía numerosos rasguños, hematomas y quizás alguna que otra fisura, eso sí, pero desde luego nada que revirtiera la más mínima gravedad. Todo lo contrario que Carlos Saavedra que, sin duda alguna, fue el que resultó más dañado en aquella operación. El coche chocó contra el tronco del árbol justo por el lado en el que él se encontraba por lo que el golpe que recibió fue más que considerable. Durante algunos minutos estuvo inconsciente y además, a simple vista, se veía que tenía rota una pierna, su visible y astillada tibia lo demostraba. El brazo derecho no lucía mejor aspecto que esta y por si fuera poco estaba totalmente ensangrentado. Si salía de esta, cosa que en aquel momento no estaba nada clara, aún tendría que enfrentarse a un largo período de convalecencia.

Cuando ya habían ayudado a salir a Kay, Podolski y Foley del coche — Saavedra permanecía aún dentro pues no se atrevían a sacarlo por miedo a agravarle las heridas que ya tenía—, los otros dos ocupantes del helicóptero llegaron dando unas pésimas noticias: no habían encontrado a nadie dentro del Land Rover Defender, ni vivos ni muertos. También habían mirado en los alrededores pero tampoco habían hallado nada. No había ni rastro de los objetivos.

—Hijos de puta —masculló Kay entre dientes.

En realidad a Kay no le sorprendía mucho la noticia pues vio cómo, antes de impactar con la piedra que les hizo perder el control del coche, Alexander se tiraba en marcha y rodaba durante varios metros. Tenía la esperanza de que aquella imagen solo fuese una mala pasada de su imaginación, que no fuese real y que aquellos tres infames hubieran perecido en el accidente y posterior incendio del vehículo. Sin embargo, ahora lo tenía todo claro, Alexander era el único que iba en ese coche cuando decidió lanzarse como un kamikaze contra ellos. Los otros dos debieron haberse bajado antes. Y ahora, los tres estaban sanos y salvos.

El alemán nunca había tenido tantas ganas de dejar el trabajo como en aquel momento. Ansiaba marcharse a alguna de sus queridas islas griegas y empezar de nuevo. Alejarse sin más y sin dilación alguna de aquel sitio, dejando atrás a sus hombres y las órdenes recibidas. Si hubiera tenido el valor suficiente hace tiempo que lo habría hecho, pero ese no era el caso, y allí estaba ahora, cada vez más hastiado, herido físicamente y en su orgullo, dolorido, desanimado y amargado, muy amargado.

Hacía rato que habían dejado de escuchar el ruido del motor y los rotores del helicóptero. Llevaban más de media hora huyendo y se encontraban muy cansados. Ni Torm ni Ana estaban físicamente preparados para semejante esfuerzo. De hecho, podría decirse que en los dos últimos días habían corrido más que en todo lo que llevaban de año. Como Torm aseguró a Ana nada más comenzar a enfilar la hilera de álamos, si salían de aquella no pensaba volver a pisar un gimnasio, y no es que ahora lo pisara mucho, aunque llevaba cinco meses pagando religiosamente la cuota mensual que le daba derecho a hacerlo —Torm concentraba su voluntad y sus ganas en los primeros días del mes, el día uno, el dos o el tres y como mucho para el día siete u ocho dejaba de ir, pues consideraba que ya había hecho ejercicio suficiente para todo el mes—. En aquel momento tampoco Ana tenía intención de hacerlo. Pensó que en las últimas veinticuatro horas ya había hecho más ejercicio del que cualquiera estimaría recomendable.

Decidieron parar unos minutos para tomar aliento. Seguían junto al curso del río, bajo las copas de los árboles que lo bordeaban. Por arriba no eran visibles pero a pie de tierra, aquellos troncos por muy gruesos que fueran no podían ocultarles.

—El ruido que se ha escuchado y el humo que hemos visto... —Torm dejó la frase a medio acabar. Desde hacía rato tenía un nudo en el estómago y en la



garganta que no lo dejaba siquiera hablar.

—Seguro que está bien.

—Pero...

—Alexander está bien.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

—Porque tiene que estar bien. Por eso —concluyó.

Torm la miró afligido. Ojalá eso fuera cierto.

—Lo último que le dije es que era un estúpido, un chulo y un prepotente —se reprochó Ana—. Estaba enfadada, pero en verdad no lo pienso —aclaró cabizbaja—. No creo que sea tan cabrón como para morirse y dejarme a mí con estos remordimientos, ¿no?

Torm sonrió, aunque la suya era una sonrisa mustia.

—Álex está por encima de todo eso. No es tan fácil herirlo. Descuida — intentó tranquilizarla.

Llevaban unos diez minutos allí parados cuando escucharon un leve chasquido que los sobresaltó, como si fuese el crujir de una pequeña rama seca. En un primer momento dudaron si salir huyendo pero finalmente optaron por tirarse al suelo y arrastrándose descender lentamente por la pared de tierra que delimitaba el curso del río. Quizás allí pudieran encontrar algún escondrijo. Torm por si acaso extrajo su pequeña navaja de la riñonera. Ana por otro lado buscó y se hizo con una aristada piedra que le ocupaba toda la mano. De nuevo se oyó un crujido pero este ahora mucho más cerca. Ambos quedaron petrificados a la espera de que algún hombre de HADES les diera el alto en el mejor de los casos o simplemente los acribillara sin que mediara palabra.

En cuanto Ana vio asomar por el borde de la escarpadura una figura lanzó hacia ella con todas sus fuerzas la piedra.

—¿Estás loca? —profirió Alexander al que gracias a sus buenos reflejos la piedra solo le rozó sus partes nobles.

—¡Álex! —exclamó Torm con gran alegría.

Ana fue la primera en llegar arriba. Se abrazó al cuello de Alexander con gran efusividad mientras atropelladamente le juraba que en realidad no pensaba de él lo que antes le había dicho.

—Espero que lo de que la piedra que me has tirado haya ido directa ahí —Alexander miró hacia abajo— haya sido mera casualidad, que no hayas pretendido vengarte de mí —dijo sonriendo.

Torm había llegado ya arriba. Los dos hombres se abrazaron

afectuosamente.

—Es que Ana donde pone el ojo pone la bala, bueno, en este caso, la piedra —malmetió Torm.

—Pues sí, si es que soy muy buena —contestó ella inocentemente y con una sonrisa de oreja a oreja.

Torm y Alexander se miraron y comenzaron a reír.

—Debo sentirme entonces afortunado porque no estuvieras mirándome a la cabeza.

Ana tardó algunos segundos en entender qué era lo que tanta gracia les hacía. Cuando se dio cuenta el rubor que sintió solo sirvió para que los dos hombres se rieran más y más fuerte.

—Lo que yo diga: imbéciles, imbéciles perdidos —prorrumpió airada—. Estaba apuntando a la cabeza, pero me he quedado corta. ¡Eso es todo!

—Sí, corta, exactamente a medio camino —añadió Alexander echando más leña al fuego.

Alejandro Suárez dio aviso por radio. Necesitaban que otros efectivos se desplazaran hasta allí y se ocuparan de los hombres que habían quedado en tierra. Él y su copiloto habían ya despegado y llevaban a bordo a Kay, Foley y Podolski. Estos tenían que ser tratados de sus heridas cuanto antes en un centro hospitalario. Carlos Saavedra, sin embargo, debería esperar a que personal con más preparación y conocimientos sanitarios lo liberara del vehículo en el que aún seguía atrapado. Por el momento no podían hacer más por él, y al menos no lo habían dejado solo ya que los dos hombres que viajaban en el helicóptero junto a Suárez y Millán le hacían compañía.

Por otra parte, Miranda, Andoni Aguirre y sus dos perros hacía rato que habían llegado a Trujillo. Como querían salir de aquel extenso terreno en el que se encontraban con cierta comodidad no les quedó más remedio que agregarse a los dos hombres, los dueños del cortijo y la finca adyacente según les aclararon, que con la intención de poner la denuncia por el robo de su vehículo se desplazaron hasta la localidad más cercana. En cuanto pisaron núcleo urbano Aguirre y Miranda bajaron del viejo y oxidado Suzuki Vitara —sus dueños aún no sabían que era el único de los tres vehículos que a esa hora les quedaba, uno estaba empotrado contra un árbol y el otro totalmente calcinado—, aunque no sin antes intimidar a los dos hombres para que no contaran nada acerca de lo sucedido. Aquella, les dijeron, era una operación encubierta de la Interpol y no querían que hubiese ningún conflicto de

competencias. Si hablaban estarían poniendo en grave peligro la operación y en tal caso el peso de la justicia caería implacablemente sobre ellos. Les advirtió que con mencionar solamente lo del robo de su todoterreno sería ya más que suficiente. Las palabras de Miranda sonaron tan creíbles que difícilmente aquellos dos pobres diablos osarían decir más de lo debido. Y si lo hacían, tanto daba, todo apuntaba a que aquella investigación, si es que llegaba a haberla, no llegaría muy lejos.

El reloj de Alexander les avisaba de que acababa de dar la una del mediodía. Por fin se hallaban en un lugar urbanizado, un núcleo poblacional de no muchos habitantes, a juzgar al menos por las pocas casas que lo componían. Estaban sedientos y tras recorrer las cuatro calles que, literalmente, conformaban el municipio comprobaron con desánimo que no había allí ninguna fuente pública que pudiera ayudarles a saciar su sed.

—Nada, no hay agua por ningún sitio.

—Pues vamos a pedir agua a alguna casa. Alguien nos dará —sugirió Ana.

—Como quieras. Adelante —la animó Alexander.

Una señora de avanzada edad que vivía en la primera casa a la que Ana llamó se apiadó de ellos y les llenó una botella de agua de litro y medio, agua del grifo que les supo a gloria. La mujer que no se fiaba mucho de los desconocidos no abrió ni siquiera la puerta, se comunicó con ella a través de una de las ventanas de la planta baja.

—Está la vida muy mala y una no se puede fiar ya de nadie, que en nada que lo hace se la lían a una. Pero tú tienes cara de buena persona. Anda toma —le dijo.

Se bebieron el agua de una tacada.

—Señora, ¿sería tan amable de darnos un poco más? —le pidió Alexander devolviéndole la botella vacía—. Llevamos andando un buen rato y estamos algo deshidratados.

—Claro que sí joven. Ahora mismo se la traigo —contestó solícita la anciana.

—Muchas gracias.

«Y si nos diera también algo de comer triunfábamos», pensó Torm, aunque se abstuvo de decirlo para no abusar de la amabilidad de la señora.

Mientras esperaban a que la mujer les diese de nuevo la botella, Alexander, atraído por una estridente música, se separó de ellos y se

encaminó hacia el lugar desde el que esta supuestamente provenía.

Apenas un par de minutos después, cuando tanto Ana como Torm habían saciado ya su sed, Alexander los llamó:

—Torm, Ana, venid aquí.

—¿Qué quieres? ¿Qué pasa? —preguntó Torm en cuanto llegó adonde su amigo se encontraba.

—Ya tenemos taxi —aclaró él a la vez que señalaba un estrambótico Citroën Saxo de mediados de los años noventa completamente tuneado. Si el color verde pistacho con el que había sido pintado, las llantas rojas de las ruedas, el enorme alerón trasero y el doble tubo de escape de ninguna manera podía pasar desapercibido, su propietario mucho menos. Jonathan, que así les dijo que se llamaba, tendría unos veinte años, vestía con un chándal azul y zapatillas negras. Lucía un llamativo peinado cenicero, cuatro pendientes, dos de aro en cada uno de los lóbulos de la oreja y otros dos de bola, uno en la ceja y otro justo debajo del labio inferior. En seis de sus diez dedos de la mano se apreciaban unos grandes anillos dorados y en su cuello un rosario de plástico y una cadena, también dorada, quizás de oro. Muy singular todo, el coche y su propietario.

—¿Y se puede saber dónde vamos? —preguntó Ana.

—A Guadalupe, ¿no? Jonathan.

—¿Guadalupe? ¿Y eso dónde está? —quiso saber Torm.

—Tío, ¿no sabes dónde está? ¿Pero tú de dónde eres? ¡Vaya paleta! —dijo Jonathan en tono chulesco y displicente.

Torm no contestó pero por su mirada se diría que con gusto le hubiera dado a aquel niño impertinente un buen pescozón.

Al introducirse en el coche tanto él como Ana lanzaron una censuradora mirada a Alexander. Este hizo un gesto resignado, que hubiera sido del todo creíble si el amago de sonrisa que intentaba disimular no hubiera sido tan evidente.

Alexander se colocó en el asiento del copiloto y Torm y Ana en el asiento trasero. Nada más arrancar el coche los tres pudieron comprobar que este contaba también, como no podía ser de otra forma en un coche tuneado que se precie, con un magnífico equipo de sonido y unos potentísimos altavoces que obviamente emitían más decibelios de los permitidos y de los considerados tolerables si no se quería sufrir daños auditivos. Y lo peor no era eso, si el elevado volumen era un problema el tener que escuchar durante todo el viaje aquel tipo de música sí que iba a resultar una tortura.

—¿Música electrónica o reguetón? —les preguntó Jonathan.

Serían aproximadamente unos setenta kilómetros de camino. Sin duda alguna, los setenta kilómetros más largos de sus vidas.

## Capítulo 23

*Guadalupe, domingo 5 de noviembre de 2017*

Nada más llegar a Guadalupe Torm y Ana se dieron cuenta de por qué aquel pequeño pueblo cacereño situado a unos veinte kilómetros en línea recta de Castilla la Mancha había sido su destino. Justo a la entrada del pueblo decenas de coches tuneados con la música a todo volumen y multitud de luces de colores colocadas hasta en los lugares más insospechados, les dieron la bienvenida. Se trataba de la segunda edición de una concentración de tuneo de vehículos, y por lo que pudieron ver estaba bastante concurrida, a lo que seguro ayudó el que fuesen algo más de las dos de la tarde de un domingo en el que lucía el sol y se gozaba de una temperatura agradable y que la inmensa barra de bar allí colocada estuviera despachando a esa hora succulentas raciones de comida y multitud de jarras de cerveza bien fría.

—Jonathan, ¿podrías hacerme un pequeño favor? —dijo Alexander ya fuera del vehículo—. ¿Podrías dejarme tu *smartphone*? Necesitaríamos buscar una información en Internet y nuestros teléfonos son demasiados rudimentarios —aclaró mientras extraía de su bolso bandolera su móvil y se lo enseñaba.

—¡Tíos! ¿Pero qué es eso? Si eso es de cuando mi abuela iba a la escuela. Ja ja... ¿Pero vosotros de dónde habéis salido?

Jonathan les prestó su teléfono móvil último modelo. Alexander abrió el navegador y consultó cuáles eran los alojamientos que había en el pueblo y también sus precios y localización.

—OK Jonathan, muchas gracias —Le devolvió su teléfono—. Y toma —Le dio los cuarenta euros que habían acordado.

—Nada, tío. Si para la vuelta necesitáis de nuevo taxi, ya sabéis —les guiñó un ojo a la vez que les enseñaba el dinero que Alexander le acababa de dar con una gran sonrisa—. Yo he quedado con unos colegas y voy a estar por aquí hasta la noche.

—No creo que nos haga falta, pero si te necesitamos ya sabemos dónde encontrarte.

La expresión avinagrada del rostro de Torm demostraba su enfado.

—¿Cuarenta euros? ¿Cuarenta euros? Cuarenta hostias le daba yo al

niñato ese —opinó este en cuanto se hubieron alejado algunos metros.

—Pues quería cincuenta pero le dije que solo tenía cuarenta. Cosa que por otro lado es del todo cierta, así que espero que vosotros tengáis algo de dinero en efectivo porque si no, hoy ni comemos ni dormimos bajo techo.

Torm rebuscó en su riñonera y en los bolsillos del vaquero y la chaqueta. Ana hizo también lo propio con su bolso y su ropa. En total ciento sesenta euros con setenta y tres céntimos, incluido en estos y contra todo pronóstico los cuatro euros con cincuenta que Alexander había encontrado en el bolsillo interior de su bandolera.

Caminaron por el pueblo hasta que encontraron el alojamiento que les resultaba más económico. Estaba bien situado, justo en el centro del pueblo. La señora que los atendió les informó de que la habitación triple con tres camas individuales era la opción más barata, para decepción de Ana que ya se estaba viendo descansando en una habitación solo para ella, así que esa fue la que escogieron. Cincuenta y cinco euros la noche sin desayuno. Si la querían con el desayuno bufet el precio se incrementaría siete euros por persona. Declinaron la oferta pues no estaban en condiciones de gastar más de lo estrictamente necesario.

Alexander preguntó por algún supermercado que pudiera estar abierto y por el horario de autobuses hacia Madrid. La señora con mucha amabilidad respondió a sus preguntas y además les facilitó un par de folletos en los que se informaba de los lugares de interés del municipio.

Subieron a la habitación para entrar al baño y soltar, en el caso de Ana, la mochila con la ropa interior que llevaba cargando durante todo el día.

Lo primero era comer algo, un puñado de nueces y algunas galletas ingeridas hacía ya unas ocho horas no era comida para tres personas adultas y mucho menos si estas habían caminado y corrido más de una decena de kilómetros.

Después de comer un bocadillo de lomo y queso con patatas fritas y una cerveza —pidieron lo más barato que había en la carta. Lo de tener el dinero racionado a ninguno de los tres les hacía ninguna gracia—, volvieron al hostel. Tras la pertinente ducha que todos ellos precisaban, pensaban pasar toda la tarde durmiendo, o al menos descansando.

—¿Cómo tienes el hombro? —le preguntó Ana.

Torm en ese momento estaba en la ducha canturreando una canción de un grupo de rock que a él le encantaba pero que a ella no le sonaba de nada.

—Me molesta. Más o menos dependiendo de la postura, pero al menos

está en su sitio —manifestó dejando aflorar una leve sonrisa.

Ana se acercó a la cama en la que Alexander estaba retrepado con la almohada en la espalda. Se sentó a su lado y por encima de la camiseta — nada más llegar a la habitación se desprendió de la chaqueta y el grueso jersey que vestía— comenzó a masajearle dulce y suavemente la parte superior del brazo. Hasta ese momento Ana no se había fijado en lo realmente bonitos que eran sus ojos. Sí se había dado cuenta de que tenía unos ojos grandes y luminosos y que eran de color verde, pero antes no había estado tan cerca de él como para apreciar los diferentes matices de ese color verde en función de la intensidad lumínica que hubiera.

—¿Qué haces?

—Darte un masaje, ¿no lo ves? Seguro que dentro de un rato estás mucho mejor, ya verás. Soy muy buena dando masajes —aseguró sin que sus palabras fueran nada convincentes.

—¿Seguro? —añadió él siguiéndole el juego.

—No —respondió risueña—. No recuerdo haber dado un masaje en mi vida —se sinceró—. Pero no te preocupes que no te voy a lastimar más de lo que ya estás. Pero... si te molesta... —Él negó con la cabeza—. ¿Sigo entonces?

—Sí, por favor. Me alivia.

La mirada de Alexander iba simultáneamente de los ojos a los labios de Ana. Ella, por el contrario, bajaba o echaba la vista a otro sitio cuando la penetrante mirada de él la intimidaba.

—Siguiente —dijo Torm saliendo del cuarto de baño.

Este al darse cuenta de que había hecho saltar por los aires la buena atmósfera creada entre los dos sintió un poco de remordimiento.

—Bien, me toca a mí —anunció ella cogiendo de la mochila ropa interior limpia.

—Joder tío, lo siento. Si llego a saber que estabais a punto de... —se disculpó Torm una vez que Ana ya se encontraba dentro del baño.

—A punto de nada, Torm. Solo me estaba dando un masaje en el hombro.

—Ah, bueno. Entonces si era solo eso si quieres puedo seguir yo dándotelo —acompañó su burlón ofrecimiento con unos graciosos gestos.

—No, gracias. Ya lo tengo mucho mejor. Está perfecto, ¿ves? —contestó haciendo un leve movimiento.

Tras Ana le llegó el turno a Alexander, y cuando este salió del baño



Torm estalló en risas. Los calzoncillos que llevaba puestos fueron la causa.

—Jo, tío, ahora sé lo ridículo que yo debo estar cuando me los pongo.

—¡Qué gracioso! ¿Es que tú no puedes tener calzoncillos normales?

—Yo que iba a saber que la señora iba a arramblar con mis *gayumbos* — se excusó mientras miraba divertido a Ana—. Los tengo más bonitos, pero decidí coger los más frikis. Ja ja...

Ana intentaba controlar la risa pero le estaba resultando bastante difícil. Le hacía mucha gracia ver a Alexander con aquellos calzoncillos de Batman que a la postre le estaban algo grandes.

—Ja ja... —Torm seguía riendo—. Ya sabemos quién de los dos está mejor dotado, ¿verdad Álex? ¡Si te sobra calzoncillo por todos lados! — exclamó, ahora sí haciendo que Ana soltara la carcajada que llevaba rato reprimiendo.

—Lo que me está grande es el elástico y eso simplemente es porque tú-estás-más-gordo —trató de defenderse.

Ana y Torm no podían parar de reírse, así que Alexander pensó que lo mejor era tomarse el asunto con humor y unirse a ellos. Con la risa floja estuvieron aún un buen rato.

Después de varias horas de regenerador sueño y tras hacer la pertinente llamada telefónica a Fernando para informarle de dónde estaban y de que si las cosas marchaban bien en las próximas horas se verían, Alexander, Ana y Torm salieron del hostel. Era hora de buscar algún sitio en donde poder cenar algo que no fuese excesivamente caro. Acabaron en uno de los bares de la plaza de Santa María de Guadalupe, en la misma que se sitúa su imponente Monasterio, imagen de la localidad en todos los folletos turísticos. A pesar del exquisito aroma procedente de la cocina y del magnífico aspecto que presentaban las viandas que el resto de comensales tenían ya servidos en las mesas, ellos se tuvieron que conformar con algo mucho más modesto. De nuevo, un bocadillo y una cerveza para cada uno. La paupérrima situación en la que se encontraban no daba opción a hacer otra cosa. Disponían solo de treinta euros —el resto lo habían guardado para comprar los tres billetes de autobús que el lunes los llevaría hasta Madrid— y todavía tenían que desayunar y almorzar al día siguiente. Sin duda el que peor llevaba la falta de caudales era Alexander. Era la primera vez en su vida que no podía permitirse algo tan básico para él como poder comerse un plato de buena comida casera.

Tras la frugal cena, sobre las diez y media, Torm decidió regresar al hostel. Les dijo que estaba cansado y que se iba a acostar, que aún seguía

necesitando reponer fuerzas. Aunque la excusa había sonado de lo más plausible a Alexander no se le escapó que efectivamente aquello no era más que eso, una excusa.

«¿Torm yéndose a dormir a las diez y media de la noche?» Aquello no se lo creía nadie que lo conociera mínimamente. Lo único que pretendía era dejarlos a solas.

—Bueno, ¿qué hacemos nosotros? ¿Nos vamos también? —preguntó Ana.

—Lo que tú quieras.

—No, no. Vosotros podéis ir a daros una vuelta. Parece que el pueblo es muy bonito y que merece la pena que le hagáis una visita. Así que venga, id —casi les ordenó al ver que sus pretensiones corrían peligro.

Alexander sonrió. Se le había notado demasiado. Menos mal que no se ganaba la vida como actor porque si no Torm pasaría hambre, mucha hambre.

—Pues vamos a dar una vuelta... No sea que le chafemos el plan —anunció Ana provocando la carcajada de Alexander cuando Torm ya casi salía de la plaza.

Recorrieron las calles más céntricas de la localidad y aunque lo hicieron con parsimonia, dado que el pueblo no era muy grande, no se demoraron mucho.

—¿Nos tomamos un café? —sugirió Alexander.

—¿Tenemos dinero para ello?

—Nos quedan quince euros con noventa —aclaró él tras contar el dinero que llevaba metido en el bolsillo pequeño de su vaquero—. Nos da para poder tomarnos algo y para comprar mañana algo de comida en el supermercado.

—De acuerdo, pues vamos. Me vendrá también bien entrar en calor. Estoy muerta de frío.

Entraron en un pequeño bar que para su sorpresa y fastidio estaba lleno de gente. Un grupo de veinteañeros que parecía estar celebrando algo y dos parejas también muy jóvenes ocupaban las pocas mesas que tenía el local. Dos chicos algo más mayores que los anteriores, pero que tampoco llegarían a la treintena y tres hombres, estos sí con más canas, se encontraban sentados en los taburetes de la barra. Solo quedaba espacio suficiente para ponerse al final de la misma, junto a la máquina tragaperras que por suerte nadie estaba usando.

—Un café solo y... ¿tú qué quieres Ana? —dijo Alexander cuando el

camarero se acercó para tomarles el pedido.

—Una horchata —contestó ella sonriente y vivaz.

—No hay. De eso aquí no pide nadie. ¿Quién va a beber eso? A este bar no suelen venir niños —contestó burdamente el hombre que estaba tras la barra.

Tanto la brusquedad utilizada por este como el que no la mirara ni a la cara al responderle molestó realmente a Ana, y más aún cuando su gracietta había provocado la risa burlona de dos de los hombres que estaban en la barra, de los que estaban más cerca de ellos.

—Pues un batido de vainilla en un vaso ancho con hielo y una pajita, por favor —repuso ella ante la estupefacta mirada del camarero, que de nuevo volvía a negar con la cabeza—. ¡Pues vaya! De eso tampoco hay... bueno, pues entonces... ¿sería tan amable de decirme qué es lo que tiene?

El hombre aunque visiblemente irritado le recitó parte de las bebidas de las que disponían. Fue la dura mirada que le lanzó Alexander cuando este se disponía a replicar lo que frenó su más que seguro exabrupto.

—Una caña entonces. Gracias —solicitó al camarero, ahora sin sonrisa alguna en su cara y volviéndose de inmediato para darle la espalda.

—¿Pretendes que nos echen? —preguntó Alexander divertido en cuanto el camarero se alejó para ponerles lo que habían pedido.

—No. Yo solo quería una horchata. Yo no tengo la culpa de que ese borde, grosero e insolente de ahí —Señaló con su dedo pulgar hacia atrás— haya querido echarse unas risas a mi costa.

—¿Y el batido?

Ana no contestó pero el gesto malicioso que apareció en su rostro al escuchar la pregunta dejaba muy claro que a diferencia de su primera petición, esa solo había sido realizada con el ánimo de incordiar. Alexander la miraba fascinado. Incluso enfadada estaba deslumbrante.

—¿Qué piensas? —le preguntó ella al poco, ya menos tensa y devolviéndole a él al planeta Tierra.

—Eh... no, no... nada —balbució. ¿Cómo decirle qué era lo que le estaba rondando por la cabeza? Aunque creyese que su sentimiento era del todo honroso, ¿cómo decirle que en ese momento estaba atentando de pleno contra el noveno mandamiento y que era ella la protagonista única y absoluta de esos deseos?

El café y la caña no les dio para mucho pero en el bar a pesar del camarero no se estaba mal, la música era buena y la temperatura muy

agradable, así que se quedaron un rato más. Hablando, entre banalidad y banalidad, al igual que había pasado durante su paseo nocturno, de vez en cuando averiguaron el uno del otro algo con más envidia. En una pausa, durante la que ninguno de los dos supo de qué más hablar, Alexander hizo lo que el corazón le decía que hiciese, aun cuando su cabeza lo desaconsejaba por completo: besar a Ana. Un cálido y tierno beso que al principio pareció ser bien recibido pero que no tuvo una gran trayectoria.

—No. Para, para, para Alexander —suplicó ante el bochorno de él.

—Lo siento, Ana, lo siento. No sé qué me ha pasado —se excusó, aunque sí que sabía qué le había pasado, lo sabía muy bien.

—No pasa nada —aseguró ella un poco angustiada—. Será mejor que nos vayamos.

Alexander cogió su chaqueta del perchero en el que la había colgado y salió del bar tras ella. El bochorno aumentó cuando se dio cuenta de que los dos clientes de la barra, los únicos que a esa hora quedaban, y el camarero le lanzaban una jocosa sonrisa nada más percatarse de lo ocurrido. Ana lo esperaba en la calle. Tras verlo salir tan sofocado se creyó en la obligación de explicarle por qué lo había rechazado.

—Alexander, yo...

—Por favor, déjalo estar. Lo siento. Ya te lo he dicho, no sé cómo ha podido ocurrir. Fallo mío... No lo tengas en cuenta.

Los dos se encaminaron hacia el hostel. Si por Alexander hubiera sido no habría vuelto allí, hasta donde estaba Torm seguramente regocijándose de lo bueno que había sido su plan, pero en la calle hacía demasiado frío como para estar al raso y no tenía dinero para poder gastar en un bar. No tenía más opción.

Cuando apenas faltaban doscientos metros para llegar al alojamiento, Ana intentó frenar a Alexander quien caminaba a paso ligero; quería explicarle algo, si no contarle todo, al menos sí una parte.

—Espera un momento Alexander, vamos hablar, ¿vale?

—Si es por lo del beso, olvídalo, por favor. Tenemos cosas más importantes en las que pensar. Solo ha sido un error. Un error —repitió.

Alexander emprendió de nuevo el camino sin darle opción a Ana a decir nada más.

Cuando entraron a la habitación Torm estaba viendo la televisión. Parecía que ya no estaba tan cansado y que ya no necesitaba tanto dormir. En cuanto los vio entrar, ambos silenciosos, serios, cabizbajos, supo que su plan

no había funcionado. Alexander y Ana se acostaron aunque ninguno de los dos fuese a dormir mucho esa noche. Torm apagó la televisión y la luz e intentó conciliar el sueño mientras pensaba que al día siguiente estarían por fin en Madrid.

## Capítulo 24

*Guadalupe, lunes 6 de noviembre de 2017*

Desde que despertaron, la falta de comunicación y de las habituales bromas entre Alexander y Ana evidenciaba la tensión existente entre ellos dos. Torm ya había aprovechado la ocasión que se le brindó cuando Ana entró al cuarto de baño para ducharse para preguntarle a su amigo qué era lo que había pasado, el porqué de esas caras tan serias y ese raro clima que ahora había entre ellos. Alexander en un primer momento despachó el asunto con un simple: «No pasa nada», pero ante la insistencia de Torm no le quedó más remedio que contarle lo que la noche anterior había ocurrido.

—¿Y qué vas a hacer?

—Que voy a hacer, ¿de qué? ¿Qué quieres que haga? ¿Que la ate a la cama y no la deje marcharse hasta que decida corresponderme?

—Pues mira, no es mala idea. Cosas más raras se han visto —Ante la enojada mirada con la que Alexander lo obsequió, Torm decidió tomarse el asunto más en serio—. Vale, vale tío. Tú eres tonto, pero tonto de remate. Yo sé por qué estás así, te conozco, Álex, te conozco. Además de estar poco acostumbrado a no salirte con la tuya el haber dejado aflorar tus sentimientos de esa forma te pone furioso. No es con Ana con quien estás molesto, es contigo mismo, porque el señor autocontrol se ha dejado llevar por lo que le dicta su corazón y no su cabeza. Porque el mente fría de este grupo ha dejado de ser el cabeza cuadrada que es y ha decidido tirarse al barro sin estudiar antes las consecuencias. ¿Es eso Álex? ¿A que sí? ¿Y sabes cuál es tu verdadero problema?

—No, no lo sé, pero me temo que ahora que te crees psicoanalista tú me lo vas a decir.

—Exacto. Veo que me conoces bien —dijo con sorna—. Tu problema es que te has enamorado. Ja ja... Sí, mírame así si quieres, pero es verdad. Me he dado cuenta de cómo la miras. Pero tío, ¡si le has comprado hasta bragas!

—Ja-ja-ja. Buen argumento Sherlock, buen argumento. Pero siento decirte que en esa situación se las hubiera comprado a cualquiera.

—Sí, sí, lo que tú digas. Pero estás enamorado, lo quieras reconocer o no y esto que en otra persona no sería ningún problema en ti sí lo es, y lo es

porque el señor autocontrol...

—¡Quieres dejar de llamarme así! —exclamó enojado alzando la voz.

—Vale, vale... ya veo que hoy no estás para muchas tonterías. Pues eso, que para otro enamorarse es algo bueno pero para ti es una tragedia, porque estás acostumbrado a controlarlo todo y te has dado cuenta de que ahora no te puedes controlar ni a ti mismo. Y eso es lo que más te jode, ¡ea!

—Muy bien, hombre. Ya puedes montar tu propio consultorio sentimental. ¡Te vas a forrar! —afirmó irónico.

—Pues no creas que no lo he pensado. Aquí donde me ves soy todo un experto. Sobre todo en rechazos y relaciones ni siquiera iniciadas —bromeó.

—Ja ja... Yo desde luego no sé qué haces solo.

—Uno que es exigente y bastante independiente.

La salida del baño de Ana finalizó por el momento la conversación.

Una vez los tres estaban preparados, sobre las once de la mañana, dejaron el hostel y se dirigieron al supermercado más cercano para abastecerse con comida para el desayuno y el almuerzo. Con poco más de doce euros no pudieron comprar mucho pero todo indicaba que al menos ese día tampoco iban a pasar hambre, para comprar pan, embutido, zumo, agua mineral y un paquete de galletas les alcanzó, y además les sobró algo de dinero para poder hacerse a la hora del almuerzo con una litrona bien fría que los ayudara a tragar el resto de alimentos.

La mañana pasó sin pena ni gloria. Después de desayunar sentados en el banco de un parque, fueron a estirar las piernas un rato, a pasear por los lugares por los que Ana y Alexander habían transitado la noche anterior, pero ahora de día y con sol, y a las dos y media del mediodía hicieron una nueva pausa; almorzarían antes de coger el autobús de línea que los iba a llevar a la capital de España.

—Me siento como un *millennial*. Aquí tirado en la calle... aunque en vez de whisky y ron tenemos pan y salchichón —Se encontraban sentados en la misma escalinata del Monasterio de Guadalupe, en plena plaza mayor. De haber sido otra hora y de haber tenido algo más de alcohol, bien habrían pasado por los ideólogos de un conato de botellón.

La ocurrencia de Torm hizo reír a carcajadas a sus dos compañeros. Por fin un momento de distensión ese día.

*Madrid, lunes 6 de noviembre de 2017*

Ramón Veiga, un gallego afincado en la capital desde hacía doce años, era el cabecilla del equipo informático de HADES en España. El grupo lo conformaban cuatro personas, dos ingenieros informáticos y dos *hackers* vendidos al capital, que se dedicaban a rastrear toda la información aparecida en la red que pudiera ser de interés para la organización, desde posibles oportunidades de negocio para sus miembros a información particular de personas susceptibles de entrar a formar parte del selecto grupo de colaboradores o por el contrario de personas que por uno u otro motivo se habían vuelto molestas y amenazaban su actividad. A lo largo y ancho del planeta HADES contaba con más grupos similares. Cada uno de ellos tenía asignado una serie de países y no había nada que se publicara en ellos que no controlaran.

Veiga fue precisamente quien se hizo con las imágenes de tráfico y avisó a Kay Scheider de la ruta que seguían Alexander, Torm y Ana antes de que el coche de la hermana de Torm los dejara tirados. Y ahora estaba allí, en su oficina del madrileño barrio de Tetuán sumamente cabreado.

Hacía unas horas que Miranda, el único del equipo que estaba en condiciones de seguir trabajando —Kay, Podolski y Foley necesitaban como mínimo un par de días para volver a estar operativos, que desde luego no recuperados, y Saavedra... de Saavedra mejor ya no acordarse, esa misma tarde sus restos serían incinerados y esparcidos en el río Guadalquivir como era su deseo—, le había traído el ordenador de sobremesa, con monitor y periféricos incluidos, la tableta y hasta el destrozado portátil que Torm dejó en el coche de su hermana y que pensaba coger antes de que Kay y los suyos los encontraran en el restaurante del área de descanso. Tenían que habérselos hecho llegar antes pero con los acontecimientos del día anterior esto quedó en un segundo plano. De aquellos dispositivos pretendían extraer la máxima información. Averiguar cuanto fuera posible de aquellos que tenían a HADES en un brete. Por pocos datos que hubiera algunos habría: textos, correos electrónicos, fotografías... que pudieran servirles para neutralizarlos de una vez por todas. Sin embargo, cuando Arturo Solís, el chico más joven de su equipo, y él mismo, encendieron los aparatos, que para su sorpresa no contaban con ninguna contraseña que los protegiera de miradas indiscretas, e intentaron acceder al documento de texto con el nombre HADES que estaba colocado en el escritorio, la pantalla quedó en negro para inmediatamente



aparecer en la misma la imagen de un puño con el dedo corazón alzado y el texto *Fuck you*.

Torm les había colocado un señuelo y habían picado, al intentar abrir aquel documento ellos mismos activaron un programa de autodestrucción de todo el contenido. A eso se refería este cuando en el taxi que los llevaba hasta la casa de su hermana, en el barrio de Triana de Sevilla, les dijo a Alexander y Ana que lo que hacía era eliminar el trabajo y recuerdos de gran parte de su vida, porque efectivamente eso era lo que estaba haciendo, borrarlo todo para evitar que el contenido cayera en manos de esos indeseables.

No tenían nada, nada en absoluto. Si no se hacían con ese *pendrive* o acababan con los que lo tenían en su propiedad, HADES peligraría.

En cuanto Veiga le dio la desgraciada noticia, Miranda se puso en contacto con Kay, que a esa hora descansaba, o más bien lo intentaba, en un hotel de Cáceres todo magullado y dolorido, con un ostentoso vendaje en la nariz, el labio inferior hinchado y muy morado y un collarín en la mesita de noche que hacía poco se había quitado. Miranda no tenía desde luego ninguna intención de ser él quien informara a Hoffmann. Kay era el jefe para lo bueno y para lo malo, así que tendría que ser él quien hablara con el viejo.

Miranda se preguntó cómo era posible que aquel hombre que pronto sería nonagenario pudiera seguir vivo todavía con la sucesión de malas noticias y reveses que había recibido en los últimos tres días. No había corazón humano que aguantara tanto mal rato.

Con puntualidad suiza el autobús que venía de Guadalupe hizo su entrada en la estación Sur de Madrid. En la puerta dos coches los esperaban, en uno iba Fernando y en el otro Luis. El primero, según lo acordado, recogería a Alexander y lo acompañaría hasta la consulta privada de un traumatólogo amigo suyo; aquel hombro no admitía más demora en ser tratado por un especialista. El segundo de los coches, el que conducía Luis, recogería a Torm y a Ana. Habían quedado en que todos se encontrarían en la casa de la sierra norte madrileña que la familia de Teresa Nalón, la compañera sentimental de Luis desde hacía nueve años y la responsable de que después de tantos años de duelo este hubiera recuperado la ilusión de antaño, poseía allí.

Luis había intentado por todos los medios dejar a Teresa al margen de todo el asunto pero el ultimátum que esta le dio días atrás, cuando ya harta de verlo tan despistado, abrumado y preocupado, se plantó frente a él y lo

amenazó con coger la puerta y no volver nunca más si no le contaba lo que estaba pasando, no le había dejado más opción que explicarle lo que tenían entre manos.

Dio un gran rodeo para comprobar que nadie los estaba siguiendo antes de tomar la carretera que los llevaría hasta su destino: una bonita casa de dos plantas, cercada por un muro de piedra y un cuidado seto, jardín en la parte delantera, garaje y un acogedor porche trasero en el centro de Buitrago del Lozoya, en plena sierra de Guadarrama. Teresa ya estaba esperándolos allí; como odiaba conducir de noche se había desplazado hasta la casa en su propio vehículo a primera hora de la tarde.

*Buitrago del Lozoya, lunes 6 de noviembre de 2017*

Cuando faltaban unos minutos para las nueve y media de la noche, Torm y Ana llegaron a la casa. Teresa los recibió con los brazos abiertos aunque no pudo contener algún que otro reproche.

—¡Anda, anda que ya os vale! ¡Nueve años! ¡Nueve años hace que nos conocemos! —se dirigía a Torm—. Los mismos que llevo con este sinvergüenza y me entero ahora de todo esto. ¿A qué esperabais para contármelo? ¿A que tuviera que escoger una bonita caja de pino para este? — Señaló a Luis.

Torm se limitó a encogerse de hombros. Luis por su parte, con la excusa de ir a buscar el ordenador, raudo desapareció del salón.

—Y tú, pobre, ¿dónde te has metido? Es que de verdad, parece que como algo esté para uno...

—Bueno, en realidad, no me he metido, me han metido, que es diferente —recalcó Ana.

—Pues también es verdad —sentenció esta—. Bueno, ¿queréis tomar algo? —les ofreció cambiando de tema—. Estoy acabando de preparar la cena: ensalada mixta, tortilla de patatas y pechuga de pollo a la plancha y de postre natillas caseras. Espero que os guste. Normalmente Luis y yo cenamos con poco pero me he imaginado que veníais con hambre, así que...

—¡Hala! —exclamó Torm—. Ya lo creo que tenemos hambre, ¿verdad Ana? No vamos a dejar ni las migajas —afirmó Torm mientras cogía a Teresa en volandas.

—Ja ja... Anda, anda, ¡qué estás loco!

—Loco no, Teresa. Hambriento es lo que estoy.

A las diez y veinte de la noche Fernando y Alexander llamaron a la puerta. Por precaución este había dejado estacionado su coche unas calles más abajo. El garaje de la casa no era muy grande y allí ya estaban aparcados los coches de Teresa y de Luis. Al igual que su excuñado, Fernando también se había pasado todo el camino controlando el espejo retrovisor para verificar que nadie los siguiera.

—¡Menos mal que habéis llegado! Estoy a punto de desfallecer y Teresa no me ha dejado meterle mano a la cena porque vosotros aún no habíais llegado.

—¿A punto de desfallecer? ¡Pero si ya te has bebido dos copas de vino y te has comido una bolsa de patatas fritas y casi todas las aceitunas que había en el plato! —aclaró la mujer antes de saludar a Alexander y a Fernando.

—Pero sigo teniendo hambre. Mucha. ¿Tú sabes las penalidades que hemos pasado estos días? ¿Tú te crees que con cuatro galletas y un puñado de nueces se mantiene este cuerpo? —dijo burlescamente pasándose las manos por el torso.

—Ja ja... Pues entonces a comer —resolvió Teresa.

Luis hizo las presentaciones oportunas y cuando ya todos se conocían se dispusieron a engullir la comida que Teresa llevaba rato preparando. Primero comerían y después ya se concentrarían en estudiar la información del *pendrive* que Torm seguía celosamente custodiando.

—¿Cómo estás? ¿Qué tal el hombro? ¿Qué te ha dicho el médico? —preguntó Ana nada más sentarse a la mesa.

—Está bien —respondió Alexander con el brazo en cabestrillo. Este mucho más sofisticado y cómodo que el que había lucido durante los dos últimos días—. Me ha dicho que he tenido mucha suerte, que la dislocación no ha sido muy grave y que con el tiempo de recuperación y rehabilitación estipulado pronto estará bien del todo. Por lo visto hiciste muy bien la maniobra para volver a colocármelo en su sitio —la miró agradecido—. Y me ha recetado unos calmantes para el dolor.

—Me alegro mucho —admitió con sinceridad.

Ya en la mesa fue Ana la única, o al menos la primera, que reparó en que a Alexander le iba a costar lo suyo cortar el filete con una sola mano, más aun siendo él diestro y siendo el brazo derecho el que tenía en cabestrillo. La ayuda que esta le prestó no pasó desapercibida entre sus acompañantes de

mesa. Torm y Teresa se miraron y al mismo tiempo mostraron una fina sonrisa. Allí había algo, era evidente, aunque aquellos dos no quisieran admitirlo.

Poco después, una vez recogida la mesa y puesto el lavavajillas había llegado la hora de encender el ordenador portátil que Luis había comprado esa misma mañana. Estaba tan obsesionado que no quería utilizar el suyo propio. Los seis reunidos en el salón esperaban expectantes saber qué información tan importante era la que tenía Alberto Ayala como para haberle ocasionado la muerte.

De las dos carpetas que había en la memoria USB, decidieron abrir primero la de *Investigación sobre actividad*. Solamente con un vistazo rápido ya pudieron reconocer información sobre la que ellos ya tenían conocimiento. Eso sí, la de Ayala era mucho más completa, más detallada. De otras muchas revelaciones ninguna constancia tenían. Aquello era un bombazo. Aunque sin tiempo para estudiarla detenidamente, ya eran conscientes de que aquello desenmascararía a HADES; acabaría con ellos. No habría forma de frenar aquel escándalo, la gravedad de los hechos lo hacían imparable. Puede que HADES tuviera incontables recursos materiales y humanos y en verdad así era, pero no había ni tiempo ni dinero suficiente para acallar semejante inmoralidad.

Los tenían, por fin los tenían.

Sin embargo, la cosa no iba a resultar tan fácil, si es que fácil era un adjetivo que se pudiera aplicar a algo relacionado con aquel asunto, así que cuando Torm se dispuso a abrir la segunda carpeta, la de *Miembros y vínculos*, una imagen con una sopa de letras apareció en la pantalla. Junto a ella doce casillas, supuestamente para colocar en cada una de ellas una o varias palabras. Bajo el recuadro de la sopa de letras, unos números: 3-2-4. La contraseña para poder acceder a esa carpeta, al igual que a la primera había sido descifrada, pero esta tenía una doble protección. Era imposible ver el contenido sin adivinar qué significaba aquel hipotético pasatiempo.

—¡No me lo puedo creer! —gritó Torm—. Porque está muerto y no está bien hablar mal de los muertos, ¡pero en qué estaba pensando ese zopenco! —exclamó furioso.

—Supongo que le insistí tanto en que tomara precauciones, que al final lo hizo —reconoció Alexander.

—Sí, pero no era con nosotros con quienes tenía que estar tan receloso —aseguró indignado.

—¿Y qué hacemos ahora? —preguntó Luis con la cara desencajada.

—Y yo qué sé... —Torm estaba realmente decepcionado.

Durante algunos minutos siguió renegando, hasta que reparó en lo que Ana estaba haciendo:

—¿Se puede saber qué haces? —preguntó al darse cuenta de que había cogido varios folios que había encontrado en la parte superior del aparador del salón, junto a una caja de rotuladores.

—Copiar la sopa de letras. Si tenemos que averiguar de qué se trata tendremos que estudiarla más detenidamente, ¿no? Y esto lo puedo hacer mejor sobre un papel que sobre la pantalla del ordenador.

Aquel trabajo iba a resultar muy engorroso, pero ante la falta de otra idea mejor, decidieron secundarla. Los programas informáticos creados por Torm les hubieran servido de ayuda, pero habían desaparecido. Por no tener, no tenía ni su moderno y sofisticado ordenador; solo aquel básico portátil recién comprado.

Si querían obtener la información no les quedaba otra que exprimir al máximo sus neuronas.

A	P	B	D	G	N	U	R	W	P	V	R	C
O	I	L	B	R	V	U	Z	A	E	Z	D	S
T	G	I	V	D	B	O	V	L	O	R	R	G
E	R	A	H	L	I	X	Y	T	E	U	W	H
S	Y	P	J	Ñ	S	I	Z	S	T	C	G	J
S	X	Q	C	V	X	U	N	V	G	P	Q	S
G	S	E	G	N	L	D	U	L	H	Q	L	U
H	Y	B	I	T	B	O	M	J	O	T	D	Z
A	I	F	E	B	I	J	F	C	D	L	T	Ñ
K	S	E	C	Y	K	R	H	N	K	Y	O	B
I	A	L	W	I	S	R	X	C	T	U	T	S
S	X	Q	E	M	M	D	Ñ	F	Z	I	K	U
H	M	F	W	Y	T	C	K	D	O	C	Ñ	Z

3-2-4

Tras algo menos de una hora mirando aquel galimatías sin sentido y sin obtener ningún resultado convinieron irse a dormir. Había sido un día muy largo para todos. Quizás al día siguiente tuvieran más lucidez y más ánimo.

Alexander que compartía habitación con Torm fue el primero en retirarse. A este le siguió Fernando y tras este se marchó Ana. Todos ellos dormían en las habitaciones de la planta de arriba mientras que Luis y Teresa ocupaban el dormitorio de la planta baja. Los anfitriones fueron los siguientes en ausentarse. Demasiadas emociones para un solo día. Solo Torm se quedó

en el salón, viendo la televisión. Todavía faltaba un rato para que llegara su hora habitual de acostarse.

# Capítulo 25

*Múnich, miércoles 19 de abril de 1995*

Hacía casi un año ya del accidente que sufrió y de su vuelta a su ciudad de origen. Había intentado contactar con Alan Jones muchas veces durante ese período pero aún no lo había conseguido. Cada cierto tiempo llamaba al BC Academy para saber si tenían noticias sobre él pero la respuesta siempre era la misma. Nadie parecía saber nada sobre cuál había sido su destino.

El director, el señor Barnett Smith, le dijo durante la primera conversación tras su salida del internado que Alan no volvería. Al parecer en cuanto finalizó el pasado curso escolar el supervisor se marchó y hasta la fecha nada más se sabía de él. No obstante, Alexander era terco, a veces en demasía, así que aún estaba intentando dar con él.

En el mes de septiembre pasado intentó por primera vez localizarlo para contarle cómo le iba y decirle que deseaba con toda su alma volver a verlo. Tras esa llamada vinieron muchas más, prácticamente una cada mes para preguntar por el que durante un tiempo había sido no solo un amigo sino como un padre para él. Como su segundo padre. La última la realizó dos días antes y esta vez sí que parecía que había tenido algo más de suerte. No es que hubiera localizado a Alan, pero al menos ahora tenía la esperanza de lograr contactar con él.

El lunes de esa semana llamó de nuevo al colegio y en esta ocasión no fue el personal de administración quien cogió el teléfono, sino un tal Henry Evans, el nuevo supervisor del BC Academy. Contra todo pronóstico Evans le dijo que quizás él pudiera hacer algo para llegar hasta Alan. Le dejó claro que él no lo conocía de nada pero que había escuchado de boca de algunos compañeros que Alan era conocido de uno de los miembros de la junta directiva del BC Academy y que, aunque no le podía asegurar nada, si le escribía una carta él se la podría hacer llegar a esa persona y que este a su vez se la podría remitir a Alan Jones. Le hizo saber también que para hacer esto tenía que contar con el beneplácito de Smith, pero que dada la insistencia y el interés que había mostrado no creía que el director se negara —eso al menos esperaba Henry Evans, porque lo cierto era que el paso de Alexander Hoffmann por aquella santa institución no había pasado inadvertido y no para

bien precisamente. El «buen» comportamiento de Alexander y de Joshua Harris, su compañero de cuarto, expulsado unos días antes de la salida del hospital del primero, sería la comidilla en el BC Academy durante algunas generaciones—. Si Henry se mostró tan cortés y amable con Alexander fue porque no le pareció que fuese el mismísimo diablo tal y como algunos se lo habían pintado. Más bien todo lo contrario. Quizás estuviese fingiendo la preocupación y desasosiego que decía sentir por no tener noticias de Alan Jones, pero a él le pareció que el chico estaba siendo sincero.

Así que ahí estaba él, a las seis de la tarde de ese borrascoso miércoles de mediados de abril, sentado al escritorio de su dormitorio intentando dejar redactada la carta en la que se estaba desnudando emocionalmente y la misma que al día siguiente Angélica Oliveira se encargaría de echar al correo. El destinatario de la misma: el señor Henry Evans, supervisor del BC Academy en Brighton, Inglaterra, y el que seguramente fuese su última oportunidad para llegar hasta Alan.

*Hola, Alan*

*¿Qué tal? ¿Cómo te va todo? Desde el mes de septiembre pasado estoy intentando localizarte pero a pesar de haber llamado en numerosas ocasiones al BC Academy no lo he conseguido. El señor Smith me dijo que ya no trabajas allí pero como no sé dónde puedo localizarte, de vez en cuando llamo por si hubieran tenido noticias tuyas. Solo quería contarte cómo van las cosas por aquí. Ya estoy recuperado del todo y hago vida completamente normal. Tengo algunas cicatrices de más, eso sí, pero mi madre dice que puedo sentirme afortunado, que no pasó nada para lo que podía haber pasado y que las cicatrices no tienen ninguna importancia. Pero aun así a mí no me gustan. La más fea es la que tengo en la parte baja de la espalda. Por suerte solo me la veo cuando estoy en el cuarto de baño, frente al espejo, e intento no mirarla*



*mucho para no mortificarme más de la cuenta. Espero que a las chicas no les importe que la tenga... En septiembre comencé las clases y estoy sacando muy buenas notas. Mis padres están ahora siempre encima de mí, así que ya no tengo escapatoria. Ese mes empecé también a ir a terapia con un psicólogo. Según dice mi padre: «El mejor psicólogo de la ciudad». Esto tampoco me gusta porque algunos chicos de mi clase se apartan de mí porque creen que estoy loco, aunque no sea así. De todas formas mi madre me ha prometido que si sigo así de bien pronto podré dejar de ir. Hago dos tipos de terapias, las dos individuales, cognitiva y de manejo de contingencias (creo que se llama así. Es que el señor Becher utiliza términos muy técnicos y a veces no me acuerdo bien) en donde practico técnicas conductuales y de autocontrol emocional. Todo suena muy raro, ya lo sé, pero todos insisten en decirme que me están haciendo bien. Yo preferiría ser una persona normal y no tener que hacerlas, la verdad.*

*Por lo demás, todo más o menos está igual. Sigo practicando tiro con arco y juego al ajedrez con Conrad Kähler, un chico de mi edad que vive cerca y que va a mi clase. Y sigo aprendiendo a tocar la guitarra, ¿sabes? Este verano cuando vaya a España le demostraré a mi abuelo Rafael lo bien que la toco ya. Tengo muchas ganas de volver a Córdoba, de ver a mis abuelos, a mis primos y a mis tíos. Ya hace más de dos años que no los veo. ¡Estoy deseando que llegue el mes de agosto! Aunque me hubiera*

*gustado mucho que mi padre y Maximilian nos pudieran acompañar. Papá tiene mucho trabajo y no puede escaparse ni siquiera unos días y Maximilian prefiere quedarse aquí. Aunque es verdad que a él nunca le ha gustado el calor que hace en Córdoba en verano, lo cierto es que yo creo que la principal razón que tiene para no venir con nosotros es que tiene novia (en casa no lo sabe nadie, pero yo he leído una carta que mi hermano le escribió. Él no lo sabe. Ja, ja, ja... era muy divertida. En ella ponía una gran cantidad de tonterías. Cuando yo tenga novia espero no decir ni escribir tantas cursiladas).*

*Bien, no sé qué más te puedo contar...*

*Si recibes esta carta (no te imaginas cuánto deseo que así sea), por favor, respóndeme. Me encantaría saber de ti.*

*¡Ah! Otra cosa. No es que se me fuese a olvidar, pero sí es la que me cuesta más escribir y por eso la he dejado para el final (Aun así es mejor escribirlo que decirlo a la cara. Me da un poco de vergüenza). Alan, también quería decirte que te agradezco de verdad, de corazón, que me trataras tan bien, que fueses mi apoyo, que me enseñaras, que me aconsejaras y cuidaras de mí. Gracias por ser mi amigo.*

*Gracias, Alan.*

*PD: Ojalá algún día yo te pudiera devolver todo lo que has hecho por mí.*

*Hasta pronto.*

*Alexander Hoffmann*



## Capítulo 26

*Buitrago del Lozoya, miércoles 8 de noviembre de 2017*

Hacía poco rato que habían cogido de nuevo aquellos folios en los que habían dibujado la sopa de letras que tantos quebraderos de cabeza les estaba trayendo.

El día anterior se lo pasaron casi por completo mirando aquellos papeles e intentando averiguar qué combinación de palabras se escondía entre tanta letra sin sentido. Si querían acceder a la carpeta «Miembros y vínculos» no les quedaba más remedio que continuar devanándose los sesos. Sin embargo, si no sucedía algo que lo remediará ese día iba a discurrir igual que el anterior. Seguirían sin hallar la clave.

—Alexander, ¿me dejas tu teléfono? —Ana quería llamar a casa.

El día anterior ya lo había hecho y había hablado con su madre durante un buen rato y aunque durante menos tiempo también con su hermana. Esa misma mañana también hizo otra llamada telefónica, pero en esta ocasión a la empresa para la que trabajaba. De ambas conversaciones nada trascendió. Alexander estaba intrigado por saber qué nueva excusa había puesto para justificar su no asistencia a su puesto laboral, mas como la relación entre ellos aún estaba tensa se abstuvo de preguntar.

—¡Esto es una mierda! Aquí no pone nada, no hay ninguna palabra oculta. Solo monosílabos inconexos —expresó Torm iracundo.

—Bueno chicos, vamos ahora a almorzar y a ver si con el estómago lleno vemos las cosas de otra forma —sugirió Teresa.

—Ni con el estómago vacío, ni lleno, ni a punto de reventar. Aquí no vamos a encontrar nada porque no hay nada.

—Y el premio para la persona más optimista del mundo es para... —Hizo el sonido de un redoble de tambor—: Torm —bromeó su amigo. Broma que fue obsequiada con una mirada enfurecida por parte del protagonista—. Torm, no eres el único que estás harto de llevar horas mirando este asqueroso papel sin ser capaz de ver nada —argumentó, aunque nunca fue más cierto el dicho mal de muchos consuelo de tontos.

—Luis, ve poniendo la mesa por favor —pidió Teresa—. Vamos a comer y a dejar el rompecabezas ese para más tarde.

Se sentaron a la mesa. El conejo al ajillo con patatas que Teresa había preparado olía de maravilla.

—¡Menuda pinta! Esto tiene que estar para chuparse los dedos. Si algún día decides dejar a Luis que sepas que tienes un lugar en mi corazón. Te puedes venir a vivir conmigo cuando quieras.

—Anda, anda... aprendiz de zalamero. ¿Dónde vas a ir tú conmigo a estas alturas? Mejor, apunta en otra dirección y concentra tus esfuerzos en otros menesteres —replicó cortante señalando con la cabeza en dirección a la habitación en la que se encontraba Ana.

La turbación de Alexander era proporcional a las risas de Luis y Torm.

—Y vosotros no os riáis tanto, que no lo he dicho para molestarle. Yo le tengo mucho aprecio, pero ya sabéis que no soy persona de andarse por las ramas.

—¿No estaríais hablando de mí, no? —conjeturó Ana al entrar al salón y comprobar que se había hecho el silencio.

—Pues mira, lo cierto es que... —Teresa dejó la frase a medias. Luis se imaginaba cuál iba a ser su respuesta así que pidiendo a su mujer que lo acompañara a buscar la botella de vino que tenían reservada para las grandes ocasiones, cortó la conversación antes de que esta pudiera agregar algo más.

El almuerzo por lo demás transcurrió tranquilo y cuando todavía estaban de sobremesa llegó Fernando, quien, puesto que no quería dejar sola a María durante mucho tiempo, se había marchado a casa el martes por la mañana nada más levantarse.

El lunes por la noche durmió en la casa familiar de Teresa porque contaba con que se harían con toda la información y pensaba pasarse la noche estudiándola, pero al no haber podido acceder a ella, decidió marcharse en cuanto amaneció. No era paranoia sino prudencia lo que hacía que estuviera preocupado por su mujer. Ya perdió a su hermana, lo último que quería es que hubiera otra víctima y menos que esa fuese María. Sus hijos le preocupaban menos ya que vivían lejos, Nicolás en Miami y Laura, un poco más cerca, en Tenerife, pero también con la suficiente distancia de por medio como para en principio no tener que preocuparse —más de la preocupación habitual que su faceta de padre llevaba implícita.

No había que ser muy avisado para darse cuenta de que por la cara que traía tampoco él había atinado con la respuesta.

La tarde avanzó en la misma línea y el desánimo cundió a medida que el reloj del salón marcaba las horas. Sobre las ocho de la tarde Fernando volvió

a marcharse, y al igual que la última vez, se llevó con él una copia de los textos que sí habían podido visualizar. Seguiría leyendo aquella sucesión de actos delictivos, de crímenes cometidos impunemente, de vidas marcadas y destrozadas descritas con todo lujo de detalles.

Ya la noche anterior Fernando quedó perplejo por la profusión de pormenores escritos por aquel que fuera la fuente de Ayala. Fuese quién fuese estaba claro que había consagrado su vida a investigar a HADES. Ni en su momento de mayor optimismo pudo imaginarse que acabaría en sus manos tan abundante información incriminatoria. Comparado con aquel *garganta profunda* ellos solo eran simples aficionados.

Sobre la medianoche Alexander, Teresa y Luis se retiraron a sus habitaciones. En el salón solo quedaron Torm, que siempre era el último en acostarse, y Ana, cuya hora habitual de irse a la cama ya había pasado, pero que ese día y a la hora que era todavía se mostraba agitada y muy activa.

—¿Quieres ver algo en especial? —preguntó señalando el televisor.

—No. Pon lo que quieras. No tengo cabeza para concentrarme en nada que no sea en esta dichosa sopa de letras.

Tras zapear un rato, Torm encontró un canal de televisión que por fin le gustó. Estaba emitiendo una reposición de un programa de viajes. El destino en esa ocasión era el Japón Clásico, y en él los reporteros viajaban de Osaka a Tokio enseñando a los telespectadores las bondades y peculiaridades del país del sol naciente y reseñando aquellas aportaciones que ha hecho ese país y que ya hoy prácticamente todos tenemos interiorizadas: las artes marciales, el manga, los robots y la inteligencia artificial, los videojuegos, las animaciones japonesas, la tecnología avanzada o el *sushi* y el *yakisoba*, — estos dos últimos en términos culinarios.

—Me encanta. Algún día iré a Japón, ¿sabes?

Ana ni se inmutó. Estaba demasiado concentrada y ni siquiera oyó la voz de Torm.

—Que digo que algún día iré a Japón —insistió.

—¿Eh? Perdona es que no te estaba escuchando.

—Sí, ya me he dado cuenta. Nada, sigue con lo tuyo.

Torm siguió disfrutando con las imágenes que aparecían en la pequeña pantalla. Ana, por su parte, se marchó a su habitación. Seguía nerviosa y notaba como el corazón le latía más rápido de lo normal y el estómago se le encogía. Era la misma sensación que solía tener cuando en el colegio o en el instituto, en clase de matemáticas, el profesor les daba un problema a resolver

y ella tras hacer numerosos y laboriosos cálculos sabía que se hallaba muy cerca de dar con la solución. Aquellos ejercicios de clase eran para Ana como un juego. En muchas ocasiones no llegaba a encontrar la solución y en otras muchas lo hacía aunque después que otros compañeros, pero no por ello dejaba de gustarle lo que para ella se planteaba como un reto. Le gustaban los desafíos sobre todo si estos la obligaban a poner en marcha su agudeza e intelecto. En aquel condenado revoltijo de letras se hallaba la solución y ella acabaría encontrándola. Estaba segura. Lo haría.

*Jueves, 9 de noviembre de 2017*

Eran las tres y diez de la madrugada cuando unos gritos provenientes de la habitación de Ana despertaron al resto de quienes a esa intempestiva hora se afanaban en dormir. Incluso Torm llevaba ya algo más de una hora durmiendo a pierna suelta.

—Ana, ¿qué pasa? ¿Estás bien? —preguntó Alexander nada más abrir la puerta del dormitorio. Fue el primero en llegar. Estaba sofocado y algo angustiado. Su pelo estaba revuelto y sus ojos aún adormilados. No llevaba puesto el cabestrillo aunque sí se sostenía el brazo herido con la otra mano. Vestía un clásico pijama de cuadros que le había prestado Luis y unos calcetines blancos. Lo que le dijo a Ana el día que se conocieron de que solía dormir desnudo era del todo cierto, pero en aquella casa de la sierra madrileña no había calefacción y primaba más la intención de no pescar un buen resfriado que sus gustos personales.

—¡Lo tengo! ¡Lo tengo! —contestó eufórica blandiendo el folio con la sopa de letras en el que había seguido trabajando.

Torm, Luis y Teresa llegaron a la puerta de la habitación al mismo tiempo, a pesar de que Torm dormía en el cuarto de al lado y la pareja en la planta de abajo. Este venía somnoliento, con el edredón de la cama echado sobre la espalda, el pelo largo enmarañado y la barba alborotaba. Parecía el protagonista de esas películas de fantasía y aventuras que tanto le gustaban, aunque en vez de capa élfica lo que luciera fuese un cobertor nórdico floreado.

—¿Qué tienes? ¿El qué tienes?

—La solución. La contraseña para acceder a la información —respondió

a Luis con una amplia y satisfecha sonrisa.

Aquella era la noticia que todos estaban esperando escuchar desde hacía varios días. Por fin. Por fin la luz al final del túnel.

—Bajemos al salón y comprobemos que funciona —sugirió Torm ya totalmente espabilado.

Al encender el ordenador, introducir el *pendrive* y abrir la carpeta volvió a aparecer esa sopa de letras que tanta frustración les había generado y a su lado, las doce casillas en las que escribir las palabras correctas. Ana pasó a Torm el folio todo garabateado y con gran cantidad de tachaduras. Entre ellas, se distinguían doce líneas compuestas de tres letras cada una. Todas ellas aparentemente sin significado alguno.

—¿Y se supone que esto son las respuestas? —Torm manifestó su incredulidad.

Las miradas de Teresa, Luis y Alexander iban del papel al ordenador y del ordenador a Ana.

—Hombre de poca fe —proclamó ella—. Por favor, pásame el papel de nuevo. Con tanta emoción no me ha dado tiempo a poner las respuestas de manera que sean inteligibles —Ana estaba pletórica.

Cogió el lápiz que había encima de la mesa y empezó a sombrear algunos recuadros de la sopa de letras. Después junto a los doce grupos de tres letras fue escribiendo palabras.

A	P	B	D	G	N	U	R	W	P	V	R	C
O	I	L	B	R	V	U	Z	A	E	Z	D	S
T	G	I	V	D	B	O	V	L	O	R	R	G
E	R	A	H	L	I	X	Y	T	E	U	W	H
S	Y	P	J	Ñ	S	I	Z	S	T	C	G	J
S	X	Q	C	V	X	U	N	V	G	P	Q	S
G	S	E	G	N	L	D	U	L	H	Q	L	U
H	Y	B	I	T	B	O	M	J	O	T	D	Z
A	I	F	E	B	I	J	F	C	D	L	T	Ñ
K	S	E	C	Y	K	R	H	N	K	Y	O	B
I	A	L	W	I	S	R	X	C	T	U	T	S
S	X	Q	E	M	M	D	Ñ	F	Z	I	K	U
H	M	F	W	Y	T	C	K	D	O	C	Ñ	Z

3-2-4

BIO – BILBAO

NBO – NAIROBI

WLG – WELLINGTON

LAX – LOS ÁNGELES

VIE – VIENA



ATH – ATENAS  
BER – BERLÍN  
BKK – BANGKOK  
JNB – JOHANNESBURGO  
FLR – FLORENCIA  
IST – ESTAMBUL  
CCS – CARACAS

—Son códigos de identificación de aeropuertos —aclaró ante la mirada sorprendida de todos los que allí se encontraban.

—¿Se puede saber cómo has conseguido averiguar esto? —quiso saber un atónito Luis.

—No ha sido muy difícil. Bueno... quiero decir que sí ha sido difícil —rectificó ante el desconcierto de sus acompañantes— pero solo porque no hemos seguido las instrucciones que nos dejó Ayala. De haberlo hecho, hace días que ya tendríamos la solución.

—¿Instrucciones? —repitió Alexander desconcertado.

—Más o menos, sí, instrucciones. ¿Os habéis fijado en los números que aparecen debajo de la sopa de letras?

—3-2-4 —leyeron.

—¿Qué significan? —indagó Teresa.

—Tercera letra en horizontal, segunda letra en vertical y cuarta letra, de nuevo, en horizontal. Cogemos la tercera letra de la primera fila, después la segunda letra en vertical, la segunda que hay por debajo de la primera letra que hemos señalado y por último la cuarta letra de esa misma fila, contando a partir de la segunda letra señalada. ¿Lo veis?

—Sigo sin entender cómo has podido dar con la clave. ¿Cómo se te ha podido ocurrir que esos diminutos números querían decir algo? —replicó la mujer.

—Si estaban ahí sería por algo. De todas formas y aunque me gustaría que pensarais que tengo una mente prodigiosa, la verdad es que he llegado hasta aquí a base de hacer combinaciones de letras. Lo cierto es que me han quedado pocas, muy pocas por hacer. Muy a mi pesar no se debe a mi extrema inteligencia sino a mi persistencia —puntualizó sonrojada al sentir que se había convertido en el centro de atención. No llevaba muy bien lo de destacar y ser el objeto de todas las miradas.

—Vale, lo de la combinación de letras lo entiendo. ¿Pero y lo de saber

que esos grupos de letras correspondían a códigos de aeropuertos?

—Eso... Bueno... espero que no te enfades —dijo avergonzada mirando a su anfitriona—. He cogido tu móvil para buscar en Internet algunos de ellos. Me sonaban casi todos pero he tenido que comprobar varios, pero te juro que solo he cogido el móvil para eso y que no he mirado nada de lo que hay en él. Es que yo no tengo el mío y tampoco quería despertarte por si resultaba ser una falsa alarma —adujo algo sofocada.

—Ja ja... No te preocupes que te creo. Estás más colorada que un tomate. Seguro que de pequeña tu madre no tenía ningún problema para saber cuándo habías hecho algo malo —expresó provocando una sonrisa en los tres hombres.

—Pues vamos allá —intervino Torm, volviéndose a concentrar en la pantalla del ordenador.

Al introducir los nombres de las doce ciudades la carpeta se abrió. Decenas de folios en los que se podía leer un numeroso listado de nombres, de personas de diferentes nacionalidades que ostentaban reputados cargos, fechas y vínculos con HADES.

A pesar de que sus cabezas les decían que lo mejor que podían hacer era marcharse de nuevo a la cama, que en unas horas retomarían el asunto más descansados y sosegados, la inquietud por conocer más detalles era tan grande que todos, incluso el maltrecho Alexander, decidieron quedarse en el salón contemplando la pantalla del ordenador, leyendo lo que allí ponía e intentando asimilar la relación de unos hechos con otros, de unas personas con otras.

A Alexander hacía rato que se le veía afectado, pero ahora estaba pálido y con el rostro desencajado. Se levantó de la silla en la que estaba sentado y abatido subió lentamente las escaleras. A los pocos segundos, en el piso de arriba, se escuchó cómo se cerraba una puerta.

—¿Qué le pasa? Quizás tenga peor el hombro —Ana pensó que esa sería la causa. Ningún otro dijo nada—. Voy a ver qué le pasa.

—No, Ana. Déjalo tranquilo. Necesitará estar solo.

—¿Pero por qué? ¿Qué pasa?

—Mira la pantalla —le pidió Torm.

En la cabecera de uno de los documentos, tras el enunciado: «Los creadores de HADES», se leían cinco nombres. Subrayado y señalado con un círculo uno de los nombres, el del jefe supremo, según rezaba la aclaración que aparecía al lado.

—¿Qué quieres que mire? —preguntó Ana sin entender todavía qué era lo que pasaba.

—La otra noche, en la caseta de aperos, me preguntaste que quién era el abuelo de Alexander —Torm indicó el nombre que había sido señalado: Martin Hoffmann.

—¿Estás de broma? ¿Martin Hoffmann es su abuelo? ¿El abuelo de Alexander es el causante de todo esto? ¿El jefe de los que han intentado matarnos?

—El mismo, y el mismo que dio la orden para que asesinaran a la que fue mi esposa y a la que habría sido mi hija —contestó Luis descorazonado.

Ana cayó a plomo sobre el sofá. Aquello ya era demasiado.

—Pero... pero... pero, y Alexander... ¿cómo se ha metido en todo esto? —logró formular la pregunta tras varios intentos.

—Alexander no se parece al demente de su abuelo. No tiene nada que ver con él —lo defendió su amigo.

—Si para Fernando o para mí esta situación es difícil, no quiero ni imaginarme cómo debe ser para él —añadió Luis.

—Alexander no solo está luchando contra los miembros de una organización criminal, lo está haciendo contra su propia familia. Ese hombre lleva sobre sus espaldas la carga de las malas acciones de aquellos con los que comparte sangre. Por nada del mundo quisiera yo estar en su lugar —sentenció Teresa—. Es normal que esté afectado. Aunque ya lo supiera, el leer toda esta información y el que quede demostrado que es su abuelo el principal responsable de esta locura no es fácil de digerir.

—Me voy a mi cuarto —anunció Ana en cuanto pudo articular palabra—. Lo último que quiero es seguir leyendo. Por hoy ya sé suficiente.

Torm, Luis y Teresa se quedaron en el salón y continuaron indagando. Un par de páginas después, de nuevo, aparecían los nombres de los cinco creadores pero ahora acompañados de sus respectivas ocupaciones y alguna que otra explicación sobre el cambio de identidad de dos de ellos:

*H → Hoch, Moshe = Luis Alberto Acosta. Presidente del Banco Internacional Hispanoamericano. Buenos Aires.*

*A → Aarden, Gerolt Adolf Andreas = Martin Hoffmann. Cofundador del despacho de abogados Hoffmann &*

*Rohmer. Múnich.*

**D** → *Dubois, Marc-Olivier. Miembro del Consejo de Administración de la empresa farmacéutica France Pharma SA. Lyon.*

**E** → *Elliston, Arnold. Miembro del Partido Conservador y Unionista y Exsecretario de Estado para los Negocios. Londres.*

**S** → *Scott, Ethan Walter. Presidente y consejero delegado de HKW Broadcasting Corporation. Nueva York.*

*Moshe Hoch nació en Tel Aviv en 1955. Con solo cuatro años su familia se trasladó a Argentina, primero a la ciudad de Rosario, después a la de Córdoba y por último a Buenos Aires. Desde el año 1997 es presidente de uno de los bancos más importantes de Sudamérica: el Banco Internacional Hispanoamericano. Está casado con una croata de ascendencia judía y tiene cuatro hijos. Vive en la capital argentina desde 1978. Es hijo de Jakab Hoch, banquero húngaro de origen judío ya fallecido. El padre de Moshe llega a Argentina por primera vez en mayo de 1944, apenas dos meses después de que se produjera la ocupación de Hungría por parte de las fuerzas alemanas. Ante el creciente peligro que en esos momentos corría la comunidad judía del país, Jakab, acompañado de su mujer, dos de sus hijos, sus dos hermanas y su cuñado abandonan Hungría y ponen rumbo a Hispanoamérica. Aunque no ha podido ser confirmado —es la palabra de unos contra la de otros—, son varios los familiares directos de algunos de los*

judíos húngaros deportados y exterminados que acusan a Hoch de haber actuado maliciosamente contra su propio pueblo y de haber traicionado a muchos de los suyos a cambio de los pasajes, del dinero y de bienes suficientes como para establecerse en un nuevo continente y emprender una nueva vida. Al parecer y según la versión de los hermanos, hijos y nietos de los ejecutados —la historia de lo sucedido ha pasado de generación en generación—, días antes de salir de Budapest con dirección a la que sería su ciudad de acogida, Jakab Hoch se reunió en su propia casa con el cruel y sanguinario Otto Wilberg, el oficial alemán al mando del destacamento encargado de mantener la ciudad bajo control. Los asuntos que en dicho encuentro se trataron son una incógnita, sin embargo se sabe que cuatro días después de este, Hoch y su familia pudieron dejar, aparentemente sin grandes dificultades, la ciudad en la que habían vivido toda su vida —la inmensa mayoría de los judíos de Budapest se encontraban en esa época bajo vigilancia, siendo objeto de una fuerte represión e incluso muchos de ellos reclusos en campos de concentración y exterminio— y se encaminaron hacia su incierto y secreto destino. La misma noche que ellos se marchaban de la capital húngara para nunca más volver, muchos medio judíos y cuarterones de los que semanas antes poco o nada se sabía sobre sus orígenes fueron apresados y asesinados.

*Finalizada la Segunda Guerra Mundial, una vez creado*

*el Estado de Israel y tras nueve años en la ciudad de Mendoza, en 1953 Jakab Hoch decide trasladarse a Tel Aviv y en 1958, por motivos desconocidos, aunque bien podría tener que ver con la supuesta traición cometida en Budapest, a Hoch y su familia se les pierde la pista. Solo años después, un investigador privado de Tel Aviv contratado por familiares de los judíos ejecutados aquella fatídica noche en Budapest dio con el paradero del que podría ser Jakab Hoch, aunque ese ya no fuese el nombre del que había llegado a ser un importante y poderoso industrial de la ciudad de Rosario, Juan Miguel Acosta se hacía llamar, ni hubiera constancia de su pasado hebreo.*

*Es Jakab Hoch el encargado de diseñar y crear tan demencial organización criminal. Se valió de su posición y sus destacados contactos en el mundo financiero, político y empresarial para poner en funcionamiento su delirante plan: haría lo que tuviera que hacer para conseguir sus propósitos y no habría ni persona ni organismo que pudiera impedirle campar a sus anchas. Sería rico, muy rico, y el hombre más poderoso de cuantos hubieran pisado la Tierra. En varias ocasiones incluso llegó a comentar entre los miembros de su círculo más cercano que ese era su destino. Ese era su objetivo y ese sería también el de sus hijos, sus nietos, bisnietos y todos cuantos nacieran al amparo de su linaje. En 1991, tras el fallecimiento de su padre, Moshe entra a formar parte de HADES, en principio no como jefe superior de la organización sino como uno de*

los miembros fundadores —derecho este heredado por línea de sangre—, aunque es solo cuestión de tiempo que se haga con su dirección.

*Gerolt Adolf Andreas Aarden, es hijo de Alfred Andreas Aarden, político y alto cargo del Movimiento Nacional Socialista en los Países Bajos. Debido a su cercanía con el partido y pensamiento de Adolf Hitler, Alfred, al finalizar la Segunda Guerra Mundial y encontrarse de parte del bando perdedor, es ejecutado junto con otros miembros de su partido. Su mujer e hijos se desplazan a la ciudad alemana de Múnich en donde Aarden mantenía buenos contactos. Son estos los encargados de proporcionar a los recién llegados una nueva identidad. En cuanto pisa territorio alemán Gerolt Adolf Andreas Aarden pasa a llamarse oficialmente Martin Hoffmann. Este tras cursar los estudios de Derecho en la Ludwig-Maximilians entra a trabajar en el despacho de Bernd Rohmer. Años después Bernd y Martin crean el despacho de abogados que lleva sus nombres, el Hoffmann & Rohmer, el mismo que les ha reportado fama mundial y sustanciosos ingresos económicos.*

*Actualmente, al frente del despacho de abogados y tras la renuncia hace años de Karl Rohmer, hijo mayor de Bernd, se encuentran el hijo menor de Martin, Clemens Hoffmann y sus nietos Maximilian, hijo mayor del primogénito de Martin, y Fritz, hijo de Clemens.*

*En 1991, tras la muerte de Jakob Hoch, Martin*

*Hoffmann se convierte en el omnipotente cabecilla de la organización. Al igual que su predecesor está muy bien relacionado y fuertemente protegido. No solo él es un prestigioso profesional y miembro de las altas esferas de poder del país germano, sus nietos Sonja y Gregor Enrico, hijos de Clemens, son juez de la Corte Federal de Justicia y director adjunto de la petroquímica Walsf respectivamente, su nieta Leyna, hija menor del primogénito de Martin, Markus, ha seguido la estela política marcada por su padre y ya ostenta un puesto de gran relevancia dentro del partido político Unión Social Cristiana, y su hija Angela, tras enviudar de Claudius Ducke, su primer marido, se casó con Klaus Schult, uno de los máximos responsables policiales de la Oficina Federal de Investigación Criminal. Hasta el momento Martin Hoffmann ha sido intocable.*

Después de leer aquellas breves biografías, Luis fue el primero en hablar y lo hizo para mostrar su decepción por lo que de aquella información podía extraerse:

—Es sorprendente como la ambición, el dinero y el poder hacen tan extraños compañeros de viaje. Jakab Hoch era judío; quizás traicionase a los suyos... o quizás no. Pero en cualquier caso, era judío. Gerolt Adolf Andreas Aarden, ahora Martin Hoffmann, por su parte, era hijo de un alto cargo del Movimiento Nacional Socialista en los Países Bajos y defensor entusiasta del ideario de Adolf Hitler. Dos hombres que por su historia familiar bien podrían ser considerados enemigos acérrimos pero que sin embargo se unieron para hacer realidad semejante iniquidad —concluyó consternado.

La información biográfica de las otras tres personas era la misma que se podría encontrar navegando por la Red. En sus casos no había habido ningún cambio de identidad.

Continuaron leyendo nuevos datos. Varias decenas de nombres de miembros de HADES se aparecían ante ellos. Entre todas las identidades,



algunas de significativa relevancia y claramente identificables: la directora de la Agencia Nacional de Inteligencia Geoespacial de Estados Unidos, dos senadores, uno republicano y otro demócrata, también de Estados Unidos, un consejero delegado de una de las mayores empresas armamentísticas del planeta con sede en Houston, el director de la mayor empresa petrolera de Rusia, dos miembros de la familia real saudí, los presidentes de las mayores entidades bancarias de Reino Unido y España, un subsecretario de Estado de Italia, un ex presidente del Fondo Monetario Internacional, dos directivas de uno de los más influyentes grupos de comunicación del mundo con sedes en París, Nueva York y Tokio, una vicepresidenta ejecutiva de la mayor farmacéutica europea, el director ejecutivo de la segunda mejor compañía de *software* y tecnología de China, el presidente del mayor grupo de biotecnología molecular europeo con sede en Oslo y muchos socios fundadores de varios despachos de abogados ubicados en localizaciones tan dispares como Nueva Delhi, Melbourne, Vancouver, Estocolmo, Tel Aviv, Moscú, Dubái, Ciudad de México o Barcelona. En definitiva, decenas de desaprensivos a los que por fin podían poner cara.

—¿Os habéis fijado en que al parecer la organización se llama HADES porque es la palabra que se forma si se une la primera inicial del apellido de cada uno de los miembros fundadores? ¡Y yo que pensaba que tenía que ver con el nombre del dios griego del inframundo! —comentó Teresa.

—A buen seguro que también tiene que ver con eso. Sabiendo a lo que se dedican ese nombre les viene que ni pintado.

Mientras que en el salón Teresa y los otros dos hombres seguían digiriendo toda aquella información, en la planta de arriba Alexander y Ana yacían tumbados boca arriba en las camas de sus respectivos dormitorios. A ambos, aunque por diferentes motivos, les fue imposible volver a conciliar el sueño.

A las nueve de la mañana Ana estaba ya en pie; no había dormido nada pero no quería permanecer más rato en la habitación dándole vueltas a la cabeza, así que bajó a la cocina a prepararse un café bien cargado que atemperara la jaqueca con la que se había despertado. En la planta baja se encontraba ya Alexander. De los demás no había señal alguna; como hacía pocas horas que se habían acostado, casi con total seguridad seguirían durmiendo.

—Buenos días. ¿Qué tal? ¿Cómo te encuentras?

—Buenos días. Bien —contestó Alexander de forma escueta y seca.

—¿Has desayunado? Voy a prepararme un café, ¿quieres?

—No. Me marcho ya.

—¿Vas a salir? ¿Dónde vas?

—¡Es que ahora me vas a controlar! —espetó provocando que Ana intercambiara con él una lánguida mirada.

—Claro que no. No es control Alexander... Además, Fernando nos dijo que no saliéramos de la casa para no exponernos mucho a las miradas de otros. Nunca se sabe quién puede estar observando.

—Tú preocúpate por lo que tú haces. Yo sé cuidarme solo —añadió Alexander en un tono bastante áspero.

—Lo sé. Ya sé que sabes cuidarte solo... al menos cuando estás en buenas condiciones, pero sinceramente no creo que esta mañana ese sea el caso. Tienes cara de no haber dormido en toda la noche y te encuentras muy alterado.

—Ja-ja. ¡Esto sí que es bueno! ¡No, si todavía me dirás que te importo!  
—exclamó con cinismo.

—¡Pues sí, claro que me importas! Aunque en estos momentos no merezcas ni mi atención ni me preocupación. Te juro que ahora mismo te daría un buen bofetón para ver si entras en razón y dejas de comportarte como un majadero.

Las palabras de Ana surtieron el efecto deseado ya que Alexander suavizó el tono:

—Al final va a ser verdad lo que dice Torm —Ana no sabía a qué aludía—. Me refiero a que a veces es cierto que puedo ser bastante gilipollas. Lo siento. Me temo que no tengo muy buen día —adujo.

—¿Eso quiere decir que me vas a decir adónde vas?

—Solo voy a salir a dar una vuelta. Necesito despejarme un poco.

—¿Ves como no era tan difícil? —le lanzó una provocativa sonrisa.

—No, no lo era... —Alexander se dispuso a marcharse pero antes de salir por la puerta se dirigió de nuevo a ella—: ¿por qué me rechazaste la otra noche? —preguntó sin rodeos dejando a Ana descolocada.

—¿Eso es lo que hace que estés tan taciturno, tan abatido y tan hosco? —alcanzó a replicar ella.

—Bueno, que tu abuelo esté al frente de una organización criminal, que tú estés luchando por sacar a la luz todos sus tejemanejes, que estés a punto de hacer saltar por los aires a tu propia familia y que estés en peligro de muerte también ayuda bastante, la verdad —expresó él con ironía—. Lo de tu

rechazo solo ha ayudado a echar más leña al fuego, tampoco te creas tan importante —se burló.

—Me alegra saberlo. No quisiera ser yo la principal culpable de tu desdicha —dijo con sorna.

—¿Y bien? Estoy esperando una respuesta.

—¿A todas las que te han dado calabazas le has insistido tanto?

—A mí antes nadie me ha dado calabazas. Soy irresistible, ya te lo dije —aseguró con una socarrona sonrisa.

—Ja ja... Sí, sí... ¡Serás creído! ¿Tú no te marchabas ya? ¡Pues estás tardando!

—Dime por qué. La verdad, y no volveré a sacar el tema.

Tras unos segundos de significativo silencio, Ana retomó la conversación:

—Ya sé que suena a tópico pero... necesito tiempo para saber qué es lo que quiero. Los dos últimos años han sido bastante convulsos para mí: un despido de un trabajo que me gustaba y en el que me sentía a gusto, un cambio de ciudad, apuros económicos, una relación sentimental bastante complicada y una ruptura más que traumática, un par de crisis de ansiedad..., y el sentimiento constante de que no encajas en este mundo. Necesito hacerme con las riendas de mi vida y dejar de ir a la deriva y esto es algo que tengo que hacer yo sola. Sin injerencias de nada ni nadie.

—Siento que te haya ido mal —lo dijo sinceramente—. Aunque lo bueno de tocar fondo es que ya uno solo puede mejorar —trató de animarla—. Es el argumento más aplastante de cuantos me han dado a la hora de rechazarme y sin embargo el más esperanzador —declaró—; mi paciencia es infinita cuando se trata de conseguir lo que creo que puede hacerme más feliz —resolvió, para acto seguido salir de la casa con mejor predisposición.

No hacía ni cinco minutos que Alexander había salido cuando sonó por primera vez la triunfal melodía que Torm había puesto como tono de llamada en su teléfono móvil. Estaba encima de la mesa del salón y Ana en un principio decidió ignorarlo. Sin embargo, ante la insistencia de quien quiera que estuviese llamando optó por cogerlo —Torm seguía durmiendo y ella pensó que con casi total seguridad sería Fernando—. Al acercarse comprobó que quien llamaba era la hermana de Torm, Isabel, o al menos ese era el nombre que aparecía en la pequeña pantalla.

—¿Diga?

—José Antonio... ¿Y José Antonio? —preguntó una angustiada voz de

mujer.

—Eh... José Antonio, ¿es Torm?

—¿Dónde está? Que se ponga, es muy urgente. Dile que soy su hermana, que se ponga ya —la apremió.

Ana subió inmediatamente al piso de arriba con el teléfono de Torm en la mano. No sabía qué pasaba pero aquella mujer parecía estar muy asustada. Tras llamar a la puerta de la habitación, Ana entró y le entregó el móvil a su propietario. Después salió al pasillo deseando que no hubiera pasado nada grave.

Nada más bajar las escaleras se topó en el pasillo con Teresa, quien ya se había levantado. Apenas pudieron intercambiar algunas frases, todas ellas relacionadas con el reciente descubrimiento por parte de Ana del verdadero nombre de Torm, cuando este excesivamente nervioso y con el pánico reflejado en el rostro llegó hasta ellas.

—¿Qué ha pasado Torm? —preguntó Ana en cuanto se dio cuenta de su lamentable aspecto.

—Mi hermana... Mi hermana... ¡No, maldita sea! ¡Tienen a mi hermana! —consiguió proferir Torm antes de derrumbarse.

# Capítulo 27

*Múnich, domingo 1 de julio de 2001*

Después de que hubiera pasado ya algo más de un año de la muerte de su madre el estado anímico de Alexander había mejorado bastante. La enfermedad y posterior fallecimiento de Elena Vargas los había sumido en una enorme tristeza que solo el tiempo sería capaz de atenuar. Aunque cada miembro de la familia vivió tan trágico desenlace de modo diferente lo cierto es que este marcó y cambió la vida de todos ellos para siempre. Markus se refugió en su trabajo como miembro ejecutivo del partido político en el que había concentrado todos sus esfuerzos en los últimos diecisiete años, y si antes este le ocupaba bastante tiempo, ahora, a él dedicaba la mayor parte de las horas del día. Poco a poco se fue distanciando de sus hijos, pero también de su padre, hecho este que por otro lado le acabaría beneficiando. Entre los hermanos se habían creado dos bandos: Maximilian y Leyna, el primogénito y la benjamina, ambos cercanos a Martin Hoffmann, por un lado, y Alexander, Kerstin y Johannes por el otro. El abuelo, por su parte, era el que parecía estar menos afectado, cosa que en cualquier caso era del todo comprensible pues Elena nunca fue de su agrado.

Ese domingo no era un día cualquiera, tras llevar ya un tiempo sopesando los pros y los contras del asunto que le tenía quitado el sueño por fin había tomado una decisión. Tras una noche más prácticamente en vela llegó a la conclusión de que debía dejar de lamentarse y actuar. Hacía mucho que no se encontraba todo lo bien que debiera. Incluso antes de que a su madre le detectaran aquel virulento cáncer de colon que se la acabó llevando a la tumba en apenas unos meses, su ánimo estaba ya mermado, aunque por supuesto la muerte de su progenitora fue el golpe más doloroso y el que le acabó por dar la puntilla. Habían sido unos meses duros, muy duros, por tercera vez en su no muy larga vida —la primera vez fue cuando con solo catorce años desembarcó en Brighton y la segunda cuando un año después se vio obligado a volver en tan lamentables circunstancias al domicilio familiar, a Múnich— había sentido que el suelo se abría bajo sus pies y era tragado y conducido hasta el último confín conocido.

Estaba a punto de cumplir los veintitrés años y ya llevaba mucho vivido.

Poco o nada tenía su vida que ver con la de los demás chicos de su edad: excesivos temores y demasiadas perturbaciones en tan poco tiempo de existencia. ¿Qué no habría dado Alexander por haber podido cambiar el último golpe que el destino le había tenido reservado? Pero sea como fuere, ahora se encontraba mejor y decidido a salir adelante. Tenía la certeza de que su madre estaba allí arriba, observándolo. No podía volver a decepcionarla, ya lo había hecho en bastantes ocasiones y aunque sabía que los errores del pasado le habían sido perdonados, esta vez no le fallaría. Se lo había prometido antes de que se produjera el fatal desenlace. No le fallaría.

Estaba muy nervioso y expectante ante la más que previsible airada reacción de Martin pero ya lo había decidido y no había vuelta atrás, así que cuanto antes lo supiera su familia mejor para todos. Había citado a su padre y a su abuelo en el despacho de este último y cuando llegó ellos ya estaban allí, los dos sentados en el sofá y con una copa de buen vino en la mano. Mucho se temía Alexander que aquel Mosela de uva Riesling se les iba a acabar indigestando.

—A ver hijo, ¿qué es eso tan importante que nos tienes que contar? Que conociéndote, miedo me das —el tono empleado por Markus era bastante distendido.

—Bueno... a ver... es que... A ver...

—No irás a decirme que has conocido a una mujer del todo inconveniente y que encima la has dejado embarazada.

A juzgar por la furibunda mirada que Markus dirigió a su padre no le había gustado nada lo que no se sabía si era una gracia o un reproche. Alexander, por su parte, concentrado como estaba en encauzar la conversación no se percató del mal gusto del comentario.

—Bueno, es que yo... —Alexander no sabía cómo darles aquella noticia. Había practicado frente al espejo, pero una cosa era decirse a uno mismo las cosas y otra muy distinta verbalizar sus pensamientos cuando un escrutador y severo Martin Hoffmann no te quita ojo de encima—. Lo que quería decir —Alexander se aprovisionó del valor necesario para hacerlo de una vez por todas y del tirón— es que dejo los estudios de Derecho, que en dos días me marché de viaje y que tras el verano tengo pensado irme a vivir a España, en donde seguiré estudiando pero esta vez una carrera que a mí me guste.

Al sepulcral silencio que se hizo en la sala mientras Martin y Markus procesaban aquella información le siguió la extensa batería de preguntas que su padre le hizo, y a las que no dio tiempo material para responder, y la

encolerizada oposición de su abuelo. De hecho, Alexander nunca lo había visto tan fuera de sus casillas: improprios, espavientos, advertencias... Pensó que quizás cuando se calmaran podría dar las explicaciones que había previsto.

—Pero a ver Alexander, ¿tú has pensado bien lo que vas a hacer? — Markus intentó reconducir la conversación y calmar los ánimos.

—Sí.

—¿Que sí? ¿Que sí? ¡No eres más necio porque no puedes! —le espetó su abuelo.

—¡Padre! —gritó Markus—. ¿Puede dejar que se explique?

—¿Explicar el qué? ¿Qué tiene que explicar? Por qué una vez más hace todo lo posible para arruinar su futuro o el porqué de nuevo vuelve a renegar de su familia, ¿qué es según tú lo que tiene que explicar?

—Padre, Alexander ya no es ningún niño y puede tomar sus propias decisiones.

—¿Y a ti te parece bien? —voceó Martin.

—La decisión que ha tomado no, no me parece bien, pero como ya le he dicho eso es algo que solo depende de él.

—No cometas el mismo error que cometí yo contigo, Markus, no lo cometas —le advirtió. Markus no sabía muy bien a qué se refería pero algo le decía que ese error tenía mucho que ver con Elena. Al fin y al cabo ella fue la responsable de que él no siguiera a pies juntillas los pasos de su padre y de su hermano Clemens.

—Es que yo no quiero ser abogado, ni quiero trabajar en el bufete de la familia, ni quiero...

—¡Cállate! —le ordenó Martin—. ¿Cómo me he podido equivocar tanto contigo? ¿Cómo? —se lamentó—. Seré estúpido... Tú no mereces la confianza que he depositado en ti, ¡no mereces llevar mi apellido! —gritó.

Ante eso Alexander no supo qué contestar. Se quedó callado, cabizbajo, preguntándose si la decisión que había tomado era la acertada. Dudó. Quizás su abuelo tuviera razón, tal vez fuese un ingrato por no darse cuenta de la inmensa suerte que tenía por pertenecer a esa familia y un tonto por estar renunciando a un próspero porvenir.

Ni por asomo aquella conversación seguía por los derroteros que él hubiera querido marcar. Aquella situación se le había ido por completo de las manos. Sabía que iba a ser difícil pero esperaba al menos poder exponer sus argumentos. Sin embargo, Martin no atendería a razones y Markus... su

circumspecto rictus resultaba indescifrable. Resultaba imposible saber qué le estaba pasando por la cabeza en aquellos momentos.

—Alexander, déjanos solos. Tu abuelo y yo tenemos que aclarar algunos aspectos —Alexander se sorprendió al comprobar la determinación que mostraban sus palabras y gestos—. Cuando acabe de hablar con el abuelo iré a hablar contigo.

Alexander salió y cerró la puerta tras él. Simuló unos pasos para hacerles creer que se había marchado pero no se movió de detrás de la puerta. Sabía que no estaba bien escuchar las conversaciones ajenas pero aquella le afectaba de lleno, así que se creyó con derecho a escuchar lo que fuera que tuvieran que decirse. Además, ¿y qué si lo pillaban? ¿Acaso lo podían abroncar más de lo que ya lo habían hecho?

La gruesa puerta no permitía oír con nitidez lo que allí dentro se estaba tratando. Solo cuando alguno de los dos interlocutores levantaba la voz —ese momento solía coincidir con algún reproche— Alexander escuchaba con más precisión lo que se decía. Estaba perplejo, pensó que cuando él saliera del despacho su abuelo seguiría despellejándolo y que su padre, como casi siempre, no se inmiscuiría. No sabía si realmente estaba pasando lo que creía que estaba pasando o si por el contrario aquello solo era fruto de su imaginación y deseo, pero habría jurado que su padre lo estaba defendiendo, y además de una manera y con una firmeza que nunca le hubiera parecido posible. Era la primera vez que veía como su padre se enfrentaba a su abuelo. Era la primera vez, y lo estaba haciendo por él.

Tras unos minutos de acalorada discusión en la que por supuesto su abuelo dijo la última palabra, Markus salió del despacho y pese a lo acordado no fue a buscar a su hijo para hablar con él. No, en vez de eso salió de la casa, muy furioso a juzgar por el fuerte portazo que dio al salir. En cualquier caso mejor para él, tras el destemplado e inesperado final de conversación a duras penas había podido esconderse en el cuarto de al lado. Mejor no tener que explicar qué hacía metido en el trastero entre cajas apiladas, estanterías y productos de limpieza.

Durante ese día no volvió a ver a su abuelo. Se quedó encerrado en el despacho y hasta hizo que Angélica le llevara la comida allí. De su padre, por otro lado, no había ni rastro, a pesar de que había quedado en ayudar a Leyna con un trabajo de clase sobre política nacional.

Ante el enranciado aire que en esos momentos se respiraba en la mansión de los Hoffmann, Alexander decidió salir a dar una vuelta por ahí, el



Englischer Garten, aunque lejos de su casa, sería un buen lugar por el que pasear y en donde tranquilizarse. Le encantaba caminar por aquel inmenso parque, uno de los más extensos del mundo, más incluso que el cinematográfico Central Park de Nueva York o el Hyde Park de Londres, perderse por sus numerosas zonas ajardinadas y evadirse del mundanal ruido de la ciudad. Durante unas horas al menos le haría bien olvidarse del asunto que seguía candente sobre la mesa. Aquella guerra no había acabado, solo se había librado una batalla y a decir verdad resultaba difícil saber quién la había ganado, si es que realmente alguno de ellos resultó vencedor.

Sobre las diez de la noche Alexander llegó a casa. Leyna tenía un gigantesco enfado y nada más llegar le reprochó el que su padre no le hubiera ayudado con su trabajo. Según le dijo la había despachado con un: «Lo siento hija pero no tengo yo hoy la cabeza como para ocuparme de tus deberes de clase. Mañana, ¿vale?» y ella sabía que él era el culpable de que en casa ese día todos estuvieran tan raros; Johannes, por su parte, se encontraba en su cuarto viendo en la televisión una de sus series favoritas. Angélica le dijo que su abuelo seguía en su despacho, aunque le confirmó que por la tarde había salido de él acompañado de Kay Scheider y había permanecido fuera de la casa durante un par de horas, y que su padre había regresado sobre las ocho y que le había dejado encargado que en cuanto él apareciera le hiciese saber que lo esperaba en su estudio —este, a diferencia del de su abuelo, situado en la planta baja, en la última habitación del pasillo, la que daba a la parte posterior del jardín—. En aquel momento se alegró de que tanto Maximilian como Kerstin —la única que sabía de sus intenciones pues en cuanto tuvo claro la decisión que iba a tomar la telefoneó para decírselo— no estuvieran en la casa. Ellos habían sabido más que él, en cuanto tuvieron la oportunidad se marcharon de allí y aunque vivían en la misma ciudad y en el caso de su hermano mayor, en el mismo barrio, muy cerca por cierto de la casa familiar, al menos no tenían que lidiar a diario con el omnipresente Martin Hoffmann. Él debería haber hecho lo mismo, pero su situación nunca fue como la de sus hermanos, ellos no habían tenido varios episodios de ira incontrolable y habían propinado fuertes palizas a otros chicos, ni habían tenido problemas con las drogas, ni los habían expulsado de un elitista internado británico, ni habían salido malheridos tras sufrir una caída desde un andamio por ser unos inconscientes ni tantas otras cosas más. Al principio porque sus padres lo sobreprotegieron —especialmente Elena— y después porque no supo enfrentarse a la enfermedad y muerte de su madre de otra forma más que

quedándose allí. La cuestión es que nunca gozó de la independencia que Maximilian y Kerstin sí tenían.

Alexander se encaminó desganado hacia el despacho de su padre. Seguir dándole vueltas a la decisión que había tomado le apetecía tanto como que le clavaran alfileres bajo las uñas de los pies.

—Ya estás aquí —era más una corroboración que una pregunta—. Entra y siéntate. Tenemos que hablar.

—Mira papá ya sé que no me entendéis, pero...

—¿Estás seguro de lo que vas a hacer? —lo interrumpió su padre.

Alexander se encogió de hombros. Ojalá estuviera seguro de algo, pero no, no era el caso.

—No lo sé papá. Lo único cierto que tengo es que necesito un cambio, que tengo que salir de aquí y que no quiero seguir estudiando Derecho. Empecé estos estudios solo por daros gusto a vosotros, a ti, al abuelo, al tío Clemens... porque quería que estuviérais tan orgullosos de mí como lo estáis de Maximilian, pero yo no quiero trabajar en el bufete, no quiero. Yo no sirvo para eso.

Su padre lo miraba fijamente pero no decía nada. Lejos de agradecer aquel silencio este lo exasperaba.

—Mira papá sé que esta es una decepción más de tantas como te he dado, pero llevo tiempo pensándolo y aunque quizás me equivoque quiero ser yo el que decida qué quiero hacer con mi vida. No te pido siquiera que lo entiendas pero sí que por favor respetes mi decisión —sus ensayos frente al espejo estaban empezando a servir para algo—. ¿Sabes cuál fue una de las últimas cosas que me dijo mamá antes de morir? Que no dejara que nadie me dirigiera la vida, que intentara por todos los medios ser feliz porque esta vida es demasiado corta como para perder el tiempo en cosas que no nos satisfacen, que fuera valiente y que cogiera el toro por los cuernos, que...

Markus sonrió, aquella expresión tan española fue el motivo.

—Y yo le prometí que lo haría.

—Pues ya se sabe que las promesas hay que cumplirlas.

Alexander se acordó de la otra promesa, la que le había hecho a su abuelo años atrás, aquella de que sería un Hoffmann, de que se comportaría como tal. Aquella que acabó cayendo en saco roto porque se había dado cuenta de qué quería decir exactamente aquello de ser un Hoffmann: entre otras, hacer todo lo que su abuelo dispusiera, y porque chocaba frontalmente con la que le había hecho a su madre. Para él la más importante.

—Eres igual que tu madre —Markus miró a su hijo con una mezcla de ternura y admiración—. No te voy a mentir, no me parece mal que dejes los estudios de Derecho y que emprendas otros, en eso te entiendo perfectamente, ojalá yo me hubiera atrevido también a hacerlo —nunca antes había escuchado a su padre lamentarse por ello—, pero lo de irte a España no me hace tanta gracia, me gustaría que siguieras viviendo en Múnich, aunque tampoco voy a hacer nada por impedírtelo. Vas a tener todo mi apoyo. ¿Qué si no podría hacer? Tu madre nunca me perdonaría si hiciera otra cosa. ¿Sabes? Nunca he tenido el coraje necesario para enfrentarme a tu abuelo, ni siquiera cuando con sus palabras y su actitud humillaba y dañaba a tu madre. Ella siempre quiso alejarse de él pero yo no la dejé y ahora me arrepiento. No sé si de haberlo hecho todo hubiera sido mejor o peor, pero sin duda habría sido diferente. Éramos muy jóvenes cuando nos conocimos y cuando tu madre se quedó embarazada, yo tenía miedo a perder mi estilo de vida, las comodidades a las que estaba acostumbrado, el abuelo lo sabía y se aprovechó de eso, aunque no es culpa suya, fuimos nosotros los que permitimos que fuera así. Nunca debí dejar que tu madre soportara lo que tuvo que soportar y ella nunca debió haberlo soportado. Amor mal entendido... supongo —Alexander no daba crédito a la franqueza con la que su padre le hablaba—. Sé que no he sido ni el mejor marido ni el mejor padre pero quiero que sepas que quería a tu madre con toda mi alma, por mucho que el abuelo piense que solo fue un capricho —en su rostro se vislumbró el amago de una sonrisa triste— y de igual modo te quiero a ti y a tus hermanos. Lo que no hice por Elena lo pienso hacer por vosotros, por sus hijos. Se lo debo.

Alexander se levantó de la silla en la que había permanecido sentado y se acercó a su padre. El abrazo que se dieron fue el más conmovedor y sincero de los que algún día se dieron.

—Mereces poder tomar tus propias decisiones. Yo me alegraré siempre de tus aciertos y me entristeceré con tus fracasos, pero cuando estos últimos vengan, que vendrán porque así es la vida —se mostró del todo realista— aquí estaré para ayudarte a levantarte.

—Gracias papá.

Un nuevo abrazo y un fuerte beso sellaron aquel momento de complicidad entre padre e hijo.

Cuando Alexander ya salía del despacho con la moral por las nubes y una amplia sonrisa dibujada en su rostro se dirigió de nuevo a su padre:

—¿Y el abuelo?

—Por el abuelo no te preocupes.

—Pero estaba muy enfadado.

—Y seguramente lo siga estando. Y mucho me temo que cumpla algunas de sus amenazas —Markus se refería a la intención de Martin de desheredar y apartar de la familia a Alexander si este finalmente hacía lo que pretendía. Lo conocía lo suficiente como para saber que su padre no braveaba en balde, pero, ¿qué más daba ya? Afortunadamente las cosas habían cambiado y ahora ni él ni sus hijos dependían de su dinero.

## Capítulo 28

*Múnich, lunes 2 de julio de 2001*

Alexander se levantó muy contento, había dormido tranquilo y toda la noche del tirón. Ya no recordaba cuándo fue la última vez que lo hizo. En los dos últimos años ni una sola vez. Seguro.

Era su último día en la ciudad antes de su marcha —tenía previsto gastar parte de sus ahorros en un viaje de un mes y medio que lo llevaría por varios países europeos— y aún le quedaba mucho por hacer. No solo tenía que hacer la maleta y dedicar el tiempo que pudiera a pasarlo con su padre y hermanos —Leyna estaba en el instituto, Kerstin y Johannes en la universidad, su padre en el trabajo y Maximilian y su abuelo en el bufete supuso— sino que antes de irse quería también hacer algo que se le ocurrió a última hora de la noche anterior, después de hablar con su padre. Así que tras desayunar y charlar un rato con Angélica salió a la calle, cogió el metro y se dirigió a la céntrica Marienplatz. En una de las calles aledañas había un local que quería visitar antes de irse.

El Bayerische Tattoo se encontraba prácticamente vacío a esas horas de la mañana. Solo un chico veinteañero como él, rubio, alto y de aspecto muy cuidado estaba dentro del establecimiento. Estaba boca abajo y le estaban haciendo un monocromático tatuaje tribal sobre el gemelo derecho. Alexander tenía muy claro qué deseaba que le tatuaran, había llevado consigo incluso un dibujo impreso sobre ese motivo que había encontrado en Internet. Quería salir de aquel local con un tatuaje en la parte superior de la espalda de un ave fénix rodeado por un simbólico círculo, el pájaro con tinta de color negra y el círculo en azul celeste. Alexander no escogió este dibujo por casualidad, lo hizo por lo que representaba: el fénix era una emblemática y mitológica criatura que moría consumida por el fuego para luego resurgir de sus propias cenizas. Por ello lo eligió, como el fénix él también fue destruido y como él, también se regeneró. Los avatares del destino habían llegado a hundirlo en varias ocasiones pero logró sobreponerse, y esas malas experiencias habían hecho que ahora fuese más fuerte y valiente. Ese ave fénix serviría para recordarle de por vida la capacidad de adaptación y renovación que poseía.

Regresó a casa pasadas las doce del mediodía y se dirigió a la cocina. Estaba ansioso por descubrir qué comida tan especial era esa que Angélica había prometido hacerle. Aunque el desayuno había sido copioso, hacía ya unas horas de eso y comenzaba a tener hambre. En cuanto entró a la cocina y vio el demacrado rostro de la sirvienta supo que algo no iba bien.

—Alexander, tu abuelo está esperándote en su despacho. Ha dado orden de que en cuanto llegues te dirijas allí.

Se le acababa de atragantar el almuerzo, y eso que todavía no se había metido ni el primer bocado. Es más, ni siquiera sabía aún con qué magnífico plato pretendía deleitarle la afable Angélica.

Cuando llegó al despacho se sorprendió al encontrar allí también a Maximilian, que a esas horas debería estar trabajando en el bufete. En el rostro de ambos se apreciaba un iracundo gesto que no hacía presagiar nada bueno.

—¿Querías verme?

—Entra y cierra la puerta.

Hizo lo que su abuelo le ordenó de forma tan ruda. Martin estaba sentado detrás de la mesa, su hermano mayor en una de las butacas situadas frente a él y Alexander tomó asiento en la de al lado.

—¿Y bien? —Se esforzaba por aparentar tranquilidad pero no sabía si lo estaba consiguiendo. Su abuelo siempre le imponía pero en aquel momento dado la dureza de sus facciones lo hacía mucho más.

—A poco que me conozcas sabrás que no soy persona de segundas oportunidades. Contigo, una vez más, haré una excepción —le hizo saber—. Aunque esta mañana tu padre ya me ha informado de que sigues decidido a continuar con tus estúpidos planes, quiero volver a escucharlo. Ahora de ti.

—¿Qué es lo que quieres de mí abuelo? ¿Que te diga que sí, que he tomado una decisión y que voy a llevarla a cabo? Pues sí, sí, abuelo. Eso es lo que voy a hacer. Tampoco veo por qué hay que hacer tanto drama de esto. Estoy estudiando una carrera que yo no he elegido y que no me gusta y quiero poner remedio a esa circunstancia. Me quiero ir a España una temporada, sí, necesito cambiar de aires y me parece una buena idea irme allí, en donde por si no lo recuerdas, vive parte de mi familia —Alexander parecía hablar con gran determinación, aunque para nada la tuviera—. La verdad no creo que sea para que te lo tomes tan a la tremenda. No creo que sea tan difícil de entender. No me marché al fin del mundo. Estaré a menos de tres horas de avión —argumentó—. Y ya no soy ningún niño. No necesito que

decidáis por mí.

—Dos opciones Alexander, dos. Tú eliges, aquí y ahora, y lo que decidas será definitivo: seguir perteneciendo a los Hoffmann o salir de esta familia para siempre.

—¿Pero qué dices? —el muchacho no daba crédito a lo que acababa de escuchar—. ¿Te has vuelto loco?

—No voy a consentir que un niño estúpido me hable en esos términos —el tono empleado y el puñetazo que dio en la mesa fue suficiente para que Alexander se retrajera.

—Es que esto... esto es increíble. Llevas toda la vida haciéndome elegir entre ser un Hoffmann y cualquier otra cosa. Toda mi vida escuchando la misma cantinela y, ¿sabes qué abuelo?, todavía no sé a qué te refieres con ser un Hoffmann. Ser un Hoffmann, ¿consiste en hacer lo que tú quieras, en dejar que dirijas nuestras vidas según te venga en gana? porque eso es lo que has hecho con todos los que te rodeamos. ¿De verdad es tan malo que intente vivir mi vida? —levantó la voz al lanzar la pregunta.

Martin le obsequió con una fulminante mirada y una cínica sonrisa.

—Elige —intervino Maximilian.

«También mi hermano». Alexander estaba atónito.

—A ti no te ha dado nadie vela en este entierro, así que para empezar no sé ni siquiera qué haces tú aquí —respondió realmente molesto con la intromisión de Maximilian.

—¡Elige! —gritó el mayor de los hermanos.

Empezó a notar que le temblaba el labio inferior. Si aquello duraba mucho acabaría derrumbándose, así que hizo acopio de fuerzas y anunció:

—Al parecer ya he elegido, y mi decisión la conocéis desde ayer —no se dejó amilanar.

—Muy bien. Pues ya está todo claro —la expresión de Martin era más severa aún de lo que lo era antes y eso que Alexander hubiera apostado a que eso era imposible—. Mi paciencia tiene un límite y tú lo has desbordado por completo. Mañana saldrás de esta casa y no volverás a traspasar su puerta nunca más. Esta ya no es tu casa, ni tu familia. Así lo has querido, así va a ser.

La cara de Alexander se había tornado blanca como la leche. ¿Qué acababa de suceder allí? ¿Lo acababan de echar de casa? ¿Lo habían expulsado de la familia Hoffmann? ¿Cómo? ¿Por qué?

—Ah, y a partir de mañana esta familia te agradecería también que

comenzaras con los trámites para hacer desaparecer el apellido Hoffmann de tu nombre. No me obligues a tener que despojarte de él por las malas.

«¿Eso también? ¿Eso se puede hacer? —se preguntó—. Seguramente Martin Hoffmann sí, sí que lo puede hacer», pensó.

Cuando aún no había podido reaccionar, alguien tocó a la puerta y sin esperar respuesta abrió.

—Señor Hoffmann la mercancía está... —Kay Scheider dejó la frase inconclusa al darse cuenta de la expresión de alerta en el rostro de Martin—. Lo siento señor, no sabía que estaba ocupado —se disculpó cuando reparó en la presencia de Alexander—. Solo quería informarle de que debería ocuparse de algunos asuntos relacionados con... con el caso de Afganistán —concluyó.

Martin y Maximilian se dirigieron a la puerta del despacho y Alexander se quedó allí intentando asimilar lo que segundos antes había pasado allí dentro. Antes de salir Maximilian se volvió hacia su hermano y le dijo:

—Y el abuelo pensaba que eras merecedor de ser su sucesor —expresó con mordacidad—. Ja ja... ¡Qué equivocado estaba! Eres un grandísimo idiota. Tú solito te has buscado lo que te pase a partir de ahora. ¡Imbécil! —le espetó con desprecio justo en el momento en el que atravesaba el umbral de la puerta y salía al pasillo.

Alexander, sentado en aquella butaca, con la mirada perdida, seguía sin poder mover un músculo. Le hubiera gustado salir de allí a toda prisa y perder cuanto antes aquel despacho de vista, pero no podía. Estaba paralizado.

A los pocos minutos —fueron minutos aunque de haberle preguntado a él no hubiera sabido contestar cuánto tiempo llevaba anclado a aquella silla —, Angélica se asomó a la habitación, la puerta estaba abierta y estaba preocupada por el muchacho, sabía que las cosas no andaban muy bien desde el día anterior y que aquello, se tratase de lo que se tratase, lejos de ir a mejor empeoraba por momentos.

—Alexander... Alexander, ¿estás bien muchacho?

Alexander no contestó, estaba abstraído con lo que fuera que le estuviera pasando por la cabeza.

—Alexander —Angélica se acercó a él y al ver el estado de *shock* en el que se encontraba lo rodeó con sus brazos y lo abrazó como en tantas otras ocasiones había hecho.

—¿Por qué se ha ido? ¿Por qué? —Angélica no sabía a qué se refería—.



¿Por qué se la ha tenido que llevar a ella? ¿Por qué ella? ¿Por qué? — Alexander hablaba para sí más que para su interlocutora. Se refería a su madre. Ni la había olvidado ni la olvidaría jamás, pero en esos momentos la recordaba mucho más, la necesitaba junto a él, pues sabía que de haber estado viva ella nunca hubiera permitido que sucediera lo que acababa de suceder.

Tras diez o quince minutos abrazados, Angélica retomó la conversación: —¿Qué ha pasado Alexander? ¿Qué ha hecho ahora ese viejo del demonio? —le hablaba con gran ternura.

Alexander no era muy abierto en cuanto a cuestiones personales se trataba, pero necesitaba desahogarse con alguien y qué mejor que hacerlo con Angélica. La mujer que casi lo había criado a duras penas podía creer lo que este le estaba contando.

—Vamos hijo, vámonos abajo, que necesitas reponer fuerzas. Además te he preparado tu plato favorito: asado de cerdo con ensalada de patatas y chucrut y de postre strudel de manzana que he ido a comprar esta mañana especialmente para ti —intentó animarlo.

—Baja tú. Luego iré yo.

—Está bien. Pero no voy a permitir que te quedes sin comerte un buen plato de lo que te he cocinado, ¿eh?

—Ahora bajo, de verdad.

—Bien —Angélica lo miró con compasión—. Alexander, mírame —le pidió—. A tu abuelo se le pasará el enfado, no te preocupes —la mujer sabía que eso no iba a pasar pero aquel chico en aquellos momentos necesitaba poder aferrarse a la esperanza de que iba a ser así—. Ya sabes cómo es tu abuelo, así que no te preocupes. Además tu padre no dejará que te aparte de ellos.

A Alexander le hubiera gustado creerla, pero sabía que solo se lo decía para animarlo.

—Y en cualquier caso, es verdad que podría echarte de aquí pero nunca podrá hacer que te alejes de tu padre y de tus hermanos. Ellos son tu familia y tu abuelo no puede hacer que eso cambie —lo confortó—. ¿De acuerdo?

Alexander asintió.

Angélica se marchó y él aún se quedó un rato allí sentado, mirando por la ventana, pero ahora ya no con la mirada perdida, sino recreándose con las magníficas vistas a la parte delantera del jardín y a la arbolada calle junto al canal. Echaría de menos aquellas vistas si como suponía su abuelo cumplía su amenaza.

Cuando estaba a punto de levantarse y salir de la habitación reparó en un detalle que le llamó la atención. De dentro de la antigua chimenea de mármol e hierro que Martin hizo instalar en aquella habitación y que nunca había utilizado, al menos, no le ha habido dado el uso que cabía esperar —en una casa con calefacción central tampoco tenía mucho sentido hacerlo— asomaba lo que parecía un trozo de papel. Alexander se acercó y pudo comprobar que se trataba de la esquina de un folio amarillento. Abrió la puerta y se sorprendió al darse cuenta de que el folio no se encontraba pillado entre la puerta acristalada y la pared interna de la chimenea. El papel sobresalía por la pequeña ranura de esa pared interior. Era como si la chimenea tuviera un trasfondo, un compartimento no apreciable a simple vista. Tiró suavemente del pequeño trozo de papel con intención de liberarlo pero no pudo hacerlo, no al menos sin romperlo.

«¡Qué raro! ¿Esto qué es? Si ha entrado tiene que poder salir», pensó mientras seguía intentando extraerlo.

Tras un pequeño lapso de tiempo durante el que estuvo palpando la superficie de la chimenea un pequeño ruido apenas audible hizo que se detuviera. Debía haber activado algún mecanismo porque con gran estupor Alexander asistió a la apertura de la pared metálica. Tras ella apareció una nueva división y dentro de la misma multitud de documentos organizados en varios cartapacios.

«Una caja fuerte», se dijo. Sabía que en la casa había varias e incluso el abuelo disponía de una de ellas en su propio dormitorio, dentro del armario de su vestidor. Se lo había dicho Leyna el día que lo averiguó. Cuando eso era pequeña y le gustaba esconderse en los lugares más inapropiados, aquel día se escondió bajo la cama del abuelo y cuando este la abrió sin advertir su presencia, ella lo vio.

«¿Pero aquí? ¿En la chimenea? —se preguntó desconcertado—. Yo pensaba que en las cajas fuertes se guardaba dinero y joyas. ¿Por qué custodiar con tantísimo celo simples papeles?».

En ese momento, desde la planta baja, Angélica lo llamó para advertirle de que tenía el plato en la mesa y de que si no se apresuraba se le iba a enfriar. Solo le había dado tiempo a coger el folio que había quedado atrapado entre el espacio secreto y la pared de la chimenea. En él se leían algunos nombres, algunos de los cuales resultaban difícilmente pronunciables y al lado de ellos una sucesión de cifras expresadas en marcos alemanes y dólares. Alexander supuso que debía tratarse de algo relacionado con el

bufete, ¿qué si no? Quizás documentación relacionada con clientes de este. Temiendo que Angélica subiera y lo pillara con las manos en la masa decidió dejarlo en donde lo había encontrado e ir a almorzar. Si bien, ni mucho menos estaba dispuesto a pasar por alto aquel hallazgo, ya buscaría la ocasión para volver a entrar al despacho y seguir hojeando aquellos documentos. Palpó de nuevo toda la superficie interna y externa de la chimenea con la intención de hacer que la pared se cerrara de igual modo que había sido abierta, e incluso buscando a conciencia tardó en hallar el pequeño botoncito que incrustado en la base de la estructura de mármol, pegando al rodapié de la pared, permitía poner en funcionamiento el proceso de apertura y cierre. Lo volvió a pulsar y el departamento secreto quedó de nuevo oculto al ojo humano. Cerró la puerta acristalada de la chimenea y salió del despacho cerrando la puerta de este tras de sí.

—Angélica, ¿me podrías hacer un favor? —le dijo Alexander nada más llegar a la cocina.

—Si está en mi mano...

—Me gustaría que llamaras al abuelo con cualquier excusa, no sé... invéntate algo sobre algo relacionado con la casa que necesites consultar con él y pregúntale como sin venir al caso si va a estar mucho rato fuera.

Angélica puso cara de no entender nada.

—Es que después de lo que ha pasado esta mañana no me apetece tener que encontrármelo de nuevo. No al menos hasta que mi padre vuelva. Así si sé que va a estar fuera un buen rato puedo estar más despreocupado y si viene pronto pues ya sé que tengo que quedarme en mi cuarto para no cruzarme con él —adujo esperando que Angélica no notara que estaba mintiendo tan descaradamente, pues aunque era cierto que no deseaba ver a su abuelo en un buen rato esa no era su principal motivación para pedir ese favor, sino que lo que pretendía en realidad era saber si disponía o no del tiempo suficiente como para echarle un vistazo a los papeles que había encontrado.

—Está bien, ya me inventaré algo —accedió—, pero tú ahora, ¡come! —le exigió mientras señalaba el plato que tenía puesto en la mesa.

—¡Claro! Gracias, ¡eres la mejor! —exclamó haciendo sonreír a la mujer.

Aunque su impaciencia lo forzaba a comer atropelladamente se obligó a aparentar tranquilidad. No quería que nadie sospechara que estaba a punto de registrar el pequeño habitáculo secreto de su abuelo. Si lo pillaban se le caería el pelo. Bueno, o no... lo acababan de echar de casa y de desterrar de la

familia Hoffmann, ya tampoco había mucho margen para seguir haciéndole daño, pero en cualquier caso, mejor que nadie lo supiera.

Sabía que aún faltaban como mínimo un par de horas para que Leyna y Johannes regresaran, su padre lo haría mucho más tarde y el abuelo...

—Me ha dicho que no lo esperemos al menos hasta la hora de la cena, que tiene asuntos importantes que atender —confirmó Angélica.

—¡Bien! —se alegró—. ¿Y qué excusa le has puesto para justificar tu llamada y la pregunta?

—Ja ja... dado la forma en la que me ha contestado creo que una que no le ha parecido lo suficientemente importante como para haber osado molestarle —Angélica le guiñó un ojo.

—¡Qué raro! —ironizó Alexander—. Gracias por todo Angélica —su voz sonó firme y grave.

Angélica sabía que aquel *todo* encerraba mucho más que un simple agradecimiento por ese favor.

—Lo que necesites hijo. Ya lo sabes.

Alexander asintió agradecido.

Cuando ya salía de la cocina, Angélica le recordó:

—Alexander, nadie puede sacarte de esta familia. No lo olvides.

—Nadie lo va a hacer —decidió, y su rostro se ensombreció.

Le dijo a Angélica que estaría en su cuarto preparando la maleta pero a donde Alexander se dirigió realmente fue al despacho de Martin, aunque no sin antes pasar por la habitación de Johannes para coger prestada la Fujifilm Finepix S1 Pro, su carísima y recientemente adquirida cámara fotográfica digital con tarjeta de memoria; cámara solo apta para los bolsillos más acaudalados, como los de Markus, pues fue él quien se la regaló tras meses de insistentes súplicas.

Normalmente cuando Martin no se encontraba en su despacho este permanecía cerrado a cal y canto —ni siquiera el servicio podía entrar a limpiarlo si él no estaba presente— pero ese día por lo extraordinario de las circunstancias había quedado abierto. Ciertamente era que la puerta estaba cerrada, el propio Alexander la cerró al salir, pero no tenía la llave echada, así que podía volver a acceder a su interior cuando quisiera.

Entró al que era considerado el recinto sagrado de su abuelo y cerró la puerta. Disponía de tiempo suficiente como para fotografiar aquellos folios. Si le hubieran preguntado por qué lo estaba haciendo, Alexander no hubiera sabido qué responder y estaría además siendo del todo sincero. No sabía por

qué se había colado allí a hurtadillas y por qué estaba husmeando entre las cosas del abuelo. No lo sabía, pero la cuestión es que lo estaba haciendo.

Como antes, al presionar aquel pequeño pulsador el compartimento quedó a la vista. Cogió primero la decena de folios que se encontraban amontonados fuera de las carpetas y los fotografió. Como el primero que ya había visto, en estos también aparecía una sucesión de nombres de personas acompañados de unas cifras. Los leyó pero no le decían nada, como imaginaba se trataría de asuntos relacionados con el trabajo de su abuelo. Después cogió la primera carpeta y le llamó la atención el nombre: H.A.D.E.S. y la imagen que había en ella, era como una letra efe — Alexander no lo sabía pero se trataba en realidad de la runa Fehu, la que representa el poder, la opulencia y la abundancia material. Eso sí, HADES se la apropió tergiversando su significado y utilizándola a su interés—, sobre la que se enroscaba una serpiente —en muchas culturas símbolo de sabiduría y eternidad— y arriba de ellas aparecía una corona —representaba autoridad y de nuevo, poder—. Bajo este distintivo, una frase: «Para quienes ambicionan el poder, no existe una vía media entre la cumbre y el precipicio». Eso tampoco lo sabía Alexander en aquel momento, pero esa frase no había sido invención de su abuelo sino que esta le era atribuida al historiador, escritor, senador y cónsul romano Cornelius Tacitus.

Alexander comprobó que todas las carpetas tenían el mismo emblema.

Durante un buen rato estuvo fotografiando la documentación que fue encontrando. No le prestó mucha atención, ya tendría tiempo de escudriñarla con más calma cuando tuviera las fotos en su ordenador. Sin embargo, sí se topó con una información que atrajo su interés. Desde luego no por la descuidada letra con la que había sido escrita sino por las llamativas anotaciones a mano que alguien había hecho en ella y que contrastaban claramente con la escritura del texto inicial. Aquellas apreciaciones sí parecían haber sido redactadas por su abuelo. Sí, sí era suya, esa inclinada letra m mayúscula en la palabra máxima no dejaba lugar a dudas.

Alexander leyó:

### *Informe 8-mayo-1992*

*Mariola Sáez de la Peña. Nacida en Alcalá de Henares el 12 de febrero de 1963 (Madrid, España). La menor de cinco hermanos. Familia de clase media-alta. Desde hace*

*cuatro años trabaja como periodista de la revista Crónica Investigación de Madrid. Lleva tres años y medio casada con Luis Diéguez Osorio, profesor del Departamento de Antropología Social de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la Universidad Complutense. Sin hijos aunque en estos momentos se encuentra en estado de gestación. Domicilio en calle General Ricardos, en el distrito de Carabanchel.*

*Ha trabajado en varias investigaciones, la mayoría de ellas de gran repercusión. Entre las más importantes: caso «Pagu» (investigación de delitos medioambientales cometidos por la empresa del promotor inmobiliario Ramón Pagudo Miramar), caso «Montoya» (investigación de cobro de sobresueldos por parte de Juan Antonio Montoya Rey, exmiembro de la corporación municipal de Ávila y adscrito al partido político CDS), caso «Recalificación» (investigación de varias recalificaciones de suelo quemado en incendios provocados y adquiridos por la constructora Almorar, S.A.); caso «La imperial» (investigación sobre una red de prostitución de menores que tenía como principales clientes a empresarios y políticos).*

*Implicada en la investigación de otros casos menores sobre infracciones ambientales, estafas y fraudes económicos.*

*Desde hace unos cinco meses viene llevando a cabo una investigación sobre la actividad secundaria de la clínica*

*madrileña Evolution, uno de los centros de los que es socio el señor Pablo Blanch Aguado* —un miembro de HADES aunque eso en el informe no fuese especificado.

*Según nos confirmó él mismo, el enfermero Simón Álvarez Soto fue quien informó a la periodista sobre las prácticas realizadas en la clínica* —en el documento tampoco se hacía referencia a que este desapareció cierto día en el trayecto entre su centro de trabajo y su domicilio, a apenas tres kilómetros de distancia, y que desde entonces la familia, además de poner la pertinente denuncia por desaparición, había empapelado toda la ciudad y municipios limítrofes con carteles en los que habían estampado su foto y un número de teléfono al que llamar si alguien tenía información al respecto. ¿Para qué pormenorizar? Si Martin sabía ya perfectamente quién era y qué había sido de él.

*A día de hoy no sabemos cómo ha podido establecer relación entre Evolution y HADES. Seguimos trabajando en esto. Está bajo vigilancia y tenemos el teléfono de la redacción pinchado y el lunes, sin falta, lo estará también el de su propio domicilio.*

Anotado por su abuelo varias palabras y alguna frase: «¿Quién?», «¿Cómo?» y «¡Máxima prioridad!» junto a la frase: «No sabemos cómo ha podido establecer relación entre Evolution y HADES» y al final del todo: «H. en peligro. Actuación urgente».

Kay Scheider, un jovencísimo Kay Scheider era el artífice de ese informe, aunque eso, al no estar identificado el autor, Alexander no lo supiera. Lo que Kay había obviado en el mismo era comunicar a Martin que se había saltado el protocolo de actuación marcado para estas situaciones. Si Martin Hoffmann se llegara a enterar de que había dejado pruebas seguramente acabaría como acabó uno de los anteriores trabajadores de HADES: ejecutado de un tiro en la cabeza y enterrado en un denso bosque, aislado y poco frecuentado. Al fin y al cabo él había hecho con Mariola lo que el otro hizo con otro de los objetivos de la organización. Había cometido la torpeza de enviarle unos anónimos amenazantes en los que le instaba a que abandonara aquella investigación. Era la primera vez que lo hacía. Nunca

antes cuestionó una orden, pero lo de aquella mujer era diferente. Estaba embarazada y a él a pesar de tener pocos escrúpulos, algunos le quedaban. No quería tener que deshacerse de un no nato. No quería matar a una mujer en cuyo vientre la vida se abría camino. No quería que eso pasara. No quería ser él quien lo hiciera.

Como aquel informe había muchos más, todos en la misma carpeta. Alexander siguió fotografiándolos.

¿Pero qué hacía el siempre calculador Martin Hoffmann con aquella información? ¿Para qué guardarla? ¿Por qué no la había destruido? No permitía ninguna actuación en sus subordinados que pudiera inculparles y sin embargo él conservaba aquella documentación tan incriminatoria. ¡Quién sabe!, quizás solo se creyó tan a salvo que nunca pensó que su imprudencia llegara a tener consecuencias. Pero las tuvo.

Mucho antes de lo debido Leyna regresó a casa. La escuchó hablar — más bien discutir— con Angélica. No disponía de mucho más tiempo. Si Angélica lo pillaba allí no pasaría nada, confiaba en ella, pero Leyna... Su hermana no sabía mantener la boca cerrada. No podía arriesgarse así que se apresuró a fotografiar los últimos folios que quedaban en esa carpeta. Después dejó todo en su sitio, tal y como se suponía que debía estar. Se acercó a la puerta del despacho y muy lentamente para evitar hacer ruido alguno la abrió. Miró por la rendija de la puerta y cuando se supo salvado salió al pasillo cerrando la puerta tras él. Cuando se encaminaba hacia su cuarto, una chillona voz lo sobresaltó:

—Alexander, ¿qué haces? ¿Por qué tienes la cámara de fotos de Johannes?

—Ah, hola, Leyna. Hoy has venido más pronto. ¿No has ido a clase de piano? —Alexander intentó ganar tiempo para inventar una excusa.

—Hoy no tengo clase. La profesora está enferma.

—Ajá, vale —dijo él mientras seguía pasillo adelante en busca de las escaleras para subir a la buhardilla, en donde se localizaba su dormitorio.

—¿Qué haces con la cámara de Johannes? ¿Se la has quitado? Porque él no se la deja a nadie —aseguró.

—Solo se la he cogido prestada porque quería hacer unas fotos, solo eso.

—¿Y qué has fotografiado? —Leyna continuaba insistiendo.

—Nada que te importe. Déjame en paz.

—Pues se lo voy a decir a Johannes y ya verás.

—Está bien —transigió—. Si te lo digo me prometes que no le vas a



decir nada.

—Vale —aceptó ella.

—Hay un nido en uno de los árboles del jardín y he estado fotografiándolo. Son gorriones, ¿quieres verlos? —fue la primera clase de pájaro que le vino a la cabeza.

—Puaj. ¡Ni se te ocurra!

Al final había conseguido deshacerse de su hermana. Después de todo había estado rápido. Sabía que su hermana tenía una gran aversión a todo ser viviente que tuviera plumas. Al parecer todavía no había olvidado su nefasta experiencia con un pavo durante una excursión del colegio a una granja cuando era pequeña.

—Bueno, como quieras. Me voy a mi cuarto que estoy ocupado.

Media hora después ya había traspasado todas las fotografías de la cámara a su ordenador. Las borró de la tarjeta de memoria de la cámara digital y las guardó en un CD-ROM, ya tendría tiempo de mirarlas con más detenimiento. Por último, devolvió la cámara a su sitio.

Ahora sí, había llegado la hora de hacer la maleta.

# Capítulo 29

*Madrid, sábado 9 de noviembre de 2002*

Había ido a cenar algo a un bar cercano a la frecuentada Plaza Mayor. El lugar se lo habían recomendado los chicos que atendían uno de los stands que había visitado ese día en la feria internacional de tecnología que se estaba celebrando en la capital. Le dijeron que era de lo mejor que podría encontrar por la zona centro. Un bar con precios más que asequibles y cocina casera. Sin una gran carta ni mucha variedad, pero con comida de calidad y ambiente tranquilo. Eso le habían asegurado, y era verdad, o al menos era verdad el resto de días del año.

Cuando llegó no había sitio para sentarse así que decidió quedarse en la barra. Estaba solo, así que tampoco necesitaba mucho más que un hueco en aquel añejo mostrador metálico. Efectivamente, el bar parecía ser un lugar acogedor y apacible. De música de fondo se escuchaba la canción *Sin ti no soy nada* de Amaral y la mayoría de los clientes eran gente de su edad o algo más mayores. Pidió una cerveza, no sin especificarle al camarero que quería que fuese nacional y que estuviera bien fría. De comida quería unos huevos rotos y un bocadillo de calamares pues como le habían recomendado, no podía irse de Madrid sin haber probado el más típico de sus bocadillos, el de calamares. Él era de buen comer y aquella era su segunda y última noche en la capital, así que tenía que aprovechar.

A las diez y media de la noche ya había engullido el colmado plato de huevos rotos que le sirvieron. Pidió una nueva cerveza —el tercer tercio que le servirían—, puesto que todavía tenía que dar cuenta del bocadillo y hacerlo a palo seco no era opción que hubiese contemplado. Cuando apenas le había dado unos bocados, tres jóvenes, seguramente varios años más jóvenes que él, entraron en el local. Aunque sin poder afirmarlo con certeza, su indumentaria pseudo militar: botas, pantalones vaqueros ajustados y rabicortos y chaqueta *bomber* y su pelo rapado, no dejaban lugar a mucha duda, mucho se equivocaba si aquellos tres no formaban parte de un grupo de cabezas rapadas, todavía tan de moda en ese año, aunque ya no tanto como en la década anterior.

Los tres chicos se acomodaron en la barra, en la parte que quedaba más

cerca de la puerta de entrada y enseguida se fijaron en él, su pelo largo recogido en una coleta y su poblada y desordenada barba no les pasaron desapercibidas, y por lo visto tampoco ayudó el pañuelo palestino que llevaba al cuello y que para más inri ni siquiera era especialmente de su gusto —se lo había regalado su hermana y se lo había colocado, pero no porque le gustara sino porque era el único que tenía y en Madrid, en noviembre, hacía frío—. Aún tenía media la cerveza y le quedaba un buen trozo de bocadillo en el plato cuando llegaron los primeros insultos. Primero desde el lugar en el que se hallaban, después, cuando lo rodearon, desde más cerca, desde mucho más cerca. Al ultraje se añadieron los empujones que lo obligaron a bajarse de la silla y a permanecer, intimidado, de pie, mientras veía como una noche que discurría de forma agradable estaba a punto de tornar en una pesadilla. Muy asustado pidió a los chicos que lo dejaran tranquilo, les dijo que se iría del bar y que no volverían a verlo. Cuanto mayor énfasis ponía en intentar calmar los ánimos de aquellos que se comportaban como miembros de una jauría, mayores los empujones a los que lo sometían. Incluso el dueño del establecimiento intentó razonar con los chicos para que se marcharan y así todos pudieran acabar la fiesta en paz. Sin embargo, no eran estas precisamente sus intenciones.

—¿Por qué no lo dejáis en paz? No os ha hecho nada. Y además sois tres contra uno —se inmiscuyó el único joven que quedaba sentado en la barra.

—¿Y tú quién eres? ¿Eh? ¿Quién te crees que eres? —preguntó con mucha chulería uno de ellos mientras se aproximaba a él y le propinaba una colleja.

—El que te va a partir la cara como me vuelvas a tocar —contestó el chico desafiante.

Las risas nerviosas de los tres chicos sonaron fuertemente en un bar en el que los clientes temían hasta respirar. Todos debieron pensar que ese no era su día, que se encontraban en el lugar equivocado en el momento equivocado. El dueño volvió a pedirles, les rogó más bien, que por favor se marcharan, pero de nuevo su petición estaba lejos de ser atendida.

—Mira, maricón de mierda, antes pensábamos pegarle al asqueroso ese de ahí —Lo señaló con su tatuado dedo índice—, pero ahora tú vas a ocupar su lugar. Por listo, por ser tan bocazas, ¿te enteras? —lo amenazó a pocos centímetros de su cara.

—¿Y me vas a pegar tú solo? ¿O como eres tan cagado lo vais a hacer los tres a la vez? —Se levantó de la silla y se puso en posición defensiva.

Aquello fue el detonante de lo que se estaba viendo venir desde que los tres muchachos entraran por la puerta, aunque el resultado no fue ni mucho menos el que ellos esperaban. Antes de que pudieran asestarle un solo golpe, los dejó tirados en el suelo, doloridos, bastante doloridos. Lo cierto es que solo tuvo que encargarse de dos, el tercero cayó al darle uno de sus propios compañeros un fuerte puñetazo en la cara, y que aunque por supuesto ese no era su destino ahí fue exactamente donde acabó.

—¡Vámonos de aquí, anda! —se dirigió al chico del pañuelo palestino—. A ver si va a haber más como estos cerca y vamos a acabar molidos a palos.

Los dos jóvenes salieron a toda prisa del bar. Anduvieron rápidos hasta llegar a la calle Gran Vía y ahí a la altura del edificio Telefónica decidieron parar.

—¡Madre mía, tío, qué pasada! ¿Cómo has hecho eso? Bum... bum... bum —Imitó con las manos y las piernas los golpes que su interlocutor había endosado a sus intimidadores—. ¡Ha sido impresionante! ¿Eres ninja?

—¿Ninja? —repitió divertido ya que le había hecho gracia el calificativo—. Bueno, no exactamente, quizás un poco karateca. Pero tampoco ha sido para tanto, ya entraron al local algo ebrios así que sus capacidades estaban un poco mermadas.

—¡Sí, claro! —exclamó mostrando su disconformidad con quien se estaba restando mérito—. ¿Eres cinturón negro? ¡Qué pasada!

—No, no llegué tan alto. Me quedé en el marrón.

—Pues aun así, si no llega a ser por ti creo que esos tres, más o menos *mamados*, eso da igual, me hubieran acabado metiendo el pañuelo por el culo —La franqueza con la que lo dijo hizo aparecer una jovial mueca en la boca del otro.

—Bueno, para dónde vamos. ¿Te vas a casa?

—No, me alojo en un hotel. No soy de aquí. Solo he venido de fin de semana.

—Muy bien, ¿pues para dónde vamos entonces?

—¿Me vas a acompañar? ¿Al hotel? —preguntó algo desconcertado.

—No solo eso, te voy a acompañar al hotel, voy a subir contigo a la habitación y me voy a meter en tu cama —aseguró.

—No, no, no, espera. Creo que te estás equivocando —El otro chico soltó una ruidosa carcajada al verlo tan inhibido.

—Anda, vamos. Que no tengo pensado meterme en la cama contigo.

Bueno... si te cambias de sexo y te afeitas la barba... —bromeó—. No, creo que así tampoco —convino—. Lo siento pero no eres mi tipo. Ja ja...

—¡Qué gracioso eres! ¡Me parto, vamos!

—Ja ja... Si es que lo has puesto en bandeja, tenías que haber visto cómo te iba cambiando la cara. ¡Qué bueno!

—¿Pero entonces me vas a acompañar o no?

—Sí. Si no te importa, sí, pero solo para asegurarme de que llegas entero. Eres mi buena acción del día así que no quiero que te pase nada —contestó chistoso—. Entonces, ¿hacia dónde?

—Hacia Atocha. Me hospedo en el hotel Mediodía, está justo enfrente de la estación de Atocha.

—Vale. Pues vamos para allá. Por cierto, me llamo Alexander.

—Yo soy Jose A... —se desdijo—. Torm, me puedes llamar Torm.

—¿Torm?

—Sí, Torm. Con eme al final —Alexander asintió y ambos echaron a andar.

Sin que ninguno de los dos lo supiera en ese momento, allí comenzó una sólida amistad que perduraría en el tiempo.

## Capítulo 30

*Madrid, lunes 3 de marzo de 2003*

Casi dos años ya del mayúsculo encontronazo que lo había desterrado de su ciudad y lo había alejado de parte de su familia. Casi dos años del día que encontró aquella documentación en el despacho de su abuelo. Había llegado incluso a olvidar que la tenía consigo y lo que esta significaba, pero cuando la semana pasada el profesor de una de las asignaturas optativas que ese curso había escogido comenzó a hablarles sobre los casos más controvertidos sobre delitos medioambientales que habían existido en España en las últimas décadas, y salió a relucir el nombre de la periodista ya fallecida del *Crónica Investigación*, Mariola Sáez de la Peña, a Alexander todo le volvió a la memoria. Multitud de veces había leído ese nombre; se encontraba escrito en la información relativa a HADES que se había llevado consigo el último día que pisó la residencia de los Hoffmann. Según el profesor, Mariola había sido una de las pocas periodistas que se habían aventurado a investigar y sacar a la luz varios casos sobre graves infracciones medioambientales en una época en la que las políticas ambientales no eran ninguna prioridad ni formaban parte relevante de ningún programa electoral. Si bien las investigaciones llevadas a cabo sobre esos delitos acabaron en pequeñas multas económicas para aquellos que los cometieron, Mariola con su trabajo logró poner el foco de atención en un tema que gozaba de muy poca repercusión mediática en ese momento. El enérgico ensalzamiento que el profesor hizo de su persona no habría tenido más importancia para Alexander si no fuera porque reconoció en ella a una de las tantas víctimas de esa red criminal de la que parecía formar parte su abuelo.

Llevaba muchos meses pensando con insistencia y de forma recurrente si hablar de ese asunto con alguien o, si por el contrario, seguir callando, como había hecho hasta el momento. Tomar esa decisión lo atormentaba, pues si fuerte era su deseo de averiguar más cosas no menos férreo era el miedo que sentía a descubrir algo que acabara por erradicar la ya de por sí penosa imagen que del todopoderoso Martin Hoffmann conservaba. Durante el último año fueron muchas la ocasiones en las que se decidió a consultar en Internet aspectos relacionados con las personas que aparecían en el listado, y

en no menos optó por abandonar las búsquedas en cuanto topaba con algo que le desagradaba. Pero esa vez había sido diferente, estaba decidido a descubrir todo lo que concerniera a Mariola Sáez de la Peña. Y tanto fue el ímpetu que en su nuevo cometido había puesto, que allí se encontraba esa mañana de principios de semana, en el campus universitario de la Complutense y en la puerta del departamento de Antropología Social, en donde se suponía trabajaba Luis Diéguez Osorio, el que fuera marido de Mariola Sáez.

Pocas veces había estado más nervioso de lo que estaba esa mañana. En la página web de la facultad había visto cuál era el horario de tutorías que Luis tenía ese día: de once a una. Todavía faltaban diez minutos para las once y Alexander llevaba esperando allí ya un buen rato. No obstante, no había podido pegar ojo esa noche y tampoco tenía capacidad de concentración alguna, así qué más daba si ese día faltaba a sus clases matutinas y empleaba su tiempo en esperar a un profesor del que no sabía nada, o casi nada, para hablarle de algo que ni siquiera él sabía con certeza de qué se trataba y en el que quizás se hubiera visto involucrada su esposa, que para más inri llevaba más de una década muerta y enterrada. Estar nervioso era lo menos que uno podía estar si tenía que enfrentarse a semejante trance.

A las once y cinco minutos un hombre y una mujer hicieron aparición al final del largo pasillo y poco a poco mientras charlaban animadamente lo recorrieron hasta llegar a la puerta del despacho.

—Buenos días. Quisiera hablar con Luis Diéguez —afirmó Alexander creyendo reconocer a Luis en ese hombre. Aunque no podía asegurarlo, le pareció que su rostro se asemejaba bastante a la ajada fotografía del profesor Diéguez que había encontrado en Internet.

—Sí, soy yo —respondió este—. Entra.

Alexander entró al pequeño despacho en el que había cuatro mesas. La mujer ocupó una de ellas y Luis ocupó otra. Las otras dos seguían vacías.

—Siéntate —le pidió—. Imagino que eres alumno mío pero lo cierto es que no me acuerdo de tu cara. Sois tantos... Lo siento —se disculpó.

—Bueno... no, no exactamente. Yo no estudio aquí, pero... —titubeó.

—¿Entonces? —preguntó Luis realmente intrigado al ver lo abrumado que parecía estar el chico.

—Es que si no le importa me gustaría hablar con usted a solas.

Luis miró a su compañera con extrañeza. Esta, aunque aparentaba estar ocupada en otras cosas, estaba pendiente de la conversación.

—Quisiera saber primero de qué se trata. Estoy en horario de tutorías y debo permanecer en el despacho.

Al principio Alexander, aunque no contestó, lo miró vacilante, después haciendo acopio de todo su valor, soltó con brusquedad:

—HADES.

Luis no tuvo que emitir ningún sonido para testimoniar que aquel nombre no le era indiferente. La palidez que adquirió su habitualmente bronceada tez lo delataba. Se levantó casi de inmediato de la silla en la que se había sentado y cogiendo a Alexander del brazo lo sacó precipitadamente del despacho. Pidiéndole a su desconcertada compañera de departamento que excusara su ausencia, Luis junto a Alexander salieron del edificio.

—¿Quién eres? ¿Qué sabes de HADES?

Hasta poco antes de la una, hora a la que Luis acababa su tutoría y a la que empezaba una nueva sesión de clase, ambos vagaron sin rumbo por el campus, conversando.

Después de un período en el que la investigación que él y Fernando estaban llevando a cabo se había estancado, por fin ese día se abrió un resquicio que les permitía seguir siendo optimistas. Su lucha contra HADES no había terminado, ni mucho menos, gracias a Alexander esta permanecía viva.

Lo que Luis no supo hasta bien pasado el tiempo es quién era realmente aquel muchacho que se había puesto en contacto con él y se había mostrado dispuesto a ayudarlos.



# Capítulo 31

*Sevilla, jueves 9 de noviembre de 2017*

Habían acordado encontrarse en el taller mecánico Galmotor del Polígono Industrial Aeropuerto a las nueve de la noche, una vez los trabajadores de las empresas situadas en el mismo ya se hubieran marchado a casa y la zona quedara desierta.

Habían llegado un poco antes y esperaron a cierta distancia dentro del Volkswagen Golf de Alexander, el coche que desde hacía días estaba aparcado cerca de la calle Virgen de Valvanera y el que pasaron a recoger nada más encontrarse de nuevo en Sevilla, a que Kay y los suyos hicieran acto de presencia.

Las instrucciones eran claras: nada de policía y ninguna treta o la hermana de Torm moriría. Debían presentarse los tres: Alexander, Torm y Ana y portar con ellos el *pendrive* con la información. El primer requisito ya lo incumplieron pues Alexander se negó categóricamente, a pesar del monumental cabreo de su amigo, a que Ana los acompañara. No quería ni imaginar cómo se lo tomaría Kay cuando viese que la mujer no estaba allí.

—Como a mi hermana le pase algo no te lo voy a perdonar en la vida.

Ante la dura advertencia de Torm, Alexander no contestó. Seguía pensando en cómo podrían salir de tan tremendo lío.

—¡Debiste dejar que Ana nos acompañara! —gritó Torm lleno de rabia y desesperación—. Cuando vean que ella no está con nosotros matarán a mi hermana.

—No voy a ser yo el que le pegue un tiro a tu hermana por mucho que hayas decidido echarme la culpa a mí.

—¡Pero has sido tú el que ha impedido que Ana viniera! ¡Tú! Ella estaba de acuerdo en venir, pero tú lo has estropeado todo —le espetó completamente fuera de sí.

—Estoy aquí contigo, ¡por si no te has dado cuenta! —respondió Alexander furioso—. ¡Estoy ofreciendo mi vida por intentar salvar la de tu hermana! Es mi vida y puedo disponer de ella, pero no voy a decidir sobre la de Ana. Ella es tan inocente como Isabel, mucho más si me apuras. Tú te metiste en esto porque quisiste, no te obligó nadie. Sabías que era muy

peligroso, para ti, y para lo que están cerca de ti —prosiguió Alexander a pesar de que su amigo era ya un mar de lágrimas—. Torm, lo siento. Me conoces lo suficiente como para saber que daría cualquier cosa con tal de no ver a tu hermana metida en esto, pero no estoy dispuesto a llevar a Ana al matadero. A tu hermana ya la tienen, a Ana no, y no voy a ser yo quien se la entregue.

Tras un lacónico espacio de tiempo en el que los dos permanecieron en silencio, cada uno perdido en sus propias cavilaciones, Torm retomó la conversación, aunque ahora algo más calmado:

—Yo tampoco quiero que le pase nada a Ana.

—Lo sé —contestó condescendiente.

—¿Crees que tenemos alguna posibilidad?

—Claro que sí —mintió Alexander. ¿Cómo decirle a su amigo que no creía que ni su hermana ni mucho menos ellos dos fueran a salir vivos de aquel lugar?

—Quisiera ser tan optimista como tú... Pero al menos tenemos la información, quizás con ello les baste.

A las nueve en punto el Audi A6 de Kay hacía aparición en la calle en la que ellos se encontraban. Cuando este se hallaba frente al taller, desde el interior, la puerta del mismo se abrió y el vehículo entró. Fue tan rápido que Alexander no pudo ver cuántas personas iban a bordo. Solo pudo distinguir a dos hombres, a Kay que viajaba como copiloto y al conductor. Supuso que en la parte trasera iría Isabel y quizás dos personas más. Cuatro como mucho en el vehículo más otros dos —los que habían abierto la puerta del taller— como mínimo en el interior. En el mejor de los casos, habría seis personas esperándolos y en el peor...

—¿Has podido ver si mi hermana iba en el coche?

—Solo he podido identificar a Kay, pero imagino que ella iría en el asiento de atrás.

—¿Y si mi hermana no está ahí? ¿Y si está... y si ya está...?

—Seamos positivos. Tu hermana estará ahí y estará bien —intentaba tranquilizar a Torm—. ¡Vamos! —dijo Alexander al ver que uno de los hombres de Kay les hacía una señal para que se aproximaran y entraran en el taller.

—Estoy muerto de miedo.

—Yo también —reconoció Alexander.

«*Alea iacta est*» se dijo Alexander justo en el momento en el que su

coche accedió al interior de la nave y los dos hombres encargados de la puerta la cerraron tras de sí.

Dentro del taller, además de los dos hombres que se encargaron de cachearlos y de quitarles sus teléfonos móviles y otros objetos personales, se encontraba Miranda. Sin embargo, ni de Kay ni de Isabel había rastro.

—¡Entrad por ahí! —les ordenó el vallisoletano a la vez que con la cabeza les señalaba la estrecha puerta que conducía a un amplio almacén repleto de cajas de cartón y algunos que otros accesorios y piezas de vehículos.

—¿Y mi hermana?

—¡Entra! —conminó a Torm a la vez que le propinaba un fuerte empujón.

En el almacén, ahora sí, se encontraba Kay y Foley —aunque Alexander no sabía su nombre sí que reconoció en aquel pelirrojo a uno de los dos matones que él noqueó en el piso de Ana—, y junto a estos sentada en un silla, maniatada, amordazada y con una venda en los ojos se hallaba Isabel.

—¡Isabel! ¡Isabel! ¿Estás bien? —preguntó Torm a su hermana a la vez que recorría los pocos metros que los separaban, y antes de que Miranda, quien se había unido a sus dos compañeros hacía pocos segundos, lo interceptara y con una fuerte patada lo frenara en seco.

Isabel emitía unos leves gemidos mientras Torm, todavía tirado en el suelo, con gran esfuerzo trataba de levantarse. Se había llevado un buen golpe en la cadera, aunque seguro que eso no era nada para lo que les esperaba.

Alexander que había permanecido impasible ante lo sucedido posaba intermitentemente su colérica mirada en los tres hombres.

Kay se la devolvía, aunque la de este resultaba bastante hermética.

—¿Dónde está la mujer?

—No ha venido.

—¿Y el *pendrive*?

—En un lugar seguro —Si al escuchar esto los tres matones se sorprendieron, mucho más lo hizo Torm, quien en todo momento creyó que su amigo llevaba consigo la información.

—Tres cosas Alexander, solo tres cosas os pedimos: que vinierais los tres, que trajerais la información con vosotros y que no llamarais a la policía. No era tan difícil, ¿no? Así que dime Alexander, ya sabemos que dos de ellas no las habéis cumplido, ¿y la tercera?, ¿habéis sido tan necios de incumplir

esa también?

—No.

A una casi inapreciable señal de Kay, el galés se aproximó a Alexander y sin previo aviso le endosó un fuerte puñetazo en el estómago que lo dejó arrodillado, doblado y faltándole el aire.

—Ese por faltar a lo acordado —aclaró el pelirrojo—. Este por lo de Málaga —dijo antes de darle otro puñetazo, ahora en la cara, y sin que hubiera habido tiempo suficiente para que Alexander se recompusiera—. Esta por Carlos Saavedra, al que tú has matado —Tirado en el suelo, encogido y protegiéndose como podía la cabeza con sus manos Alexander recibió la patada en el abdomen—. Esta por...

Cuando Foley se disponía a lanzarle una nueva patada Torm se le echó encima haciéndole caer al suelo y evitando así que pegara de nuevo a su amigo. Su acción evitó que Alexander acabara más malparado de lo que ya estaba pero no le impidió a él recibir la patada en la parte inferior de la espalda con la que Miranda quiso honrar su hazaña.

—Esta por Podols... —El impacto que Foley recibió al perder el equilibrio y caer al suelo cuando Alexander se revolvió y paró la nueva patada que este, una vez incorporado, pretendía asestarle hizo que dejara el nombre de su compinche a medio terminar.

Cibor Podolski no había corrido la misma suerte que Saavedra, pero el polaco, debido a la esplenectomía a la que había tenido que ser sometido tras el fuerte golpe que recibió en el abdomen tras el accidente contra el robusto alcornoque, aún seguía en el hospital.

—¡Basta ya! —clamó Kay haciendo que tanto Alexander como Torm se quedaran quietos en el suelo e impidiendo que Foley siguiera descargando su ira contra ellos.

Miranda les apuntaba con la pistola mientras Kay hacía lo mismo, pero en este caso, con Isabel.

—¿Qué estás tramando Alexander? ¿De verdad te presentas aquí sin la chica y sin la información y pretendiendo salir ileso? ¿Se puede saber con quién te crees que estás tratando? —le interpeló entre furioso e indignado.

—No te íbamos a entregar la información así sin más. Si lo hiciéramos estaríamos muertos. La tiene ella y si de aquí a medianoche no tiene noticias nuestras hará público todo el contenido de la memoria USB. Y vosotros, Kay, estaréis acabados.

—Ja ja... Ay... ay, Alexander... ¿De verdad eres tan memo? Te lo

vuelvo a preguntar, ¿con quién crees que estás tratando? ¿Acaso piensas que no tenemos métodos para hacer que respondáis y confeséis todo lo que queremos saber? —dijo mientras empuñaba un cuchillo de grandes dimensiones y lo dirigía hacia la oreja derecha de Isabel.

—¡Nooooo! —gritó Torm

—Te creía más valiente, más hombre, Kay. ¿Por qué no me haces confesar a mí en vez de a una mujer indefensa que no te ha hecho nada y que nada sabe de este asunto? ¿Esto es lo que hace HADES? ¿A esto has consagrado tu vida? ¿A infundir miedo a los más débiles y vulnerables? ¿A torturar a personas indefensas? —Alexander intentaba ganar tiempo, no sabía muy bien para qué porque que él supiera no tenían un plan B. Es cierto que Fernando le rogó que intentara por todos los medios mantenerse con vida el mayor tiempo posible así que quizás él sí tuviera un plan. Ojalá así fuera porque si empezaban a torturarlos no podría asegurar que no terminaran cediendo, aunque lo que Alexander no acababa de tener claro es quién de los dos lo haría antes, si Torm o él mismo—. No ha sido ella la que se ha estado riendo de vosotros todo este tiempo, ni la que dejó semiinconscientes a dos de tus hombres mientras atacaban, una vez más, a otra persona desvalida, ni la que os burló y escapó de vosotros en varias ocasiones, ni la que hizo que os estrellarais contra aquel árbol. El que ha hecho todo eso no ha sido esa mujer a la que tenéis ahí maniatada y muerta de miedo Kay, sino que he sido yo y te puedo asegurar que he disfrutado, que he disfrutado mucho dejándote en evidencia ante tus hombres y ante tu *dueño* —Alexander había conseguido lo que pretendía: Kay estaba fuera de sí, lo había provocado tanto que estaba ciego de rabia y ya no parecía que Isabel fuese a ser la víctima, o al menos no la primera víctima.

—Si eso es lo que querías es lo que exactamente has conseguido Alexander. ¿Querías que te hiciera confesar a ti? Pues es lo que voy a hacer —Mirando a su dos hombres se dirigió a ellos—: Foley, Miranda, sentad al friki en la silla e inmovilizadlo bien. Alexander, que no te quepa duda de que vas a contarnos todo lo que queremos saber —le dijo con frialdad—, pero antes nos vamos a divertir un rato, ¿te parece bien? —Ni Alexander ni los hombres de Kay sabían qué era lo que este se proponía—. Vamos hombre, dame ese gusto.

Alexander intentaba aparentar entereza pero cada vez le costaba más. Tenía miedo, nunca antes miró a la muerte tan de cerca, ni siquiera el día en que cayó al vacío desde varios metros de altura.

—¿Recuerdas lo aprendido en tus clases de kárate? Pues vamos a comprobar si no has perdido la forma. ¿Qué me dices Alexander? Uno contra el otro. Seguro que ambos lo pasamos bien.

—Kay, sería mejor que...

—¡Cállate Miranda! Y disfruta con el espectáculo —A diferencia de Kay, Alexander llevaba años sin practicar kárate y aunque hubiera continuado con el adiestramiento cabía destacar que Kay era cinturón negro y que Alexander no llegó tan lejos—. Estoy esperando Alexander, ¿qué me dices?

—No creo que en las circunstancias en las que me encuentro tenga mucha capacidad de decisión.

—Ja-ja... —se rio de forma maliciosa—. No, en realidad no. Pero no te hagas ilusiones, ¿eh?, no voy a matarte tan pronto. No sin que antes me cuentes todo lo que quiero saber. Esto solo es el principio, un pequeño divertimento, nada más —añadió cínicamente.

Durante los minutos siguientes los seis espectadores —ante la expectación creada los dos hombres que debían vigilar y que antes se encontraban fuera del almacén entraron también—, asistieron al lanzamiento de una multitud de golpes y patadas que por el momento no habían ocasionado graves daños a los contendientes a pesar de que Alexander se dedicaba más a defenderse de los golpes que Kay le propinaba que a darlos. Poco después ambos estaban exhaustos, ni Kay ni Alexander se encontraban en su mejor momento físico, el primero seguía con el cuerpo dolorido por el accidente de coche y el segundo bien maltrecho por los puñetazos y patadas que había recibido un rato antes y por la dislocación de hombro de la que, si seguía por ese camino, parecía no se iba a poder recuperar nunca. Tras una fuerte acometida de Kay, Alexander, que no tenía fuerzas ya para seguir defendiéndose y no digamos entonces para intentar atacar, cayó al suelo, donde aún recibió algún que otro golpe más.

—Vamos, Alexander. ¡Levanta y continúa! ¡Vamos! —Kay seguía con el nivel de adrenalina por las nubes.

—¡Déjalo en paz! ¡Déjalo! —En esta ocasión en vez de patada lo que Torm se ganó fue un buen puñetazo en el mentón derecho.

Alexander permanecía inmóvil en el suelo. Tenía parte de la cara ensangrentada y boqueaba buscando el aire que parecía no encontrar. Alexander ya no ofrecía ninguna resistencia, era como un barco de papel a merced del viento. Kay se acercó a él, lo agarró del pelo para levantarlo la

cabeza y justo en el momento en el que se disponía a decirle algunas palabras el almacén comenzó a llenarse de una espesa nube de humo. Cuando la visibilidad era ya casi nula, dos personas, un hombre y una mujer accedieron al interior con máscaras anti-gas, armas y defensas eléctricas. Una veintena de disparos resonaron entre las paredes del local. A ellos les siguieron gritos, suspiros y lamentos.

En el exterior, Ana al volante del cascado monovolumen de Fernando, esperaba angustiada el regreso de este, de Daniela y de los tres retenidos. Fernando ya le avisó que seguramente habría disparos. Esperaba que ninguno de ellos les hubiera alcanzado. Ella tenía órdenes claras de salir de allí como alma que lleva el diablo si la cosa no salía como tenían planeado. Llegado este momento lo más importante no era las vidas de quienes se encontraban allí adentro sino las vidas de quienes tenían alguna posibilidad de salvarse y el que la información se hiciera pública y aquella pesadilla concluyera de una vez por todas.

Unos minutos después varias personas empezaron a salir de la nave. En la distancia pudo distinguir la voluminosa silueta de Torm. Este agarraba por la cintura a una mujer y torpemente ambos se dirigían hacia el lugar en el que ella estaba estacionada. Debía ser Isabel, su hermana. Tras ellos, vio a Daniela, quien ayudaba o más bien cargaba a Alexander. A quien no veía por ningún lado era a Fernando Sáez.

—¡Vamos, entrad! —les instó Ana y salió del vehículo para ayudar a Daniela con Alexander.

—Entra conmigo de nuevo y ayúdame a sacar a Fernando. Yo no puedo sola —pidió Daniela a Torm.

—¿Fernando? ¿Qué le ha pasado? —preguntó Ana.

—Le han disparado.

—¿Pero está bien?

—No lo sé. No sé cómo está. ¡Sube al coche y prepárate para salir de aquí a toda velocidad! No tenemos mucho tiempo.

Nada más entrar al taller se escuchó una nueva ráfaga de disparos. Dentro del coche el tiempo pareció detenerse, ninguno de sus tres ocupantes pudieron articular palabra. Poco después, cuando apenas habían podido ni siquiera reaccionar, vieron a Daniela y Torm cruzar la gran puerta metálica de la entrada; estos llevaban con ellos, literalmente a la rastra, al expolicía.

—¡Vamos, Ana, vamos! ¡Sácanos de aquí! —gritó Daniela.

En pocos segundos el monovolumen salió a toda prisa de aquel polígono.

La idea era, si todo salía bien, salir de Sevilla lo más rápido posible y dirigirse al que debía ser su nuevo destino: Granada, en donde Luis y Teresa deberían encontrarse ya a esas horas de la noche. Sin embargo, la gran mancha de sangre y el feo agujero que Fernando presentaba en el abdomen los obligaba a cambiar de planes. Lo primero era llevarlo a un hospital y que pudiera ser atendido. No sabían si la herida por sí misma sería mortal pero si Fernando continuaba perdiendo sangre durante más tiempo indubitablemente acabaría por morir desangrado, por mucho que Daniela estuviera intentando taponar la herida ejerciendo presión sobre ella con su jersey.

El trayecto hasta el hospital no fue en absoluto tranquilo. No podía serlo: seis personas, adultas, metidas en un mismo vehículo, por muy amplio que este fuese, visiblemente nerviosas, la mitad heridas, algunas como Fernando debatiéndose entre la vida y la muerte y todas muy asustadas... No, no era una situación fácil de sobrellevar.

En unos quince minutos llegaron al Hospital Universitario Virgen del Rocío —el escaso tráfico que había a esa hora les favoreció sobremanera—. El personal sanitario se ocupó inmediatamente de Fernando. El estado en que llegó no permitía ninguna clase de demora. Torm y Alexander fueron también sometidos a un profundo examen médico, los dos lo necesitaban, y en especial Alexander, que presentaba un aspecto más que lastimoso.

Una vez los tres hombres estaban siendo atendidos, Daniela dejó a Ana e Isabel en una sala de espera y ella se dedicó a hacer incontables llamadas telefónicas. En pocos minutos al hospital llegaron varias dotaciones de la Policía Nacional y de la Guardia Civil. Las órdenes dadas a los agentes eran claras y concisas: debían proteger y mantener con vida a los cuatro civiles que se habían visto involucrados en el altercado, al exinspector de policía Fernando Sáez de la Peña y a la comisaria, Daniela Herrero, así como evitar que en aquel lugar se pudiera producir cualquier contratiempo.

Cuando dos policías entraron a la sala en la que las dos mujeres se encontraban, Ana se levantó de la silla en la que había estado sentada y se puso a la defensiva, su último encuentro con dos policías, o supuestos policías, no le había dejado buen sabor de boca.

—No os preocupéis, podéis confiar en ellos. Están aquí para protegeros —aseguró Daniela al entrar en la sala y darse cuenta de la cara de desconcierto que tenía Ana—. Y tampoco os preocupéis por vuestras respectivas familias, también ellos están a salvo.

A última hora de la mañana, nada más salir Torm y Alexander de la casa



de Teresa con dirección a Sevilla —Luis los llevó hasta la estación de autobuses de Madrid y allí cogieron un autobús ya que ninguno de los dos estaba en condiciones de conducir y tampoco querían alquilar un coche o coger el AVE porque tendrían que identificarse y no deseaban dar pistas sobre dónde se encontraban—, Fernando le dijo que iba a telefonar a una amiga y muy buena policía porque había llegado el momento de dejar de actuar por su cuenta y pedir ayuda, porque solos ya no podían hacer nada más y porque ese asunto se les había ido de las manos y les quedaba demasiado grande. Cuando la agente, apenas dos horas más tarde, apareció en casa de Teresa, Fernando solo se la presentó como Daniela Herrero, la policía más astuta, intuitiva y valiente de todo el Cuerpo y la persona más leal de cuantas había conocido en su vida. Sí, eso seguramente fuese cierto, pero Ana estaba pensando en que Daniela debía ser algo más que una simple agente de policía, si no, ¿cómo explicar que en un lapso de tiempo tan corto hubiera conseguido efectivos suficientes como para proteger el hospital entero? Además, tampoco le pasó desapercibido a Ana el hecho de que en cuanto entró en la habitación los dos agentes de policía la recibieron con el preceptivo saludo: «A sus órdenes».

—¿Se puede saber quién eres? —preguntó con interés Ana.

—¿Yo? —se sorprendió Daniela ante la pregunta.

—Daniela Herrero Roca, comisaria principal de Policía Judicial. La primera mujer en ocupar tan alto cargo dentro del Cuerpo Nacional de Policía —aclaró con orgullo el hombre uniformado que acababa de hacer entrada en la sala—. Usted debe de ser Ana y usted Isabel, ¿me equivoco? —dijo el desconocido estrechando la mano a las mujeres.

—En efecto, ¿y usted es...? —quiso saber Ana.

—Pedro Antonio Riesco Velasco. Coronel de la Guardia Civil —correspondió Daniela ante la presentación que el hombre había hecho antes de ella.

—Y su marido. Y el mismo al que cualquier día se le va a parar el corazón como esta inconsciente —Señaló a Daniela y ella lo miró abrumada — no deje de darme estos sustos.

—No saben cómo me alegro de saber que no solo los malos tienen quienes los protejan —expresó Ana satisfecha y con una amplia sonrisa en la cara que fue bien recibida y muy agradecida por el matrimonio.

—¿Y Fernando? ¿Cómo se encuentra? ¿Y Alexander? ¿Y Torm? —preguntó Pedro Antonio.

A una señal de la comisaria principal, los dos agentes salieron de la sala aunque se quedaron apostados en la puerta de la misma.

—El pronóstico de Fernando en estos momentos es reservado —aseguró Daniela con gran pesadumbre—. Ahora mismo está en quirófano. Hasta que no finalice la operación no sabremos cómo se encuentra. Y Torm y Alexander, dadas las circunstancias, se encuentran bien. Alexander mucho más fastidiado porque le han zurrado de lo lindo, pero de todas formas parece que nada excesivamente grave. No obstante, habrá que esperar también a que los doctores acaben de examinarlos y tengamos los resultados definitivos.

—¿Se le ha comunicado a la familia de Fernando su situación?

—No, aún no. Todavía tengo que hacer acopio del valor suficiente para poderlo hacer.

—¿Quieres que lo haga yo?

—No, eso es cosa mía, pero gracias —Daniela aceptó de buen agrado el abrazo que su marido le brindó.

Desde que llegaron al hospital Isabel se había mostrado alicaída —aunque teniendo en cuenta los sucesos de ese día podría decirse que se encontraba bastante entera—, sin embargo, en ese momento su semblante se ensombreció más aún. La razón era que Fernando había recibido el disparo cuando estaba desatándola a ella. Isabel no tenía culpa de nada, pero ella hubiera preferido no haber estado directamente relacionada con tan nefasto suceso.

—Isabel, una duda que tengo... ¿Qué nombre es Torm?

—Torm viene de *tormenta*. Cuando José Antonio, que ese es el nombre de mi hermano, empezó en el mundillo de los pir... —dejó la palabra a medias—. Bueno, perdonen, pero no sé si debo contarlo. Es que...

—De los piratas informáticos, ¿quiere decir? —agregó Daniela—. Si es eso, puede continuar, eso ya lo sabemos —ante la escrutadora mirada que le lanzó el coronel, Daniela rectificó—: bueno, yo ya lo sé, y el coronel puede saberlo también. No se preocupe, que tanto la Policía Nacional como la Guardia Civil tenemos asuntos más importantes de los que preocuparnos.

—Bien, pues después de llevar a cabo algunas acciones informáticas, que aunque de dudosa legalidad, eso es cierto, nunca fueron en beneficio propio —intentó defender a su hermano—, todo lo contrario, José Antonio se dedicaba a poner en evidencia a empresas y personas que no actuaban conforme a la ley y tenían un comportamiento moralmente más que reprochable —explicó— comenzó a ganarse el respeto de otros *hackers* como

él y fueron esos mismos los que empezaron a utilizar el sobrenombre de Tormenta para referirse a él, porque decían que eso era precisamente lo que se desencadenaba cada vez que mi hermano se sentaba frente a la pantalla de su ordenador y lanzaba un ataque. A él le gustó el nombre y lo adoptó, al principio solo en el mundo virtual y después lo extendió a otros ámbitos de su vida, pero en vez de Tormenta se hizo llamar Torm, que es como ustedes y pocas personas más lo conocen —Torm solo permitía que algunas personas lo llamaran así—. Para mí sin embargo sigue siendo José Antonio, me gusta más llamarlo por su nombre de pila.

Poco después de que su hermana acabara de desvelar el porqué de su sobrenombre, Torm entró en la sala de espera. Para alegría de todos los allí presentes y más aún de Isabel, se encontraba bien. Algo dolorido en las zonas en las que recibió los golpes que Miranda le dio, pero nada más. De Alexander no tenían nuevas noticias y de Fernando menos aún. Todo hacía indicar que la noche iba a ser larga.

Daniela decidió que ya no podía demorar más el asunto. Debía hacer al menos dos llamadas más, una a María, la mujer de Fernando y la otra a Luis Diéguez, el que fue su cuñado.

## Capítulo 32

Granada, viernes 10 de noviembre de 2017

A las ocho de la mañana Luis y Teresa ya estaban apostados en la puerta del hotel NH Granada Centro. Tenían que hacer lo posible para encontrarse y hablar con Pablo Silva Paz, vocal de la Asociación Española de Periodistas Independientes e íntimo amigo del fallecido Alberto Ayala. Saber en qué hotel se estaba hospedando fue fácil ahora que entre sus filas se encontraban dos altos cargos de las fuerzas de seguridad nacionales.

En cuanto Luis y el resto del grupo pudieron visualizar la información contenida en el dispositivo USB, supieron que el siguiente paso que debían dar era hacer que esta llegara a la opinión pública, pues una vez que el pueblo supiera toda la verdad los miembros de HADES ya no tendrían escapatoria. El mismo día que se conoció la noticia sobre el asesinato de Ayala, Silva ya señaló que eran muchas las incógnitas que rodeaban la muerte de Alberto y que conociendo su trayectoria profesional no descartaba que esta hubiera sido ordenada y provocada por oscuros intereses económicos y políticos. Esas ideas conspiratorias que Pablo lanzó durante el pasado fin de semana y a las que muchos no quisieron dar pábulo, le valió a él para saltar a la palestra y dejar de estar en el anonimato —antes de ese momento solo sus compañeros de profesión lo conocían, y por supuesto que no todos— y a ellos para saber que esa era la persona idónea para destapar toda esa trama criminal. Buscando en Internet información personal y profesional sobre él averiguaron que ese viernes y también el sábado estaría en Granada participando como ponente en unas jornadas internacionales sobre periodismo, así que hasta allí se desplazaron los dos únicos integrantes del grupo que en aquel momento estaban en disposición de hacerlo. Aunque Silva iba a ser el receptor de esa información —en ello todos estuvieron de acuerdo—, lo cierto era que no tenían pensado hacérsela llegar con tanta premura, pero la llamada de los sicarios de HADES amenazando con matar a Isabel si no obtenían lo que querían aceleró sus planes.

La noche anterior había sido dura. La noticia de que Fernando estaba en un quirófano y el no saber si saldría vivo de él afectó y mucho al ánimo de Luis y Teresa, pero afortunadamente hacía apenas dos horas Daniela había

vuelto a telefonarlos para, en esta ocasión, decirles que la operación había sido un éxito y que a pesar de haberle tenido que extirpar el riñón —la bala quedó alojada ahí y la lesión punzante grave que había provocado hizo imposible que el equipo médico pudiera salvar el órgano—, la vida del expolicía no corría peligro. Esa buena nueva sin duda provocó en ellos una enorme satisfacción, tanta que ni siquiera la otra noticia, la de que cuando las patrullas de la Guardia Civil llegaron al taller en el que se había producido la refriega solo encontraron en su interior a tres hombres fallecidos, los tres con nacionalidad española, y que eso quería decir que tanto Kay Scheider como Foley habían logrado huir, hizo gran mella en su talante.

Cuando el breve pitido que emitía el reloj de pulsera de Luis les decía que eran las nueve de la mañana en punto, la puerta del hotel se abrió y Pablo Silva acompañado de dos personas más, su esposa y otro compañero periodista como Luis y Teresa supieron poco después, salieron del establecimiento.

—¿Pablo Silva? Es usted Pablo Silva, ¿verdad?

—Así es. ¿Quién lo pregunta?

—Me llamo Luis Diéguez y ella es Teresa Nalón. Nos gustaría hablar con usted de algo trascendental.

—Miren, lo siento, pero ahora no puedo atenderlos. Me esperan en el Palacio de Congresos donde en breve debo dar una conferencia.

—Sí, ya sabemos que está en la ciudad para asistir a unas jornadas, pero es de suma importancia el que hablemos con usted.

—Díganme de qué se trata y ya encontraremos otro lugar y otro momento para hablar del tema —dijo Silva intentando zafarse de la pareja.

—Tiene que ser ahora. Si lo dejamos para luego puede ser tarde.

La seriedad con la que Luis emitió tal veredicto hizo que Pablo Silva dejara de caminar y se parase a escuchar lo que aquellos dos tenían que decirle.

—Bien, ustedes dirán. Pero, por favor, si no es importante, les rogaría que no me hicieran perder el tiempo.

—Ya le he dicho que sí es importante, quizás lo más importante que periodísticamente hablando le haya pasado en su vida. Tiene que ver con la muerte de Alberto Ayala, con la información que tenía en su poder y que es la que le ha llevado a la tumba y con las repercusiones que a nivel mundial esta tendrá si sale a la luz.

Ante el titubeo de Silva, Teresa se entrometió:

—Mire, Pablo. Solo le pedimos cinco minutos, si después de estos lo que tenemos que contarle no le interesa, no le importunaremos más. Cinco minutos, solo eso —Teresa se apostaba la cabeza a que a Silva aquel tema sí que le iba a interesar—. A cambio le ofrecemos en bandeja la mejor primicia de toda su carrera y la oportunidad de hacer justicia por el asesinato de su amigo y compañero Alberto Ayala.

—Está bien. Hablen.

Luis estuvo tentado de pedir a Pablo que volvieran al hotel para poder hablar con más tranquilidad, aunque luego lo pensó mejor y decidió que la Plaza del Carmen, en la que se encontraban en ese momento, era tan buen lugar como cualquier otro. Llegados a ese punto no se sabía si era mejor reunirse con Silva en la soledad de una habitación de hotel o hacerlo a plena luz del día y en uno de los emplazamientos más céntricos de Granada, el que además alberga la casa consistorial y numerosas oficinas. ¿Quién sabe si no estarían más seguros hablando de un tema delicado y comprometido como ese en un sitio tan concurrido y a la vista de todos los transeúntes?

Efectivamente Teresa estaba en lo cierto, en cuanto Luis comenzó a contarle los turbios asuntos en los que estaban metidos los miembros de HADES y quiénes eran estos, el interés de Pablo Silva y sus dos acompañantes no hizo más que aumentar.

Silva, junto a su mujer, llegó puntual al Palacio de Congresos e impartió su ponencia para regocijo de los profesionales y futuros profesionales del periodismo nacional que allí se habían dado cita, aparentando así no estar siendo cómplice de algo tan sumamente extraordinario. Por otro lado, Luis y Teresa junto a Ignacio Zamora, el otro periodista miembro también de la Asociación, se enclaustraron en la habitación de hotel de este y comenzaron a trabajar con la información.

Poco antes de mediodía, Isabel, la hermana de Torm, casi recuperada por completo del tremendo susto del día anterior se marchó a casa con su familia. Daniela y Pedro Antonio trabajaban a esa hora sin descanso desde sus respectivos despachos, junto a sus superiores y subordinados, para planificar la que sería la mayor operación conjunta de la historia de las fuerzas de seguridad españolas, y Fernando... A Fernando aún le quedaban bastantes días para poder abandonar el hospital, así que allí seguía, postrado en una cama y bajo supervisión médica y policial, aunque bien acompañado por María y Laura, su mujer e hija —su hijo, nuera y nietos volaban a esa hora

desde Miami para reencontrarse con ellos—, y Ana, Alexander y Torm se dirigían hacia Granada, al encuentro de Luis y Teresa.

—¿Seguro que estás bien?

—Estoy algo magullado, nada más.

—¿Algo magullado? —Ana se mostraba descreída—. Si nos ha contado Torm que te pegaron una paliza de aúpa... y además, no hay nada más que verte, si tienes una cara... una cara de...

—¡Eres única dándole ánimos a la gente, eh! —exclamó algo molesto—. He dicho que estoy bien y que voy a ir donde vosotros vayáis, ¿te queda claro? —resolvió en tono imperioso.

—Muy claro, so antipático.

—Ja ja... ¡Esto sí que es bueno! Llevas un rato haciendo hincapié en el deplorable estado en el que me encuentro y, ¿yo soy el antipático?

—Pues sí —sentenció—. Además, si te dijera que te veo muy bien, que nunca te he visto mejor, te estaría mintiendo.

—¿Tú no has escuchado hablar de las mentiras piadosas?

—Sí, claro que sí, pero en tu caso tendría que ser una mentira muy gorda y muy piadosa —continuó ella con sorna a la vez que recompensaba al hombre con una sonrisa insolente.

De nuevo la complicidad entre ambos se hizo patente.

—Vale, ya no te pregunto más. Si tú dices que estás bien, te creo.

—Estoy lo suficientemente bien como para poder continuar con esto —afirmó mientras posaba su luminosa mirada en Ana. Lo único, por cierto, que en su rostro no se había visto perjudicado—. Pero te agradezco que te intereses por mí —Sus ojos permanecían clavados en ella.

En cuanto el coche que los llevaba —iban acompañados por dos agentes de policía— pisó la ciudad nazarí, todos ellos, los recién llegados y los que ya se encontraban allí, fueron escoltados hasta la vivienda que los máximos responsables de las fuerzas de seguridad en la ciudad habían dispuesto para ello —fue la mismísima ministra de Interior la que había dado orden de que se velara por su seguridad ya que debían ser testigos protegidos en las causas judiciales que se iban a abrir—. En aquella casa unifamiliar de las afueras, bajo estricta vigilancia policial, se fraguaron parte de las medidas que se llevaron a cabo y que pusieron punto final a la abultada y prolongada actividad de HADES.

Tras horas analizando y cribando la información contenida en aquellas numerosas páginas, a última hora de la tarde, pasaron a la acción. Pablo e

Ignacio, ambos periodistas *free lance*, movilizaron a gran parte de sus contactos, algunos de ellos extranjeros. La información que les facilitaron era tan valiosa y a la vez tan peligrosa que no fueron pocos los que en la primera llamada recelaron de la misma y temieron las consecuencias de su publicación. Sin embargo, era tal la relevancia del asunto y tan ingente el temor a ser los últimos en informar sobre él, que poco después todas las cadenas de televisión, radios y periódicos digitales de España avanzaban la noticia de la actividad de la que denominaron como la mayor, más activa y sigilosa organización criminal de nuestros tiempos. Al filo de la medianoche, también los principales medios de comunicación internacionales se hicieron eco del asunto, y qué decir de las redes sociales, algunas de las cuales quedaron colapsadas ante los cientos de miles de usuarios que querían leer y comentar la información relativa a aquel grupo de execrables bárbaros que habían cometido mil y una tropelías y que habían llegado a atentar incluso contra lo más sagrado de lo que sus congéneres poseían: sus propias vidas.

Torm puso también su granito de arena y solicitó ayuda a aquellos que se mueven en la parte oscura de la Red, los que eran sus compañeros en la faceta más privada y secreta de su vida. Los medios de comunicación serían los encargados de hacer públicos los datos, las fuerzas de seguridad los responsables de detener y poner a disposición judicial a todos aquellos delincuentes y ellos los que, a través de incursiones y ataques informáticos, tumbarían la estructura económica que brindaba apoyo y protección a los miembros y empresas que integraban la organización criminal. ¿Había acaso justicia más poética que la de destruir los recursos financieros de aquellos que cometieron o permitieron tales atropellos para obtenerlos?

*Sábado, 11 de noviembre de 2017*

A pesar del cansancio acumulado ninguno de ellos pudo dormir varias horas seguidas, solo dar breves cabezadas que les ayudaban a aplacar el agotamiento físico y mental que padecían.

Durante toda la madrugada estuvieron pendientes del televisor, del ordenador y del móvil. La noticia se encontraba en todos los medios de comunicación masivos que tuvieran la más mínima entidad, daba igual su procedencia o ideología, de Manila a San Francisco, de Singapur a Helsinki,



de Montevideo a El Cairo, de Ekaterimburgo a Managua o de Camberra a Roma, en todos los rincones del planeta se iba sabiendo ya los pormenores sobre la alienada obra de HADES. En las redacciones de todo el mundo se trabajaba a marchas forzadas sin importar la hora que fuese en cada país. Aquel tema era tan importante y la sociedad tan exigente que la única prioridad en aquel momento era satisfacer sus ansias de conocimiento.

Los medios de comunicación y las fuerzas de seguridad hicieron bien su trabajo, al igual que los camaradas de Torm y de él mismo, que se habían pasado horas y horas bloqueando cuentas corrientes, haciendo desaparecer astronómicas cifras de muchos ceros en paraísos fiscales u obteniendo ingentes cantidades de datos que se añadirían a la completa información que ya obraba en poder de la opinión pública. Ahora les era fácil hacerse con ella, ya no existían fuerzas que pudieran contrarrestar sus ataques, aquello se había convertido en un despropósito tras otro, entre los miembros de la organización ya solo existía una máxima: sálvese el que pueda.

Durante todo el sábado, en operaciones coordinadas entre los diferentes cuerpos policiales europeos y de fuera de nuestros límites continentales — aunque a decir verdad en muchas de ellas faltó coordinación y no poca, debido principalmente a la premura con la que debieron actuar— se consiguió neutralizar y detener a muchos de los hombres y mujeres que en aquellos documentos aparecían, y de manera muy bien fundada, como miembros, en cualquiera de su escalafón, de HADES. La mayoría de ellos fueron aprehendidos cuando bien en sus empresas o en sus propios domicilios intentaban deshacerse de aquellas pruebas que los incriminaban. En eso se había convertido ahora su prioridad, si no podían huir y esconderse por lo menos sí borrarían los indicios sobre sus delitos. Es más, incluso la tarde anterior, cuando la información aún no había sido filtrada a la opinión pública, en España ya se produjeron los primeros arrestos. En una intervención conjunta sin precedentes entre la Guardia Civil y la Policía Nacional una quincena de personas fueron detenidas. Ahora sería la justicia quien se encargaría de todos ellos.

—Álex, ¿estás bien? —Alexander hacia un rato que se había retirado del salón, el lugar en el que el resto del grupo seguía con expectación los acontecimientos que se estaban desarrollando a su alrededor y que ellos mismos habían desencadenado.

—Es una sensación muy extraña, Torm. Estoy feliz de que esto haya terminado, de que después de tantos años se pueda hacer justicia por todo el

daño que han ocasionado, pero, por otro lado... Es mi familia, Torm, y yo he ayudado a destruirla. Creía que me iba a dar satisfacción cuando viera caer a mi abuelo porque lo que estaba haciendo no estaba bien, pero no es dicha lo que ahora mismo siento. No sé cómo explicarlo... es una sensación rara. Al mismo tiempo contento y apenado... No sé... —Nunca Alexander se había mostrado tan franco con un tema tan personal y delicado—. En cualquier caso quiero pensar que he hecho lo correcto.

—A lo largo de este tiempo te lo he repetido muchas veces: «Por nada del mundo quisiera yo estar en tu pellejo». Y por mucho que quisiera tampoco lograría nunca sentir lo que en estos momentos tú debes estar sintiendo. Pero recuerda lo que me dijiste la primera vez que me hablaste de HADES, cuando me pediste ayuda para hackear una cuenta de correo electrónico y yo me empeñé en que también quería ser partícipe de la lucha contra el mal, en que quería poner mi granito de arena para desquitarme por todo el tiempo que me sentí como una persona insignificante. ¿Lo recuerdas?

—«El mundo no está en peligro por las malas personas sino por aquellas que permiten la maldad».

—Cuando te pregunté por qué lo hacías, me dijiste que no podrías tener la conciencia tranquila si pudiendo hacer algo te quedaras de brazos cruzados. Ese es el verdadero Alexander, da igual si te apellidas Hoffmann o Vargas. Has hecho lo que tu corazón te decía que debías hacer y eso es lo único que importa. ¿Sabes? Hasta que no vi a Isabel maniatada y muerta de miedo en ese taller no fui consciente de lo realmente difícil que ha tenido que ser todo esto para ti. Podemos mover los hilos de nuestra vida pero cuando nuestras decisiones y acciones afectan también a otros a quienes queremos tanto... Deseo con toda mi alma que con el tiempo consigas alcanzar la paz interior que tanto necesitas, amigo. Aunque si de algo te sirve mi humilde opinión, creo que has hecho lo único que podías hacer. Espero que con el tiempo te des cuenta de ello y espero también que nunca más la vida te ponga en semejante tesitura.

—Como psicólogo no tienes precio...

—¡Ay, perdón! No sabía que estabas aquí Torm —se disculpó Ana en cuanto entró a la habitación y vio que Alexander no se encontraba solo.

—No, no te preocupes. Ya me voy —dijo este levantándose de la silla en la que había estado sentado y dirigiéndose a la puerta del dormitorio—. Todo tuyo —sostuvo mientras intercambiaba con ella una expresiva mirada.

—No pienso preguntarte cómo te encuentras —manifestó ella con una

triste mueca en cuanto se quedaron solos.

Tras unos intensos segundos en los que ambos permanecieron en silencio posando su respectiva mirada en el otro, Alexander añadió con media sonrisa: —Jodido. Muy jodido —confesó al fin.

Ana se acercó al borde de la cama, en donde Alexander permanecía sentado. Le dio un cálido beso en la frente mientras acariciaba con suavidad su cuero cabelludo, acercó el rostro del hombre hacia su vientre y este la asió fuertemente por la cintura atrayéndola hacia él. En esa posición permanecieron largo rato. Un vivificador largo rato. Hay ocasiones en las que un abrazo o una caricia reconfortan mucho más de lo que lo puede hacer cualquier palabra, y esta era una de ellas.

*Domingo, 12 de noviembre de 2017*

Desde las siete de la mañana habían estado pegados al televisor viendo cómo se sucedía una tras otra la detención de los miembros de HADES o de aquellos que tuvieron relación directa con la organización. Y aquello solo era el principio, a buen seguro esa sería la tónica general en las próximas semanas e incluso meses. A medida que las fuerzas de seguridad fuesen destripando toda la información de la que se estaban incautando serían muchos más los inculcados.

Hacía apenas una hora del último avance informativo y por él se habían enterado de que a diferencia de Kay Scheider, Maximilian Hoffmann y Luis Alberto Acosta, quienes permanecían en paradero desconocido, Cibor Podolski y Ronet Foley sí que habían sido detenidos, este último en el aeropuerto Alicante-Elche cuando intentaba coger un vuelo a San Petersburgo. Esos tres hombres no eran los únicos que habían burlado por el momento la acción policial, eran más, pero en esta trama ellos eran los más destacados, uno por ser el hombre de confianza de Martin Hoffmann, el otro por ser su nieto y heredero en la organización y Acosta por ser uno de los miembros fundadores. Los otros cuatro fundadores sí que estaban en dependencias policiales y dos de ellos ya en prisión preventiva.

De la familia Hoffmann solo los hermanos Alexander, Kerstin y Johannes y Christel, la hija de Angela, no se habían visto salpicados por el descomunal escándalo, aunque pertenecer a esa progenie supusiera para ellos,

y para siempre, un estigma. El resto de componentes de tan célebre estirpe se encontraban detenidos o siendo interrogados. Con el tiempo las investigaciones disiparían las dudas sobre qué papel había jugado cada uno de ellos, pero algo estaba claro: el asunto no pintaba nada bien para Martín, Maximilian —si es que llegaban a encontrarlo—, Clemens y uno de sus hijos, el que como él apostó por seguir con la actividad del despacho de abogados.

Los medios de comunicación estaban haciendo hincapié en que aunque ahora comenzaba un tedioso y complejo proceso judicial que duraría años, el mundo era hoy un lugar más seguro y justo porque la actividad delictiva de HADES había llegado a su fin, y se preguntaban si podrían haber imaginado acaso alguno de sus miembros un final tan abrupto como el acontecido. No, seguro que no. En poco más de veinticuatro horas la intrincada estructura que les había dado cobijo había desaparecido.

Eran las dos de la tarde y se encontraban en uno de los restaurantes próximos al Mirador de San Nicolás, en el popular y turístico barrio del Albaicín. Contraviniendo el juicioso consejo de la comisaria Daniela Herrero, Luis, Teresa, Torm, Ana y Alexander habían decidido salir de la casa en la que habían permanecido confinados desde la mañana del día anterior, aunque seguían siendo vigilados muy de cerca por varios agentes de paisano. Eran sus últimas horas juntos —durante algún tiempo al menos— y querían pasarlas fuera de aquellas cuatro paredes; necesitaban salir al exterior y sentir que el mundo seguía girando.

—Por Fernando —Fue el primero de los brindis de tantos como luego vinieron.

A primera hora de la mañana, María, la mujer de Fernando, había telefoneado a Luis para comunicarle que este se encontraba ya fuera de peligro. Le esperaba una larga recuperación pero había sobrevivido, y habiéndose enfrentado a hombres de HADES eso no era asunto baladí.

—Bueno, ¿y ahora qué? —preguntó Teresa.

—Ahora a olvidar este trance cuanto antes y a intentar seguir con nuestras vidas —repuso Ana.

—¿Y vosotros dos? Daniela me ha dicho que habéis renunciado al programa de protección de testigos y que vais a poner tierra de por medio durante una temporada, aunque por motivos de seguridad no me ha querido informar sobre dónde se situará vuestro nuevo domicilio —comentó Luis.

—Así es. Yo ya tengo decidido el destino. ¡Me encanta! Tanto tiempo queriendo ir y por fin ha llegado el momento —Torm estaba realmente

ilusionado y aunque no dijo adónde iría, todos lo conocían lo suficiente como para imaginarse que el sevillano recalaría en el país nipón—. Aunque he de reconocer que me hubiera gustado tomar la decisión en otras circunstancias. Pero bueno, es lo que hay —se mostró resignado.

—¿Y tú? —la pregunta iba dirigida a Alexander.

—Aún no lo tengo claro. Hasta mañana a primera hora puedo elegir. Hay varios lugares a los que siempre he querido ir y no se me ocurre mejor momento que este para hacerlo. Además sigo de excedencia, así que...

—¿Y vosotros?

—Teresa y yo volvemos a Madrid esta misma tarde. El martes nos reincorporamos al trabajo. Mañana se nos acaba la baja laboral que Torm amablemente *falsificó* para nosotros —Luis le guiñó el ojo.

—Ja ja... Si necesitáis que os haga otro *papelito* ampliándola unos días no tenéis más que decirlo.

—Se agradece la proposición pero es hora de que volvamos a nuestra rutina. Para nosotros va a ser más fácil que para vosotros dos —que se supiera HADES solo tenía conocimiento sobre las identidades de Torm y Alexander, el resto de componentes del grupo parecían estar a salvo, aunque durante un tiempo todos ellos y sus familias contarían con protección policial—. Y si te digo la verdad, tengo ganas de volver a trabajar y de reencontrarme con mis alumnos, han sido solo unos días pero han sido tan intensos que parece que hiciera meses que no piso el aula —reconoció Luis.

—¿Y qué hay sobre ti Ana? ¿Vuelves a Málaga?

—Pues sí, aunque no sé por cuánto tiempo.

En ese momento el camarero trajo otra nueva ronda de bebidas y tapas que hacía poco rato había solicitado Torm y a las que tenía pensado invitar, algo poco habitual en él pues en muy raras ocasiones disponía de dinero suficiente como para hacerlo.

—Dicen que cuando uno pasa por una vivencia trascendental puede empezar a replantearse algunos aspectos y llegar incluso a alterar su comportamiento habitual —expresó Luis con sorna sin que los otros supieran exactamente adónde quería ir a parar—. El que Torm vaya a invitarnos hoy es una prueba más que evidente de que esa idea es cierta.

—Ja ja... —todos, incluido Torm, prorrumpieron en una sonora carcajada.

—Bueno, quizás no sea yo quien os esté invitando —anunció este en tono burlón.

—No... No... No me digas que... —Alexander incrédulo dejó la frase a medias.

—Pues sí.

—¿Qué pasa? Me he perdido —confesó Luis.

—Pasa que hoy eres un poco más rico que ayer. Bueno, la verdad es que todos lo somos —aseguró riéndose—. Aunque solo un poco, tampoco os vayáis a emocionar.

—¿Has robado el dinero de HADES? —inquirió Ana atónita.

—¡Pero qué dices! —exclamó Torm ofendido—. El dinero que le hemos incautado a HADES —al utilizar la forma plural Torm se refería a él y a los otros *hackers* que le habían ayudado a limpiar las cuentas ilícitas de los miembros de la organización criminal— será destinado a la reparación económica de las víctimas. Esas fortunas fueron amasadas a costa del sufrimiento y el dolor de muchas personas inocentes y ahora servirán para hacerles a estas la vida un poco más cómoda. Digamos que me pienso encargar de la redistribución de la riqueza.

—¿Cómo lo has hecho? ¡No dejas de asombrarme! —expuso Luis.

—No ha sido complicado. Solo hemos tenido que crear nuevas identidades y nuevas cuentas corrientes, asignar unas a las otras y traspasar el saldo de las cuentas pertenecientes a los miembros de HADES a esas cuentas recién creadas. Como casi todo el dinero estaba en paraísos fiscales y provenía de actividades de más que dudosa legalidad, ¿crees que alguno de sus propietarios tiene pensado reclamarlo? Esto se llama hacer justicia —declaró con osadía—. Además, como no quería que tuvierais cargos de conciencia por aceptar el dinero, sabiendo como sabemos de dónde procede este, he de aclararos que ni un céntimo de los que han ido a parar a vuestras cuentas corrientes ha salido de la actividad de HADES. Como ya os he dicho, ese dinero es para hacer buenas obras, no para quedárnoslo nosotros.

—Si al final va a resultar que sí que eres un superhéroe y hasta buena persona —soltó Alexander con guasa pero con verdadera consideración hacia su amigo.

—¿Y de dónde procede entonces? —quiso saber Teresa.

—Ay... Mejor que no sepáis tanto. Pero os prometo que es dinero limpio, o por lo menos, legal —apostilló—. Tomadlo como una especie de recompensa pues cualquiera no se hubiera jugado la vida para librar a este mundo de semejante gentuza.

En ese momento miró a Ana y se acordó de lo que esta le preguntó

durante la persecución de Kay y sus hombres por la dehesa extremeña, aquello de que si con el programa que él había creado podría obtener claves bancarias y desplumar a aquellos que no habían actuado conforme a la legalidad. Sonrió. Era justo lo que había hecho. «El Robin Hood moderno», tal y como ella lo hubiera calificado.

Poco después Ana se levantó de la mesa y recorrió los escasos metros que la distanciaban de la plaza de San Nicolás. A esa hora esta todavía bullía de actividad, a los artistas callejeros y a los vendedores de los puestos de artesanía que ese día la abarrotaban se unían los numerosos turistas y los asiduos vecinos del barrio que aún no se habían retirado del lugar. Deleitándose con las impresionantes vistas de la Alhambra Ana volvió a sentir la placentera sensación de calma y optimismo que le llevó en su día, nada más verse envuelta en aquel embrollo, a creer que todo saldría bien. Así había sido. No solo estaban vivos —cierto que algunos más maltrechos que otros, pero, en cualquier caso, vivos—, sino que aquella experiencia los marcaría, para bien, de por vida.

—¿En qué piensas? —preguntó Alexander acercándose a ella.

—En nada. En nada en especial. Simplemente estaba dejándome envolver por la alegría y energía que destila este sitio.

—Así que vuelves a Málaga. Con tu familia, con tus amigos, a tu trabajo. A tu vida... —reflexionó este.

—Por lo pronto sí, ahora más que nunca quiero estar cerca de los míos, disfrutar de ellos, de su compañía, aunque no creo que me quede ahí eternamente. Y con respecto al trabajo, no, no vuelvo. El martes pasado llamé a la oficina y renuncié. No eres el único que tiene que replantearse algunos temas...

—Me alegra escuchar eso. Sirves para mucho más que para hacer fotocopias —De nuevo Ana se vio embriagada por la mirada que tanto la cautivó nada más conocerlo.

—Lo sé. Ahora lo sé —ella le correspondió con una sugerente sonrisa.

Tras un par de minutos en los que los dos permanecieron en silencio, disfrutando el uno de la compañía del otro y durante los que hubo más de una mirada fugaz bastante cómplice, Ana preguntó:

—¿Cómo te encuentras? Quiero decir... físicamente sé la respuesta, no hay más que verte —con el brazo en cabestrillo, varios puntos de sutura en la ceja izquierda, el labio partido e hinchado y la mitad de la cara amoratada por los golpes que Foley y Scheider le habían dado era fácil suponer que

Alexander había tenido mejores momentos—. Me refiero a cómo te encuentras de ánimo.

—Bien, soy un tipo duro.

—Ja ja... Lo que eres es un fantasma.

—¡Pero bueno! —exclamó haciéndose el indignado— ¿Ni siquiera por ser el último día que nos vamos a ver vas a dejar de insultarme?

—Hombre, insultarte, insultarte... tampoco exageres —se rio—. Además, esto no va a ser un adiós, solo un hasta luego —confirmó—. Tú y yo tenemos un asunto pendiente y algún día, más temprano que tarde, habremos de resolverlo, ¿no te parece?

—Me parece —sostuvo él con firmeza.

Cuando al poco regresaron a la mesa una nueva ronda de cerveza y vino los esperaba. Ahora otro brindis, en esta ocasión, por todos aquellos que se quedaron por el camino mientras batallaban contra HADES. En la mente de todos ellos: Mariola, Stefan Lerner, Alberto Ayala, así como tantos y tantos desconocidos que hicieron lo posible para que el día de hoy llegara.

—¿Eso es lo que vale tu palabra? —profirió Alexander mientras señalaba el porro que Torm estaba llevándose a la boca.

—¿Qué? ¿Qué ocurre? ¿Qué pasa con mi palabra? —Torm no entendía lo que su amigo quería decir.

—Cuando estábamos en el restaurante y Kay y los suyos estaban a punto de cogernos juraste que si salíamos de esta no te volverías a fumar un porro —le recordó.

—¿En serio? Yo no me acuerdo, debes haberlo soñado —protestó.

—Sí que lo hiciste Torm, yo también lo escuché —coincidió Ana.

—Me caías mejor cuando no secundabas a este aguafiestas —refunfuño ya sin argumentos antes de tirar el porro en el cenicero.

—¿Hoy es día doce? —preguntó al poco Ana, algo absorta, al comprobar que esa era la fecha del periódico que tenían encima de la mesa y en cuya portada aparecía, cómo no, el tema del momento: H.A.D.E.S.

—Así es. 12 de noviembre de 2017, ¿por qué?

—Eso quiere decir que ayer fue día once. 11 de noviembre, el día de San Martín.

Ninguno de los tres hombres entendió qué importancia podía tener aquel dato, pero Teresa sí que supo leer en el ufano gesto que el rostro de Ana revelaba lo que esta estaba pensando.

—11 de noviembre: San Martín... Sí, a HADES también le ha llegado su



San Martín —anunció parafraseando uno de los dichos más conocidos del refranero español.

# Epílogo

*Auckland, lunes 25 de diciembre de 2017*

Hacía algo más de un mes que Alexander, ahora James Wilson según rezaba su nuevo pasaporte, se encontraba en Auckland, la ciudad más poblada de Nueva Zelanda. El día estaba próximo a finalizar y podría decirse que había sido algo extraño, aunque era lo que tenía celebrar el día de Navidad en el Hemisferio Sur: a comienzos de verano, en un día soleado con un monótono cielo azul y una agradable temperatura media de dieciocho grados. Resultaba paradójico para alguien acostumbrado a los fríos inviernos europeos ver como la famosa imagen del hombre gordo barbudo y bonachón vestido de rojo y con un gran saco repleto de juguetes a la espalda, siempre asociado a estampas nórdicas, compartía aquí espacio en los escaparates con la ropa y los accesorios de baño o los de tiempo libre.

Durante toda la mañana y primera hora de la tarde Alexander había estado paseando por la ciudad y disfrutando de las actividades culturales y deportivas que ese día, al igual que los días previos, abarrotaban la urbe. Cuando eran poco más de las seis de la tarde volvió a casa, un alojamiento prefabricado de madera de cuarenta y siete metros cuadrados situado en el distrito centro de Auckland. Desde luego nada que ver con la gran mansión en la que había crecido. Allí solo disponía de un dormitorio que hacía las veces de salón, con un sofá cama —al menos el tamaño del mismo era aceptable—, una mesa rectangular baja, una televisión, un armario y una pequeña estantería; de una anticuada cocina a la que le faltaban la mitad de los electrodomésticos a los que él estaba habituado y en la que además de los muebles dispenseros solo había una mesa con dos taburetes, y de un pequeño pero muy coqueto cuarto de baño con una columna de hidromasaje. Tras ponerse cómodo llegó la hora de preparar lo que sería su cena de Navidad y como él siempre había sido un firme defensor de la expresión donde fueres, haz lo que vieres, en el menú de esa noche hubo pavo asado con verduras y salsa de arándanos —la salsa la había comprado en el supermercado ya elaborada—; de postre un buen trozo de tarta Pavlova que había comprado en una pastelería del centro y como acompañamiento y para ayudar a digerir mejor tan suculentos platos una botella de vino tinto de uva Pinot Noir de

origen patrio, de la que aún pensaba dar buena cuenta aunque eso supusiera irse a la cama bien achispado. Con lo que no cumplió, y no lo había hecho hasta el momento, fue con el horario habitual de cena de Nueva Zelanda, habían sido muchos años viviendo en España como para ahora poder romper de pronto con la poco entendida costumbre española de cenar tarde, bastante tarde.

Supuso que a esa hora su abuela Aurora estaría ya finiquitando los últimos detalles del almuerzo de Navidad. Al igual que en años anteriores la casa de los Vargas Ponce sería el lugar de encuentro de toda la familia y en esta ocasión, de los asiduos a tal celebración desde que su madre falleciera, solo faltaría él. Incluso Kerstin y su hija Sabine —su sobrina predilecta— y Johannes estarían allí. Este año con más motivo que ningún otro, pues tras la debacle acontecida en la rama familiar de los Hoffmann, agradecerían el poder compartir un buen rato con los miembros de su otra familia y poder desembarazarse aunque fuese por un breve período de tiempo del sentimiento de desarraigo que experimentaron cuando asistieron a la repentina destrucción de la que había sido, si no su vida, sí gran parte de ella.

Unos minutos antes de que el reloj marcara las once de la noche Alexander decidió llamar a su abuela para felicitarle las fiestas. Le hubiera gustado hacerlo a la hora del almuerzo cuando ya todos estuvieran en la casa, pero la diferencia horaria entre uno y otro país no lo hacía viable. Además, a la botella de vino que había abierto para la cena, apenas le quedaba ya un cuarto de vaso y eso significaba que dudaba que consiguiera estar despierto mucho más rato.

—Buenas noches, abuela.

—Alexander, cariño, ¡qué alegría! Llevo toda la mañana acordándome de ti pero como he estado tan ocupada preparándolo todo no he podido llamarte aún —Solo sus abuelos y su hermana Kerstin tenían el número de teléfono en el que lo podían localizar. Un extraño número con más dígitos de los normales y con un prefijo que al parecer no pertenecía a ningún país. Aunque pudieran hablar con Alexander ni siquiera ellos sabían cuál era su paradero actual. Eso era una información que por motivos de seguridad solo conocían la comisaria principal Daniela Herrero, el coronel Pedro Antonio Riesco y sus superiores más inmediatos—. ¿Qué tal, hijo? ¿Cómo estás? Por cierto, de noches, nada, que aquí todavía ni hemos almorzado, y como sigan así algunos ni siquiera lo harán —afirmó con cierto enojo levantando la voz y taladrando con la mirada a su marido, quien continuaba en la cocina

comiéndose a dos carrillos el jamón ibérico de bellota comprado a conciencia para tan especial ocasión y con su cada vez más menguada copa de vino amontillado.

—Ja ja... —Alexander soltó una sonora carcajada al creer saber el porqué de ese último inciso de su abuela—. ¿Ya está asaltando el plato de jamón?

—Lleva haciéndolo un rato. Ya se lo ha comido casi todo. Menos mal que he dejado reservada una parte y los demás lo podremos probar también.

—Ja ja... Bueno abuela, déjalo que disfrute. Si es lo que más le gusta...

—Bueno, y tú ¿cómo estás?, ¿has tenido buen día?, ¿has comido bien?

—Estoy muy bien. Y sí, he tenido muy buen día y he comido perfectamente.

—Eso está bien... Pero me gustaría que estuvieras aquí —expresó Aurora con cierto pesar.

—El próximo año será abuela. Te lo prometo.

—Ah... se me olvidaba. Esta mañana he recogido del buzón una carta para ti. No sé cuánto tiempo llevará ahí porque hace varios días que no lo miro.

—¿Una carta? ¿Para mí? ¿En Córdoba? ¿En tu casa?

—Sí, sí, sí a todo.

—¿Quién la envía?

—Pues no lo sé porque no me he dado cuenta de que lo pusiera, pero espera, que la cojo y te digo... ¡Rafael!, ¿puedes dejar ya de comer jamón de una vez y traer la carta que han enviado para Alexander? Está en el mueble del salón —pidió a su marido—. Es que tengo el pastel cordobés en el horno y no quiero alejarme de la cocina —se justificó—. Además, así tu abuelo deja de comer un rato.

—Ja ja... ¡No tenéis remedio! —expresó divertido aunque bastante ansioso por saber algo más sobre aquella misiva ya que, casi en el año 2018, ¿quién seguía enviando cartas? Y más aún, ¿quién conocía tanto a Alexander como para saber dónde vivían sus abuelos maternos? Él no solía prodigarse mucho en detalles sobre su vida, era un tipo bastante reservado.

«¿Será de Torm? Él sí ha estado en esa casa y conoce a mis abuelos, pero ¿Torm escribiendo una carta?... ¿Luis tal vez? ¿Fernando?»

—Aquí la tengo Alexander. Pero como te decía no pone ningún nombre. En el remite solo pone: Birmi, Birmin, Birmingham —consiguió decir de una vez— y debajo *United Ki...*

—*Kingdom*.

—Eso es. ¿Sabes de quién es?

—No, no tengo ni idea abuela. Ábrela, por favor, a ver qué dice.

—Voy... Oh, lo siento cariño, pero yo esto no lo entiendo. No sé qué idioma es este pero español no es.

—Debe estar en inglés. ¿Están ahí Kerstin o Johannes? ¿O alguno que la pueda traducir?

—Sí, tu hermana está arriba, en la terraza con Sabine.

—Vale, dile al abuelo que le lleve el teléfono a mi hermana por favor.

—Muy bien, ahora mismo se lo doy. Y tú, cuídate, ¡eh! Un beso muy grande —el sonoro mua de su abuela le hizo sonreír.

—Otro para vosotros. ¡Pasadlo bien!

En la terraza, Kerstin charlaba animadamente con su prima Beatriz mientras Sabine y los dos hijos de esta jugaban a construir una carretera con las coloridas pinzas de tender la ropa de la abuela Aurora, cuando su abuelo llegó y le dio el teléfono y la carta.

—¡Álex! Hola, ¿cómo estás?

—Hola, Kers. Muy bien ¿y vosotros?

—Mucho mejor. Johannes volverá al trabajo a principios de año y yo tengo un nuevo proyecto, pero de eso ya te hablaré en otro momento. Y Sabine... ella está bien, aunque ya no es tan pequeña y se da cuenta de muchas cosas, no deja de ser una niña.

—Me alegro mucho. Oye, Kers, ¿puedes leer la carta que te ha dado el abuelo? Dice que es para mí y me tiene intrigado. Luego si quieres seguimos hablando —dijo Alexander mostrando su impaciencia.

—Sí, claro. Te la leo.

## *Querido Alexander*

*Te escribo ahora aun a sabiendas de que lo último que esperarías a estas alturas de la vida es recibir respuesta a la carta que hace veintidós años me escribiste. Sí, Alexander, veintidós años. Sé que hace mucho tiempo, demasiado, tal vez. De hecho no sé si después de tanto*

*tiempo tengo siquiera derecho a hacerlo... Pero ahora que mi final se acerca —quizás cuando recibas estas palabras, y deseo con todas mis fuerzas que llegues a tenerlas en tus manos, mi vida ya se haya apagado—, no quiero dejar ningún cabo suelto que me impida irme con la tranquilidad de la que no he gozado en vida. Y es que tengo tantas cosas por decirte, por aclararte, Alexander.*

*Lo primero que quisiera es pedirte perdón, y no por no haberte escrito hasta ahora, que también, sino por no haber actuado contigo con la honestidad con la que tú siempre creíste que lo hacía. No Alexander, yo no me crucé en tu camino por azar y no me acerqué a ti con las buenas intenciones que te di a entender. Pero vayamos por partes...*

*Era una noche gélida, extremadamente fría la de aquel 27 de enero de 1990. A un día gris con un cielo plomizo le siguió una oscura noche de intensa lluvia. Yo estaba solo, tumbado en la cama de mi dormitorio, insomne por el mal augurio que me llevaba atormentando todo el día. En un principio la inquietante corazonada se la achaqué a los días previos de agitación e impaciencia que había pasado: después de varios años viviendo en Copenhague por fin había logrado el puesto de trabajo por el que tanto había luchado. Tras unos días duros de entrevistas, nervios y mucha incertidumbre, el día anterior me habían notificado que trabajaría como arquitecto —mi verdadera profesión— en una de las empresas con mayor proyección de la ciudad.*

*Al fin podría materializar todos esos proyectos de edificaciones neomodernistas y sostenibles con las que tanto me gustaba fantasear. Pensé pues, que la sensación de desasosiego que me invadía era la consecuencia de esos intensos días. Nada más lejos de la realidad...*

*Yo tenía en aquel momento veintisiete años y Erika, mi esposa, veinticinco. Yo acababa de lograr el trabajo con el que siempre había soñado y ella desempeñaba felizmente su actividad en un centro de ayuda y reinserción para mujeres que habían ejercido la prostitución. Erika era una buena persona Alexander, mucho mejor persona de lo que he sido yo jamás. ¡Ojalá la hubieras conocido! Adoraba su trabajo, se sentía bien con lo que hacía y dichosa por poder ayudar a aquellos a quienes la vida había tratado peor, a aquellos de los que la mayoría de nosotros —y yo el primero— no nos solemos acordar. Fueron sus principios, sus valores, su fuerza, su ímpetu, su sonrisa, sus ganas de hacer de este mundo un lugar mejor lo que me enamoró de ella. Sí, claramente, era mejor persona que yo... Erika había nacido en Odense, a unos ciento cincuenta kilómetros de Copenhague y yo en Birmingham, Inglaterra, pero nos conocimos en Londres, tres años antes; ella fue allí para hacer un curso de un mes y yo por aquel entonces vivía en la capital. El destino quiso que nos encontráramos una mañana en la cafetería a la que yo solía acudir. Ese fue el principio de nuestra hermosa historia de amor. Y el final... el final se produjo esa*

*endemoniada noche de finales de enero.*

*Ese día Erika trabajaba de noche. No era lo habitual, pero estaban siendo días bastante complicados en el centro, se habían visto obligados a acoger a más mujeres de lo normal y además varios de sus compañeros se encontraban de baja laboral —el frío de las dos últimas semanas estaba haciendo estragos—... Lo que allí pasó esa noche realmente nunca lo supe, me refiero a cómo fue, lo que pasó por desgracia lo averigüé a eso de las cuatro de la madrugada cuando la policía me avisó: Erika había sido encontrada un par de horas antes en el despacho que compartía con otras dos compañeras —según la investigación estaba sola—, con la cabeza echada sobre el escritorio y sobre el mismo varios blísteres vacíos de ansiolíticos, analgésicos y antipiréticos. Había muerto por la ingesta de un cóctel letal de medicamentos. La autopsia no reveló nada extraordinario y la investigación se cerró concluyendo que fue un suicidio. ¡Suicidio, Alexander! Suicidio... Durante las primeras horas fui incapaz de asimilar tan desgarradora pérdida, después me volví loco intentando buscar la explicación a tan atroz comportamiento, y por último... por último me di cuenta de que Erika no podía haberse quitado la vida. Ella no...*

*En los días siguientes intenté dilucidar qué era lo que había podido pasar. Se me pasaron tantas cosas por la cabeza Alexander, tantas conjeturas de por qué o de quién podría estar detrás de la muerte de mi esposa. Sin embargo*



no hallé nada, absolutamente nada, hasta que días después algo me vino a la memoria: Erika llevaba un tiempo hablándome de un despacho de abogados danés, el Svend Bjerre Advokater, que por lo visto tenía entre sus clientes a algunas de las personas a las que varias mujeres atendidas en el Håber Centre acusaban de estar detrás de redes ilegales de prostitución y tráfico de seres humanos. Al no tener ninguna prueba, solamente la palabra de aquellas asustadas mujeres que por nada del mundo se atreverían a repetir ante otros lo que en confidencia le contaban a Erika, nada se podía hacer, pero Erika era obstinada y más aún con lo que respectaba a su trabajo, por ello llegué a deducir que quizás su muerte tuviera que ver con ese asunto, tal vez metió las narices donde no debía y... Sería muy largo de narrar cómo conseguí que una de las prostitutas atendidas por Erika me contara todo lo que sabía de aquella supuesta red ilegal, así que lo voy a obviar, pero sí te digo que fue difícil y llevó su tiempo, aunque mereció la pena. Fue ella la primera que me habló del bufete de abogados que, junto con el de Svend Bjerre, parecía estar detrás de todo: el Hoffmann & Rohmer, y de uno de sus dos socios: Martin Hoffmann. No sabes lo duro que fue mirar a la cara a aquella chica mientras me hacía partícipe de su desgarrador relato. El asunto no quedó ahí, Hanne, que así se llamaba la mujer, me puso en contacto con otras mujeres que habían pasado por lo mismo que ella o incluso por peores situaciones. Ellas me dieron la

*información que precisaba para seguir indagando. A esas mujeres anónimas, míseras y marginadas a las que yo en condiciones normales nunca me hubiera acercado se lo debo todo... o casi todo.*

«¿Erika? ¿Erika? Claro que sí, Erika Andersen», se dijo. Había leído ese nombre cientos de veces. Era uno de los que estaba en la lista con la que Luis y Fernando estuvieron trabajando al principio. Erika Andersen era una de las personas sobre las que Mariola había recabado información.

*Durante meses el nombre de Martin Hoffmann tintineaba sin cesar en mi cabeza. Tirara del hilo que tirara siempre acababa llegando a él. Para medio mundo era un respetado abogado y pudiente miembro de la alta sociedad alemana, para mí, sin embargo, era un tipo de la peor calaña y mi mayor enemigo.*

*En este momento, Alexander, ya te imaginarás con qué intenciones me aproximé a ti: el odio que sentía hacia tu familia ¡era tan grande!... Tú serías el caballo de Troya que me permitiría llegar hasta ella y destruirla. Sí, Alexander, esas eran mis pretensiones iniciales aunque pronto cambié de parecer. Con los días me fui ganando tu confianza y tú cada vez recelabas menos, te mostrabas más abierto y extrovertido y hablabas más. Al principio para regocijo mío pues mi plan avanzaba a buen ritmo, pero después... Después conseguiste ganarte mi cariño, mi más sincero afecto, Alexander. Serías el nieto de ese malnacido pero tú no eras como él, tanto tus palabras como tus actos así lo evidenciaban. Y esto sí quisiera que te quedara bien*

*claro: mi falta de honestidad para contigo solo se produjo al principio. Todo lo que sucedió después, fue real. Te apreciaba, te apreciaba de verdad, y me importabas, mucho más de lo que tú pensabas y de lo que yo hubiera deseado.*

*¿Que cómo llegué a ti? Eso sí fue una casualidad, si es que a estas alturas podemos creer que estas existen —yo la verdad hace tiempo que dejé de hacerlo—. Tu solicitud de ingreso llegó al BC Academy en donde un muy buen amigo era miembro del Consejo de Administración. Con su ayuda obtener el puesto de supervisor fue relativamente fácil. Recuerdo como si fuera ayer el día en el que Colin Weisz, ese es su nombre y ahora ya puedes saberlo, me llamó y me dio la prometedora noticia: «Alan, lo tenemos. Tenemos por donde seguir investigando: Alexander Hoffmann, nieto de Martin Hoffman, y en breve nuevo alumno del BC Academy de Brighton», aseguró.*

*De lo que pasó hasta el día en que abandonaste el BC Academy poco más hay que contar. Con la información que sobre tu familia me facilitabas durante nuestras conversaciones continué investigando, aunque he de reconocer que durante ese período no avancé mucho, mi trabajo como supervisor de ese condenado internado me absorbía demasiado.*

*Cuando tú abandonaste el colegio dejó de tener sentido el que yo me quedara allí, así que en cuanto acabó el curso escolar me marché para nunca más volver.*

*La carta que Colin me hizo llegar y que tú enviaste me sobrecogió. Pensé que con tu vuelta a Múnich y con mi salida del BC Academy nuestra relación habría llegado a su fin, pero me sorprendiste Alexander, para bien, como en tantas otras ocasiones. Y me alegré de saber de ti y de comprobar que estabas aprovechando esa segunda oportunidad que la vida solo concede a un puñado de afortunados. Una nueva oportunidad que sin duda merecías. Pero, ¿cómo devolverte la carta? ¿Qué contarte? ¿Cómo decirte que te había utilizado para reunir pruebas contra tu familia o que mi única obsesión era destruir a los Hoffmann? No, Alexander, no pude dar respuesta a tus palabras, y aún a día de hoy no sabría decirte si mi silencio se debió más a los remordimientos que sentía por haberme acercado a ti con las intenciones con las que lo hice o a que no quería hacerte daño. Posiblemente los dos argumentos pesaron en mi decisión de no volver a tener más contacto contigo.*

*En los siguientes veinte años... ¡Veinte años! En esos veinte largos e intensos años me he estado moviendo por diferentes ciudades, países y ambientes para recopilar las pruebas que pudieran llevar a su fin no solo a Martin Hoffmann sino también a todos aquellos que junto a él convirtieron las vidas de otros en un infierno. Y es que no te puedes hacer una idea de cuan grande fue mi estupefacción cuando supe que este asunto no se limitaba a las acciones de un bufete de abogados de Copenhague u*

otro de Múnich. Eran tantos, tantos los que participaban de ese desaguizado y tantas las víctimas, que en esos años dediqué mi tiempo, mi esfuerzo y mi dinero a reunir la información que aún hoy los medios de comunicación siguen escudriñando —para ser justo, solo parte de la información. No está en mi ánimo restar mérito al trabajo que habéis desarrollado otros—. Porque sí, Alexander, fui yo la fuente anónima de Alberto Ayala. Bueno, anónima hasta tres días antes de su desgraciada muerte. Hasta el día en que nos vimos la cara por primera vez y me contó que había quedado con una persona con la que intercambiaría información relativa a HADES. He de reconocer que pensé que se trataba de Luis Diéguez; no obstante, yo le facilité ese nombre, pero me confirmó que no se trataba de él, aunque esa otra persona iba de su parte. ¡Qué sorpresa! Que agradable y a la vez desconcertante sorpresa: Alexander Vargas, ese era el nombre de aquel con el que debía encontrarse. Alexander Vargas... En un primer momento no me percaté pero después recordé que ese era el apellido de tu familia materna. Por supuesto que podía ser una simple casualidad, pero como ya te he dicho al principio, hace mucho que dejé de creer en ellas, así que si en todo este asunto había alguien con ese nombre, ese no podía ser otro más que tú.

Poco más puedo añadir a lo que ya te he narrado. Ya sabes en qué propósito he ocupado mi existencia. Sé

*fehacientemente que si Erika hubiera podido comunicarse conmigo me hubiera pedido —más bien conminado—, que rehiciese y disfrutase al máximo de mi vida, que me olvidara del pasado y avanzara hacia el futuro. Yo no lo hice. ¿Cómo poder olvidar cuando me infligieron tanto daño?*

*Nada más Alexander, estas líneas al igual que mi vida llegan a su fin —temo que mi maltratado corazón no aguante mucho más. ¿Quién sabe? tal vez no fue bueno colmarlo de tanto resentimiento—, así que no me queda más que desearte de todo corazón que seas feliz; te lo mereces Alexander. El camino que te tocó recorrer a ti, tampoco fue propicio y aun así has salido airoso. Te admiro.*

*En la última línea que escribiste en tu carta decías que ojalá algún día pudieras devolverme todo lo que había hecho por ti. Has de saber que tu deuda, si es que alguna vez la consideraste como tal, está más que saldada.*

*Un abrazo muy fuerte. Cuídate mucho. Tal vez, y solo tal vez, esto solo sea un hasta luego.*

*Tu amigo,  
Alan Jones*

—Álex, ¿estás bien? —preguntó Kerstin con la voz quebrada por la emoción.

Al otro lado del teléfono Alexander fue incapaz de pronunciar palabra. Lo único que se podía escuchar era un ahogado sollozo. Después de tantos años sin hacerlo, ahora se encontraba deshecho en lágrimas, pero no era el suyo un lloro de tristeza, todo lo contrario, nunca un llanto fue tan liberador.

Fin de una etapa.

Y comienzo de una nueva. Seguramente mejor.

# Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)



[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Epílogo](#)

# Reseña biográfica



Me llamo Susana Aguilera Reina y nací en Almedinilla (Córdoba). Soy diplomada en Turismo y técnico superior en Información y Comercialización Turísticas.

Gran apasionada de la lectura desde muy pequeña, es a finales de 2017 cuando me propongo materializar uno de mis sueños: el de escribir una de esas historias sobre las que tanto me gusta leer. Es así como surge la que es mi primera obra: Expediente H.A.D.E.S., una novela de intriga y acción con cierta dosis de ironía y humor.